



O El acompañamiento espiritual

Estamos ante un tema de gran actualidad en el quehacer de la teología espiritual y de la teología pastoral. Después de unas décadas de crisis, purificación y marginación, el acompañamiento espiritual se ve como insustituible en la configuración de la personalidad cristiana adulta. La no-culminación de muchos procesos pastorales con jóvenes y adultos es el reflejo evidente de una educación de la fe poco experiencial y, en consecuencia, no configuradora de la identidad cristiana, tanto en lo personal como en lo comunitario. Y sabemos que el medio más adecuado para la personalización de la fe es el acompañamiento espiritual. Desarrollaremos en estas páginas en qué consiste el acompañamiento, cómo se plantea en nuestros días, los tipos de acompañamiento, la articulación del acompañamiento y el acompañamiento en el discernimiento vocacional.

0.1 Justificación del tema

La salvación cristiana consiste en el encuentro con la persona de Jesucristo, muerto y resucitado, que nos introduce en la vida trinitaria y nos configura, por la acción del Espíritu, en la comunión eclesial y el servicio a los hermanos. La fe madura consiste en tener a Jesucristo como el centro que globaliza y da unidad a la persona del creyente; esta integración de fe y vida se hace a través de un aprendizaje experiencial que consta de etapas, dinamismo interno, y requiere una pedagogía adecuada. “Personalizar la vida cristiana supone haber escuchado la invitación a la fe, haberse enfrentado con la llamada a la conversión, haberse encontrado con la presencia del Señor en la propia vida, haber sido agraciado personalmente con el descubrimiento del tesoro del Reino y haber respondido personalmente con la voz propia e insustituible de la aceptación, la acogida, la conversión, la sumisión, el gozo, la disponibilidad, el reconocimiento”¹. La fe acogida se hace cultura, es decir, constituye “la forma en que un grupo humano siente, piensa, vive y organiza la vida” (GS 53); el drama de nuestro tiempo es la ruptura “entre fe y cultura” (EN 20). El acompañamiento personal trata de ayudar, en lo profundo de la persona, a que el paso de Dios por la vida de los creyentes se facilite, sea reconocido, acogido y respondido adecuadamente. La mediación es la relación interpersonal entre acompañante y acompañado para sanear la persona, potenciar las posibilidades y facilitar la acción del Espíritu Santo.

La fe es educable porque la maduración de la misma requiera itinerarios educativos que armonicen las peculiaridades del sujeto, las circunstancias actuales, y el contenido de la revelación cristiana que se hace diálogo personal entre el creyente y la persona de Jesucristo. La Palabra de Dios, siempre «viva y eficaz», se dirige a cada persona para suscitar una respuesta que adentre al bautizado en el misterio del Dios trinitario. Dios Padre al revelarse se auto-comunica y el hombre es capacitado para participar de la vida que Dios gratuitamente le da. El diálogo se hace encuentro y relación interpersonal donde la escucha y la respuesta permanente van estructurando una relación de amor caracterizado por el desbordamiento gozoso y la disponibilidad.

La persona humana es una realidad compleja y el crecimiento humano depende de factores biológicos, psicológicos, intelectuales, relacionales, éticos y religiosos. Difícilmente podemos madurar sin formar parte de grupos educativos y sin la cercanía de personas con formación y experiencia que, sin suplantarnos, nos ayudan a caminar hacia las metas

¹ MARTÍN VELASCO J., *El malestar religioso de nuestra cultura*, San Pablo, Madrid, 1993.



propuestas. En la aventura apasionante que es la vida nos vemos condicionados -positiva o negativamente- por nuestro pasado, disponemos del presente con todos sus recursos, y estamos abiertos a un futuro sin escribir. El futuro depende, en gran manera, de cómo asumimos nuestra historia y ponemos en juego todas nuestras posibilidades; la toma de decisiones exige análisis, contraste y discernimiento. Alguien con «competencia experiencial» puede evitar equivocaciones y pérdida de posibilidades, no siempre subsanables; las decisiones serán siempre personales, pero deben tomarse teniendo en las manos todos los datos y claves para que sean lo más acertados posibles, y tengamos la certeza de que somos nosotros los que realmente estamos haciendo lo que, en el fondo, queremos. “El acompañamiento espiritual supone la recuperación de un «servicio» humano y de un «ministerio» eclesial insustituible. Ayudar a la persona a madurar y respetar la obra de Dios en cada uno exige mucho tacto, confianza mutua, encarnación en el tiempo que nos toca vivir y experiencia de Dios, que actúa de forma insospechada y desconcertante. Si el gran protagonista de la vida cristiana es el Espíritu, el modo de proceder del acompañante debe evitar todo paternalismo y autoritarismo y debe potenciar con el diálogo la interiorización y el discernimiento para encontrar «lo que agrada al Señor», que es el bien de los hermanos a través de múltiples modalidades”². Al recuperar la mediación pastoral del acompañamiento espiritual, estamos recuperando algo que hunde sus raíces en la Escritura y en la historia de la espiritualidad cristiana, tanto en oriente como en occidente.

0.2 El contexto sociocultural y la fe

En *Jóvenes españoles 2010*, confirmando lo ya constatado en los estudios anteriores: *Jóvenes 2000 y Religión* y *Jóvenes españoles 2005*, la religión sigue ocupando uno de los últimos lugares en una escala de valoración de las cosas más importantes para los jóvenes. Lo más valorado, como viene siendo habitual, es la familia, que muchos jóvenes consideran ya como diferente de la de sus padres, pero que aún sigue cumpliendo una serie de importantes funciones, sobre todo en estos tiempos de dificultades económicas. No obstante, la importancia de la religión experimenta un ligero repunte (3 puntos porcentuales) respecto a la valoración alcanzada el año 2005, aunque sin llegar a las cifras, algo más altas, de años anteriores.

Considerando el conjunto de la sociedad española, los datos son bastante parecidos, aunque algo más positivos que los de los jóvenes. En el estudio del CIS sobre la religiosidad de los españoles, realizado en 2008, la media de la importancia de la religión en su vida es de 5,03, en una escala de 0 a 10, mientras que la media para los jóvenes en 2010 es de 1,85 en una escala de 1 a 4. En el caso de los mayores, por tanto, la importancia de la religión está en la mitad de la escala, mientras que en los jóvenes está por debajo.

El dato de la baja importancia de la religión para los jóvenes hay que encuadrarlo en su contexto. Conviene no considerar estos datos en abstracto y no perder de vista la referencia de la sociedad y el momento en que se vive. Y es que el panorama social, referido a comportamientos y actitudes, no parece propicio para la religión desde hace años. Vivimos, como hace tiempo anunció Lipovetsky, la era del consumo masificado, en la que el objetivo principal en nuestras vidas parece ser conseguir un bienestar inmediato, que se identifica con el consumo. Para describir este hecho, Juan González-Anleo menciona a Mardones, para quien poseer y tener aparecen como realización de una vida plena, ya que «sin posesión no hay persona». Este estilo de vida consumista, focalizado en el disfrute, en el vivir al día, aquí y ahora, se observa especialmente en muchos jóvenes centrados en divertirse al máximo, en exprimir el tiempo de ocio, sobre todo los fines de semana. Los adolescentes actuales han crecido en tiempos de bonanza económica.

En este contexto es difícil que surja entre los jóvenes la inquietud por lo religioso. Muchos jóvenes en este tipo de sociedad utilitarista pueden preguntarse: ¿para qué sirve Dios?

² SASTRE J., *El acompañamiento espiritual*, San Pablo 1993, 11-12.



La religión para ellos no es importante, porque no es «práctica», porque no les resulta «útil» para conseguir su objetivo prioritario de satisfacción inmediata. De forma similar a como los jóvenes desprecian e ignoran la política, porque consideran que no les resuelve problemas, ignoran a Dios por parecerles inútil para su vida cotidiana, pues la religión no les proporciona nada inmediato, palpable.

Aún más, en ocasiones se ha presentado la religión como una traba para vivir libremente y disfrutar de la vida. Incluso hay quienes propagan eso (recordemos la «anécdota» de los «autobuses ateos» en Madrid³).

Estos datos manifiestan algunos **aspectos importantes** en lo referente a la fe de las nuevas generaciones:

- Algo importante ha fallado y está fallando en la transmisión de la fe en la familia, en la clase de religión y en los grupos parroquiales.
- Es necesario una reconstrucción de lo religioso por varias razones: bastantes adolescentes y jóvenes apenas reciben iniciación en la fe de sus padres oficialmente católicos; además, se está produciendo una «metamorfosis»⁴ en la manera de creer y de expresar la fe; y se ha generado una sensibilidad entre los creyentes de que se puede ser cristiano católico sin la mediación eclesial y sin el cumplimiento de sus normas.
- La resultante final es la reducción de lo religioso a lo subjetivo, sin sentido de pertenencia y la disolución del monoteísmo en una serie de trascendencias immanentes que expresan las aspiraciones humanas y éticas de los sujetos.

La recuperación del cristianismo evangélico articulado por la fe eclesial en el Dios de Jesús de Nazaret supone recuperar el «aspecto místico» de la fe cristiana y el compromiso con el Reino, es decir, con los pobres de la tierra. Estas dos propuestas se hacen como respuestas alternativas para salir de la crisis en que se encuentra la fe; no se lograrán sin una transmisión de la fe en clave comunitaria, de proceso, articulada por la conversión, formulada en clave de disponibilidad vocacional, con una metodología personalizadora, y con educadores de la fe con sentido integrador y no como meros intermediarios de contenidos.

0.3 Persona, afectividad y acompañamiento

La meta del acompañamiento consiste en “ayudar a una persona a desarrollar y a hacer efectivas sus posibilidades y capacidades, neutralizar sus defectos y suplir sus carencias, en orden a descubrir el tipo de actividad que mejor puede desarrollar, las relaciones que están más acordes con sus posibilidades. En definitiva, que vaya haciendo su vida en base a un proyecto conscientemente asumido o sentido inconscientemente”⁵. Al hablar de acompañamiento necesitamos partir de un concepto de la persona por dos razones: en primer lugar, el acompañamiento tiene como finalidad el desarrollo de todas las facetas de la persona a lo largo de su vida; en segundo lugar, la relación de ayuda en la que se articula el acompañamiento se estructura como encuentro interpersonal y diálogo en profundidad.

La persona consta de tres niveles interrelacionados: el nivel **psicobiológico**, el nivel **relacional** y el **trascendente**; cada uno de estos niveles tiene motivaciones propias. Su dinamismo produce conflictos que se resuelven en la búsqueda de un equilibrio interior caracterizado por el realismo en el conocimiento de uno mismo, la estabilidad emocional, la capacidad de adaptación gozosa y la fidelidad a las propias convicciones. “El peso que la vida, las personas y las relaciones van dejando en el ser humano, a lo largo de las etapas de

³ AA.VV, *Jóvenes españoles 2010*, Fundación Santa María, Madrid, 2010, 177- 179.

⁴ MARTÍN VELASCO J., *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*, Santander, Aquí y Ahora, Sal Terrae.

⁵ VALDERRÁBANO J.I., *El acompañamiento espiritual en la formación para la Vida Religiosa*, I.V.R., Madrid, 1983.



evolución psicológica, hace que éste se configure por la actitud de confianza y optimismo ante el futuro, o bien por la actitud de repliegue y temor ante todo lo que le trasciende. La experiencia de sentirnos incondicionalmente aceptados y queridos es decisiva para tener una relación afectiva con Dios. Muchos jóvenes viven la relación con Dios centrada en Jesús, modelo de creyente y ejemplo de persona comprometida por una causa. Se sienten más vinculados a la causa de Jesús que a su persona. Aquí es muy importante descubrir el absoluto de Dios en la persona y mensaje de Jesús para identificarse con los misterios de su vida y vincularse a Cristo resucitado, Señor de la historia. El evangelio de Juan puede ser de mucha ayuda en el camino de la relación afectiva con Dios a través de Jesús, que se manifiesta vinculado al Padre y a nosotros en unidad de amor y entrega⁶.

0.3.1 Las motivaciones

La vida humana en todas sus expresiones está apoyada en las motivaciones intencionales o no intencionales. Para que surja la motivación es necesario que algo sea percibido como valioso en sí mismo y en relación con la persona interesada. Las necesidades son las que impulsan a la acción, pero no la determinan, pues el ser humano puede elegir entre varias concreciones para satisfacer una misma necesidad. Hay modos concretos de responder a una necesidad que son incompatibles con el desarrollo humano y con los valores evangélicos. Cada persona deberá conocer y asumir sus impulsos y motivaciones y les pondrá nombre para poder integrarlas adecuadamente en el funcionamiento de su personalidad⁷.

Los valores se encuentran en las relaciones humanas; ahí es donde las personas se inician en el «aprendizaje» de nuevos valores, pues lo interpersonal ejerce un poderoso atractivo sobre las personas. Los valores permanecen invariables como metas existenciales, aunque las situaciones personales y ambientales cambien. Educativamente hablando, importa desarrollar la vinculación afectiva con el valor hasta sentirnos familiarizados con él al encontrar en los valores deseados la mayor expresión del talante de persona que queremos ser. Por su propia naturaleza los valores suelen ir vinculados a persona o grupos que encarnan de forma significativa en la historia lo que estos valores aportan en humanización. Este atractivo con rostro y proyecto produce una gran motivación en la persona, pues ve en los valores descubiertos los ideales que mejor facilitan la configuración y el desarrollo de la identidad personal. Los valores dan consistencia a la estructura moral de la persona y aseguran la coherencia interior de la misma así como su dinamismo existencial expresado en el compromiso con las causas de justicia y solidaridad. Los valores interiorizados permanecen en la medida que la persona, al vivirlos, se siente más libre, feliz y solidaria; al llegar a este punto, los valores se transforman en actitudes como modos estables de posicionarse ante los acontecimientos.

La imagen que tenemos de nosotros mismos, las metas que nos proponemos y la imagen que queremos presentar ante los demás constituyen el ideal del yo, que muchas veces tiene muy poco de realidad, pues configura el personaje más que construir la personalidad. Esta imagen debe entrar en crisis en algún momento para dar paso a un mejor conocimiento de sí mismo, que ponga en primer plano las ambigüedades y autoengaños, para poder trabajar desde dentro en el yo ideal con las capacidades humanas, con la gracia de Dios y con la ayuda de la personalización como método.

0.3.2 La afectividad

La afectividad humana es el reducto más profundo de la persona donde somos queridos incondicionalmente y desde donde tratamos de amar de la misma forma. Cada ser

⁶ SASTRE, op.cit., 42.

⁷ Cf. LÓPEZ A., *Claves antropológicas para el acompañamiento* en **Frontera Hegian**, 33 (1988).



humano encuentra en su vida personas, experiencias y proyectos que le seducen el corazón porque le manifiestan una manera nueva de amar, oblativa y universal, que al tiempo que le revelan lo que da sentido a su vida, le comprometen como el mejor camino, el único camino para ser feliz y amar a los demás. La Palabra de Dios, la persona de Jesús de Nazaret y el Reino son el camino para salir de los intereses egoístas e insolidarios y reestructurar la afectividad en clave de disponibilidad y entrega. En el acompañamiento “la tarea de personalizar la vida supone siempre la síntesis de contrarios, tales como: estima personal / autocrítica; pulsiones (agresividad / libido) / relaciones interpersonales; autonomía (ser uno mismo) / relaciones de cooperación; inmediatez en la satisfacción (ansiedad) / aplazamiento de metas (integrar la frustración); emotivismo (no hay objetividad) / capacidad de objetivar lo que se siente; falsa seguridad (no enfrentarse a los conflictos) / responsabilidad (afrontar los conflictos); autenticidad (tomar la vida en serio) / mentira (no asumir la vida como tarea); se impone el ambiente (no dirige la vida) / se busca el sentido de la vida; individualismo (ausencia de relaciones significativas) / vida de grupo desde las ideas, creencias y compromisos... Si los valores no se entroncan en los deseos y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores”⁸.

Los procesos de maduración personal avanzan a través de crisis que ponen en entredicho el equilibrio anterior y propician una nueva reestructuración. Cuando la persona percibe el desequilibrio entre lo que cree ser y la realidad que es, entra en una dinámica de verdad y de crecimiento⁹. No todas las personas reaccionan igual; las reacciones posibles, a las que el acompañante estará atento son las siguientes: tratar de olvidar la crisis, buscar en el exterior comprensión y solución, polarizarse en la imagen ideal del yo, abandonar el proceso y asumir el momento con paz y optimismo. Las pistas para acompañar adecuadamente este momento están a nivel profundo: lo pulsional inconsciente, el autoconocimiento, lo psicoafectivo y la relación con Dios.

La relación en el acompañamiento, al ser interpersonal, es afectiva, pues se comunican temas que pertenecen al ámbito de la intimidad personal. La “escucha atenta” produce en el acompañado la impresión de ser acogido, atendido y ayudado de manera personal y única. Todo esto propicia el que entre acompañante y acompañado se produzcan transferencias; «es un proceso en el que el acompañado, inconsciente o inapropiadamente desplaza sobre personas de su vida actual (director, terapeuta, acompañante...) modelos de conducta y reacciones emotivas que fueron originales en la relación con figuras significativas de su infancia»¹⁰. Las transferencias pueden ser positivas y negativas. “Las dos formas de transferencia pueden ser utilizadas por la resistencia del analizado para impedir el progreso en el tratamiento terapéutico: en la transferencia positiva porque el interés del analizado se centra en el que analiza y no en el tratamiento, y la transferencia negativa porque inhibe el desarrollo de las asociaciones libres que son la base del método”¹¹.

0.4 La fundamentación teológica del acompañamiento

0.4.1 Datos de la Escritura

Dios crea al hombre a «su imagen y semejanza», le constituye «señor de la creación» y camina con él en la historia. “Yahvé marchará delante de ti. Él estará contigo. No te dejará ni te abandonará. No temas ni te asustes” (Dt 31,8). Dios sale constantemente al encuentro del hombre, conoce el fondo del corazón humano (Sal 138), comprende las situaciones humanas y

⁸ SASTRE, op.cit., 47-48.

⁹ Cf. GARRIDO J., *Una espiritualidad para hoy*, San Pablo, 1988.

¹⁰ LÓPEZ, op.cit., 40.

¹¹ *Ibidem*, 41.



quiere ser padre (Dt 1, 31-33) Los enviados de Dios para cuidar al pueblo deben tener sus mismas actitudes (Jos 1,5; 6,16; 2 Sam. 9,7,9; Jer. 1,8.19). El hombre tiene ante sí todas sus responsabilidades y debe elegir entre dos caminos, el de la salvación o el de la perdición (Dt 30, 15-16). La experiencia de la liberación de la esclavitud de Egipto, la formación del pueblo de la Alianza y el camino hacia la tierra prometida son referencia fundamental para la fe del pueblo de Israel. Los profetas y los libros sapienciales, de distinta manera, tratan de iluminar, cuestionar y motivar a los israelitas para que permanezcan fieles en situaciones nuevas y difíciles.

La cercanía plena y definitiva de Dios para la humanidad se da en Jesús, la Palabra hecha carne “que ilumina a todo hombre” (Lc 19, 9). Jesucristo es el “camino, la verdad y la vida” (Jn 14,16) para encontrarse con el Padre y para desvelar el sentido último de lo humano (Jn 17, 22). El seguimiento de Jesús descrito en los Evangelios comienza por la conversión y la acogida de la Buena Noticia (Mc 1,15; Lc 13,5), continúa por el descubrimiento del don del Reino que relativiza todo lo que no es Dios y su justicia (Mc 10, 21; Lc. 9, 57-62; Jn. 15,16). Este recorrido «con Jesús» lo hace el grupo de discípulos a quienes el Maestro va revelando las entrañas misericordiosas del Padre, el sufrimiento del pobre, el pecado de la humanidad y el proyecto del hombre nuevo. La clave de la respuesta en el seguidor de Jesús está en las palabras de Pablo: “por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús” (Flp 3,12); el camino del discipulado no está exento de dificultades y requiere esfuerzo constante. “La pedagogía de Jesús une la fidelidad al proyecto salvador, la encarnación histórica y la paciencia con la lentitud de los apóstoles en comprender la novedad del Evangelio (cf. Mc 6,52; 7, 18, Lc. 24, 25-27)... Les promete y envía el Espíritu Santo que “os enseñará todo y os recordará lo que yo os he dicho” (Jn. 14, 25)”¹².

0.4.2 La pedagogía divina inspira el acompañamiento

La pedagogía de Dios en la historia de la salvación «debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe» (CT 58). “La Sagrada Escritura nos presenta a Dios como un padre misericordioso, un maestro, un sabio que toma a su cargo a la persona, individuo y comunidad en las condiciones en que se encuentra, la libera de los vínculos del mal, la atrae hacia sí con lazos de amor, la hace crecer progresiva y pacientemente hacia la madurez del hijo libre, fiel y obediente a su palabra” (DGC 139). La pedagogía de la fe se fundamenta en la Escritura, la tradición viva, el Magisterio, la liturgia y la vida cristiana; al mismo tiempo tiene en cuenta las aportaciones científicas de las ciencias humanas. La meta de la educación de la fe está en ayudar al catequizando a “entrar en comunión con la persona de Jesús” y por Él a adentrarse en el misterio trinitario. “En la escuela de Jesús Maestro, el catequista une estrechamente su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios” (DGC 138).

La historia de la salvación es un largo y progresivo camino en el que Dios va llevando al hombre a sentirse miembro de su pueblo, a vivir la Alianza con corazón renovado, y a abrirse a la esperanza mesiánica que culmina en el seguimiento de Jesucristo. Esta misma historia de encuentro, apertura y esperanza debe actualizarse creativamente en cada creyente. “Llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a la humanidad a su Hijo, Jesucristo. Él entregó al mundo el don supremo de la salvación, realizando su misión redentora a través de un proceso que continuaba la «pedagogía de Dios», con la perfección y la eficacia inherente a la novedad de su persona. Con las palabras, signos, obras de Jesús, a lo largo de toda su breve pero intensa vida, los discípulos tuvieron la experiencia directa de los rasgos fundamentales de la «pedagogía de Jesús» consignándolos después en los evangelios: la acogida del otro, en especial del pobre, del pequeño, del pecador como persona amada y buscada por Dios; el anuncio genuino del Reino de Dios como buena noticia de la verdad y de la misericordia del Padre; un estilo de amor tierno y fuerte que libera del mal y promueve la vida; la invitación

¹² SASTRE, op.cit., 19.



apremiante a un modo de vivir sostenido por la fe, en Dios, la esperanza en el Reino y la caridad hacia el prójimo; el empleo de todos los recursos propios de la comunicación interpersonal, como la palabra, el silencio, la metáfora, la imagen, el ejemplo y otros tantos signos, como era habitual en los profetas bíblicos. Invitando a los discípulos a seguirle totalmente y sin condiciones, Cristo les enseña la pedagogía de la fe en la medida en que comparten plenamente su misión y su destino” (DGC 140). Este texto hace una buena síntesis de la «pedagogía de Jesús» e incluye los elementos, el dinamismo y la finalidad que pretende el acompañamiento espiritual. La evangelización, la catequesis y la educación cristiana están al servicio de la realización plena de la persona; el acompañamiento espiritual también asume un carácter unificador y globalizador de la persona desde la perspectiva que le es propia. El acompañamiento tiene en cuenta las diferentes dimensiones de la vida cristiana en la vivencia del misterio de Cristo; en consecuencia, los dos polos referenciales, Dios y el creyente, deben llevar a acompañante y acompañado “a evitar toda contraposición, separación artificial o presunta neutralidad entre método y contenido, afirmando más bien su necesaria correlación e interacción. El catequista reconoce que el método está al servicio de la revelación y de la conversión, y por eso ha de servirse de él; y por otra parte sabe que el contenido de la catequesis no es indiferente a cualquier método” (DGC 149). La referencia para el acompañante es la «condescendencia» divina (DV 13) que adapta su pedagogía a nuestra «condición terrena».

0.4.3 Las aportaciones de la historia de la Iglesia

En las primeras comunidades encontramos personas que por su experiencia y ministerio ayudaban a caminar a los hermanos en la fe; Pablo es remitido a Ananías para que acompañe sus primeros pasos en la fe (cf. Heb 9,6- 19). Los evangelizadores de los comienzos de la Iglesia sienten el cuidado de las comunidades como un padre o una madre se preocupa de sus hijos (1 Tes 2,7. 11- 12; Heb 20, 30). En todos los casos se reconoce el protagonismo a la acción del Espíritu Santo. (Rom 8, 14) y se invita al creyente a examinarse para ver si avanza en el misterio de Cristo y de los “frutos del Espíritu” (cf. Gál 5,22).

Cuando Constantino declara el cristianismo como religión oficial del Imperio Romano, «entra la mediocridad en la Iglesia», pues muchos no convertidos son bautizados por múltiples razones. Algunos creyentes se sienten incómodos y buscan en otros modos de vida -eremitas y cenobitas- el seguimiento radical de Jesús tratando de imitar «la vida apostólica»¹³. En las iglesias orientales la guía espiritual se realiza entre maestros o padres y discípulos o hijos; la finalidad de este diálogo espiritual es ayudar al discípulo a colaborar lo más plenamente posible con la gracia de Dios y así se santifique. El desierto aparece como «locus» geográfico y espiritual para avanzar en la lucha contra el pecado, la oración, la penitencia y la paz interior.

En las iglesias occidentales la espiritualidad se fragua en los monasterios donde comunidades de creyentes buscan la perfección dando respuesta a los retos históricos. Con San Benito el superior de la comunidad, llamado «abad» (padre) ayuda a los monjes a mantener la primacía del amor a Dios, la vida en el Espíritu y la caridad fraterna. En la organización de la vida monástica se unen elementos espirituales, carismáticos y jurídicos. La espiritualidad resultante es sobria, práctica y con fundamentación teológica.

La institución del catecumenado en los primeros siglos se entendió como noviciado de la vida cristiana y fue para muchos catecúmenos una escuela de espiritualidad personal y comunitaria. Las catequesis mistagógicas ayudaron mucho en este aspecto. En la historia de la Iglesia han surgido corrientes y escuelas espirituales de gran riqueza; parten de un santo fundador o reformador; citemos a modo de ejemplo a S. Francisco, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, San Vicente Paúl, San Alfonso María de Ligorio, San Juan Bautista de la Salle, San Juan Bosco, C. Marmion, Carlos de Foucauld, L. Orione, G. Alberione, Teresa de Calcuta, etc.

¹³ MERCIER R., *Aspectos históricos de la dirección espiritual en Vida espiritual* 65 (1979) 15-21.



El Concilio de Trento al organizar la formación de los futuros sacerdotes, se preocupó por la espiritualidad. Las congregaciones de «clérigos regulares» son una buena muestra de ello. J. Oliver, del seminario de San Sulpicio (París) dice, que la práctica de la confesión no es suficiente para avanzar en la vida espiritual, pues se necesita el consejo y la ayuda de personas experimentadas en el camino de la santidad. En la edad moderna se denominó al sacerdote con las expresiones «curas de almas» y «padre espiritual». La extensión de la «dirección espiritual» facilitó la no-identificación de vida espiritual con la condición de religiosos/as. El Vaticano II en el documento sobre la formación sacerdotal, *Optatam totius*, pretende la unidad de acción de todos los que intervienen en la formación de los seminaristas y la personalización de la formación presbiteral con la colaboración activa de los candidatos al sacerdocio. El modelo clásico de la dirección espiritual entró en crisis por la nueva visión teológica espiritual y por la influencia de las ciencias humanas, así como por la situación de cambio vivida en los seminarios.

Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* anima a los sacerdotes a través del sacramento de la penitencia y del diálogo personal a orientar a los fieles en el seguimiento de Jesús y en los caminos del Evangelio con cercanía, iluminación, apoyo, discernimiento y disponibilidad.

El segundo Congreso Internacional de Vocaciones Eclesiásticas (Roma 1981) habla del acompañamiento como «un servicio de escucha, de misericordia y de esperanza»; Juan Pablo II define el acompañamiento como «escuela sistemática de vida interior» (Carta en el Año Internacional de la Juventud, 1985), y el congreso «Nuevas Vocaciones para una nueva Europa» (1997), trata específicamente el acompañamiento y el discernimiento en la pastoral vocacional; dice así: «un itinerario vocacional es, por tanto, y ante todo, camino con Él, el Señor de la vida, aquel «Jesús en persona», como anota con precisión Lucas, que se aproxima al camino del hombre, hace el mismo recorrido y entra en su historia. Pero los ojos de carne, a menudo, no lo saben reconocer, y, entonces, el caminar humano permanece solitario, y el conversar inútil, mientras que la búsqueda arriesga perpetuarse en un interminable y a veces narcisista «hacer experiencias» incluso vocacionales, sin ningún resultado definitivo. Quizá la primera tarea del acompañante vocacional es la de indicar la presencia de Otro, o de admitir la naturaleza relativa de la propia vecindad o del propio acompañamiento, para ser mediación de tal presencia, o itinerario hacia el descubrimiento del Dios que llama y se acerca a cada hombre» (n.34,a).

0.4.4 Teología Espiritual y acompañamiento

La teología espiritual es una reflexión sobre la praxis de la vida cristiana; la pastoral de la espiritualidad es el conjunto de acciones salvíficas que promueven la vida cristiana hasta su plenitud. La acción eclesial básica es la iniciación cristiana; el convertido comienza un camino bajo la acción del Espíritu Santo que alienta la vida teologal para que configure todo el obrar humano. «Se trata, entonces, de ayudar al recién convertido a conocer mejor a Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su misterio, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle... La comunión con Jesucristo, por su propia dinámica, implica al discípulo a unirse con todo aquello con lo que el propio Jesucristo estaba profundamente unido: con Dios, su Padre, que le había enviado al mundo y con el Espíritu Santo que le impulsaba a la misión; con la Iglesia, su Cuerpo, por la cual se entregó; con los hombres, sus hermanos, cuya muerte quiso compartir» (DGC 80-81). La meta del itinerario evangelizador es «una espiritualidad que integre la fe en la vida»; será posible si la fe en Jesucristo incide en los «criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (EN 20).

Esta transformación no es tarea humana ni esfuerzo personal; ante todo es abrirse a la novedad del amor de Dios revelado en Jesús, y responder positivamente al ofrecimiento gratuito que Dios nos hace: participar de su misma vida. Llegar a comprender que la espiritualidad cristiana se enraíza en el ser del hombre a la luz de la fe no es tarea fácil. ¿Cómo



aprender a vivir de la fe? ¿Cómo adentrarse en las experiencias estructuradoras de la vida cristiana? ¿Cómo saber alimentarse de las fuentes de la espiritualidad? En definitiva se trata de llegar a constatar lo que X. Zubiri dice de forma escueta pero precisa: "El hombre no es que tenga experiencia de Dios, es que el hombre es experiencia de Dios"¹⁵.

¿Qué significa e implica estar preparado para que el Espíritu Santo actúe? ¿Cuándo hay convergencia entre las propias actuaciones y el amor cristiano?... Estos interrogantes tratados por la teología espiritual son también los aspectos nucleares que hay que abordar, en sí mismos y debidamente conexiónados, en el acompañamiento personal. La referencia en el saber hacer está en la persona de Jesús y en cómo compartió con los discípulos su vida y misión (cf. Lc 10,17; 1Pe 2, 21-22) hasta hacer de ellos unos mistagogos (cfr. Mc 3,13-14). Muchas personas necesitan la mediación del acompañamiento aunque nunca lleguen a pedirlo explícitamente; desde la pastoral, y como Iglesia, necesitamos proponer de manera clara y práctica la mediación del acompañamiento, pues en ella se dilucida la conversión, el seguimiento, la vida teologal, el sentido eclesial de la fe, el compromiso con el Reino y el discernimiento vocacional.

Un soporte para el crecimiento espiritual es la formulación del **proyecto personal** de vida que se puede elaborar al comenzar cada curso y que se revisa periódicamente en las entrevistas con el acompañante. El proyecto de vida tiene la virtualidad de incluir muchos de los aspectos de la espiritualidad cristiana: el fundamento de la vida de fe, los dinamismos de la maduración de la fe y los medios ascéticos que se consideren adecuados para cada persona y en cada situación.

La espiritualidad está bastante ausente de muchos proyectos de pastoral con jóvenes y adultos; esta constatación explica también la poca demanda del acompañamiento. Siguen resonando las palabras de K. Rahner sobre el cristiano del futuro: «será un místico o no será un cristiano». El acompañamiento espiritual aborda, en la práctica, la tarea fundamental de la teología espiritual: cómo el dato revelado se hace experiencia fundante y estructurante en la vida de los creyentes y de las comunidades cristianas. El acompañamiento asume los ámbitos propios de la teología espiritual: la personalización del itinerario de la maduración de la fe, la configuración de la identidad cristiana y las vocaciones cristianas como discernimiento personal. La espiritualidad es «una forma concreta, movida por el Espíritu, de vivir el Evangelio»¹⁸; la teología de la liberación al haber subrayado al pobre como lugar hermenéutico, ha propiciado una comprensión distinta de algunos aspectos constitutivos de la espiritualidad¹⁹. Lo que sustenta la práctica y la teoría (teología) liberadora es una experiencia espiritual de encuentro con el Señor en los pobres. A este respecto son sugerentes los títulos de los capítulos del libro de G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*; sin duda, suponen un enriquecimiento en la formulación de la espiritualidad.

¹⁵ ZUBIRI X., *El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 1988⁴, 325.

¹⁸ GUTIÉRREZ G., *Teología de la liberación*, Sígueme, Salamanca, 1990, 244.

¹⁹ MACISSE C., *Liberación* en N.D.E, San Pablo, Madrid, 1991,1104.



I Elementos constitutivos del acompañamiento espiritual

1.1 Definición y tipos de acompañamiento

Los elementos que entran en juego en el acompañamiento nos ayudan a su definición. Por acompañamiento entendemos la *relación interpersonal entre acompañante y acompañado, siguiendo un método, para rastrear el paso de Dios por la vida del acompañado y propiciar por parte de éste la respuesta adecuada en orden a su propia realización como persona cristiana*. La relación de ayuda del acompañante al acompañado se entiende como **mediación de la acción del Espíritu Santo**. Según la situación de la persona que demanda orientación y de la cualificación del orientador, la relación de acompañamiento puede configurarse de tres formas distintas:

- **El acompañamiento ordinario:** Es el diálogo periódico que el animador de un grupo hace con cada uno de los componentes de su grupo. El objeto es comentar, de forma general y poco sistemática, cómo se sitúa el acompañado en los diferentes ámbitos de la vida (familia, estudios, amigos, tiempo libre, parroquia, compromisos, etc.). Se trata de pulsar si globalmente se camina, ver qué problemas existen y las posibles soluciones. Por la distancia de estos encuentros y su falta de sistematicidad en el procedimiento, no crean vinculación a la práctica del acompañamiento. Los catequizandos lo valoran positivamente, facilita el clima de confianza y permite al animador tener un conocimiento más preciso del grupo y de cada uno de sus componentes.
- **El acompañamiento sistemático:** Con el término sistemático nos referimos a un modo de acompañamiento que viene estructurado por dos elementos previos: las etapas del seguimiento de Jesús y la periodicidad en los encuentros entre el acompañante y el acompañado con una temática precisa que constituye el objeto de la comunicación. Lo que sistematiza el acompañamiento es la decisión de hacer la experiencia del seguimiento de Jesús, tal y como está en los Evangelios y la hicieron los apóstoles y las primeras comunidades. Supone una actitud de búsqueda, escucha, docilidad y apertura a la novedad que encierra la revelación de Dios y del hombre en Jesús de Nazaret. La salvación cristiana llega eficazmente a la persona cuando se abre a la experiencia de Dios Padre, a la comunión con los hermanos y al dinamismo del Reino. Esta apertura de horizontes y de plenitud de vida no es posible sin la "familiaridad" con Jesucristo y la docilidad al Espíritu Santo. El seguimiento de Jesús no es algo espontáneo o que dependa de la propia subjetividad; por el contrario, tiene un contenido objetivo que nos es manifestado por los que hicieron esta experiencia con Él mientras realizó en el mundo el proyecto salvador del Padre. Al mismo tiempo, el seguidor de Jesús necesita el ámbito grupal donde hacer con otros la experiencia del discipulado, y el contraste con el acompañante que procura asegurar la autenticidad de lo vivido.



- **El acompañamiento extraordinario:** Algunas personas pasan en algún momento de su existencia por situaciones psicológicas, morales o espirituales que requieren la ayuda del especialista en uno u otro campo. Por la especificidad de la situación y la temporalidad de la misma estas personas requieren una orientación técnica que desborda el ámbito de los dos modos de acompañamiento anteriormente expuestos. Cuando el acompañante percibe una situación que se le escapa, con mucha verdad y prontitud debe encaminar al acompañado al especialista que le pueda ayudar; en caso contrario, el acompañante puede perjudicar gravemente a la persona, además de asumir competencias que no le corresponden y para los que no está preparado.

1.2 Acompañar el crecimiento en la fe

La madurez cristiana es el final de un proceso en que el bautizado se va configurando con la persona de Jesucristo. Todo proceso requiere una edad apropiada, tiempo suficiente según el ritmo personal, y la ayuda de las mediaciones necesarias. "Vista como actitud, desde el ser humano, la fe es una opción fundamental y un proyecto total del hombre que, al asentar su vida en el Dios revelado en Jesucristo se descubre a sí mismo, a los otros y al mundo como realidades que tienen desde ese momento, un sentido pleno."²¹. El cristiano se sabe "imagen y semejanza" de Dios (Gn 1,27) e "imagen del Hijo" (Rom 9, 28); habiendo sido configurado con Jesucristo, toda su vida es una cooperación con la gracia de Dios para llegar a tener "los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (Flp 2, 5).

1.2.1 Aprender a vivir desde el don de Dios

El don de Dios es la autocomunicación trinitaria a la humanidad y a cada persona. Esta participación de la vida de Dios nos hace hijos de un mismo Padre, hermanos en Cristo y templos del Espíritu Santo. El descubrimiento experiencial del hombre nuevo nos permite superar las "obras de la carne" para dar los frutos del Espíritu (Gál 5, 19-23). El dinamismo básico de la vida del creyente está constituido por las virtudes teologales; se llega a vivir lo cotidiano desde la fe, la esperanza y el amor cuando se ha realizado una iniciación en clave de aprendizaje experiencial. La referencia obligada para recorrer este camino está en la persona de Jesucristo que nos ayuda a purificarnos de las "aficiones desordenadas" y nos lleva a conocer cuál es la voluntad del Padre.

El papel del acompañante consiste en ayudar al acompañado a abrirse a *la acción del Espíritu para que se vaya dando en él el cambio en la manera de pensar, de sentir y de actuar*. El crecimiento en la fe se manifiesta por el deseo creciente de "gustar" las cosas de Dios, y por un sentimiento interior de paz y gozo al ver con claridad que lo que Dios más desea es que sus hijos se realicen plenamente como tales.

1.2.2 Aspectos importantes que hay que acompañar

En esta clave, el acompañamiento debe procurar:

- La superación de la fragmentación y la dispersión por el descubrimiento de la unicidad del yo para poder encontrar el sentido de la vida y ser feliz.
- La distinción entre el bien y el mal, y el deseo de apostar por lo que, en conciencia, se ha descubierto como éticamente bueno.
- El horizonte que se percibe al situarse en la óptica de lo que significa "nacer de nuevo", vivir desde el don de Dios.

²¹ AA.VV., *La conversión* en NDC, San Pablo, Madrid, 1999, 961.



- La relación entre el sentirse hijo de Dios y el no dejarse esclavizar por nada ni por nadie, y así descubrir el sentido de la fraternidad humana desde la comunión trinitaria.
- El posicionamiento en el mundo cercano y lejano como “buen samaritano”, con entrañas misericordiosas y sin caer en fáciles justificaciones para no comprometerse con el necesitado.
- La pertenencia / referencia a la Iglesia como madre y maestra donde es posible vivir anticipadamente el misterio de comunión al que está llamada la humanidad entera.

1.2.3 Fe y conversión

La confesión de fe se hace desde un corazón convertido que ha puesto a Dios como el centro de su vida. Para llegar a este modo de creer es necesario descentrarse de uno mismo y confiar plenamente en Aquel que nos “ha amado primero”. Estas actitudes son las que permiten conocer verdaderamente a Aquel en quien se cree, acoger el Evangelio en totalidad y radicalidad, y superar las rupturas entre lo que se dice creer y la vida que se lleva. El proceso de conversión presenta varios itinerarios posibles²². El acompañante considerará la conversión como el elemento básico para la configuración de la identidad cristiana; de ella dependen otras experiencias estructurantes de la madurez de la fe, tales como la vivencia comunitaria de la fe, el compromiso con el Reino y la disponibilidad vocacional. Las palabras de Jesús al comenzar su vida pública “convertios y creed la Buena Noticia” (Mc 1,15) dan una clave fundamental en el camino de la conversión: lo primero es la confianza en Dios y el cambio de vida para que la mente y el corazón se puedan abrir al Evangelio. La experiencia de conversión permite comprobar personalmente el “plus” de sentido que la fe aporta a la existencia humana.

El acompañante estará muy atento a lo que obstaculiza la conversión ya sea en el momento inicial o a lo largo del proceso. El convertido tiene claro, en la mente y en la voluntad, la decisión de avanzar por un camino nuevo; con todo, con frecuencia constata que los comportamientos del “hombre viejo”, que creía superados, siguen haciéndose presentes. Esto indica que las resistencias a la conversión son de índole afectiva, y que los hábitos negativos cultivados durante el pasado necesitan tiempo para ser reemplazados por otros nuevos. La perseverancia en el camino iniciado es indispensable para llegar a la meta propuesta. También estará atento el acompañante a las dudas de fondo que se presentan en el recién convertido: cómo armonizar la fe dogmática, los valores evangélicos y la referencia eclesial con la propia autonomía. La adecuada solución de estas dificultades es la base de una fe madura y adulta, pues el acto de fe se hace con toda la persona y toda la vida, desde lo profundo del yo²³.

1.2.4 La relación entre los aspectos constitutivos de la fe

Nos referimos al “ser en Cristo”, “ser en Iglesia” y “ser en el mundo”. La íntima conexión entre estos tres aspectos viene del descubrimiento de que lo que les fundamenta es la vida trinitaria y la pertenencia a la Iglesia como sacramento universal de salvación (LG 1) y continuadora de la misión de Jesucristo (AG 2). El acompañante cuidará especialmente que el acompañado asuma los siguientes aspectos referentes a la relación de los tres aspectos constitutivos:

²² VERGOTE A., *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid, 1975³, 279-285.

²³ *Ibidem*, cap. V.



- ❖ **La necesaria mediación de la Iglesia** por la naturaleza sacramental de la salvación cristiana. La Iglesia es y se realiza como comunión y misión porque tiene su razón de ser en el misterio trinitario.
- ❖ **La fe madura tiene una configuración vocacional.** «El ser laico / a, religioso / a o presbítero es la necesaria concreción de la vocación bautismal que se plenifica en la confirmación y sacramentaliza todas sus dimensiones en la mesa eucarística. El compromiso cristiano tiene dos características muy importantes: se vive desde la identidad cristiana que es la participación en el ser y vivir de Cristo; y es vocacional ya que afecta a todas las facetas de la persona y de la existencia. Por eso mismo, no se puede presentar como una actividad que se hace a se deja de hacer según la situación personal. La entrega a los hermanos y la opción por los pobres se fundamenta en la gratuidad de la filiación que nos hace hermanos, y no en nuestras decisiones, por arriesgados y significativos que sean, que siempre lo serán poco con relación a la entrega obediencial de Jesús a la voluntad del Padre»²⁴.

1.2.5 La constatación del valor humanizador de la fe

Los seres humanos incorporamos valores a nuestras vidas cuando percibimos que nos humanizan, nos hacen más solidarios y nos ayudan a sentirnos más felices. La permanencia en el camino iniciado depende, en gran medida, de que se pueda confirmar la positividad del mismo, aunque la meta permanezca todavía lejana. El seguimiento de Jesús asume esta condición, pues el afianzamiento en la fe viene condicionado por la comprobación de su valor humanizador. El creyente tiene que sentir que su mundo interior se desarrolla y se consolida, que la fe no es una superestructura que se impone. Este supuesto exige una pedagogía de la educación de la fe que sea personalizadora. El modelo educativo que se apoya, sobre todo, en ideales, motivaciones y contenidos, pero olvida la problemática de cada persona -que crece desde dentro y poco a poco- puede terminar siendo perjudicial, pues lo cristiano se ha situado más como un añadido conceptual y normativo que algo estructurante de la personalidad desde lo afectivo. El ser humano tiene estructura dinámica y ésta se desarrolla por la interacción de la conciencia, la intersubjetividad, la praxis transformadora, el contexto socio- cultural y el mundo simbólico. Desde estas instancias el catecúmeno puede ir creciendo en la capacidad de objetivar la realidad, de proyectar la vida con otros y de fundamentar la existencia.

1.3 Articulación del acompañamiento espiritual

La articulación de cualquier mediación pastoral requiere tener muy claros el punto de partida y el punto de llegada. En el acompañamiento espiritual el punto de partida es la llamada personal a la santidad que Dios hace a cada persona en su situación concreta; el punto de llegada es la madurez cristiana como “plenitud” en Cristo” (Ef 4,13). *¿Cómo acompañar a otros al encuentro con Dios Padre en el seguimiento de Cristo y por la disponibilidad a la acción del Espíritu Santo?...* El que dirige la vida espiritual de los creyentes es el Espíritu Santo; el acompañante trata de ser un instrumento válido en el encuentro interpersonal entre Dios y el hombre que quiere comenzar en el camino de la vida interior. El creyente actual es muy consciente de su dignidad, valora la autonomía humana, entiende la autoridad como servicio y toma como referente fundamental el Evangelio. También es más o menos consciente de las dificultades que se derivan del “ambiente socio-cultural” en el que estamos: la fragmentación del sentido de la vida, la ausencia de utopías, el predominio de los intereses egoístas, un concepto de libertad un tanto insolidario, la discontinuidad entre los valores finalistas y los

²⁴ SASTRE J., *Algunas claves para una pastoral renovada del sacramento de la Confirmación en Teología y Catequesis* 74 (2000) 65.



valores instrumentales, la proyección en lo cercano y concreto, la falta de constancia y esperanza, el pensamiento débil, etc...

1.3.1 La misión del acompañante

Lo específico de la misión del acompañante consiste en ser testigo del paso de Dios por la vida del creyente, facilitar el encuentro salvador y comprobar con el acompañado la veracidad del mismo. «El papel del padre espiritual supone la fe en los medios sobrenaturales, una doctrina, una misión pastoral que no siempre puede estar prisionera de una “benévola neutralidad”, y su función va dirigida, más que a personas que se encuentran en una situación especial de desorientación o de perturbación, a los que buscan ayuda para desarrollar plenamente su personalidad cristiana»²⁶. El acompañante necesita competencia experiencial, formación espiritual y habilidad pedagógica:

- **Competencia experiencial:** Sólo se puede acompañar a otros quien haya recorrido primero el camino que pretende orientar; no se trata de repetir la andadura, sino de alentar las experiencias fundamentales que permiten recorrer, de forma personal e insustituible, el camino por el que Dios quiere llevar a cada uno. La competencia experiencial se compone de fe madura, autenticidad, docilidad al Espíritu Santo y síntesis entre la autonomía personal y el asentimiento propio del acto de fe. La personalidad del acompañamiento debe reflejar la armonía interna a la que se llega por una buena relación consigo mismo, el conocimiento de sus limitaciones y la facilidad para entrar en comunicación profunda con otras personas sin estar movido por intereses ni ocultamientos. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros es porque son testigos» [Pablo VI, Ecclesia 34 (1974) 1345].
- **Formación espiritual:** La mediación eclesial del acompañamiento es una tarea pastoral específica, y como tal requiere una formación apropiada. El acompañante necesita formación sistemática en todos los campos de la teología espiritual, la psicología humana, el “discernimiento de espíritus” y la pedagogía de la personalización de la fe. Esta formación básica permite al acompañante acertar en su ministerio, y hacer que éste sea de gran ayuda para reformular lo aprendido y mejorar la práctica. Nadie puede acompañar en verdad a otros sino ha sido y es él mismo acompañado en la vivencia de la fe desde la vocación cristiana que tenga. La formación permanente en este campo, y el intercambio de experiencias con otros acompañantes completa la propuesta formativa.
- **Habilidad pedagógica:** Educar significa ayudar al educando a que desarrolle lo más posible todas sus posibilidades personales. Lo educativo se desarrolla como un proceso gradual e integrador desde el valor que se considere como central; para los creyentes el principio que globaliza, centra y da unidad a la vida del cristiano es la persona de Jesucristo. Se educa más por lo que se es que por lo que se dice o se hace; en consecuencia, la coherencia entre el mundo interior y el mundo exterior en el acompañante es lo que tiene más influencia educativa, y lo que puede facilitar en el acompañado una mayor confianza en la comunicación. El acompañante convencido y transparente ayuda a que el acompañado pueda comprobar cómo las “ideas” se hacen realidad en lo concreto. El “saber hacer” del acompañante implica la relación de empatía con el acompañado; la aceptación incondicional de la otra persona, a la que aprecia de corazón y quiere ayudar, es la condición humana básica para que el

²⁶ MERCATALLI A., *Padre espiritual* en N.D.E, op.cit., 1445.



acompañado se sienta motivado a cambiar y mejorar. La calidez en la relación de ayuda no significa que los contenidos tratados se vacíen o que las exigencias evangélicas disminuyan; todo lo contrario, desde una relación empática hay la suficiente cercanía y el adecuado distanciamiento como para traducir y concretar lo que Dios pide, sin desvirtuar sus propuestas.

1.3.2 Actitudes del acompañado

La interacción que supone el acompañamiento exige al acompañado el conocimiento y la aceptación de las “reglas de juego” propias de la relación de ayuda: *de qué se trata en el acompañamiento, cómo funciona, la confianza en el acompañante y el respeto de lo convenido*. El cumplimiento de estas pautas de funcionamiento tiene mucho que ver con la decisión firme del acompañado de buscar ayuda y con la autoridad moral del acompañante. Cuando lo uno no está claro, y lo otro no está lo suficientemente aceptado, el acompañamiento espiritual puede quedar reducido a confidencias esporádicas en momentos especialmente emotivos, en los que las persona quieren ser escuchadas y recibir algunas “recetas” para solucionar rápidamente sus dificultades. El acompañado necesita fiarse de la persona que le orienta, así como el llevar a la práctica, con constancia y creatividad, aquello que conjuntamente han visto como lo mejor para solucionar problemas y/o avanzar en la maduración de la identidad cristiana.

1.3.3 La entrevista personal

Es el cauce normal y principal por el que transcurre la relación de ayuda en el acompañamiento personal. Lo primero es que la persona que busca ser escuchada y ayudada se sienta acogida en su situación; sólo quien se siente incondicionalmente aceptado comunica la profundidad de sus vivencias. «La escucha atenta por parte del acompañante ayuda al acompañado a escucharse a sí mismo y a Dios en las situaciones concretas que vive; esta experiencia da unidad a la vida personal, al tiempo que la clarifica»²⁷. La escucha atenta es previa al diálogo en el que a través de la interrogación, el apoyo afectivo y las claves interpretadoras se puede ayudar al acompañado a que vea con más claridad su situación, la pueda reestructurar, y encontrar los medios adecuados para solucionar lo negativo o avanzar en lo positivo. La comunicación del acompañante se facilita con la técnica de la entrevista semidirigida; ésta consiste en que el acompañado dispone de un instrumento (cuestionario, esquema, texto, etc.) con el que prepara la entrevista. El traer algo previamente elaborado da al acompañado cierta seguridad en la comunicación y más objetividad a lo comunicado. Al ser una entrevista semidirigida, lo preparado no agota la comunicación; por el contrario, es la base que permite abordar otros temas con total libertad, ya sea porque se relacionan con lo preparado o porque se aprovecha el ámbito de la relación de ayuda para abordar otras cuestiones personales. «Al terminar una entrevista debe fijarse con flexibilidad la fecha de la siguiente y deben proponerse las tareas concretas y prácticas como conclusión de la relación de ayuda. La siguiente entrevista comenzará por el comentario del resultado conseguido en la práctica de lo propuesto»²⁸. En la entrevista personal el acompañante debe estar muy atento y pendiente de lo que ocurre en el interior de la persona a la que acompaña para poder ayudarle iluminando su vida cotidiana con la Palabra de Dios, y desde ahí propiciar el encuentro con Dios que lleva a la conversión del corazón, a la apertura a la acción del Espíritu y, en definitiva, al crecimiento del “hombre espiritual”. La percepción lo más exacta posible de la situación de la persona a la que se acompaña lleva a respetar el ritmo personal y al apoyo afectivo, en la medida que se necesite, en las crisis y dificultades. En la doble fidelidad, a Dios y a la persona concreta, el acompañante no debe posicionarse nunca en una cultivada neutralidad, pues la persona de Jesús siempre está más arriba, más adelante y más abajo de nuestra situación, por

²⁷ SASTRE J., *El acompañamiento espiritual*, op.cit., 84

²⁸ *Ibidem*, 84.



difícil que sea; la presencia del Señor resucitado nos permite caminar con “luz en los ojos y fuerza en el corazón” (Col 1,17-18).

Si el acompañamiento busca el encuentro con Dios y facilita el paso salvador de Dios por la vida de quien se abre en confianza a su acción salvadora, el cuestionamiento es intrínseco a este diálogo. Se trata de un diálogo de amor en el que Jesús de Nazaret, con toda su novedad, nos desborda y cuestiona para que vayamos “más allá” de nuestras previsiones y seguridades. Como el diálogo se refiere a la persona, a la vida y al futuro, las preguntas que surgen son existenciales y sólo se pueden responder con el corazón. Más aún, estos interrogantes se oyen cuando uno se acerca adecuadamente a ellos; hay toda una propedéutica para que las grandes cuestiones del sentido de la vida puedan aflorar haciéndose evidentes y pidiendo respuestas adecuadas.

1.3.4 Los contenidos del acompañamiento

En el diálogo espiritual el gran tema es la persona, la vida y lo cotidiano cuando se vive desde la fe, la esperanza y el amor; es decir, la vida teologal como principio estructurante de lo humano. «Esta maduración comprende ineludiblemente la experiencia de Dios, el descubrimiento de la comunidad, la formación de la conciencia moral, el compromiso social y la llamada vocacional»²⁹. Al intentar vivir en lo cotidiano el seguimiento de Jesús de forma coherente y sistemática aparecen los contenidos del acompañamiento que enunciamos desde diferentes ópticas:

- ❖ **Etapas del seguimiento de Jesús:** El seguimiento de Jesús busca la comunión con la persona de Jesús y todo lo que ella conlleva: el mensaje, las actitudes y el proyecto. El seguimiento ayuda a adentrarse en él “conocimiento interior” de aquel que nos “ha amado primero” Las etapas son: ¿qué busco en la vida?; ¿quién soy yo?; ordenar la propia vida desde Dios; ¿qué tengo que hacer?; dejarse escoger por Cristo junto a otros discípulos; la llamada al Reino; “sin Mí no podéis hacer nada”; la llamada concreta para mí; la prueba está en el camino, y reunirse (comunidad) para dispersarse (construir el Reino). El acompañante puede saber la hondura con que el acompañado va recorriendo las etapas del seguimiento a través de una serie de pautas experienciales³¹; las fundamentales son: el convencimiento de hacer juntos el camino, el sentimiento gozoso de que Dios se hace presente, el descubrimiento de las contradicciones propias del hombre, el avance en libertad interior e integración afectiva, el reconocimiento de la interpelación de Dios en los acontecimientos (signos de los tiempos), el crecimiento en disponibilidad y la vida configurada por la comunidad para el Reino. La integración afectiva de Dios en lo cotidiano se traduce en una mayor facilidad para expresar sentimientos, la superación de comportamientos sexuales inmaduros, el no quedarse en lo justo y legítimo, la apertura a la gratuidad evangélica, el gusto por el silencio y la introspección, el reconocimiento de los autoengaños, y la sensibilidad ante situaciones de injusticia.
- ❖ **Contenidos (temas) del acompañamiento.** En la vida cristiana hay una serie de aspectos que tienen un carácter estructurante del conjunto de la personalidad, y constituyen la “urdimbre” en la que se enlazan otros aspectos secundarios de la existencia. Aunque son cuestiones experienciales se pueden tematizar para una mejor comprensión en el tratamiento educativo. Proponemos los siguientes: los rasgos de madurez, los centros de interés, el estilo de vida, la relación fe- vida, la relación fe- cultura, la imagen / experiencia de Dios, lo personal y lo social, la actitud de

²⁹ *Ibidem*, 85.

³¹ Cf. Revista **Sal Terrae**, 863 (1985).

© Fr. Miguel de la Mata Merayo



disponibilidad, la maduración comunitaria, la educación de la afectividad y de la sexualidad, la presencia y el compromiso, la vivencia sacramental, el proyecto de vida, los valores vocacionales específicos, y las dificultades en cada etapa del seguimiento. Desde la óptica pedagógica, conviene secuenciar cada uno de estos temas en diez o doce enunciados breves que vayan de lo negativo a lo más positivo; de esta manera se facilita el autopoicionamiento de la persona orientada, se ven las etapas del camino, y se pueden proponer tareas concretas y adecuadas³². El orientador necesita pistar para ver en qué medida la persona orientada va interiorizando lo que va descubriendo. Para que un valor se interiorice y llegue al núcleo de lo afectivo es necesario que la persona lo acepte libremente, aprecie los efectos humanizadores del valor para uno mismo y para la humanidad, practique este valor en situaciones nuevas y conflictivas, constate que el valor interiorizado le hace más feliz, haga publicidad de lo que vive, se implique en proyectos que encarnan el valor, y recree el valor asumido según las circunstancias y peculiaridades personales.

1.3.5 Medios que dinamizan el acompañamiento

El objetivo del acompañamiento es la maduración integral de la persona creyente; sabemos que esto no se consigue de repente, pues se requiere tiempo y medios. Nos vamos a referir a los tres medios más significativos; el proyecto de vida, el grupo cristiano y los encuentros de fe:

- ✓ **El proyecto personal:** Es un instrumento pedagógico necesario por la complejidad del día a día, los ritmos en las grandes ciudades y la condición humana inclinada al olvido y al mínimo esfuerzo. El proyecto personal da unidad al conjunto de la vida, posibilita el que uno dirija su existencia, evita que lo urgente prime sobre lo importante y nos recuerda los medios para conseguir las metas propuestas. El proyecto recoge la fundamentación teológica de la vida del cristiano, los ámbitos donde transcurre lo cotidiano y los medios que se quieren practicar (tiempos de oración, celebración de los sacramentos, formación espiritual, actitudes que se van a potenciar, defectos que se van a combatir, compromisos, revisiones, etc.), y los objetivos a corto y medio plazo que se pretenden alcanzar. Los adolescentes y jóvenes necesitan motivación para hacer el proyecto, así como un guión explicado y la evaluación periódica con el acompañante. El argumento que revalida la importancia del proyecto personal es que los interesados puedan comprobar que ayuda a que su vida tenga más unidad y calidad.
- ✓ **El grupo cristiano:** Los grupos de profundización en la fe determinan cada año los temas de sus reuniones y encuentros según la etapa del itinerario evangelizador en que se encuentren y los intereses de sus participantes. Puede parecer que los grupos caminan al unísono, pero lo cierto es que cada uno de sus componentes tiene un ritmo personal que condiciona la asimilación de lo que se comparte en el grupo. El acompañamiento ayuda eficazmente a la personalización de lo tratado grupalmente; al mismo tiempo, todo lo que individualmente se vaya pasando por el corazón repercutirá en bien del grupo. No se trata, por tanto, de contraponer atención personal y grupo ni de proponer uno u otro de forma alternativa; por el contrario, el grupo y el acompañamiento personal se requieren mutuamente y se complementan.
- ✓ **Los encuentros de fe.** Con el término encuentro nos referimos a las reuniones periódicas, con duración de varios días, en las que se abordan aspectos nucleares de la fe. El término convivencia no refleja bien a lo que nos referimos y debería quedar

³² SASTRE, *El acompañamiento espiritual*, op.cit., 75-87 y 179-210.



reservado para preadolescentes y adolescentes; para los jóvenes y adultos preferimos, evidentemente, el término encuentro o el clásico de retiro espiritual. El estilo de encuentro que se ha ido imponiendo en la etapa postconciliar ha sido el estrictamente grupal y en clave de dinámica de grupos. Sin negar los aspectos valiosos que esto tiene, pensamos que los encuentros de grupos cristianos deben configurarse en la línea de la personalización, y dar más prioridad y tiempo al silencio, la oración y el diálogo personal con los acompañantes. Sin obviar el que los encuentros son experiencia de grupo, creemos que básicamente deben ser ámbito donde las personas tengan experiencia profunda de fe, que necesariamente repercutirá en los otros componentes del grupo. Las exigencias de la personalización de la fe suponen encuentros no muy numerosos y atendidos por un equipo de personas que posibilite el diálogo personal a diario.

1.4 El acompañamiento vocacional

Un aspecto nuclear del acompañamiento es el discernimiento vocacional; es tan importante que de alguna manera lo vocacional orienta y finaliza toda relación de ayuda. La búsqueda de la voluntad de Dios es personal y concreta para cada creyente. Necesariamente el bautismo y la confirmación germinan en la vocación de laico / a, presbítero, religioso / a, o consagrado / a en algún instituto secular.

Jesús de Nazaret es el “gran discernidor”, pues nadie como Él, en su caminar histórico, buscó y realizó la voluntad del Padre hasta la entrega de su vida para la salvación de todos. El mismo enseñó a los apóstoles a discernir, y así lo reflejan los evangelios y los otros escritos neotestamentarios. El acompañamiento espiritual como “escuela sistemática de vida interior” (Juan Pablo II) enseña a discernir adecuadamente y pone en práctica lo aprendido. Ahora bien, no desde cualquier situación se puede hacer el discernimiento cristiano; sólo un corazón purificado y abierto al Espíritu Santo puede discernir adecuadamente.

1.4.1 Actitudes necesarias para el discernimiento

- **Distinguir** con claridad entre el bien y el mal ético y **estar afectivamente vinculado al bien.**
- **“Libertad interior”** para ser sensibles a las cosas de Dios y saborear su presencia y su Palabra.
- Saber que nos movemos en el ámbito de la gracia y que hay que **pedir con humildad e insistencia lo que se desea alcanzar.**
- **La actitud de indiferencia** a lo que no es Dios y su Reino para poder ser diferente a lo que Dios nos pida. Esta relativización no es desprecio de lo humano, sino esfuerzo para situar cada cosa en su sitio.
- **Claridad en el fin de la existencia humana:** “mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios Nuestro Señor y salvación de mi alma” (San Ignacio, EE. nº 169). En relación a este fin y para su mejor consecución está la elección de los medios; y no al revés como con frecuencia hacemos.
- Analizar lo que pasa en nuestro interior al situarnos ante los misterios de la vida de Jesús, su mensaje y su causa en **actitud de acogida y disponibilidad.**

1.4.2 La pedagogía del acompañamiento vocacional

«La buena noticia, el Evangelio, es precisamente ésta: el Padre ha llamado al hombre por medio del Hijo en el Espíritu; lo ha llamado no sólo a la vida, sino a la redención; y no solo a una redención merecida por otros, sino a una redención que lo compromete en primera persona, haciéndolo responsable de la salvación de otros [...] Tales aspectos abren perspectivas importantes a quien trabaja en la pastoral de las vocaciones y es llamado, por



esta razón, a ser no sólo animador vocacional, sino, primero de todo, **sembrador** de la buena semilla de la vocación, y después, **acompañador** en el camino que lleva el corazón a “arder”, **educador** en la fe y a la escuela de Dios que llama, **formador** de las actitudes humanas y cristianas de respuesta a la llamada de Dios, y, en fin, **discernidor** de la existencia del don que viene de lo alto»³³. En este texto tenemos los términos que constituyen el “ministerio vocacional” que se resuelve en el diálogo entre Dios y el hombre; Dios toma la iniciativa y habla, desde lo hondo de la libertad humana, llamando al hombre a acoger gozosamente el don que se le entrega para que haga de su vida una entrega a favor de los más necesitados de salvación. Para que el itinerario vocacional avance adecuadamente, el acompañante:

- Ayudará al acompañado a **reconocer la “presencia del Otro”** que toma la iniciativa en la vida del acompañado.
- **Asumirá el rol adecuado** «El estilo comunicativo típico del acompañamiento vocacional no es ni el didáctico o exhortativo, ni tampoco el de amistad, por un lado, o, por el otro, el del director espiritual (entendido éste como quien imprime inmediatamente una dirección precisa a la vida del otro), sino que es el papel, de la **confessio fidei** (confesión de fe)»³⁴. Es la experiencia de Jesús que llamó a los discípulos para que estuvieran con Él y en esa familiaridad descubrieran “el tesoro escondido”.
- Facilitará el que el acompañado se conozca adecuadamente para que supere miedos, inseguridades, dobles miras, limitaciones y autoengaños. En caso contrario, la vocación no llegará a madurar. Este conocimiento se hace a la luz del misterio de Dios manifestado en Jesucristo. **Este conocimiento de uno mismo termina en la oración de in-vocación.** «Educar quiere decir *e-vocar la verdad del yo*. Dicha evocación nace precisamente de la in- vocación orante, de una oración que es más oración de confianza que de petición, oración como admiración y gratitud; pero también como lucha y tensión, como “vaciado” de las propias ambiciones para acoger esperanzas, peticiones, deseos del Otro: del Padre que en el Hijo puede indicar al que busca el camino a seguir»³⁵.
- Mostrará la relación profunda entre la fe en la persona de Jesús y el sentirse uno mismo como discípulo. «Y cuando el acto de fe logra conjugar el “reconocimiento cristológico” con el “auto-reconocimiento antropológico”, la semilla de la vocación está ya madura, mejor todavía, está ya floreciendo»³⁶.

1.4.3 Los criterios del discernimiento vocacional

El documento *Nuevas Vocaciones para una nueva Europa* da en sus últimas páginas una serie de criterios de discernimiento en relación a cuatro apartados: la *apertura al misterio*, la *identidad en la vocación*, *proyecto vocacional rico de memoria creyente* (unidad entre pasado y presente) y la *docilidad vocacional*. El acompañante vocacional encontrará en la naturaleza y misión de cada una de las vocaciones la “guía más segura y el estímulo más incisivo” (PDV 11)

³³ OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, CUADERNOS CONFER, Madrid, 1997, n. 31-32.

³⁴ *Ibidem*, n. 34.

³⁵ *Ibidem*, n. 35.

³⁶ *Ibidem*, n. 36.



para la pastoral vocacional. Haciendo una síntesis de estos criterios señalamos los siguientes³⁷:

- **“La apertura al misterio”**: Significa la disposición interior a dejar hacer a Dios en la propia vida, en actitud gozosa y confiada, y desde ahí integrar de forma sana los elementos opuestos que aparecen en el dinamismo de lo psicológico, lo humano, lo moral y lo espiritual. La apertura a lo trascendente y la armonización dialéctica ayudan a crecer en gratitud y entrega desde el descubrimiento del amor de Dios, primero y desbordante, que fundamenta la existencia.
- **“La identidad en la vocación”**: El descubrimiento de lo que realmente puede unificar los diferentes niveles de la persona y los distintos ámbitos de la vida: el ser persona en clave de hijo y hermano como el mayor don que Dios nos ha regalado. La vocación es el proyecto que Dios tiene para que cada uno desarrolle todas sus capacidades. La respuesta vocacional debe ser un sí que implique a toda la persona, y dada con un convencimiento racional y afectivo que lleve a poner la vida al servicio de los demás.
- **“La relación entre pasado y presente”**: La relectura de fe de la propia historia, con sus luces y sombras, es invitación a poner la vida en Dios como “principio y fundamento”; y desde la experiencia del perdón, que libera y da la gracia, fundamentar la edificación del hombre nuevo. Para llegar a esta situación es necesario sanar heridas, superar complejos y purificar motivaciones espúreas; en algunos casos se necesitará la ayuda de un profesional de la psicología que sea creyente.
- **“La docibilitas vocacional”**: Consiste en la disposición interior para dejarse orientar por la persona que acompaña en todos los aspectos que el discernimiento vocacional va requiriendo. El documento aludido pide especial atención al área afectivo-sexual. Es importante que el joven demuestre que puede adquirir dos certezas que hacen a la persona *libre afectivamente*, o sea, la certeza que viene de la experiencia de *haber sido ya amado* y la certeza, siempre por la experiencia, de saber amar. En concreto, el joven debería mostrar el equilibrio humano que le permite saber estar en pie por sí mismo, debería poseer la seguridad y autonomía que le faciliten la relación social y la amistad cordial, y el sentido de responsabilidad, que le permita vivir como adulto la misma relación social, libre de dar y de recibir. El acompañamiento ayudará al acompañado a ver dónde está el origen de sus inmadureces afectivo- sexuales; esto depende de la situación psicoevolutiva de la persona, del contexto en que ha vivido y de sus habituaciones en el pasado. Otro aspecto importante consiste en ver en qué medida el acompañado siente sus fallos como algo que no desea y hace lo posible por evitarlo; esto da idea de la mayor o menor repercusión que estos fallos tienen en la vida de la persona. La afectividad sana e integrada es indispensable para que la decisión que supone la vocación se haga con un corazón indiviso y pueda tener consistencia a pesar de las dificultades que se vayan presentando.

1.4.4 Los “autoengaños” en el proceso de maduración vocacional

En la maduración de la identidad cristiana aparecen problemas que ponen en crisis el proceso. Al solucionar estas situaciones surgen los llamados “autoengaños” que son justificaciones poco evangélicas para no seguir avanzando en radicalidad en el seguimiento de Jesús; la persona que las padece, no es consciente, en muchas ocasiones, de que se está justificando. En este sentido, la ayuda del acompañante es básica para clarificar la situación, reformular lo que está pasando y seguir avanzando. Algunos de estos “autoengaños”,

³⁷ *Ibidem*, n. 37.



contrastados por la praxis del acompañamiento espiritual serían³⁸: entender la radicalidad evangélica como algo optativo, buscar la claridad intelectual plena antes de tomar decisiones, prescindir de aspectos significativos de la vida en la vivencia de la fe, atender más a las limitaciones personales que a la gracia de Dios, excusarse en dificultades externas, querer compatibilizar la fe con estilos de vida poco evangélicos, el dejar para el futuro las decisiones que habría que tomar ahora y el proyecto vocacional que no tiene en cuenta la opción preferencial por los pobres.

1.5 Conclusión

Digamos para terminar una palabra sobre la importancia de recuperar en la pastoral el tema del acompañamiento espiritual. Una de las explicaciones de por qué muchos procesos de fe, personales y de grupo, no terminan en una vivencia vocacional de la fe, es porque no existe o es deficiente el acompañamiento personal. A la hora de retomar este tema hay que empezar por los catequistas que animan los grupos de adolescentes, jóvenes y adultos; difícilmente se puede iniciar a otros en algo que no conoce experiencialmente. En la situación actual, el pluralismo divergente y el ambiente poco favorable a los valores evangélicos sólo se pueden afrontar desde una personalidad cristiana bien conformada, sana y con una madurez tal que, en sí misma, sea una invitación a otros a plantearse el sentido de la fe en la vida.

³⁸ SASTRE, *El acompañamiento espiritual*, op.cit., 121-125



2 Proceso humano, gracia de Dios y acompañamiento (I)

2.1 Componentes del desarrollo religioso de la persona³⁹

Cuando iniciamos la reflexión acerca del “proceso” de fe que ha de ser acompañado en complementariedad con el desarrollo humano, parece necesario describir la “fase” final del largo camino hacia la madurez religiosa. En realidad, esta fase no está cronológicamente puesta al final de las otras; esta madurez está lógicamente supeditada al término de un camino que, a menudo, no concluye con la edad adulta.

Las anotaciones que siguen se refieren, pues, sólo al *punto de llegada ideal* hacia el cual tiende la evolución religiosa del hombre, según hemos podido averiguar por los datos que poseemos.

Expondremos seguidamente un elenco de componentes o constantes generales del desarrollo religioso de la persona; luego intentaremos describir la estructura psicológica de la religiosidad madura, para concluir con algunas características de la misma.

2.1.1 Respuesta a la “búsqueda de significado”

Parece contrastada la importancia de la conducta religiosa en el conjunto de los esfuerzos que el hombre hace para dar significado a la propia existencia. La necesidad existencia de la “búsqueda de significado” parece subyacer a todas las experiencias religiosas, aun en los estadios genéticos más arcaicos. La conducta religiosa emerge como una de las soluciones posibles a los interrogantes que se le presentan al hombre en las distintas etapas de la vida.

Es preciso anotar que la conducta religiosa como respuesta a la búsqueda de significado sigue los ritmos evolutivos del hombre. La búsqueda de significado está presente, de modo diverso, en el niño que apenas advierte alguna resonancia psicológica de las propias necesidades fisiológicas, y en el adulto que se halla frustrado ante la presencia de la muerte, en el muchacho que ve deshacerse el mito de la omnipotencia paterna, y en el adolescente que cultiva ideales de autorrealización.

Por esto, no siempre la búsqueda de significado se manifiesta en términos racionalmente claros y unívocos: a menudo se halla comprometido y envuelto en otras motivaciones no conscientes todavía; la religiosidad es frecuentemente sólo una respuesta a las incongruencias de un psiquismo retorcido y problemático, es proyección de una necesidad biológica. En otras palabras, la necesidad de significado está presente aun cuando el sujeto no asume esta búsqueda de orientación como un quehacer existencial a realizar de modo consciente.

Pero la respuesta religiosa no es, con todo, la única fenomenológicamente aceptable en los momentos de interrogantes existenciales. Es tan sólo una de las respuestas posibles que parece, por una parte, unida a precisos condicionamientos de carácter psicológico, pero también a condicionamientos ambientales y culturales. El hombre deviene religioso en

³⁹ MILANESI J. – ALETTI M., *Psicología de la Religión*, Madrid, Don Bosco-CCS, 1974, 289-299.



relación a sus experiencias de búsqueda del significado, cuando se verifican contemporáneamente las premisas culturales que orientan la respuesta en sentido religioso.

2.1.2 Autotrascendencia

La tendencia a elaborar una respuesta absoluta a los interrogantes existenciales, que, según hemos visto, pueden madurar en una respuesta religiosa, parece tener su raíz profunda en la *necesidad de autotrascendencia del hombre*. El ser humano no se contenta con experimentar fácticamente las posibilidades inscritas en su realidad psicológica y social, sino que quiere continuamente trascenderse, proyectándose hacia la realización cada vez más alta de un proyecto de sí, que es, por naturaleza, un quehacer siempre abierto. En este proceso de continua superación de la dicotomía entre “ser” y “poder ser” se inserta la respuesta religiosa como símbolo-límite de este mismo quehacer. El proyecto de una vida religiosamente orientada contiene, pues, una tensión moral y psicológica que aviva la experiencia cotidiana del creyente. La persona religiosa se siente así sumergida en una búsqueda sin límite de metas.

Además, la búsqueda del creyente se encuentra con la búsqueda de Dios; Dios se revela al hombre a través de los símbolos significativos de la misma experiencia humana.

2.1.3 Geneticidad

Una característica innegable de la conducta religiosa, si la interpretamos como quehacer abierto hacia la adquisición de un significado existencial, es su *geneticidad*. Ésta es la dimensión evolutiva de la vida misma que proyecta sobre la religiosidad humana una exigencia de dialecticidad esencial. Es necesaria una evolución psicológica de la conducta religiosa.

Hay dos esferas de desarrollo genético; un, en el *plano cronológico*, y otra en el *plano lógico*, que en realidad se entrecruzan en la vida del hombre. Aquí queremos referirnos en particular al hecho de que la primera esfera de desarrollo –la cronológica- es bastante analizable en relación a las adquisiciones de la psicología genética, que va descubriendo cuáles son los modos del desarrollo del hombre en determinadas condiciones socio-culturales. La psicología religiosa permite seguir, en el plano descriptivo, las sucesivas etapas de la manifestación de la respuesta religiosa, desde el niño al hombre adulto.

Pero existe otra lógica, la interna a la experiencia religiosa misma, que a menudo no sigue la evolución cronológica y psicológica del individuo; es una lógica dictada por la exigencia de maduración del interrogante religioso, y que a veces queda mortificada por el resultado negativo de experiencias psicológicas, por regresiones, inmovilismos, no superación de las crisis. Mientras la línea cronológica sigue las vicisitudes fácticas del desarrollo psico-religioso, observando también los motivos del fracaso y midiendo los logros que, por término medio, consigue el hombre en desarrollo respecto al proyecto religioso; la línea lógica tiende a reconstruir la evolución de una religiosidad ideal, fiel a las premisas y exigencias inscritas en la intencionalidad propia de la conducta religiosa. Es claro que, mientras el primer estudio es esencialmente de carácter descriptivo, el segundo es también interpretativo y desemboca necesariamente en una tentativa de definir la “madurez” religiosa, es decir, el punto de llegada ideal de la evolución religiosa.

2.1.4 La dimensión cultural

Una dimensión esencial de la religiosidad parece ser también la cultura. Las conductas religiosas se estructuran, en parte, a través de la *confrontación crítica con los modelos de conducta* y los correlativos “significados para la vida” que la sociedad y el micro-ambiente van incesantemente elaborando.

Con estas observaciones vienen rebatidas ciertas afirmaciones que tienden a demostrar el exclusivo origen psicológico, entendido en sentido intimista, de la conducta religiosa. La religiosidad humana se construye comenzando desde el micro-ambiente familiar,



portador de determinados valores (a menudo también religiosos), inseparablemente unidos a las estructuras psíquicas de cada uno de los componentes de aquel ambiente. Pero, poco a poco, se va insertando en los diversos grupos a los que el individuo se halla ligado en fuerza del proceso de socialización.

El interrogante religioso se forma en íntima relación con las varias contradicciones, necesidades, instancias del sistema socio-cultural en que el hombre se halla inserto. Por eso, la religiosidad sufre, por este condicionamiento, un impulso ulterior hacia una evolución dinámica y dialéctica, en la medida en que son dinámicos y dialécticos los desarrollos del sistema socio-cultural.

2.1.5 El carácter totalizante

Una última consideración sobre el carácter totalizante de la conducta religiosa. En su exigencia radical de constituir un cuadro amplio de significados para la vida, la religiosidad se presenta como una conducta compleja en la cual vienen integrados todos los niveles y las fases de la conducta misma.

Para todo individuo existe, pues, una religiosidad cuando éste, con los medios que tiene a su disposición (psicológicos y culturales) expresa una hipótesis explicativa de las propias dificultades existenciales que remiten al “radicalmente otro”.

Aun teniendo en cuenta que la perfecta integración de todas las fases de los niveles de la personalidad en la conducta religiosa es muy rara y problemática, se puede pensar que el crecimiento de una religiosidad madura viene dada por el avivamiento de la dialéctica entre las varias formas psicológicas de religiosidad, entre los varios lenguajes paulatinamente adquiridos, entre las varias instancias poco a poco puestas en evidencia por el psiquismo humano.

A medida que la personalidad del individuo se libera de las incongruencias de las primeras y más arcaicas edades de la vida, también la actitud religiosa se hace más clara y la respuesta religiosa viene progresivamente extendida a todos los sectores del psiquismo.

Se trataría ahora de ver cómo son unificados en una conducta global y relativamente estable estos niveles de comportamiento que hemos definido como componentes del desarrollo religioso de la persona; se deberá, efecto, suponer que en la persona religiosamente madura éstos se encuentren todos presentes con un desarrollo ideal.

2.2 Infantilismo religioso

Como ya hemos ido apuntando, existen muchos adultos y adultas que, a pesar de su edad cronológica tienen conductas religiosas, afectividad y emotividad religiosas y un sistema cognitivo que adolece de infantilismo y de características adolescentes anacrónicas. Debido a que existen colectivos enteros que aparecen determinados por estas características, frecuentemente la religión tiene fama de ser una realidad que infantiliza o que fija a la gente en rasgos inmaduros.

Los rasgos que indican este infantilismo y adolescentismo religioso serían los siguientes:

- **Funcionalismo religioso:** que consiste en vivir y entender la religión, generalmente, en función de necesidades y motivaciones personales, de tal modo que Dios se convierte en puro medio, más que en fin y eje de la propia existencia.
- **“Externismo” religioso:** por el que la religión se reduce a las prácticas prescritas sin que pasen de meras conductas; es decir, sin que lleguen a las otras instancias de la persona y conforme su existencia. Este rasgo se vincula estrechamente a rituales mágicos con los que se quiere manipular a Dios.
- **Moralismo religioso:** por el que el sujeto se convierte en un legalista frío, o en un escrupuloso morbos, o se utiliza la religión para conseguir “ser bueno”, cuando lo



adulto sería lo contrario: integrar los valores morales en la propia fe. En el moralismo religioso, tan corriente por otro lado, y fomentado por líneas teológicas y catequéticas dentro de las grandes religiones, subyace un fuerte egocentrismo, un contravalor de lo que sería un buen cristiano –si nos ceñimos a nuestro ámbito religioso–.

- **“Estaticismo” religioso:** propio de las personas rígidas y temerosas de la búsqueda creativa que debería dar el ideal profesado por toda religión. En base a esta limitación, la religión deja de ser creativa y dinámica, impulsora y renovadora, para convertirse en algo así como un “tesoro a preservar intacto”, pero entendido éste como un tradicionalismo estático cerrado, a veces regresivo, que se defiende de toda amenaza de cambio.
- **Sentimentalismo religioso:** que reduce la religión a puro sentimiento subjetivo, con el riesgo de un pseudomisticismo o sobrenaturalismo y angelismo desconectados de la realidad; o, en el caso opuesto, confundidos con ella. Ciertos movimientos y ciertas sectas manifiestan este rasgo con mucha claridad.
- **Fanatismo religioso:** rígido, obsesivo o paranoide, que manifiesta su neto carácter defensivo que se proyecta en un maniqueísmo (buenos frente a malos) y se expresa en una intolerancia peligrosa con todo lo que no sea propio a ultranza. Es frecuente que vaya acompañado de un proselitismo impositivo y opresivo que, como ocurre en el proceso de adoctrinamiento de las sectas, puede conllevar psicopatologías serias.

2.3 Adulthood o madurez religiosa (factores religiosos generadores de madurez psíquica)⁴⁰

Como complemento del estudio de la evolución religiosa de la persona en el arco vital, se pueden intentar establecer las características fundamentales de la madurez religiosa, típica de jóvenes y adultos; para ello utilizaremos el concepto de *identidad* acuñado por Erikson.

Se puede decir que **la actitud religiosa será madura cuando forme parte de la identidad del sujeto**. Para Erikson la identidad consiste en *el sentimiento subjetivo y hondo de que los medios empleados por la síntesis del yo aseguren la propia identidad y continuidad anteriores, y de que son eficaces para salvaguardar la persistencia y la continuidad de la propia significación ante los demás*.

La pregunta, entonces, sería doble: ¿puede ser integrada la religión en la propia identidad? (si la formulamos desde una perspectiva subjetiva); y ¿ayuda la religión a formar y madurar la propia identidad? (si es formulada desde una perspectiva objetiva).

2.3.1 La identidad

Enumeramos los rasgos de la identidad para contestar a la doble pregunta:

1) La identidad implica un sentimiento de unidad de sí mismo

Es posible responder que *la religión ofrece unidad y unificación al sujeto* amenazado por su historia interna y externa, por las rupturas de su adolescencia y la variedad y sucesión de imágenes de sí mismo, en relación con la propia experiencia y con la adecuada educación religiosa. Este rasgo apela a lo que Farnkl llama la *voluntad de sentido*. La religión puede dar respuesta a la pregunta global sobre el sentido de la vida: de dónde vengo y adónde voy, tan necesario para configurar y dar solidez a la propia identidad. No es necesario repetir que la religión es totalizante e integradora de los diferentes elementos de la persona. Para ello es importante que la religión no se utilice para encubrir carencias y necesidades insatisfechas cuyo ocultamiento indicaría

⁴⁰ Tomados del tema 3: “Psicología religiosa diferencial de las edades” en NAVARRO M., *Psicología de la Religión* (apuntes del profesor), Salamanca, 1999.



inmadurez. Por eso es precisa la sana seguridad típica de la identidad. Sin esta base psicológica que sustenta la identidad, la religión se alimentaría del fondo de la personalidad, hecho de instintos, carencias, necesidades...

2) La identidad implica un bienestar psicosocial y el reconocimiento de personas significativas

La religión *aporta a la identidad personal un equilibrio y un básico reconocimiento personal*. La relación con el totalmente Otro que posibilita la religión ayuda a formar y consolidar el proceso difícil de verdadera alteridad, puesto que se basa en un mecanismo psicológico de autotrascendencia, propiciatorio de un bienestar psíquico y social. La religión permite un tipo de comunicación con otras personas que propicia el reconocimiento de los demás a uno mismo y de uno mismo a los demás, basado en su condición de persona y no en otros factores, aunque estos también puedan darse secundariamente.

3) La identidad supone una clara definición de uno/a mismo/a

La religión puede enriquecer la identidad personal, puesto que alude a la persona integral y exige, además, una orientación de la vida a la que hemos llamado actitud, que permite a la persona una progresiva clarificación de sí y un compromiso existencial ante la vida, las personas, los valores, las causas, el trabajo, la creación, etc.

4) La identidad supone un sentimiento de la propia mismidad y continuidad en el tiempo

La religión, ante el impacto de la velocidad del cambio, permite consolidar la propia mismidad y continuidad, en base a la propia coherencia religiosa, uno de los frutos de la madurez de un creyente. De esta forma el sujeto puede reconocerse en distintos planos de su conducta.

5) La identidad supone, finalmente, un sentimiento de participación en una identidad de grupo

La religión, por ser intrínsecamente comunitaria, permite al sujeto reforzar este sentimiento de participación en la propia comunidad, puesto que basa la aceptación y el mutuo reconocimiento en la condición de persona del sujeto, y no en determinados valores, determinado prestigio, origen, raza, sexo...

2.3.2 Las características de la religiosidad madura⁴¹

Teniendo siempre presente que el concepto de madurez constituye sustancialmente sólo un punto ideal de referencia para las conductas religiosas y no una definición estática o punto de llegada identificable con el logro de la edad adulta, pasamos a exponer algunas características más evidentes de la religiosidad madura:

2.3.2.0 *El carácter de globalidad diferenciada*

Una religiosidad madura se distingue, ante todo, por su *complejidad y riqueza*; no se trata de un sentimiento fácilmente aislable en su simplicidad, sino de un modelo que comprende una multiformidad de intereses, orientaciones, esquemas (algunos dominantes y otros accesorios) que se extienden a todas las experiencias y dificultades existenciales del individuo. Este "principio organizador" de la conducta es capaz de dar un significado unitario a cada uno de los segmentos del comportamiento, sin disminuir su autonomía.

⁴¹ MILANESI – ALETTI, op.cit., 303-307.



Al mismo tiempo una religiosidad madura se caracteriza por su *diferenciación*; es el resultado de una progresiva selección y discriminación operada por una racionalidad crítica y realista sobre las formas transeúntes de la religiosidad impulsiva, afectiva, intuitiva. Procesos incesantes de reorganización son característicos de este estado de madurez religiosa; posee la capacidad de adaptarse a las nuevas exigencias de “comprensión” y de “significado” que las sucesivas experiencias imponen al individuo.

El carácter de globalidad se extiende también en el tiempo; *una religiosidad madura es aquella que integra en la actual actitud también la pasada historia religiosa y psíquica del sujeto* (esto quiere decir que los nudos de dificultad típicos de los varios estadios de desarrollo han sido afrontados y adecuadamente resultados, y no aislados o marginados).

2.3.2.1 *El carácter de la autonomía motivacional*

Admitida la naturaleza derivada de la actitud religiosa y asumida toda la compleja herencia del pasado, *una religiosidad madura se caracteriza por su “actual” autonomía*. Es decir, ya no se halla funcionalmente sujeta a las necesidades, deseos, instintos que le han dado origen, sino que ella misma es fuente motivacional del comportamiento. Domina sobre los otros niveles y fases de la conducta, alcanza en sí misma las propias justificaciones, se mantiene al margen de los condicionamientos directos de carácter psíquico y social. El significado de la conducta religiosa es dado ahora no tanto por las motivaciones precedentes cuanto por el objeto hacia el que tiende.

2.3.2.2 *El carácter de dinamicidad*

Una religiosidad madura no viene fijada en estructuras definitivamente concluidas. Permanece siempre como una “tarea abierta” para el individuo. Originada y desarrollada esencialmente sobre la relación dialéctica entre elementos complementarios de la experiencia humana, la religiosidad madura se caracteriza por su sustancial tendencia “eurística” (se halla siempre a la búsqueda de mejores y más satisfactorias respuestas).

Basada en certezas conquistadas, *la religiosidad madura se siente necesariamente tensa hacia verdades más grandes y exhaustivas*, acepta abiertamente el riesgo de la búsqueda. Allport manifiesta que “la fe es un riesgo”, por esto, certeza y duda no son contradictorias, al menos en la experiencia de la persona religiosamente madura, porque en este caso la duda es signo de positiva voluntad de certeza y de verdad.

Pero la dinamicidad de la religiosidad madura se manifiesta, además de a través de la tensión eurística, también a través del *esfuerzo continuado de confrontación con la mudable historia y con la experiencia humana*. La religiosidad madura es capaz de recrear el equilibrio entre experiencia interior y objetivación institucional, entre exigencias de la personalidad y exigencias de la comunidad, entre fidelidad a la inspiración subjetiva y fidelidad a la afiliación.

La maduración, en fin, se mide por la *indefinida capacidad de eludir el peligro de la fijación y de la regresión, tanto psicológica como sociológica*.

2.3.2.3 *El carácter de consecuencialidad*

Una religiosidad madura, por ser globalizante y dinámica, no puede no estimular conductas coherentes en todos los sectores de la vida. Como afirma Frankl, la religión madura precisamente porque reconoce la libertad del hombre, exige elecciones responsables y compromiso existencial. En esta perspectiva, una religiosidad madura se reconoce porque *respeto y exalta los más grandes sentimientos del hombre*: el amor, la creatividad, la libertad, el sentido de la justicia, la humildad. Promueve, además, un alto grado de moralidad, que tiene su centro en actitudes oblativas y que forma parte integrante de ese “sistema de significado” que es precisamente la religión.

W. James observa que una religiosidad madura produce en la experiencia del individuo un sentido lleno de alegría, entusiasmo, libertad interior, amistad universal, que provienen de la convicción profunda de la presencia transformante del “radicalmente otro”. La admiración del



universo, la necesidad de relación unificante con el Todo, la serenidad y paz interior se hacen entonces los sentimientos predominantes.

La consecuencialidad alcanza así la experiencia interior y el compromiso operativo, confirmando, desde este punto de vista, el carácter omnicomprendivo y globalizante de la religiosidad madura.

Una religiosidad con las características antes citadas constituye realmente un paradigma que pocos hombres y mujeres adultos pueden pretender haber realizado; hay, en cambio, grados de menor o mayor proximidad a este modelo ideal. Según hemos observado varias veces, este punto de llegada no es alcanzado por todos porque numerosas dificultades individuales y ambientales se interponen en la maduración de una actitud religiosa, sin ser la última el juego imponderable de la libre decisión de cada uno que puede aceptar o rechazar (sobre todo, en la fase post-adolescencial del desarrollo) los estímulos que llevan a una religiosidad más madura. En definitiva, la madurez religiosa no coincide siempre con el logro de una edad adulta, pues sigue ritmos y lógica que no son los del desarrollo cronológico.

2.4 El “proceso” de personalización de la fe: en camino hacia la madurez

Si hablamos de un proceso de personalización, hablamos de un camino de toda la vida, un camino de la “persona en crecimiento”, un camino que tiene como horizonte el desarrollo posible de la persona, su **madurez existencial**, y, si se trata del ámbito de la fe, hablamos de un camino que, desde el tener fe, lleva al vivir de la fe: a la **madurez espiritual**⁴² a la que acabamos de hacer alusión.

2.4.1 ¿Hay criterios objetivos de madurez existencial?

«El hombre maduro ama y trabaja en libertad»⁴³. Es decir, que los centros que configuran la vida humana son:

- El amor: calidad de las relaciones interpersonales.
- El trabajo: calidad de la relación práctica con el mundo exterior⁴⁴.

Pero esos centros han de ser situados, de forma dinámica, en la libertad:

- La calidad del amor depende del grado de libertad interior con que se viven las relaciones interpersonales.
- La calidad de las relaciones con el mundo exterior no se mide por la eficacia lograda en el trabajo⁴⁵, sino que depende de la libertad personal de la que esas relaciones nacen.

Desde el aforismo de S. Freud, intentaremos señalar algunos criterios objetivos de **madurez existencial**:

- a) **Una personalidad madura combina conciencia de autoestima y, al mismo tiempo, de limitación:**

⁴² GARRIDO J., *Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana*, Santander, Sal Terrae, 1989.

⁴³ Frase atribuida a S. Freud.

⁴⁴ El binomio amor-trabajo puede expresarse también como intimidad y tarea, afectividad y praxis, familia y sociedad, oración y acción.

⁴⁵ Nuestra sociedad produce mucha gente activa y ansiosa que, mediante el trabajo, huye de sus conflictos latentes.



- i. La persona madura tiene una confianza básica en sí misma, que le permite afrontar la vida, gozar y sufrir; y tiene, desarrollada al contacto con la realidad, clara conciencia de los propios límites.
 - ii. La persona madura sabe aceptarse y, al mismo tiempo, ser exigente consigo misma.
- b) La persona madura ha seguido un proceso de identidad personal:**
- i. Esto quiere decir que no basta que el niño y el adolescente vayan adquiriendo hábitos psicológicamente sanos. Tienen que aprender además a obrar desde sí mismos, desde un centro personal; han de asumir actitudes personales ante la existencia, para llegar a ser ellos mismos.
 - ii. El aprendizaje esencial de la libertad se hace asumiendo el riesgo de obrar desde la conciencia; muchas personas no maduran, porque no asumen ese riesgo, sino que lo eluden mediante la adopción de esquemas de conducta, o la identificación sublimada del deseo.
- c) La persona madura tiene también un proyecto coherente de vida:**
- i. Tiene la sensación de haber evolucionado coherentemente, desde las primeras intuiciones a la actual lucidez de juicio. Por eso su modo de pensar le resulta inseparable de la experiencia real de la vida.
 - ii. Tiene coherencia en la visión del mundo, pero sin rigidez.
- d) La persona madura integra sin mayores tensiones corazón y cabeza, afectividad y razón:**
- i. La razón le proporciona objetividad, visión de conjunto, un distanciamiento psíquico elemental, que permite no ser absorbido por el problema, y que el «yo» pueda conservar su autonomía en medio de los impulsos y los sentimientos.
 - ii. Pero, al mismo tiempo, tiene claro que el verdadero motor de la vida es el corazón. La persona madura ha amado, ha comprometido sus sentimientos, se ha expuesto, ha descubierto el mundo de la significación interpersonal, se ha vinculado -ligado-. Probablemente ésa ha sido la experiencia más importante de la vida, y también la más difícil.
- e) A la persona madura se la puede reconocer porque, entre otras cosas, se muestra tal cual es:**
- i. No necesita ocultar lo que siente o piensa, ni sus proyectos, ni sus miserias.
 - ii. Ha aprendido a integrar la dureza de la vida, sin replegarse, a la defensiva, sobre sí mismo.
 - iii. Frente a la persona inmadura, tienes la sensación de que una cosa es lo que muestra hacia fuera, y otra muy distinta lo que vive realmente:
 - Quizás por miedo.
 - Quizás por tener una imagen distorsionada de sí mismo.
 - Quizás por una actitud consolidada de mentira existencial.
- f) La persona madura asume la autoafirmación -la pulsión agresiva- y la sexualidad -la pulsión sexual- como compañeras de camino, no como enemigas:**
- i. No se culpabiliza al sentir su fuerza. No tiene miedo a reivindicar derechos, a sostener conflictos. No le asusta el tirón de sus apetencias sexuales. Pero sabe que la persona y la relación interpersonal son mucho más importantes que la satisfacción de necesidades.



- ii. Está a gusto en su cuerpo, de hombre o de mujer. Pero la genitalidad sólo ocupa un lugar secundario en su vida, pues considera infinitamente más preciosa la amistad y la ternura.
- iii. Le encanta luchar, es tenaz en su trabajo, tiene mundo propio creado con su esfuerzo. Pero no siente el éxito ajeno como una sombra para el propio. Sabe colaborar en una empresa común.

g) La persona madura tiene «soldada su historia»:

- i. Percibe la unidad de sentido de todo lo que ha vivido.
- ii. Tanto lo satisfactorio como lo frustrante, lo bueno como lo malo, son percibidos positivamente.
- iii. No renuncia a nada de lo que ha vivido, porque cada cosa está «en su sitio» y, simplemente, es *suya*.

2.4.2 ¿Hay criterios objetivos de madurez espiritual?

Cuando hablamos de madurez humana, tomamos en consideración, de forma armónica, las dimensiones, bio-psíquica, social y existencial, de la persona:

- La dimensión bio-psíquica implica lo que en el mundo personal se encuadra en el esquema necesidad-estímulo-respuesta: necesidades vitales, pulsiones, tendencias afectivas.
- La dimensión social implica cuanto en el mundo personal se refiere a la asunción de roles, a la relación entre individuos y con grupos, a la inserción en la sociedad mediante el trabajo, la familia, las diversas instituciones civiles.
- La dimensión existencial implica todo lo que en el mundo personal se refiere a la libertad y al mundo de la significación personal: actitudes ante la vida, preguntas por el sentido de la realidad, experiencias en las que emerge lo simbólico y lo trascendente.

Pero la persona humana tiene también una **dimensión espiritual**: La que corresponde a la experiencia de fe. De ahí que podamos hablar también de **criterios de madurez espiritual**. Aunque ya vimos los correspondientes a una “religiosidad madura”, vamos ahora a centrarlos más en la experiencia cristiana:

a) La persona espiritualmente madura ha personalizado la cosmovisión cristiana a través de una experiencia viva:

- i. Su fe no es ideología, ni está a merced de las modas de pensamiento, ni depende de la autoridad humana de un líder, ni tampoco de la autoridad institucional, a las que el inmaduro se apega para suplir su inseguridad interior.
- ii. La persona espiritualmente madura conoce la Revelación con ojos interiores, porque la ha vivido en su propia historia.

b) No hay madurez espiritual sin experiencias configurantes de la fe:

- i. Ellas posibilitan esa paz misteriosamente intacta que llena el corazón y que, inexplicablemente, es más fuerte que nuestros vaivenes psicológicos y nuestros miedos existenciales.
- ii. El inmaduro no sabe distinguir entre fondo y superficie de sí mismo. Es como una hoja, al aire del momento, dominado por temores interiores y exteriores.

c) La persona espiritualmente madura es persona de discernimiento:

- i. El discernimiento de lo que agrada a Dios se hace, no desde la sagacidad del análisis, sino desde la afinidad del ser por el amor.



- ii. Por eso la moral de la persona espiritualmente adulta no se basa en códigos de conducta, sino en amor que discierne.
- iii. La vida de la persona espiritualmente adulta está hecha de libertad, aunque uno tenga que dominar sus apetencias espontáneas, e incluso deba subordinar su madurez de juicio a los escrúpulos infantiles del prójimo.

d) El proceso de madurez espiritual -cristiana- está marcado por la *totalización de la vida en Cristo*:

- i. El ser entero ha encontrado su centro vital en la fe. Incluso psicológicamente la relación con Cristo cumple la función de centro integrador de la personalidad.
- ii. Esto se manifiesta en el predominio progresivo de las virtudes teologales en la vida de la persona, virtudes que van unificando de forma dinámica pensamientos, afectos, deseos, acciones. No desaparecen las necesidades - por ejemplo, las que nacen de las pulsiones- pero el proceso espiritual ha permitido integrarlas sin depender de ellas.

e) La maduración espiritual es proporcional a la maduración del amor de caridad, que el Nuevo Testamento llama *ágape*:

- i. El inmaduro ama en función de sus necesidades de seguridad o de correspondencia.
- ii. El amor cristiano se nutre de las actitudes de Jesús de Nazaret, y aparece espléndidamente descrito en el himno paulino de 1 Cor 13.



2 Proceso humano, gracia de Dios y acompañamiento (II)

2.4 Hacia una nueva comprensión del crecimiento espiritual

Después de recorrer el panorama general del proceso de crecimiento espiritual de la persona, es hora de ofrecer un camino, el que hemos llamado de **personalización**. Una denominación que, aunque no es del todo satisfactoria, ya que se presta al equívoco de confundir la vida espiritual con el proceso de maduración humana, tiene la ventaja de expresar su aportación más importante: introducir el viraje del antropocentrismo y de las ciencias humanas en la experiencia espiritual cristiana. En este camino intentaremos ver cómo se articulan la madurez humana (y lo que las ciencias humanas nos aportan al respecto) y la experiencia de Dios (y lo que nos aportan al respecto la teología y la tradición de los maestros espirituales); más radicalmente: cómo la Gracia presupone lo humano, cuándo adquiere consistencia y despliegue propios y cómo realiza a la persona en dimensiones insospechadas, a la vez plenamente humanas y más que humanas.

2.4.1 Hacia un nuevo modelo

Personalización es una palabra de moda que se aplica incluso a la fabricación de objetos. Por eso convendrá precisar su sentido originario:

2.4.1.1 Aclarando conceptos

- 1 Se trata, ante todo, de un término dinámico que inspira un modo de abordar, a la vez, lo humano y lo espiritual. Implica la búsqueda del hombre en su esencia, anterior a cualquier tradición espiritual específica, y la conciencia refleja de que en cualquier tradición espiritual hay un modelo antropológico implícito. Porque buscamos la esencia del hombre, podemos establecer una plataforma común de diálogo con el antropocentrismo secular y agnóstico y con la interioridad religiosa oriental. Pero, igualmente, porque la concepción de la persona es bíblica, aparecen las diferencias de comprensión del hombre y de la realidad de Dios (por ejemplo, la centralidad del tú, de la libertad y de la Gracia, en orden a la personalización). En este sentido, estaríamos de acuerdo con la tradición: que sólo a posteriori, cuando te has encontrado con Cristo, descubres la esencia del hombre. Pero discrepamos de la tradición en que Dios, y más concretamente el Dios cristiano, sea "necesario" para la realización del hombre. Se podría decir que Dios es «más que



necesario». Sin esta autonomía de la persona, coherentemente tratada, la personalización sería manipulada en función de intereses religiosos.

Evidentemente, nosotros hablamos para creyentes, diseñando una espiritualidad cristiana, y no trazamos una metodología «por estratos», distinguiendo con nitidez naturaleza y naturaleza actuada por la Gracia. De hecho, esto no es posible; la distinción entre lo humano y lo sobrenatural se revela en un proceso, mediante signos indirectos. Este descubrimiento de lo humano, esta apropiación de lo esencial a la naturaleza humana, es la única manera de llegar a una fe que no sea alienación; y, por el contrario, posibilita su plenitud de hombre mejor de lo que de buenas a primeras pudiera concebir y llevar a cabo⁴⁶.

- 2 La personalización es una experiencia que se organiza en torno al sujeto, haciéndose éste sujeto de su propia historia. La redundancia subraya la importancia decisiva de este principio inspirador: La persona no es algo objetivable, constituido, hecho, sino algo a conquistar, algo que ha de hacerse o, mejor, descubrirse en un proceso de transformación. Por eso la personalización se realiza desde la profundidad de lo atemático, de la búsqueda intuitiva de lo que todavía no somos; por una especie de saber preconceptual en el que al principio todo es tanteo, y poco a poco se hace certeza. La certeza no viene de una información más o menos correcta, sino del riesgo de la libertad, que va, más allá de las convenciones sociales, a la verdad del ser. La certeza es concordancia de conciencia y ser; pero no como .algo de lo que uno dispone, sino como algo admirado y agradecido.

En este proceso, la dirección es doble: dentro de sí, más allá del yo constatable y de la voluntad racionalmente controlable, por una especie de desenmascaramiento (roles, mentiras existenciales, impulsos ciegos, intereses solapados, resistencias justificadas, etc., etc.); fuera de sí, hacia la riqueza sorprendente de la vida (más allá de lo inmediato primario), hacia el encuentro con la unicidad del otro, hacia el Dios personal y absoluto. Por eso la personalización no tiene nada que ver con el individualismo de la autoafirmación. Es verdad que, dinámicamente, la autoafirmación puede ser una fase necesaria o conveniente del proceso de personalización; pero se nutre de raíces más hondas y dilatadas: la libertad y responsabilidad de ser persona. Tomar la vida en las propias manos, hacerla nuestra en sentido incondicional, irrenunciable.

- 3 La personalización no es, ante todo, una sabiduría sobre el equilibrio y la madurez (algo que puede aprenderse en los estudios sobre el hombre), sino que consiste en ser consciente de la unicidad personal y desarrollar la existencia en relación a dicha unicidad. Soy “yo mismo”, no otro, más allá del bien y del mal, llamado personalmente por Dios a una relación de amor. Distinto, pero no contrapuesto al tú humano (amigo, pareja, hermanos, compañeros...) con el que camino y que significa tanto para mí. Tengo una historia común con la especie humana, con esta geografía, con esta historia colectiva; pero no soy un número, una parte, un miembro, sino una persona capaz de dar un sentido u otro a mi pasado y de construir libremente un proyecto propio. Estoy condicionado, y no puedo ser libre si no me reconcilio con mi herencia y mi educación y con la sociedad en la que vivo. No podré transformar nada si previamente no lo acepto en su limitación. Pero nada ni nadie puede sustituir mi decisión de tomar mi vida en mis propias manos, desde la soledad última de ser sujeto único. Incluso el tomar la vida en mis manos lo hago en un contexto, pues mi libertad sólo existe configurada; pero la libertad sólo es real, y no alienada, cuando me sé con un destino único; y he de ser fiel a mí mismo por encima de todo, aunque me equivoque, aunque confunda la fidelidad a mí mismo con mi narcisismo inconsciente.

No cabe personalización alguna si no se intuye que la responsabilidad moral no pertenece ante todo al orden objetivo de la conducta, sino que va íntimamente unida a esta

⁴⁶ GARRIDO J., *Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal terrae, Santander, 1996², p. 108.



responsabilidad intransferible de ser persona, que va más allá de los contenidos normativos.

2.4.1.2 “Asimilación” y “personalización”

Nos ayudará a comprender la dinámica de la personalización el reflexionar sobre la formación inicial en la vida religiosa o en el seminario, o sobre la catequesis de jóvenes adultos en nuestras parroquias. El modelo preconiliar puede caracterizarse por la palabra “asimilación” y, de hecho, aún sigue vigente en la mayoría de nuestras instituciones.

Esta afirmación podrá parecer exagerada, pues somos conscientes de la revolución que hemos vivido a raíz del Concilio. Sin embargo, y como enseguida veremos, creo que el cambio no ha afectado a los fundamentos de la asimilación. Hemos liberalizado y flexibilizado las formas, hemos añadido nuevos contenidos; pero seguimos formando en función de los valores y normas de nuestro proyecto de vida, que el candidato/a a la vida religiosa o al sacerdocio, también el joven que asiste a nuestros grupos quiere asimilar lo más responsablemente posible.

Rasgos que caracterizan la **asimilación**:

- Se parte de unos contenidos doctrinales y prácticos, justificados teológicamente y por la tradición, que el/la joven quiere hacer suyos, pues voluntariamente ha decidido ser religioso/a o cristiano/a comprometido.
- Tales valores constituyen el ideal de su vida y despiertan su interés vital, el “deseo”. Aquí reside la fuerza afectiva de la motivación.
- Sobre este presupuesto opera la institución. Partiendo de esa identificación global con un proyecto, se trata de que la comunidad formativa o parroquial le ofrezca razones, ámbito, experiencias y conducta que, progresivamente, hagan del joven un religioso/a, más concretamente, un franciscano/a, una benedictina, una religiosa del Sagrado Corazón, un sacerdote..., o un militante cristiano. Deseo y rol (o imagen social) se correlacionan, de tal manera que lo que se espera precisamente del joven es que responda, con la mayor generosidad posible y motivado espiritualmente, a un ideal de vida.
- La garantía de que la asimilación es real la constituye la coherencia de vida, es decir, si la conducta de uno concuerda con sus deseos: si es fiel a la oración, responsable, capaz de vivir comunitariamente sin conflictos, psicológicamente sano, entregado al prójimo, etc.
- La pastoral vocacional se centra en detectar los “gérmenes vocacionales” en la infancia, o bien en la adolescencia, cuando se ha pasado la confusión de la primera adolescencia, a los 17-18 años, y el chico/a decide su ideal de vida. Para ello, los instrumentos adecuados son las instituciones que, desde la familia a los colegios o a las parroquias, garantizan una educación continuada, sin rupturas, que permita al joven mantenerse y crecer en unos valores determinados.

Estos rasgos, a su vez, pueden tener acentos variados. Las instituciones más conservadoras acentúan la asimilación mediante el aprendizaje de hábitos de conducta y actitudes, con poco margen para la iniciativa personal. Las instituciones consideradas “abiertas” crean un clima más dialogante y flexible con respecto a las formas.

Como todo modelo, también éste tiene sus aspectos positivos y sus aspectos problemáticos. Los formularé escuetamente:

- a. Por una parte, responde a la necesidad del adolescente de despertar al sentido de la vida desde un ideal elevado. Lo cual sería un valor igualmente irrenunciable en el modelo de personalización. Pero, por otra parte, sin embargo, estructura la educación



de un modo “protector”, evitando al chico/a la confrontación con otros ideales. Lo cual resulta altamente problemático en el mundo secular e ideológicamente plural en que vivimos. La identidad de la persona no está en la asimilación, sino en una síntesis propia, que exige un proceso crítico.

- b. Por una parte, es un instrumento eficaz para obtener vocaciones o crear cuadros de militantes cristianos, pues aprovecha el buen momento del adolescente, cuando todavía ni la edad ni las circunstancias le obligan a experimentar qué resistencia opone la realidad (las instituciones religiosas, el mundo, su propio yo personal) a sus expectativas juveniles. Por otra parte, sin embargo, eso mismo da a entender la inconsistencia de las motivaciones, aunque el chico/a sea básicamente sano y haya tenido un desarrollo normal tanto en el campo humano como en el espiritual. Y es que la fundamentación no se da cuando se asimilan internamente los valores, sino cuando se han experimentado las contradicciones de la condición humana y la fuerza salvadora de la Gracia. ¿Conviene, en consecuencia, aprovechar el momento idealista del joven en orden a que se comprometa con un proyecto de vida, y más tarde educarlo en la personalización? Habría que plantearse algunas preguntas previas: cuando la formación en el proyecto cristiano de vida es de personalización, ¿no obliga a cambiar la pastoral?; ¿es honrado aprovecharse del idealismo juvenil?; ¿qué es lo primero: la persona o nuestros proyectos del Reino?...
- c. Por una parte, nuestras instituciones sólo pueden mantenerse con un alto grado de cohesión ideológica y de estabilidad de normas de vida. Lo cual exige procesos intensos de asimilación. Por otra parte, sin embargo, si queremos devolver a la vida cristiana su carácter profético, ¿cabe hacerlo poniendo el acento en el orden objetivo, en el “sistema de perfección”, en nuestros proyectos de protagonismo histórico, que a veces confundimos con el reino de Dios?

2.4.1.3 *Claves de la personalización*⁴⁷

Todo modelo antropológico realiza un desplazamiento de claves, como hemos visto. Más que negar las claves de otros modelos, acentúa algunas, critica la importancia dada a otras, resitúa la dinámica y organiza el conjunto de un modo nuevo. Llamaremos “**claves de la personalización**” a los puntos neurálgicos que configuran este modelo, ideas matrices que sirven para articular orgánicamente el pensamiento y la praxis. Hay que distinguirlas de las **instancias**, de las que hablaremos a continuación, y de las **mediaciones**, a las que también aludiremos. No vamos a indicarnos todas, sino que vamos a fijarnos en algunas especialmente significativas de las intencionalidades que animan este proyecto de espiritualidad. Por lo mismo, es imprescindible captarlas en su conjunto, unitariamente. Sólo así lograrán perfilar la coherencia de la personalización, evitando posibles malentendidos. Esto es importante porque, al ser un término de uso polivalente, muchas veces la personalización ha sido superficialmente entendida. Por ejemplo, no se puede reducir la personalización a la mera atención individualizada o a la internalización de valores mediante amplios tiempos de reflexión. En estos casos se trata de formas de asimilación, sin más.

1 AUTENTICIDAD

Para la personalización es decisivo distinguir entre autenticidad moral y autenticidad existencial. Aquélla se define por una conducta coherente, de acuerdo con referencias objetivas (mandamientos, consejos evangélicos, exigencias radicales...). La persona responde con un mayor o menor grado de generosidad a unos valores conscientemente asumidos y puestos en práctica. La autenticidad existencial radicaliza

⁴⁷ GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios...*, op.cit., pp. 112-116.



la libertad situándola más allá del bien y del mal. Entiéndase bien: no en sentido amoral, sino radicalmente moral, como experiencia trascendental de hacerse responsable de ser una persona que busca vivir en verdad. En efecto, la observación de todos los días nos dice cuántas conductas, irreprochables en el orden religioso-moral, ocultan una profunda inautenticidad. La personalización quiere alcanzar las actitudes básicas, las que atañen al “corazón” en sentido bíblico. Pero para ello prefiere la lucidez y el lenguaje antropológico, en lugar del espiritual, porque éste se ha prestado y sigue prestándose a enmascarar sistemas de autojustificación o motivaciones inconscientes.

¿Que el lenguaje antropológico enmascara igualmente el narcisismo de la libertad? Sin duda. En consecuencia, habrá que situarlo en las coordenadas de la antropología cristiana. Pero, en una cultura antropocéntrica como la nuestra, creemos que la primera piedra de toque está ahí, en la ética de la libertad.

Auténtico es el que toma la vida en sus manos como algo suyo, irreductible, y no subordina su libertad intransferible a ningún sistema de seguridad, por más garantías de objetividad que éste pueda tener. Fidelidad a sí mismo, por encima del “rol”, por encima incluso de las normas morales internalizadas en función de la necesidad de autoimagen. La pregunta decisiva no es si me porto bien o mal, sino si lo Que hago es en verdad mío.

2 PROCESO

Para que los valores de la vida cristiana se hagan míos, la personalización implica una experiencia radicalmente dinámica de la vida.

Los ideales y las normas son intemporales. Por eso la educación tradicional concebía al niño como un cristiano en pequeño, que vive anticipadamente como tal. Todavía hoy, cuando el chico/a asiste a la catequesis o va al colegio, la educación se centra en conformar su vida “desde arriba” y “desde fuera”, es decir, en función de normas, valores y conceptos. Para ello se van creando convicciones y hábitos de conducta dentro de un grupo que se caracteriza por ser signo o testimonio del Evangelio. Es verdad que los estudios actuales sobre la educación insisten en que ésta ha de ser gradual; pero gradual, en definitiva, en función de una introducción progresiva en un determinado estilo de vida. Vivir el proceso, por el contrario, significa permitir que el joven o el adulto sea él mismo; que vaya descubriendo por sí mismo si sus opciones son reales o “montajes” añadidos y si, al integrarse en un grupo e institución, éstos le domestican o le permiten crecer en libertad.

Por supuesto que un cierto grado de adaptación social es necesario, y en este sentido la personalización habrá de procurar no caer en el individualismo; pero es irrenunciable que el grupo o la institución estén subordinados al proceso de la persona. Por ejemplo, si un joven, en la vida religiosa, aunque tenga votos temporales, necesita vivir cosas hasta entonces no vividas, porque su proceso de maduración humana y espiritual así lo exige, la comunidad formativa buscará la fórmula capaz de integrar sus necesidades institucionales con las del joven; pero, en caso de conflicto irreductible, tiene siempre prioridad el joven. Concretando más: ¿está dispuesta la formación a que el chico/a, si lo necesita, viva experiencias de implicación afectiva que puedan poner en peligro la vocación?

Hacer propios los valores de la vida cristiana implica un proceso de confrontación entre deseo ideal y realidad. La espiritualidad clásica, marcada por la metafísica platónica, hizo del deseo su propia clave. La espiritualidad bíblica, por su parte, niega la aspiración del hombre a Dios, pero subraya sobre todo el descenso de Dios al hombre, y por ello considera como espiritual la presencia de Dios en el corazón mismo de la historia. Sin duda, el adolescente precisa descubrir el sentido de la existencia ensanchando el horizonte mediante valores universales y perspectivas de Absoluto. El problema surge cuando hay que dejar de ser adolescente y empezar a ser



adulto. El modelo de personalización propugna claramente la confrontación entre ideal y realidad como clave de la edad adulta. Ciertamente, no es lo mismo experimentar todo el peso de la limitación humana a los cuarenta y cinco años que experimentar la crisis de autoimagen a los veinte o veintidós. Pero es necesario superar ese talante de adolescencia que opera en nuestras instituciones eclesiales a base de superestructuras altamente ideologizadas o de voluntarismos idealistas.

Todo tiene su riesgo, pues insistir en el proceso puede traer como consecuencia un realismo “chato” y calculador. Sin tensión de Absoluto, no hay fe ni experiencia del Reino. Que quede claro que la personalización no niega el ideal, sino que lo resitúa en un proceso.

3 EXPERIENCIA DE LA CONDICIÓN HUMANA

La palabra “personalización” está tan ligada a connotaciones narcisistas de corte “postmoderno” que, con demasiada frecuencia, provoca reacciones de rechazo o de prevención. Nunca insistiremos suficientemente en la necesidad de entenderla en un sentido radical. Si ser fiel a sí mismo va a quedarse en capricho...; si ser auténtico consiste sólo en hacer lo que me parece, ignorando a los demás...; si respetar el proceso es una trampa para no arriesgar nada y evitar toda crisis y ruptura...; sería más de lo mismo... La personalización sólo se entiende cuando conlleva la transformación de la persona. Transformación/conversión en sentido bíblico, y conversión, precisamente, que supone experimentar la densidad de lo real a niveles cada vez más hondos: lo contrario a una espiritualidad centrada en lo “objetivo imaginario”, es decir, en un mundo aparte, superior, desligado del mundo y de la condición humana. La personalización obliga a hacer la aventura humana hasta el final y sentir el escándalo de un Dios que quiso hacerse hombre y compartirlo todo con nosotros. Algunos temas se hacen especialmente significativos:

- La ruptura de la imagen infantil de Dios ligada a nuestros deseos imaginarios, sin conflictos.
- La experiencia de que el camino del Reino no responde a nuestras expectativas y deseos. Aplíquese a las metas de perfección individual, a las ambigüedades de la Iglesia, a la mediocridad de nuestras instituciones, a la ineficacia de los valores cristianos en la / sociedad...
- El encuentro con la densidad del mal y del sufrimiento en todas sus formas.
- Las contradicciones insalvables de la condición humana, y entre ellas el pecado como experiencia global, como poder de muerte, que pone al descubierto la mentira existencial, el egocentrismo, la autojustificación...

Dicho de otra manera: la personalización da la máxima importancia a las crisis, ya sea que éstas irrumpen de repente o se produzcan de un modo gradual. La persona humana aprende a no huir de lo real y a liberarse de la necesidad de controlar y objetivar la existencia. Tal es el ámbito propicio para lo que es el núcleo del proceso de personalización: la **experiencia fundante**. En este sentido, sus raíces inspiradoras no pueden ser más tradicionales. Sin esta verdad de la existencia, todo edificio espiritual se construye sobre arena. La diferencia entre asimilación y personalización está en que aquélla es paternalista y protectora, mientras que ésta obliga simultáneamente a la maduración humana y a la maduración espiritual. ¿Queremos de educar para una vida cristiana entre muros o a la intemperie?...

4 VISIÓN INTEGRAL

Todos los documentos postconciliares sobre catequesis y educación intentan superar la formación preconiliar, considerada moralista y espiritualista, y afirman las dimensiones humana y cristiana. Es un paso importante. El problema estriba en cómo hay que articular esas dimensiones. La visión integral comienza por el **discernimiento diacrónico**: es la coordenada temporal, que nos da un conocimiento de cuáles son las leyes o los grandes signos del proceso de maduración, en qué etapa está la persona;



sitúa toda experiencia significativa en una historia e intentando captar las constantes, la trayectoria, las rupturas, para articular una unidad de sentido, en cuanto es posible. Pero para ello, hay que hacer a la vez un **discernimiento sincrónico**: en lugar de analizar por separado cada área del proyecto de vida, interrelaciona todas las áreas y hace de ellas una lectura de la experiencia vivida a diversos niveles: psicológico, social, existencial, espiritual. Analiza una realidad que se da en un mismo momento desde distintas perspectivas.

Ejemplo concreto de la dimensión sincrónica: ¿Qué significa abordar integralmente la responsabilidad?:

- La responsabilidad psicológicamente puede significar que uno tiene necesidades de aprobación.
- Psicosocialmente puede significar que ha adoptado un determinado rol en el grupo, el rol de ser el bueno.
- Existencialmente, responsabilidad puede querer decir la actitud del que no evita los conflictos. Cuando está en juego su conciencia se enfrenta porque pone en juego sus valores, es fiel al deber.
- A nivel espiritual la responsabilidad puede significar respuesta al don de Dios, al amor de Dios.

(Cualquier realidad debe ser percibida a distintos niveles, con lo cual uno tiene que saber manejar la realidad interdisciplinariamente).

Ejemplo de dimensión sincrónica: En los jóvenes de hoy notamos que, comparando con otras épocas, tiene una imagen positiva de Dios; y eso es normal porque las catequesis tienen hoy mucha menos carga moralista, y legal... Dios les quiere pero..., ¿qué experiencia hay detrás?... Aquí es donde se combinan los dos discernimientos: puede ser que el joven proyecte sus necesidades de ser querido y eso no es negativo (más vale tener una imagen positiva de Dios que una negativa), pero cuando nos encontramos con un joven que dice: “en mi relación con Dios siento que Él me perdona, que es misericordia...; pero otras veces me siento juzgado, siento que cuando hago algo mal me separo de Dios”... Sabemos lo que esto significa psicológicamente: es una imagen y una relación ambivalente de Dios. Tendemos sencillamente a suponer que esta imagen ambivalente es menos desarrollada. Esta responde a que se percibe a Dios como un Tú distinto, por lo tanto como posibilidad de conflicto... Evidentemente esto hay que superarlo mediante la experiencia de la gratuidad de la salvación. Ambas percepciones se parecen muchísimo desde un punto de vista fenomenológico: ser querido... Y sin embargo, desde el punto de vista del contenido real no tienen nada que ver, porque para poder tener una experiencia de gratuidad, de salvación, hace falta haber pasado por la ley y por el conflicto, por la responsabilidad...

Los apartados que siguen especificarán los contenidos de esta visión integral, en particular, concretaremos el arte de esta clave de la personalización aplicada al proceso de transformación y sus etapas.

5 EL DISCERNIMIENTO

Vivir en proceso y desde una visión antropológica asistematizable equivale a vivir en discernimiento, no como algo ocasional para situaciones particulares (discernimiento del paso a la contemplación infusa o distinción entre consolación espiritual y consolación sensible), sino como un talante o actitud existencial que abarca la vida entera. Antropológicamente, dicha actitud contiene cuanto hemos dicho sobre la subjetividad implicada en el proceso de personalización. Teológicamente, supone que, por fin, la vida cristiana adquiere su dinamismo propio, el del Espíritu Santo. En la



concepción tradicional, la vida cristiana estaba dirigida por la Ley y, circunstancialmente, por las “mociones interiores”. Aquí propugnamos la inversión:

- Aprender a vivir “desde dentro”, descubriendo la fidelidad a la verdad profunda del propio ser, no “desde fuera”, en función de esquemas ordenadores de conducta o de modelos ideales a alcanzar. La Ley pasa a ser referencia objetiva y necesaria, pero no determinante.
- Vivir en obediencia a la obra del Espíritu Santo, no en función de nuestros deseos de perfección, sino en función de la transformación real del yo al ritmo de Dios y en discernimiento de sus caminos, distintos de los nuestros, sin duda.

Concuerdan la madurez humana (vivir en libertad interior, no condicionada por impulsos o por expectativas externas, aunque sean las exigencias evangélicas mejor justificadas) y la espiritual (Heb 5: el cristiano adulto es el ejercitado en el discernimiento, acostumbrado a ser guiado por Dios “desde dentro”).

2.4.2 El esquema gráfico⁴⁸

La persona humana es tan rica y polivalente, que puede decirse de ella casi todo. En su constitución influye no sólo la natural evolución biológica, sino también los factores culturales. Se inserta en la red de relaciones intramundanas y se abre al sentido de la existencia desde la trascendencia. Capaz de autoconciencia solitaria, no puede realizarse sino en la intersubjetividad. Necesita interpretar la realidad, pero también transformarla. Es libre y autónoma para dar razón de sí; pero Dios le ha salido al encuentro como amor absoluto en Jesucristo. Responsable e incapaz de alcanzar su autoplenuitud... Con frecuencia se ha recurrido a estas bipolaridades para sistematizar las distintas dimensiones de la persona humana: inmanencia y trascendencia, espíritu y materia, necesidad y libertad... Lo difícil de un modelo antropológico es lograr una descripción integral, de modo que el conjunto abarque las dimensiones sistemáticamente significativas de la persona. El esquema clásico, respondiendo a sus preocupaciones metafísicas, ha formulado, mediante la bipolaridad alma-cuerpo, la estructura última del ser personal. El nuestro busca una comprensión dinámica, que tiene en cuenta las ciencias humanas. Lo más delicado es dar nombre a la transformación del sujeto, precisamente porque se trata de la realidad inobjetivable del ser humano en su vida concreta e intransferible, realizándose en el tiempo.

2.4.2.1 *Instancias*

El grave equívoco de la antropología tradicional consiste en haber separado en esferas objetivables lo material y lo espiritual (cuerpo y alma, cada uno con sus dinamismos propios). Nuestro modelo, por el contrario, describe lo inobjetivable (que llama interioridad) en relación con lo objetivable (que llama instancias). Este cambio de perspectiva es fundamental, porque deja atrás la cuestión metafísica y aborda la experiencia real de la dinámica de personalización.

Con todo, nuestro modelo antropológico se diferencia, igualmente, del utilizado por las ciencias humanas. También éstas buscan objetivar el complejo funcionamiento de la persona en sus variables. Hablan de evolución y madurez, pero a la luz del concepto de equilibrio y complementariedad de funciones. De hecho, casi siempre recurren a fórmulas bipolares (necesidad y deseo, identidad individual y social, dependencia e independencia, pulsión y norma, etc); y si la formulación se amplía, buscando una comprensión integral, termina afirmando formalmente las diversas dimensiones de la persona: la biológica, la psicológica, la social, la cultural, la religiosa...

Nuestro esquema se distancia tanto del sustancialismo metafísico como del positivismo científico. Se inspira en una tradición filosófica y religiosa y recoge las aportaciones de las

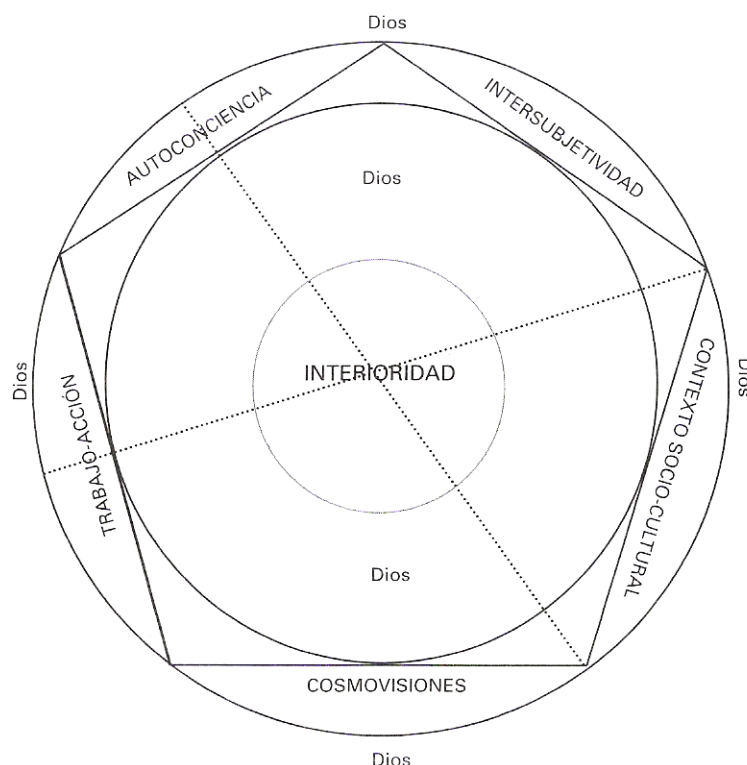
⁴⁸ GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios...*, op.cit., pp. 117-131.



ciencias humanas; pero predomina la perspectiva dinámica. Hablamos de la subjetividad que se va haciendo, en proceso de transformación, no de la subjetividad en sí, interpretada con claves neoescolásticas (la dualidad unitaria de alma y cuerpo) o con claves de filosofía trascendental (las condiciones metaempíricas que permiten la apertura inobjetivable del sujeto a la totalidad del ser). Sin duda, en nuestros esquemas subyace un pensamiento metafísico; pero nos mantenemos voluntariamente en la perspectiva fenomenológica. No es fácil percibir a través de lo objetivable la transformación inobjetivable, o en las instancias los niveles de interioridad, o detectar la unicidad del sujeto en la complejidad de sus tendencias y experiencias, o el proceso de la libertad interior, cuando se debate entre sus mecanismos de defensa y el amor que le hace salir de sí, o captar el paso a lo teologal fundante, o discernir entre la fenomenología de integración psicológica y la de las experiencias místicas... Sin embargo, consideramos esencial en nuestro modelo el que la personalización sea entendida y aplicada a la luz de esta perspectiva dinámica, en la que el pensamiento objetivo opera al interior de la percepción inobjetivable de la persona concreta (Bergson hablaría de "intuición"; los escolásticos, de "intellectus" y "synderesis"; Pascal, de "corazón"), a modo de referencia real, pero subordinada a la vida del sujeto en proceso.

Nuestro esquema comienza por distinguir las cinco instancias y la interioridad. La persona se hace a través de realidades objetivables (las instancias), en la medida en que vive la realidad a distintos niveles (la interioridad no es objetivable, pero sí es perceptible y comunicable). Dios no es una dimensión entre otras de la realidad, sino lo absolutamente real. Sin duda, inobjetivable, pero perceptible, paradójicamente, en la profundidad última de la interioridad y en cuanto gracia.

Las **instancias** son los componentes que integran dinámicamente a la persona. En este modelo antropológico son cinco:



- I. La **autoconciencia** hace referencia a la persona en cuanto individuo. Implica diversos aspectos específicos: la reflexión, el autoanálisis, la soledad, la autoafirmación, los contenidos de conciencia y de inconsciencia, etc. Conviene advertir la diferencia, resaltada por el pensamiento personalista, entre individuo y persona. Lo individual no es todavía personal, ya que se refiere al yo en cuanto se centra en sí mismo, separado



o al lado del tú o del mundo. La autoconciencia individual es un momento entre otros - esencial, sin duda- del proceso de personalización. Aunque, en el lenguaje coloquial o en la asociación espontánea, la personalización se identifica con la individuación, nuestro modelo antropológico los diferencia.

- II. La **intersubjetividad** hace referencia al ser persona con otras personas, a lo específico de la relación interpersonal. Implica aspectos variados que se engloban en la convivencia y en la afectividad: salir de sí, comunicación, encuentro, vinculación amorosa, dependencia, socialización, relaciones de autoridad, etc. Los ámbitos de la intersubjetividad son muy plurales entre los humanos: familia, educación, amistad, pareja, grupo de pertenencia, relación laboral, estamento social, compromiso político, etc.
- III. La persona es también acción en el mundo, es decir, **trabajo-acción**. En un doble sentido: en cuanto actividad transformadora de las condiciones objetivas y en cuanto colaboración con otros seres humanos. Si distinguimos entre trabajo e intersubjetividad, es por referencia al binomio que configura la vida de las personas: intimidad (o reciprocidad de conciencias) y trabajo (actividad externa, socializada). El trabajo implica muchos aspectos: habilidades, preparación intelectual, responsabilidad, experiencias de acción, colaboración, etc. Hay un aspecto que en la personalización adquiere especial importancia: la capacidad de crear un “mundo propio”, es decir, la capacidad de tomar iniciativas y de mantenerlas en torno a un interés vital (más tarde diremos: realización de un “deseo” que aglutine acciones y experiencias).
- IV. La instancia **contexto socio-cultural** es fruto de las anteriores, pero le damos una dimensión propia, ya que hace referencia a la situación histórica en que se encuentra la persona cuando inicia su proceso; situación que implica:
 - Aspectos objetivos preestablecidos, por ejemplo, la clase social, los sistemas de producción, la mentalidad reinante, los esquemas sociales de comportamiento, etc.
 - La categoría de lo temporal, que hace que toda realidad humana, individual o social, haya de ser entendida dentro de unas coordenadas en cambio. Por ejemplo, el contexto socio-cultural establece hoy que la autonomía personal es un valor determinante, presupuesto incluso para la experiencia religiosa. Lo cual era ajeno al mundo medieval.
- V. **Cosmovisiones** son los símbolos y significados que la persona ha internalizado y con los que interpreta y da un sentido a la vida. Puede parecer que viene a ser una añadidura superflua a la instancia anterior; pero recoge un aspecto con características propias:
 - Primero, porque el contexto socio-cultural tiende a ser tratado en clave determinista (la persona asimila pasivamente el entorno).
 - Segundo, porque es necesario reivindicar lo cognitivo y simbólico como capacidad propia de la subjetividad humana.
 - Tercero, porque lo ético y religioso emerge de la fuente inspiradora de las ideas y valores.
 - Cuarto, sobre todo, porque la cosmovisión cristiana se nutre de la palabra de Dios; lo cual supone una tradición peculiar en la manera de entender y actuar en las conciencias y en el mundo. Por ejemplo, la Revelación cristiana ofrece a la autorrealización de la persona un marco de referencia que desborda la racionalidad: la personalización como Salvación en Jesucristo muerto y resucitado.



Las cinco instancias son categorías formales que buscan una visión integral de la persona humana. En la realidad, las instancias son *interactivas*. Por ejemplo, la autoconciencia depende de la imagen que los demás me dan de mí; la intersubjetividad depende de la capacidad de autonomía; la cosmovisión, del contexto socio-cultural; y éste, de las condiciones materiales y cognitivas en que se desarrolla el trabajo humano; etc. Si traspasamos la interactividad a la experiencia religiosa, la oración (forma de intersubjetividad) dependerá de la cosmovisión que me hayan dado de Dios (incluso para comprender de qué intersubjetividad se trata), y no cabe separarla de su sub suelo individual, constituido por las imágenes latentes del inconsciente afectivo.

La importancia de las instancias en la personalización es tal que habremos de dedicarle más tiempo en el futuro. Instancias o mediaciones son los elementos que estructuran dinámicamente a la persona. Ésta existe como sujeto ante sí misma, en relación con otras personas, ante el mundo, en una situación determinada y con una visión de la realidad. Pero este lenguaje abstracto lo sustituiremos por aquellas modalidades que concretan dichas instancias, como son, por ejemplo, la comunidad, el acompañamiento, la oración, la misión cristiana, la Iglesia, la liturgia, etc.

Las instancias y mediaciones son esenciales, pero lo *determinante de la personalización es la interioridad*. Ya que las instancias son objetivables y tienden a ser trabajadas como sistema controlable, la interioridad representa el carácter inobjetivable de la persona, es decir, específicamente, la subjetividad. Por eso le pertenece en sentido propio el proceso de transformación de la persona, la personalización.

2.4.2.2 *Interioridad*⁴⁹

La interioridad no debe ser confundida con la autoconciencia ni con la intimidad intersubjetiva, sea humana o religiosa (ésta ha sido denominada, clásicamente, la “vida interior”). No es una instancia o mediación, sino la personalización, precisamente, de todas las instancias. Sólo existe en las instancias, pero es ella la que constituye lo personal en sí mismo. Por hablar en términos conocidos: no somos robots con múltiples funciones (las instancias), sino sujetos encarnados en cuerpos conscientes y dotados de libertad, es decir, personas humanas. El esquema lo muestra gráficamente: la interioridad es el círculo que contacta con todas las instancias y las penetra; no es un elemento estructural al lado de otros.

Precisamente porque la interioridad no es una instancia, sino la subjetividad de las instancias, no es objetivable, pero sí es perceptible. Su presencia en las instancias y la interacción entre éstas muestran la realidad de la interioridad, que las cosmovisiones no materialistas, cristianas o no, han conocido siempre como el alma. Pero evitamos esta palabra para desligarla de connotaciones metafísicas, ya sean platónicas o tomistas; y, sobre todo, porque este modelo antropológico de personalización no mira la estructura del sujeto humano, sino su dinámica, como hemos dicho más arriba. Sin embargo, en castellano hay un modo de hablar del alma que iluminaría esta dinámica, cuando se dice, por ejemplo, que ponemos “alma” en una tarea. El sujeto que se implica, que arriesga, que vive a fondo lo que siente o hace, tiene alma, es decir, interioridad. Entre los esquemas clásicos, el que más se le acerca es el tripartito: cuerpo, alma, espíritu.

Interioridad tampoco es lo opuesto a exterioridad. Afirmar tal cosa significaría identificarla de nuevo con una instancia: la autoconciencia frente al trabajo; la actividad reflexiva frente a la actividad social. Significaría incurrir en la contraposición tradicional entre actividades espirituales, las únicas dignas del hombre, y actividades materiales. Probablemente, el término más próximo a “interioridad” es el término bíblico “corazón”, que, como se sabe, no se reduce a afectividad, la cual es una facultad entre otras; el corazón

⁴⁹ GARRIDO J., *Introducción a la Pastoral de Personalización*, Vitoria, Instituto de Vida Religiosa de Euskal Herria, Colección Apuntes, pp. 10-12.



significa, simbólicamente, el centro unitario e inobjetivable de la persona, sede y fuente dinámica del pensar, sentir y actuar.

Para entender esto, varios ejemplos:

Vamos a suponer que una buena educación humana y espiritual enseña a la persona a que salga de sí misma. Salir de sí mismo a nivel psicológico no es lo mismo que a nivel existencial ni a nivel espiritual:

- A *nivel psicológico*: La primera condición psicológica para que uno pueda ser libre es que yo puedo distanciarme de mi propio mundo emocional -capacidad de objetividad-. Es un primer nivel de interioridad en cuanto a interioridad como salir de sí mismo. No me invaden los sentimientos, puedo distanciarme de ellos, puedo salir de mi propio mundo, puedo objetivar.
- A *nivel existencial*: es que yo soy capaz de tener mundo, realidad fuera de mí. Es libertad, relación, amor, proyecto. Puedo tener realidad fuera de mí. Ya no es simplemente el nivel psicológico.
- A *nivel espiritual*: es salir de mí, que yo no fundamento mi vida en mí, en lo que siento. Fundamento mi vida en la salvación, en la Palabra de Dios, en la fe.

La interioridad es lo que es propio de la subjetividad. No es objetivable porque es la dinámica propia de la subjetividad. La interioridad está en todas las instancias. La interioridad es lo que nos hace percibir el proceso de personalización.

Ejemplos muy concretos: con la personalización hay gente que aprende a utilizar la psicología, utiliza otros lenguajes y al final, hace otros montajes. No vive el proceso de personalización porque su interioridad solamente se desarrolla a nivel ideológico. Para que la personalización sea real necesita un nivel de interioridad más hondo que el ideológico. La clave de la personalización está en la interioridad.

La interioridad es la facultad propia de la subjetividad espiritual de vivir en proceso de transformación. Por eso puedo vivir la misma realidad a distintos niveles.

Otro ejemplo: la comunidad puede ser vivida a un nivel de interioridad que simplemente es sinceridad: hablo de lo que siento en el momento. A un nivel de la interioridad que simplemente es psicosocial: me identifico con un determinado rol. Esa interioridad no transforma la persona, su centro personal. Para que la intersubjetividad transforme a la persona, sea proceso de personalización, necesita niveles más hondos: soy capaz de establecer relaciones interpersonales. Pero..., ¿qué son relaciones interpersonales? Para alguien será el sentimiento psicológico de estar a gusto. Para que la interioridad, a nivel de relaciones interpersonales, produzca procesos de transformación yo tengo que ser capaz de comprometerme, de mojar mi propio ser personal en las relaciones. Sólo entonces produce dinámicas.

Otro ejemplo: la escucha de la Palabra de Dios. A un nivel psicosocial es el sentimiento piadoso. En ciertas personas la afectividad funciona fácilmente, que no quiere decir que tengan más nivel de interioridad, ya que puede haber simplemente proyecciones. Es elemento valioso pero si tiene que haber procesos de interioridad, que suponen transformación dinámica de la persona, hay que desarrollar, necesariamente, una interioridad que vaya más allá. La interioridad se puede desarrollar a través de todas las instancias.

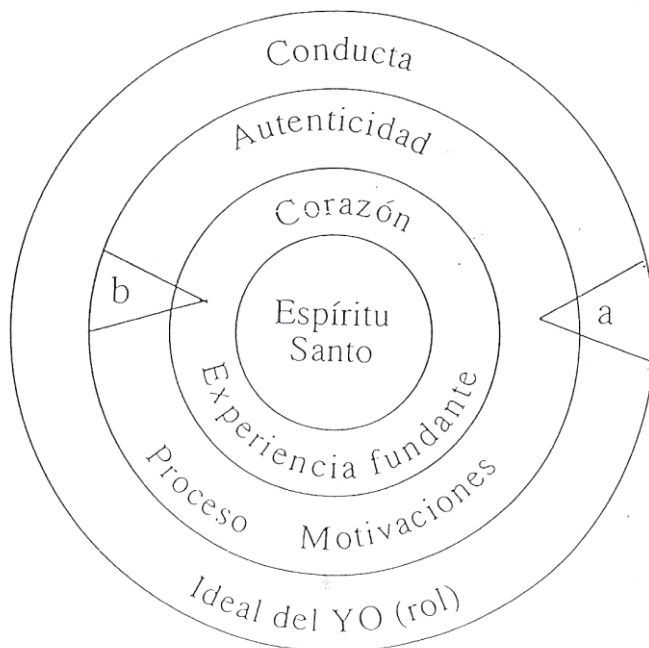
Por ejemplo en la llamada "formación inicial" o en los primeros años de camino espiritual en la juventud adulta: Una *crisis de autoimagen* (18-20 años) puede desencadenarse a partir del cuestionario que yo le doy, manejando la instancia de autoconciencia. Puede desarrollarse a través de los conflictos de relación interpersonal, a través de procesos de oración, través de encontrarse con el sufrimiento del prójimo. Desencadenar un proceso supone que la interioridad se pone en marcha, de manera que se posibilita una dinámica de transformación. Cualquier realidad es vivida a niveles distintos. De aquí se deducen algunos principios pedagógicos.



2.4.2.3 *Principios pedagógicos*

- Todas las instancias están en correlación, porque la persona es unitaria y todos los componentes son los que forman su unidad. Si acentuamos desproporcionadamente una instancia se va a producir un desequilibrio en las otras instancias que va a repercutir en la propia instancia. Hay que manejar equilibradamente las distintas instancias.
- Hay que manejar las instancias de manera diferenciada, según las épocas y las personas se pueden acentuar una instancia sobre las otras. Equilibradamente no quiere decir de manera no diferenciada.
- Lo determinante está en la interioridad, aquello a lo que hay que estar más atento. Yo le doy un cuestionario, la persona lo trabaja, reflexiona..., pero sólo ha servido para reforzar el autoanálisis. Pero no ha llegado a nada. Y lo mismo con las otras instancias: comunidad, grupo, dinámicas... Si no se producen procesos de interioridad, no en cuanto autoconciencia, autoanálisis, no conseguimos nada. Por eso, no hay que confundir la interioridad con la interioridad refleja. La interioridad refleja es la interioridad que se desarrolla conscientemente, reflejándose, volviéndose sobre sí. Hablamos de interioridad como la capacidad del sujeto de abrirse a la realidad a distintos niveles.
- Si lo determinante está en la interioridad, no hay que olvidar que la interioridad no es objetivable. Solamente se percibe a través de signos de transformación. De ahí la enorme importancia del discernimiento. El discernimiento es decisivo para la persona, porque es donde se percibe qué es lo que está pasando como transformación de la misma.

2.4.3 La personalización: proceso de transformación



No se trata de un orden de conducta ni de perfección, a no ser que la entendamos en sentido dinámico. La personalización es un proceso, desde la transformación.

En el primer nivel o círculo estaría la conducta, el ideal del yo en íntima relación con el rol que uno adopta, con la identidad social.

Vendría, a continuación, una cuña de paso del primer al segundo nivel, donde se encuentra la autenticidad, el proceso, las motivaciones conscientes e inconscientes.

Hay otra cuña en el paso del segundo nivel al tercero donde se encuentra el Espíritu Santo o gracia, corazón en sentido bíblico y experiencia fundante.

El modelo de asimilación busca lograr una conducta coherente, alimentada desde el deseo, desde el ideal del yo, donde la persona se identifica socialmente e incluso opta por un determinado proyecto de vida, el proyecto cristiano en sus distintos carismas. Lo que importa



es el orden objetivo responsablemente asumido. La personalización es muy ambiciosa: pretende rupturas del nivel de conciencia, ya sea por procesos interiores de autoconciencia, por procesos de sufrimiento, de oración, por una experiencia de enamoramiento, etc.

El medio de ruptura empleado en la pedagogía de la personalización es la crisis de autoimagen. Puede ser una crisis muy brutal, muy dramática o puede ser muy suave, dependiendo de la madurez, del tipo de persona... Uno ya no puede vivir desde el ideal del yo. No puede vivir con idealismos porque ha comenzado a confrontar con la realidad. En ambientes protectores, las personas crean sus propios montajes y siguen viviendo. Esa personas no cambian y cuando tienen que enfrentarse verdaderamente a la vida no saben por dónde cogerla porque la realidad nunca responde a los ideales, a las expectativas del deseo. Desde aquí emergen necesidades no vividas: sexualidad, agresividad, autonomía... Surge la primera crisis de realismo. El ideal del yo y la realidad comienzan a dislocarse. Comienzan a resituarse las cosas. Aprovechar bien esta ocasión es importante en el proceso de personalización.

Desde un orden de asimilación, esto se experimenta como amenaza porque el joven deja la oración, el compromiso cristiano se resitúa- pues antes se entregaba a los marginados y ahora tiene necesidad de cuidarse a sí mismo de vivir procesos de integración no vivida- necesita tener mundo propio.

Nuestra reacción es juzgar que está persona está "bajando". Pero no, hay que ayudarle a resituarse su dinámica en clave de autenticidad. No es lo importante ver si se ha sido bueno o malo sino si ha tomado la vida en sus propias manos, sin hacer del cristianismo un montaje para autojustificarse. Se rompe el sistema y la persona tiene que empezar a ser ella misma.

El ideal del yo cambia, no vive de su ideal sino que tiene que aprender a vivir desde su realidad. Hasta ahora todo dependía de deseos, de identificaciones, de asimilaciones, de responsabilidades, de cumplimientos. Ahora uno es lo que nace de dentro a fuera como proceso real. Esto se debe vivir como proceso liberador. Lógicamente esto descoloca los sistemas. A veces, para vivir esta ruptura se tiene que romper con normas morales, incluso se puede vivir una fase de amoralidad, que en esta sociedad actual es bastante frecuente. Se comienza a analizar no solamente las motivaciones conscientes, ideológicas, que dominaban en el primer nivel, sino también las inconscientes. Comienza a percibirse desde el yo real y no maneja sólo lo espiritual sino también lo humano, sus procesos de integración.

A partir del primer círculo surge otra cuña. Se empieza a experimentar qué es ser persona, vivir a fondo. Hemos sustituido el vivir a fondo, el riesgo que supone la libertad por sistemas ordenadores de seguridad. Si una persona aprende a vivir en autenticidad tiene que vivir a fondo y comienza a experimentar las grandes contradicciones insalvables de la condición humana. Esta persona crece en autonomía, pero en la misma medida experimenta su propia finitud.

A partir de los sistemas de conducta decimos ideológicamente, teológicamente que la persona no consiste en autorrealizarse sino en morir a sí misma, en disponibilidad a lo que Dios le pide. Mientras no se experimenta la autonomía no se puede experimentar ni saber qué es la obediencia de fe. Se confundirá fácilmente con la sumisión o la dependencia y esto tiene enormes implicaciones para un mundo como el nuestro, donde la autonomía es un valor fundamental.

Un voto de obediencia o el compromiso de vivir el matrimonio para toda la vida deben estar motivados por un proceso de fe, donde la libertad autónoma está alcanzando su cima. La libertad tiene que ser liberada, pero para esto hay que llegar a las experiencias de contradicción (pecado, muerte, limitación...). Para sentirse salvada, con una afectividad ordenada según el fin último, necesita experimentar la síntesis de contrarios. Es aquí donde se produce la experiencia fundante, donde lo único absoluto es Dios. Sin esto no hay personalización.

La interioridad es fundamental en todo proceso de personalización. La fe se percibe a niveles distintos y se elabora la identidad a niveles más profundos de realidad.



2.4.4 Dios

Es importante destacar las siguientes tesis:

1. **Dios no es una instancia entre las instancias, no es algo objetivable. Pero nosotros muchas veces manejamos a Dios como una instancia.**
2. **Dios puede llegar a ser lo más despersonalizador por no ser punto real de confrontación con el que podemos verificar nuestros deseos:**

Dios se presta máximamente a la fantasía del deseo. Por eso Dios se puede prestar a lo peor y simultáneamente también a lo mejor. Porque si es el fundamento último de todo lo real, el proceso de interioridad -como proceso de personalización- se toca con el fundamento de toda personalidad. Consiste en que puedo vivir la realidad a niveles cada vez más profundos, íntimos siendo el nivel último, su fundamento, Dios.

Sólo cuando alcanzo un nivel de personalización fundante conecto con la realidad de Dios que es fundante. Para que Dios personalice tiene que haber procesos de interioridad donde el nivel de realidad sea fundante, entonces nada personaliza como Dios, porque sólo Dios es fundante. Y paradójicamente, nada se presta a personalizar menos, a crear montajes de seguridad, ilusiones y fantasías.

Esta paradoja expresa muy bien la primera tesis: *Dios no es una instancia sino la realidad fundante de toda realidad.*

Ejemplo: una chica de 16 años en una Pascua se siente amada por Dios y ahí polariza sus deseos (unificación del deseo). Desde ahí hace su opción.

Esto no es malo pero puede haber sistemas de compensación. Si se han reprimido en su momento ciertas necesidades, por ejemplo, de pareja, emergerán y desencadenarán todo un proceso crítico. Tendremos que distinguir la vocación como un ideal, de la vocación como algo real; la experiencia de Dios como proyección inconsciente de necesidades, de la experiencia de Dios como realidad.

Esta persona no tiene ninguna experiencia fundante aunque tenga experiencia de concentración psicoafectiva. A través de la crisis tiene que resituarse. Para que haya experiencia fundante tiene que pasar por procesos de realidad, comenzando a distinguir el Dios real de la imagen de Dios, las motivaciones conscientes e inconscientes, la proyección de sus necesidades y lo que pueda haber de auténtico, de real. Tiene que empezar a confrontar esa realidad de Dios con los procesos de maduración humana. Estos corresponderían al segundo nivel. Para llegar al tercer nivel, después de los procesos de integración tendría que plantearse: ¿qué hago yo con mi vida?

Si a través de esos procesos de confrontación Dios no ha desaparecido sino que se ha vuelto cada vez más real, es cuando puede emerger una nueva experiencia.

Sin procesos de realidad no se puede alcanzar una experiencia de fundamentación. Sí, quizá, de centración psicoafectiva, de ideologización, pero no de procesos de personalización. En esta fase, hasta que no se tiene la experiencia fundante, la persona está moviéndose en la polivalencia de lo real donde Dios queda como fondo religioso.

3. **Este Dios que no es objetivable, se ha hecho hombre, un Tú personal con rostro humano:**

Es la paradoja antropológica por excelencia que tenemos los cristianos. Sabemos que Dios se ha revelado humanamente y sin embargo, a la vez esto implica que de alguna manera podemos utilizar a Dios como instancia.

Por ejemplo: puedo usar la Palabra de Dios desde donde puedo elaborar las diferentes instancias y la propia realidad de Dios.

Seguimos con el caso de la chica. Después de su opción religiosa, conoce un chico, se enamora y cree que tiene que vivirlo. En el esquema tradicional se diría que no y menos si tiene votos. Desde el proceso de personalización, en cambio, tiene que vivirlo. Esto va a suponer una dinámica de transformación que supone que lo humano tiene consistencia por sí mismo.



La tentación sería sustituir a Dios por el chico. Es el momento en que tiene que descubrir que ese Dios es el que quiere su personalización. Tiene que resituar su experiencia de Dios que antes estaba mediatizada por sus necesidades.

Las personas educadas tradicionalmente en sistemas religiosos (como por ejemplo religiosos y sacerdotes) vivían un sistema protector. El deseo estaba muy polarizado en Dios desde los idealismos de entrega, pero todo elaborado desde fantasmas o realidades interiores. Salimos a la complejidad de la vida y Dios se ha quedado desplazado. Queda desplazada, en primer lugar, la oración porque no se sabe cómo integrarla en la vida. Queda desplazada la imagen de Dios porque la imagen y vivencia de Dios están asociadas al intimismo espiritual. Hay que resituar la relación con Dios desde los procesos vividos.

Dios siempre puede ser una instancia con tal de que no sea objetivado. En sí mismo no es instancia, es una realidad viviente, es un Tú, tenemos referencias objetivas de El, es el Dios de la revelación. Tiene que estar presente en todas las dinámicas pero de manera diferenciada. Esto tiene una enorme importancia en la oración. Hay que estar siempre resituando la oración, pues va cambiando la oración según va cambiando la relación con Dios, va cambiando la relación con Dios según va cambiando la imagen de Dios y va cambiando nuestra imagen de Dios según va cambiando nuestra manera de estar en la realidad, es decir, según el proceso. Esta es la sabiduría de la personalización en cuanto pedagogía simultánea.

Otra cosa es que en esta pedagogía simultánea no siempre la instancia Dios se maneja de la misma manera. Hay etapas en que se puede sentir como un superego y hay que hacer "paréntesis". Lo importante es enseñar a vivir en autenticidad.

Pedagogía simultánea no significa manejar siempre la instancia de la misma manera, hay matices, hay acentos. Por ejemplo, en el caso de la agresividad o la autonomía: hay personas que han estado siempre en un ámbito (familia, catequesis, colegio...) de tipo protector: Al descubrir la agresividad y ver que está asociada a lo que no es conflicto, a lo que es armonía, no-violencia, entonces sienten que se separan de Dios, pero no es que se separen de Dios sino de sus vivencias internalizadas de Dios. Qué importante es que en este momento el joven cambie la imagen de Dios y perciba que Dios está haciendo una historia de salvación con eso que ahora está viviendo. Cambia la imagen de Dios porque cambia el proceso. Aquí está la pedagogía simultánea y la sabiduría.

2.4.5 El primado de la persona

- La personalización siempre supone el primado de la persona. La verdad objetiva se subordina a la persona. Esto a la Iglesia Católica le ha costado mucho asimilarlo. Sólo la persona es sujeto de derechos, no la verdad y el error. Es la persona lo determinante, si no, no se puede entender la personalización.

La persona tiene que estar abierta a la verdad, pero también tiene que estar abierta al riesgo. Desde ese ser sujeto es desde donde se va a construir. La verdad, entendida como los valores cristianos, va a ser referencia.

- Toda pastoral tiene que estar subordinada a la persona, y la P.J.V por doble razón. No se trata de sacar vocaciones. Se trata de dejar a Dios que se revele y se revele a través de los procesos de personalización, de manera que sea la persona la que descubre qué es lo que Dios quiere. Esto supone subordinar lo que nosotros consideramos lo mejor, la vida religiosa, al Reino de Dios, que está en los procesos de liberación, de maduración, de libertad de la persona. Es ayudar al joven a que viva el proceso creyente que implica la pregunta: ¿Señor, qué quieres de mí? Es desde la persona desde donde se hace la pregunta y no desde el sistema ordenador. Implica



que no se le ayuda en función de un conseguir vocaciones sino de una maduración cristiana completa.

- Prioridad a la persona desde su densidad ontológica, por encima de toda otra realidad. Sólo Dios es equiparable a la persona. Por eso, al final, todo se juega en ese misterio entre Dios y la persona. Comunidad, praxis, autoconciencia, etc., todo está subordinado a la persona.
- Sin embargo, la persona no es para sí misma, es para Dios y el prójimo. Aquí es donde se establece la dialéctica. Dar primado a la persona no es darlo a la individuación, sería un egocentrismo, ni tan siquiera a la autorrealización. La persona se hace para Dios y el otro. La persona se realiza en el amor. Su vida es para darla.

2 Proceso humano, gracia de Dios y acompañamiento (III)

2.6 Cómo se desencadena el proceso⁵⁰

Intentando comenzar a intuir las aplicaciones prácticas de lo que estamos planteando, pensemos, de un modo concreto, en el chico/a de 18 ó 22 años que lleva dos meses inserto en un proceso de discernimiento. Hemos comenzado a conocer sus reacciones. Tiene buena voluntad, quiere trabajar seriamente en su formación. Estamos creando clima de confianza. Hablamos al grupo sobre el proceso de personalización de la fe. No entiende mucho. Volvemos a hablar individualmente. Le planteamos si quiere comprometerse a fondo. Dice que sí. Entonces le podemos proponer que responda sin prisa a estas preguntas:

- ¿Cómo se ha desarrollado el sentido de tu vida desde niño/a hasta ahora? Sueños, proyectos, ideales...
- ¿Quién ha sido Dios para ti desde niño hasta ahora? Se trata de la imagen vivida, la de la relación afectiva.
- Describe las relaciones más significativas de tu vida: madre, padre, hermanos, amigos/as, algún maestro/a, etc. ¿Cómo has percibido a cada una de esas personas? ¿Qué han significado para ti?
- ¿Qué imagen tienes de ti? Distingue, por un lado, cualidades y defectos; por otro, tus miedos, necesidades, ámbitos en que te sientes seguro o inseguro, mecanismos de defensa, y por otro, aspectos que has trabajado en ti mismo.
- Acontecimientos y experiencias más importantes de tu vida, sean positivos o negativos. Descríbelos con cercanía emocional, reviviéndolos de algún modo.
- ¿Cómo te sientes cuando brotan en ti la sexualidad y la agresividad? Repasa un poco tu historia.
- ¿Por qué quieres ser religioso/a? (en su caso), o, ¿por qué la opción de vida laical o matrimonial? Luces y sombras en tu decisión.

⁵⁰ GARRIDO J., *Educación y Personalización. Reflexiones sobre la Formación inicial en la Vida Religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, p. 87-103.



- Sitúa tu decisión vocacional en el conjunto de tu vida, en tu trayectoria.

Hay que explicar el sentido de las preguntas. Hay que dedicarles tiempo. Meses, si es necesario. Por eso, suele ser conveniente que vaya respondiendo por escrito a una o dos, y luego, confrontarlas oralmente. Lo importante no es que responda bien a las preguntas (no es una tarea a cumplir, ni se busca un psicodiagnóstico), sino que inicie un cambio de actitud y una reflexión en profundidad. Está tomando la vida en sus manos, perdiendo miedo a la inseguridad, creciendo en espíritu de verdad.

La tarea del acompañante es muy delicada. Debe evitar todo juicio de valor. La persona está más allá del bien y del mal en sentido moral. La clave de la relación, en la aceptación del otro tal como es, en su ser y diferencia. La confianza se alimenta de respeto. El joven entrega su intimidad. ¿Qué está dispuesto a entregar el acompañante?

Es verdad que esta relación no es terapéutica, sino de acompañamiento. Pero pertenece, entre otros elementos, al proceso de personalización. La calidad de la relación entre acompañante y acompañado pone en juego dimensiones esenciales del proceso. Por ejemplo, sería fatal que el acompañante se refugiase en su "rol" de autoridad para ocultar su propia inseguridad. Pero tampoco debe perder de vista que se trata de una relación de ayuda, por lo tanto, asimétrica.

Cada relación interpersonal es distinta, y esta diferencia es parte esencial del aprendizaje de ambos, acompañante y acompañado. No siempre se empatiza espontáneamente. Hay muchos grados de confianza. A veces se bloquea la relación, y más vale no forzarla, y que el acompañado busque ayuda en otra persona. Cuando hay autenticidad, el diálogo permite flexibilidad.

2.6.1 Primera lectura de la historia personal

Continuemos. Al cabo de unos meses, el acompañante puede hacer una primera lectura en profundidad de la historia y de la situación actual del joven. El objetivo de esta primera aproximación es establecer una estrategia de personalización a fin de que el acompañado trabaje su proceso centrándose en algunos aspectos. La sabiduría de la estrategia consiste en detectar las claves y en proponer los medios adecuados.

En toda historia hay tres o cuatro puntos en torno a los cuales se está poniendo en juego la persona, sea porque están bloqueando el desarrollo, sea porque promocionan su transformación liberadora. Señalarlos con claridad ahorra muchas energías, que de otro modo se dispersarán en el intento de quererlo todo a la vez o en la búsqueda de la perfección del "rol", es decir, en el cambio superficial de hábitos de conducta.

C.D. tiene una experiencia rica de Dios, altamente positiva. Su problema está en la autoimagen. Desde adolescente ha estado metida en grupos cristianos de reflexión y acción, con cierto protagonismo. Entre la imagen que los demás le han ido dando (siempre aupada) y su idealismo, no va a ser fácil llevarle a un entendimiento que le haga ver sus necesidades latentes, su narcisismo espiritual. Habrá que pensar en medios concretos: análisis, por ejemplo, de sus reacciones cuando es criticada, algún libro sencillo de psicología del inconsciente...

H.I. ha sido azotado por la vida desde su hogar. Padre autoritario de la vieja escuela moralista, que en la infancia pasó hambre, de adulto ha tenido que trabajar duro para sacar la familia adelante y ha mantenido, por encima de todo, sus principios. El hijo ha estado siempre sometido a las exigencias más altas. ¿Por qué quiere entrar en la vida religiosa? El cree que porque a los 15 años, en un retiro, se encontró con Dios que le pedía el sacrificio total. Pero, al tener que responder al cuestionario anterior, se ha sentido incómodo, casi angustiado, al darse cuenta de la recurrencia avasalladora de la imagen de su padre. Es inteligente y, de repente, ha tenido la sensación de que su vida estaba al aire. Dominado por la ansiedad, ha querido dejarlo todo e irse a su casa con la conciencia clara de que debe independizarse de su padre. Hemos tenido que convencerle de que su decisión de mudarse no era libre, que lo que ahora importaba era enfrentarse con la imagen inconsciente del padre, proyectada probablemente en la relación con Dios. La cuestión vocacional la dejamos en paréntesis y nos centramos en sus procesos de integración.



P.O. se educó desde niña en colegios católicos. A los 14 años dejó de practicar ya los 16 se declaró atea. Ese mismo año se le murió, de repente, en un accidente, su mejor amiga. Era la primera vez que se encontraba con la muerte. No podía razonar. Intentaba salir, divertirse; pero, en cuanto se quedaba sola, le nacía, de dentro, mezcla de dolor y rabia, oración y pregunta: ¿Por qué, Dios mío, por qué? Un día abrió el Evangelio y se encontró con la pasión de Jesús. Al terminar su lectura, cuenta ella, unas lágrimas sosegadas le pacificaban el alma y una certeza se plantaba en su corazón: “Se vive una vez, y la vida sólo sirve para entregarla”. Ahora, 18 años, ha decidido ser misionera e irse al Tercer Mundo. Parece más madura que sus compañeras de la misma edad. No se detectan problemas importantes de personalidad. Su laguna más significativa es la religiosa: su fondo religioso es más bien pobre. No hay proporción entre su sentido de la vida y su experiencia de Dios. Es aquí donde hemos decidido centrar el proceso. Como medio, un combinado de lectura y oración que le facilite el conocimiento vital del Dios de la Biblia con el que ella conecta automáticamente, el Dios que comparte nuestro sufrimiento y crea vida de la muerte.

S.T. ha respondido al cuestionario sin ninguna resistencia, como quien se toma un refresco. Sólo se ha sentido algo molesto con las dos preguntas últimas. En realidad, no sabe por qué ha tomado su decisión vocacional. Sólo sabe que le parece un trabajo interesante eso de ayudar a los chavales, y que la idea le vino en un campamento de verano en que conoció a un fraile “majo” y se lo pasó “genial”. S.T. parece no tener problemas. Padres liberales, pero no excesivamente permisivos, de clase media. Nunca ha sobresalido en los estudios, pero era el simpático de la cuadrilla. ¿Cómo desencadenar el proceso de personalización? ¿Qué estrategia seguir si nada tiene en él densidad antropológica? Es el caso típico en que la vida nunca se ha topado con lo incondicional. Da pena “desaprovechar” esta riqueza humana. ¿Cómo hacerle tomar la vida con otro talento? Evidentemente el camino no es el rigorismo. Si decimos que dudamos de su vocación, abrirá los ojos sorprendido. ¿Habrà que ponerle en trance de experiencias fuertes, por ejemplo, de sufrimiento?...

2.6.2 Las instancias y los medios

Los ejemplos sirven para ilustrar la primera fase de personalización: claves de estrategia y medios. Lo cual implica discernimiento de la historia personal y sentido de la unicidad de cada formando. Sin embargo, el acompañante necesita manejar un *esquema antropológico básico* que le permita desencadenar el proceso desde diversos lados. Primero, porque el proceso es la vida misma de la persona, y ésta no es algo fijo, y menos en la juventud. Segundo, porque con frecuencia las claves de estrategia de una primera lectura de la vida de una persona hay que revisarlas, o bien por no haber acertado, o bien por haber acertado demasiado con la cuestión central y se necesita una estrategia indirecta.

Dicho esquema, igualmente, comporta dos niveles: el de las *instancias* y el de los *medios*.

2.6.2.0 *Instancias*

Instancias son aquellas dimensiones de la persona que hay que tener en cuenta para la formación integral. La estrategia consiste en acentuar unas instancias u otras, según los casos, como hemos explicado. Como el hombre es este ser dinámico polivalente, el arte educativo consiste en una selección:

- **Conocimiento psicológico del inconsciente:** Entiéndase no en sentido freudiano ortodoxo, sino más amplio, sin adscripción a ninguna escuela. Con todo, me parece insuficiente un análisis psicológico meramente conductista o funcional, por ejemplo, el de cierta psicología social que reduce la conducta de la persona a función de interacción verificable.
- **Interioridad y soledad:** El proceso implica la capacidad de crear “mundo propio” y, para ello, el requisito es descubrir la propia riqueza interior: la afectividad, la reflexión, el estar a gusto con uno mismo, la comunión íntima, no verbal, con el mundo que nos rodea, la presencia de Dios... Y para ello, poder hacer de la soledad no un problema, sino un ámbito de crecimiento, de vida propia. Con una condición: que la soledad no aisle, sino posibilite calidad de relación.



- **Responsabilidad:** Asumir la densidad de lo real, no amparándose en las ensoñaciones, en lo imaginario, en forma de deseos idealizados o fantasmas de miedos. Tomar en serio el cada día de lo que uno lleva entre manos: las tareas de casa, el estudio, las cargas de la mediocridad humana, personal y ajena, los compromisos adquiridos... Quizá lo más difícil es la constancia.
- **Calidad de relaciones:** El proceso compromete la persona entera, y cuando hay problemas sin resolver, la afectividad aparece inmediatamente. ¿Por qué evitamos el cara a cara de las personas, parapetándonos en imágenes falsas de los demás y de nosotros mismos o detrás de discusiones ideológicas? Ser uno mismo en la relación, expresar sentimientos, saber escuchar, no depender de ser aprobado, establecer lazos afectivos sin miedo, colaborar con otros, no idealizar la comunidad, elaborar la frustración de expectativas, etc., etc.
- **Relación con Dios:** Más que de oración hay que hablar de relación con Dios. Discernir la imagen inconsciente de Dios, qué correlación o desfase se da entre el proceso humano y el espiritual, y por qué, qué experiencias han determinado el encuentro con Dios, dónde se fundamenta la relación (en la necesidad infantil, en la ley u orden, en el deseo-afectividad, en la fe), cómo se elabora la frustración de las expectativas en el ámbito religioso, qué representa Dios en el sentido de la vida o en el proyecto vocacional, etc., etc.

Nos tendremos que ir dando cuenta de cómo realizamos el principio de pedagogía simultánea (lo veremos en el próximo capítulo). La estrategia exige acentuar unas dimensiones u otras; pero, a no ser en casos excepcionales y en fases muy concretas, el proceso debe integrar lo espiritual y lo humano, lo individual y lo comunitario, el inconsciente y el consciente, pues la persona es una.

Nos iremos fijando, igualmente, en que las instancias son realidades dinámicas, que suscitan vida y comprometen a la persona activamente. Todo lo contrario de una educación en que las instancias son realidades preestablecidas, asimilables pasivamente; por ejemplo, contenidos doctrinales, horario, prácticas religiosas, asistencia fiel a actos de comunidad, etc.

2.6.2.1 *Medios*

En la misma perspectiva van los medios. Hay medios, como hemos dicho, que responden a la estrategia particular. Pero otros pueden ser sugeridos aquí como recursos habituales que ayudan a desencadenar y vivir el proceso. No tienen eficacia absoluta, desde luego; pero han nacido, justamente, en el intento de crear una formación-personalización:

- **El diario**, es decir, dedicar todos los días (o dos veces a la semana) un tiempo a escribir lo que se está viviendo. Hay que distinguirlo del diario del adolescente dedicado a soñar o a quejarse, ligado a la fase narcisista del descubrimiento de la propia interioridad, incapaz de distanciamiento objetivo. Este diario es un instrumento de autoanálisis, pero también para expresar conscientemente lo que se está viviendo y para programar objetivos concretos de la dinámica del proceso. A través de él, el joven tiene la sensación de llevar las riendas, de subjetividad activa, de autonomía y vida propia.
- **La oración y la Palabra:** Referencia esencial, que atiende al principio de “pedagogía simultánea”, es decir, a tratar la relación con Dios en correlación con la dinámica antropológica de la personalización. Pero, más profundamente, la oración abre la presencia del Absoluto, y la Palabra discierne e ilumina la hondura del corazón. Es en la oración donde el joven aprende lo esencial de la personalización, que es inobjetivable y cuyo nombre es Gracia. La oración acompaña al proceso desde el



primer momento, eso sí, adaptada al momento y a la estrategia. La oración permite vivir la crisis de autoimagen en clave de aceptación más honda que la psicológica. La oración permite una autonomía liberada de la autoposesión.

- **La comunidad:** No sólo es el marco en el que vive el joven, sino mediación esencial del proceso de personalización. En ella percibe personas maduras, intuye síntesis que ignora entre ideal y limitación, verifica la realidad de su propio mundo interior, vive relaciones interpersonales... Si la personalización se centrara exclusivamente en la problemática personal, en la autorreflexión y en los medios de tipo individual (diario y oración), terminaría en la esterilidad del egocentrismo.
- **La confrontación periódica con el acompañante:** En esta primera fase del discernimiento la ayuda del acompañante es, casi siempre, esencial. Puede compararse a una tarea de “desbroce”. No es fácil leer en la maraña de una vida humana, discernir las claves, orientar el proceso... Hay que contar, incluso, con cierto grado de dependencia. Se trata de un verdadero “magisterio espiritual”. En el sentido clásico de confiar la propia vida a la sabiduría de otro. Sin embargo, el acompañante debe ser consciente de sus propios límites, sin pretender falsas seguridades, y, sobre todo, de que “educar” no es imponer un camino, sino descubrir la verdad más personal del educando y la obra del Espíritu en él. Por lo mismo, a mayor relación de confianza-dependencia, mayor preocupación por la autonomía del formando, a nivel de actitudes y de praxis. Salvo excepciones, por ejemplo, en caso de relación realmente terapéutica (por problemas afectivos o por necesidad de abordar niveles inconscientes bloqueados), no conviene una relación semanal ni quincenal. El joven tiene que aprender a trabajar y sufrir su proceso sin echar mano inmediatamente de la autoridad del “maestro”.

Hemos hablado de instancias y medios ordinarios. Es frecuente que el proceso necesite de instancias y medios extraordinarios. Incluso, institucionalmente, hay que contar con ello. En algunos casos, en orden al grupo; en otros, según la necesidad particular del formando. Indicaremos algunos a modo de ejemplo, sin ninguna intención sistemática:

- Algún cursillo monográfico sobre el proceso de personalización o alguna de sus dimensiones.
- Experiencias de soledad, retiro y oración.
- Dinámicas de grupo con expertos.
- Tiempos amplios de encuentro con el mundo de la marginación y el sufrimiento.
- Estancia de meses fuera de la casa del ambiente habitual.
- Apertura a experiencias de realidades no vividas, desde los grupos cristianos de seculares hasta las relaciones afectivas heterosexuales, pasando por campos de trabajo, etc.

2.6.2 La crisis de autoimagen

El objetivo de todo este instrumental es provocar la crisis de autoimagen. Hablemos de ella con cierto detenimiento, ya que ocupa un lugar tan destacado en el modelo educativo de personalización.

Consiste, sucintamente, en el disloque entre el ideal del yo y el yo real. El joven ha encontrado su identidad en un ideal, plasmado en su vocación. Ha sido fruto de un proceso previo, el de la adolescencia. Ha salido de la confusión de personalidad, típica de esa edad de transición que es la adolescencia, centrando el sentido de la vida en unos valores. El deseo los ha internalizado, la voluntad los ha formulado en proyecto. A ello ha ayudado la sublimación inconsciente, que así ha podido controlar las pulsiones, la reflexión personal y la experiencia religiosa (hablamos de un desarrollo normal del joven dentro de un ambiente de altos valores).



Pero ahora (a esto se dirige la educación) una serie de factores están rompiendo el sistema de identificación. La opción profesional, la relación de pareja, o la comunidad religiosa no ha respondido a sus expectativas, y comienza a dudar de si encontrará lo que desea. Naturalmente, está aferrado al ideal. Pero ha tenido una conversación con el acompañante y éste le ha dicho que se conoce poco a sí mismo. ¿Será verdad que no es tan maduro como creía? Se había propuesto un plan de vida exigente, coherente y radical, pero ¿qué le pasa que en la oración comienza a ponerse nervioso, se aburre y no siente nada? Alguien le ha dicho que es normal, que la fe no consiste en sentir, pero el acompañante ha ido más lejos y le ha preguntado si, en el fondo, no estaba comprando a Dios y alimentando su narcisismo espiritual. Desde entonces anda molesto, irritable. Acaba de tener un encuentro de comunicación interpersonal y, a pesar de todo el esfuerzo, sólo ha sabido cerrarse en un silencio tenso. Un compañero le ha dicho: “¿Qué te pasa?” Comienza a darse cuenta de que no se aguanta a sí mismo.

Lo anterior describe la situación muy resumidamente. La realidad suele ser más compleja y lenta. La cuestión de fondo es que el joven tiene que enfrentarse con su propia realidad y para ello tiene que dejar de identificar su yo con sus deseos idealizados. Lo cual le produce un profundo malestar. ¿En qué lo nota?:

- En que duda de sí mismo, volviendo a sentirse inseguro.
- En que no se acepta en los descubrimientos que está teniendo de su yo real: limitaciones personales, dificultades de relación, frustraciones de ciertas metas espirituales, etc.
- Reacciona defensivamente cuando se le da una imagen distinta de la suya.
- Vive ambivalentemente el ideal vocacional: por un lado se aferra a él, como su sistema de seguridad; por otro, lo va sintiendo cada día menos suyo.
- Conciencia progresiva de falta de integración y unidad personal, que su vida y personalidad están deshilvanadas, en piezas sueltas, sin soldar.
- Necesidad de replantear todo de nuevo, que a veces siente ansiosamente, con actitudes regresivas (dejarlo todo y escapar; aferrarse compulsivamente a la aprobación de los demás); otras, con intuición certera, aunque dolorosa, de que ha llegado la hora de la verdad.
- Sospecha que su vocación necesita fundamentos sólidos, en que se ponga en juego la persona entera y real, no sólo ideas, proyectos o deseos.

Como toda crisis existencial, abarca todas las dimensiones de la persona. Aunque le damos el nombre, más bien psicológico, de “crisis de autoimagen”, en realidad implica lo social, lo existencial y lo espiritual. Se le podría llamar también “crisis de experiencia” o “primera crisis de realismo”, ya que se trata de la primera confrontación global entre el deseo que se proyecta utópicamente y la finitud, que no responde a las ilusiones juveniles.

Hemos explicado ya el sentido último de este momento: facilitar al joven el paso a la primera adultez. Desde aquí se justifica también la tesis pedagógica de nuestro acompañamiento: que, si esta crisis no se ha dado ya en el joven, es necesario *provocarla*.

A menudo los sistemas protectores y la necesidad que tienen las instituciones religiosas (¡cuya razón de ser es esencialmente utópica, el Reino!) de reforzar el idealismo del joven, se prestan a prolongar un talante adolescente e inmaduro de la existencia. Por el realismo de una experiencia cristiana más enraizada en el mundo y por lo mejor de nuestra vocación (la opción existencial por la utopía del Evangelio), es necesario provocar aquella primera crisis que posibilita tanto la madurez humana (integración de valores incondicionales y limitación humana) como la espiritual (la experiencia del Reino se funda en la fe, no en el deseo).

Ciertamente, la crisis de autoimagen es el comienzo, no el final del proceso de personalización.

Como toda crisis global, tiene sus fases. No se cumplen en todos los casos, mecánicamente; pero hay que advertirlas, a fin de respetar el proceso y su ritmo:



- La primera fase es de confusión. La más delicada, pedagógicamente hablando, ya que aparecen actitudes regresivas. Al sentirse inseguro, desorientado, el joven tiende a volver a sus esquemas anteriores, a sus viejas seguridades, o crea mecanismos de defensa (racionalizaciones, huidas...). El acompañante debe hacer una doble tarea: darle pistas concretas de trabajo (no le puede dejar “al aire”), pero no privarle de la parte de angustia o insatisfacción que debe vivir (también ésta es parte esencial y positiva de la crisis).
- En la segunda fase, después de un trabajo continuado de autoconocimiento (aquí, las claves de la estrategia, la sabiduría de las instancias y los medios), el joven comienza a dar nombre a lo que le pasa. Primera gratificación del proceso, pedagógicamente vital: todavía no se ha encontrado a sí mismo, lo sigue pasando mal, pero está haciendo lo que tiene que hacer, está siendo fiel a sí mismo y, por tanto, de fondo, está bien.
- Si el proceso desencadenado resulta muy intenso y rápido, lo normal es que, después de una fase de transformación liberadora, venga la fase de la “meseta”, en que el joven tiene la sensación de no avanzar y donde incluso pueden reaparecer tendencias que creía superadas. Fase ésta de tarea paciente, muy necesaria para consolidar el proceso y no volver a las primeras posiciones.

2.6.3 Algunas posibles objeciones

Después de todo lo dicho, no podemos concluir este tema sin referimos a algunas objeciones que, sin duda, pueden plantearse al hilo de nuestro discurso:

a) *Con tanta estrategia, instancias y medios, ¿no recaemos de nuevo en hacer de la educación un nuevo sistema, una técnica asimilable, como cualquier otra?*

El peligro de tecnificar la educación acecha siempre, y es verdad que el acompañante que no haya vivido él mismo su propia historia como proceso tiende a aprender “técnicas de personalización”, pero sin asumir realmente su significado profundo.

Nunca subyaremos bastante que este aprendizaje no es más que un instrumento, que lo decisivo pasa a otro nivel, inobjetivable. La formación-personalización necesita elaborar una metodología propia. De lo contrario, se pierde en palabras altisonantes. Pero su secreto, como ha sido siempre en la historia de la educación, pertenece al misterio irreductible que es la persona humana. El acompañante usa medios (desde la psicología a la espiritualidad), pero está atento, por encima de todo, a lo que “se mueve por dentro”. El acompañado usa unos cauces prácticos, pero lo importante no es su uso, sino el “talante” con que aborda su existencia. Por ejemplo, la eficacia primordial del diario no está en ser fiel a la tarea, sino en la actitud que implica de tomar la vida en las manos.

Así pues será esencial educar para la vigilancia, es decir, para una actitud atenta a lo imprevisible, a lo que emerge al principio casi imperceptiblemente y luego se revela como determinante... Pueden ser experiencias interiores inesperadas, o acontecimientos que dan un viraje al proceso.

Esta vigilancia tiene mucho que ver con la calidad existencial, que al fin y al cabo es el verdadero fin del acompañamiento. Es fruto de la personalización y, también, lo que hay que enseñar desde el principio.

Para nosotros, creyentes, la vigilancia es una dimensión esencial de la fe: la apertura a la presencia del Dios que viene y actúa misteriosamente (cf Lc 17,20-37).

b) *¿No hay un acento excesivo en la reflexión, en el autoconocimiento? ¿No se recae en otra forma de narcisismo? Por el contrario, ¿no habría que acentuar la praxis? Puesto que lo que cambia a la persona es la experiencia que le hace salir de sí.*

La respuesta a la objeción es doble:

- ✓ Totalmente de acuerdo: nada tan importante para el proceso como las experiencias que nos hacen salir de nosotros mismos. ¡Ojalá recuperásemos en la nuestra vida cristiana la mejor tradición de los comienzos carismáticos de nuestras instituciones, en



la confrontación con un proyecto radical de vida, con la experiencia de modelos concretos, con la escuela del prójimo y sus miserias!... Cuando la persona tiene que comprometerse a fondo perdido, el proceso se simplifica y acelera. Cuando hay que tragar frustraciones, o nace la libertad interior o dices que éste no es tu camino. Aunque el contexto no llegue a estos extremos, estoy muy de acuerdo en que la reflexión necesita el equilibrio, mejor, el correctivo de la praxis evangélica: experiencias fuertes que sacudan los sistemas de seguridad. ¿Cuáles? ¿Cómo?...

- ✓ Las experiencias fuertes no garantizan automáticamente la maduración de la persona, porque pueden seguir nutriendo la fantasía del deseo, por no respetar el proceso del joven. En este sentido, el arte del acompañamiento está en seleccionar el momento de dichas experiencias. También éstas deben ser personalizadas. Si pudiésemos equilibrar reflexión y praxis, el proceso de acompañamiento ganaría en densidad y verdad. Pero hemos de reconocer lealmente que la acentuación de la reflexión es, en buena medida, supletoria. Cuando el equipamiento del acompañado es débil, hay que suplirlo mediante un proceso cuidado de crecimiento. Si las instituciones tendían a crear un tipo estándar de cristiano, hoy día hemos de acentuar la subjetividad. Si nuestros proyectos de vida no son de cierta radicalidad evangélica, habrá que suplirlos con procesos que susciten, progresivamente, opciones de radicalidad.

c) *¿Conviene en todos los casos un proceso tan marcado por la autoconciencia?*

No, ciertamente. Si se trata de personalización, no caigamos en la contradicción de no respetar la unicidad de cada persona. Por ejemplo:

- ✓ A ciertas psicologías, de tendencia obsesiva, el análisis no les favorece. Habrá que vigilar el grado de inseguridad que les produce este camino, porque podría ser el test de problemas no resueltos.
- ✓ Cuando el joven es sano y tiene ese instinto de conexión con lo real, que no necesita racionalizar, más vale centrar su vida en la vigilancia de lo cotidiano, en lo que llamábamos “calidad existencial”.
- ✓ Cuando se le ha dado concentrar la vida en el amor, un amor generoso, no iluso, el proceso lo lleva por dentro, a nivel de intuición certera, con esa sabiduría de lo esencial que pertenece al amor, y así evita el peso de autoconciencia narcisista o de cálculo, inevitable siempre en estos procesos.

d) *¿Qué hacer cuando este proceso bloquea a la persona y aparecen problemas pendientes, previos?*

Sólo por esto merecería la pena un proceso de personalización. ¡Cuántos problemas pendientes se han retrasado a los 35 ó 40 años, cuando apenas cabe resolverlos, por aquella educación idealista y desencarnada!... Lo que haya que hacer depende de cada caso. Más de uno/a deberá volver a retomar su vida, cambiando la opción inicial. Otros verán cómo el hecho de haber descubierto problemas pendientes será lo que consolide su vocación a través de un proceso paciente y liberador.

Hay un principio de experiencia antropológica que debe meditar mucho el acompañante que quiera trabajar en esta línea: que allí donde la vida te ofrece una ventaja encontrarás su desventaja correspondiente, y viceversa. Si eres inteligente, es probable que tu mundo afectivo haya pagado el precio. Si eres muy sensible y sufres por nada, se te ha dado la capacidad de escucha y comprensión. Las bipolaridades son constitutivas del hombre, y en torno a ellas suele desarrollarse la “dramática existencial”.



2.7 Etapas del proceso⁵¹

Una espiritualidad tan nuclearmente vertebrada sobre la idea de proceso ha de dar máxima importancia a las etapas o fases del mismo. De hecho, los párrafos anteriores ya las han perfilado, y de lo que ahora se trata es de hacer un esfuerzo de sistematización, la cual -lo digo ya de entrada- parte de la siguiente tesis: la descripción de las etapas del proceso es válida en la medida en que se apoya en los núcleos críticos del proceso de transformación, considerando secundaria la descripción de los aspectos particulares de cada etapa. Me parece mejor sistematización, por ejemplo, la de Juan de la Cruz, al centrarse en las dos noches, que la de Teresa de Jesús, al querer sistematizar linealmente las «siete moradas». Así se salva mejor la doble exigencia de este tema: por una parte, la necesidad de establecer con cierta objetividad algunas constantes del proceso de crecimiento; por otra, el respeto a la complejidad de las personas humanas y a la riqueza asistemizable de la gracia de Dios. Siempre resultan bastante arbitrarios nuestros esquemas aplicados a la persona humana, aunque se digan «leyes científicas». ¡Cuánto más si se refieren a realidades que, por definición, son inobjetivables! Basta con comprobar que, en cuanto cambiamos de registro interpretativo, cambian las etapas. ¿Son tres (esquema del Areopagita), siete (santa Teresa) o cuatro (mi esquema) las etapas de la vida espiritual?

En efecto, en las ciencias humanas (lo mismo que en la psicología, por ejemplo) todo intento de objetividad pasa por un esquema interpretativo. No es un problema de falta de precisión, sino consecuencia inherente al objeto de conocimiento que es la persona en su especificidad. Sin embargo, el hecho de que presentemos un nuevo esquema, a la luz de la personalización, no es cuestión meramente interpretativa, sino que nace de una constatación objetiva: la insuficiencia de los esquemas tradicionales para dar razón del proceso espiritual. Las reflexiones de este párrafo se mueven, pues, entre la búsqueda de una comprensión objetiva y la conciencia interpretativa.

2.7.1 El esquema de las tres vías

Proviene, al parecer, del Pseudo-Dionisio Areopagita, y ha sido el dominante hasta nuestros días. Incluso los autores que sistematizan las etapas de la vida espiritual con conceptos nuevos (los «grados del amor», o las «moradas» de santa Teresa, o las «noches» de Juan de la Cruz) las enmarcan en el esquema tradicional de las tres vías. Su fuente de inspiración parece ser neoplatónica: el proceso de la ascensión espiritual, que comienza por la liberación de lo sensible (*vía purgativa*), se eleva a la luz de Dios (*vía iluminativa*) y se une al Bien-Uno (*vía unitiva*).

Siendo un cómodo esquema triádico, se ha prestado a relecturas permanentes. Por ejemplo, la vía purgativa sería el inicio del amor con la primera conversión, que nos libera de los vicios; la vía iluminativa correspondería a la consolidación del amor mediante las virtudes morales y teologales; la vía unitiva sería el estado consumado del amor, la perfección.

En los maestros de oración, la relectura tiene matices propios: la vía purgativa coincidiría con los primeros grados de oración, aquellos en los que prevalece el esfuerzo y el desarrollo natural de las facultades aplicado a la relación con Dios (oración discursiva y de recogimiento); la vía iluminativa vendría con el paso a la contemplación infusa (oración de quietud y de unión); la vía unitiva sería la oración de unión transformante.

Si se aplica al proceso de transformación del amor (caso de Juan de la Cruz), son las dos «noches», del sentido y del espíritu, las que simbolizan el paso de la vía purgativa a la iluminativa, y de la iluminativa a la unitiva, respectivamente. El primer paso implica la purificación pasiva del deseo afectivo, y el segundo la vinculación espiritual del corazón (matrimonio espiritual).

⁵¹ GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios...*, op.cit., pp. 486-493.



En los manuales sistemáticos de la neoescolástica, la síntesis es un producto sincretista en el que se combinan:

- El esquema-marco de las tres vías.
- La antropología teológica tomista de gracia, virtudes y dones del Espíritu Santo.
- Los grados de oración, apoyándose en las siete «moradas» de Teresa de Jesús.
- Las dos «noches» de Juan de la Cruz como criterio del paso a la experiencia infusa y a la unión transformante.

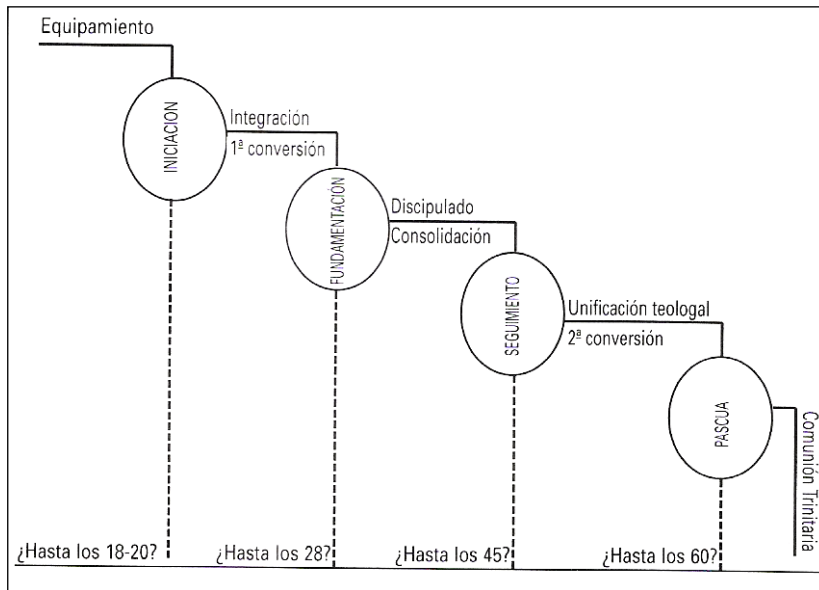
¿Qué decir de estas clasificaciones? Merecerían un estudio más detallado, pero nos limitaremos a indicar por qué se antoja insuficiente e incluso ambiguo el esquema de las tres vías:

- a) Éste concibe la vida espiritual como una ascensión de lo material a lo espiritual, de lo natural a lo sobrenatural, con lo cual no hace justicia a lo humano como sujeto real de la obra de Dios. Su espiritualismo dualista, además, refuerza la tendencia a confundir lo sobrenatural con la fantasía del deseo o la sublimación represiva.
- b) Por otra parte, es elitista, en el sentido en que lo son todas las religiones «de iluminación», que reservan la vida teologal para aquellas personas explícitamente dedicadas a la contemplación o especialmente equipadas para la interioridad refleja. Adopta además una actitud de sospecha sistemática frente a la misión y el trabajo, separando la realidad de Dios de la historia.
- c) Presupone una imagen no bíblica de Dios, más propia de las filosofías religiosas de la identidad. Cuenta secundariamente con las mediaciones históricas de la Revelación y de la experiencia de Dios, considerándolas figuras provisionales en tanto llega la inmediatez infusa.
- d) En el fondo, sólo concibe la trascendencia «desde arriba», ignorando el otro dinamismo co-esencial «desde abajo». La Gracia tiene en esta concepción un carácter marcadamente extrínsecista, como una cualidad sobrenatural, independiente de la estructura de la finitud abierta al Infinito.

Evidentemente, esta crítica no responde a las exposiciones reales de quienes propugnan dicho esquema. Ni el Areopagita ni Juan de la Cruz se sentirían identificados con mis reparos. Pero importa captar las tendencias latentes. Juan de la Cruz no se sentiría identificado, porque la verdad de su experiencia subordina el esquema a otro subyacente, el de la relación amorosa con Dios, y porque su instinto cristiano va más allá de dichas tendencias. Con todo, el esquema es adoptado por nuestro místico porque responde básicamente a su cosmovisión de lo espiritual, hombre como es de su época. En este sentido, sin duda, los apuntes críticos le atañen, desde luego, en lo referente al lenguaje e incluso en muchos aspectos pedagógicos de su espiritualidad.

2.7.2 El esquema de las cuatro etapas

Con este esquema intentamos expresar, no sólo las etapas, sino la dinámica entera tal como queremos desarrollarla desde nuestro modelo de referencia. Como es obvio, el esquema tiene un carácter más bien simbólico (palabras clave en torno a las cuales se construye un pensamiento) y aproximativo (realidades que se entrecruzan, ya que la persona no es un robot, y su característica en cuanto especie es la polivalencia, y en cuanto subjetividad e interioridad, lo inobjetivable).



Comencemos por advertir que la correlación entre el proceso de crecimiento y transformación y los ciclos vitales es más teórica que real. Si damos tanta importancia al tema de los ciclos vitales, es porque la tiene, dada la densidad existencial con que la persona vive el tiempo. Pero por la misma razón, porque uno es el tiempo cronológico y otro el tiempo existencial, con demasiada frecuencia no se correlacionan. Se advertirá que las edades están indicadas con interrogaciones, no sólo porque los ciclos vitales no son matemáticamente exactos, sino, sobre todo, por lo que acabamos de decir: se pueden tener cuarenta años y estar en la fase de equipamiento, como si se tuviesen doce.

La misma razón hace que la Pascua, o sea, la consumación de la existencia cristiana, se quede sin referencia cronológica. De alguna manera, Dios hace su obra mediante las crisis existenciales de los diversos ciclos vitales, supuesto que la persona esté «a la altura de su edad» psicológica, existencial y espiritualmente. Pero la transformación escatológica por excelencia, la participación en la Pascua de Jesús, trasciende absolutamente la sabiduría de la finitud incluso en su elaboración religiosa más alta. Lo cual, a su vez, nos permite invertir el esquema y ser conscientes de que la Pascua y la acción del Espíritu Santo en el bautizado ya están presentes desde el comienzo. ¿Por qué unos maduran tanto en tan poco tiempo, mientras que otros han de seguir el ritmo normal de los ciclos vitales? Dejemos, pues, que los esquemas sean sólo esquemas...:

- Con la palabra **equipamiento** expresamos todo lo que es presupuesto del crecimiento como su condición de posibilidad. No olvidemos que el equipamiento perfecto no existe. Toda la vida sigue haciéndose, incluso en las fases en que predomina la vida teológica. Por ejemplo, la sanación de ciertos problemas del inconsciente, restos de la infancia, suele darse con la unificación teológica.
- Si la iniciación está ya avanzada, la palabra **integración** es adecuada para designar los desafíos y las tensiones que marcan esta etapa: integración de lo psicológico y lo espiritual, obediencia a Dios y autonomía, fe y vida, oración y misión, la afectividad del Absoluto y las otras afectividades, etc...
- La **primera conversión** puede darse como unificación del deseo o como experiencia fundante inicial, según se produzca en relación con los ideales que unifican el sentido de la vida o con la experiencia primera de las contradicciones insalvables de la existencia, respectivamente.
- La **fundamentación** se refiere tanto a la experiencia fundante inicial, con la que concluye la etapa de iniciación, como a esa otra experiencia, la del **discipulado**, en la que el creyente, fundamentado en la fe, entra en la dinámica propia del Reino, y que es especialmente compleja, porque la vida teológica emerge, pero está condicionada por



los procesos de maduración humana. Se **consolidan** tanto las virtudes morales como las teologales; pero en la misma medida aparecen las tendencias inconscientes, psicológicas y espirituales, que el creyente no puede purificar ni transformar con su solo esfuerzo. Su deseo está polarizado en el Reino; pero no está purificado teologalmente.

- La crisis de realismo, o ciertas situaciones límite, o la dinámica interior del amor, conducirán al discípulo al paso decisivo: el **seguimiento**, en que, identificado por el Espíritu Santo con el Maestro, el discípulo empieza a comprender internamente la sabiduría del Reino en la Cruz: que «hay que perder la vida para ganarla». Después de tantos años de lucha en la «meseta», ahora recoge los frutos de la libertad interior. Sin saber cómo, sin programarlo, sin esfuerzo, la vida teologal comienza a soltarse, a desplegarse, a **unificar** el corazón, la oración, el trabajo, la afectividad humana y espiritual... Se le da la **segunda conversión**, tan deseada y temida.
- Al principio, incluso se hace la ilusión de haber alcanzado la plenitud, la suficiencia de Dios que colma. Pero no tardará en darse cuenta de que es sólo el comienzo de la verdadera vida, la del Espíritu Santo. Sin embargo, a diferencia de las etapas anteriores, ahora no se empeña en alcanzar ninguna meta. Es tan evidente que «sin Jesús no puede nada» que, aun poniendo toda la energía en la generosidad (precisamente se le ha dado una generosidad nueva, al perder el miedo al sufrimiento y al futuro, desde la confianza renovada en Dios), sólo cuenta de antemano con la Gracia. Vive cada día. Y, sobre todo, tiene el instinto de lo esencial: el amor teologal, el amor desapropiado de sí, el abandono amoroso a la acción soberana del Amor Absoluto. Las pasividades transformantes se encargarán de llevarle a la **Pascua**.

(Desarrollaremos estas etapas con más detenimiento en un anexo)



3 La “pedagogía simultánea”

La “pedagogía simultánea”⁵² es un criterio fundamental para desarrollar el proceso de personalización de la fe y, de hecho, es uno de los tests de su verdadera comprensión y aplicación. A la luz de lo desarrollado en los capítulos anteriores comprenderemos que es a través de la pedagogía simultánea como se adquiere ese arte sutil de acompañar las tensiones inherentes a la existencia humana (y que se extreman cuando la vocación personal se inspira en Jesús y su Reino).

3.1 Principio de pedagogía simultánea

Ya hemos dicho que la pedagogía simultánea es un principio muy importante para comprender el proceso de personalización.

Fácilmente tenemos el peligro de entender la personalización como un sistema de control de lo que puede ser el mundo de la persona y sus procesos. Hay que reconocer que, como en toda pedagogía, se quiere objetivar. Antes fundamentalmente se hacía todo esto desde actitudes globales, como puede ser todo lo que se refiere al mundo ético, al mundo moral y religioso. Al introducir las ciencias humanas, se percibe mejor cuál es el sustrato natural, su funcionamiento dinámico. Y lógicamente, puede dar la impresión de objetivar y controlar. Por ello conviene dejar muy claro qué es lo que intentamos con el principio de la pedagogía simultánea: que no cabe sistematizar ningún proceso y, mucho menos, aquellas experiencias que son determinantes.

Por otra parte, la personalización es un intento de traducir la experiencia de la gracia, la experiencia de la salvación en términos de humanismo. Al asumir el principio antropocéntrico puede dar la sensación de que quede desplazado el teocéntrico. El hombre se realiza ¿en sí mismo o en Dios? Aquí queremos superar esta especie de dualidad o contraposición. Por eso vamos a ver qué implica la pedagogía simultánea teniendo en cuenta estos dos grandes problemas.

3.1.1 La posible dialéctica entre antropocentrismo y teocentrismo

La personalización intenta superar esta dualidad que en algunos casos ha sido planteada como antinomia entre lo antropocéntrico y lo teocéntrico. Esta superación la formularíamos así: a más antropocentrismo más teocentrismo y viceversa. De tal manera que cuando se habla de un antropocentrismo donde no aparece Dios, el problema no es decir que no aparece Dios. Sino más bien que la dinámica antropocéntrica no es suficientemente radical desde los planteamientos que hacemos

⁵² GARRIDO J., *Comprender y practicar la personalización*, Vitoria, Ed. Frontera, 2001, p. 31-36; cf. también, del mismo autor, *Introducción a la Pastoral de Personalización*, op.cit., pp. 45-49.



porque si fuese radical aparecería Dios. Y viceversa. Cuando se habla de teocentrismo y se quiere insistir en que el hombre se realiza en Dios, el problema no está en que ahora hay que subrayar lo humano, el problema está en que se habla mal de Dios, que no se habla de la humanidad de Dios, del Dios de la revelación cristiana.

En último término, el punto de referencia estaría en el cumplimiento de la Nueva Alianza. El conocimiento de Dios según el Nuevo Testamento se realiza en el máximo de personalización que es que el Espíritu de Dios ha sido derramado en nuestros corazones y el hombre nace a la libertad interior porque la Nueva Alianza se da en el corazón. Es ahí donde se hace la síntesis que supera esta dualidad. O con otro texto clásico que es Juan, 7: “Quien tenga sed venga a mí y beba, y el agua que yo le daré se hará surtidor”. Esta es la profunda paradoja del humanismo cristiano o de la personalización cristiana. La fuente es Dios pero cuando esa fuente se hace interior, ya no es un ideal, una superestructura, una ideología, una norma, un deseo, cuando es interior se hace ella misma fuente, surtidor.

Al final de toda la personalización lo que se busca es la experiencia fundante que es el gran criterio de lo cristiano, donde se hace la síntesis de contrarios. El aprendizaje de la autonomía es, al final, para aprender a morir libremente. Jesús, el hombre libre por excelencia, es el hombre que no realiza su voluntad sino la del Padre. Entregó su vida libremente.

Por eso, hacer el aprendizaje de la autonomía es requisito imprescindible para que la obediencia sea real y no sea una proyección de necesidades de seguridad o la trampa del hombre sometido a su super-ego. “Para la libertad habéis sido liberados, pero no confundáis la libertad con vuestro capricho, antes bien, someteos los unos a los otros por amor” (Gál, 5).

La síntesis de contrarios que atraviesa nuclearmente la antropología cristiana, es lo que se busca detrás de la personalización. Mientras se discurre por oposiciones o por dualidades no se puede entender.

3.1.2 La correlación entre madurez humana y espiritual

La relación con Dios sólo es real sobre un soporte humano. No existe experiencia de Dios sino en los mismos procesos de la persona como integración humana, afectividad, autotranscendencia, libertad. No es que la madurez humana sea sin más madurez espiritual. Pero lo que no cabe es madurez espiritual sin madurez humana.

Muchos, para contraponer o para separar los campos entre el mundo espiritual y el mundo humano, suelen apoyarse en aquel texto de 1 Co, 2 donde se dice que “Dios ha escogido lo pobre de este mundo, lo que no es”. Un ejemplo lo tienen en María. Y lo que es claro es que María no podía hacer el acto de fe de plena disponibilidad a lo que Dios quería, si no tenía, no sólo un mínimo de autonomía afectiva, sino un máximo de autonomía afectiva. ¿Que ese máximo de autonomía afectiva lo aprendiese a través de procesos humanos? Difícilmente en aquella cultura. Lo aprendió sin duda alguna a través de la vida, a través de la realidad y a través de su experiencia religiosa. Pero está claro que no se puede hacer un acto de fe como María si no hay autonomía afectiva.

El caso de Teresita de Lisieux. Cuando comienza a convertirse, ella mismo lo dice, es en la noche del zapatito de Navidad. Ella lo lee desde las categorías religiosas.



Esta mujer tiene un problema psicológico que es la angustia de separación, a punto de neurosis. Y esa noche, cuando su padre por primera vez no le pone el juguetito en el zapato, es la primera vez que se va a su habitación a llorar y le sigue detrás Celina. Se lava los ojos y le da un abrazo a su padre. Por primera vez ha asumido la autonomía afectiva. La angustia de separación se supera por primera vez y ahí comienza a desplegarse el Espíritu. Ahí comienza su conversión. Ella lo elaboró desde la confianza en Dios. Pero no se puede separar: la misma confianza en Dios está en relación con la autonomía afectiva.

Otra cosa es cuando la persona ya ha elaborado directa o indirectamente, a través de unos procesos terapéuticos o a través de la vida -eso son las mediaciones y las instancias-. Entonces los problemas psicológicos quedan desplazados. Se llega a la unificación. El dinamismo de Santa Teresa en “Las moradas” es el dinamismo de la afectividad teologal, que es diferente de la afectividad que nace de los dinamos psicológicos de la autorrealización o de la relación interhumana. Es una afectividad que responde a lo absoluto que es Dios. Y, en ese momento, tiene uno la sensación de que el mundo de las necesidades psicológicas queda más allá, no queda como algo determinante del proceso. Por eso, puede dar la impresión de que en el mundo espiritual se da como una especie de desfase o de vuelo. Pero para que esto llegue hace falta unos presupuestos humanos previos.

Las ciencias humanas, como son ciencias, responden a lo objetivable y lo objetivable pertenece al nivel de personalización de las necesidades. Pero en cuanto uno vive cada vez menos de necesidades no es que no viva lo humano, sino que vive lo más auténticamente humano que es lo inobjetivable. Pero las ciencias humanas, por su método, no pueden desarrollar lo inobjetivable. Esto no quiere decir que esto sea un mundo de lo espiritual aparte de lo humano. Es lo humano desarrollándose en sus dinamos más profundos que son inobjetivables.

Es, pues, necesario superar dualismos. Y para eso hace falta una comprensión del hombre más global. El problema no está en el humanismo, ni en el antropocentrismo o el teocentrismo, sino en que los dos los situamos como sistemas cerrados. Entonces creemos que el problema de la personalización es problema psicológico. El problema psicológico es una dimensión y la previa -el mundo de la estructuración y unificación del deseo-. Pero en el mundo de la fundamentación, que es el más importante y el más amplio dentro de la personalización, queda poco lugar para la psicología o, si tiene que decir algo, lo dice indirectamente. El problema es que la mayoría nos quedamos en las primeras fases: necesitando madurar humanamente, espiritualmente. Y, lógicamente, en las primeras fases hay que usar mucho más la psicología. Pero si tienes que hablar de la personalización del seguimiento, la psicología queda atrás. En ese caso dominan las grandes cuestiones existenciales.

3.2 Criterios pedagógicos

La pedagogía simultánea se puede aplicar a ese problema del primer esquema que es el de las instancias. Si se subraya la autoconciencia habrá que tener en cuenta la intersubjetividad, la praxis, la Palabra de Dios. Pero al hablar de pedagogía



simultáneamente nos referimos, esencialmente, al problema de fondo de la conveniencia o no conveniencia de tratar simultáneamente lo humano y lo espiritual.

Teóricamente es claro, pero en la práctica, mientras no se viva en los niveles teologales -donde todo está unificado-, lógicamente hay que distinguir o hay que aprender a manejar simultáneamente lo humano y lo espiritual.

El primer criterio pedagógico dice que en el modelo de personalización, lo espiritual debe estar presente en toda realidad y no sólo en aquellas zonas que tradicionalmente han sido consideradas como propiamente espirituales. En la cosmovisión clásica lo espiritual es lo superior, y lo humano está en las zonas inferiores. Lo espiritual está asociado a lo explícitamente religioso.

En el modelo de personalización se cambia la idea de qué es lo espiritual. Por ejemplo, no es más espiritual el joven piadoso que hace oración huyendo de la complejidad de la vida que el que ha dejado la oración y está tomando la vida en sus manos. Está más en trance de transcendencia este último porque está tomando la vida en sus propias manos.

3.2.1 Lo espiritual como esa realidad que llamamos Dios

Dios debe estar presente en todas las fases. Lo religioso-espiritual debe estar presente en toda realidad, en todo proceso. El problema es cómo hacerlo presente. Como pedagogía simultánea está presente siempre pero hay que hablar de Dios, hacer oración, etc., según el momento del proceso. En la personalización lo espiritual no queda aparte, lo que queda es resituado en función de un discernimiento del proceso de personalización que se está haciendo.

Cuando el adolescente hace sus rupturas con su pasado familiar y deja las prácticas religiosas, pero a través de todo eso está descubriendo su autonomía, entonces la autonomía es el valor de personalización que tiene prioridad en esos momentos sobre las prácticas religiosas y sistemas normativos. Eso es lo más espiritual que está viviendo el joven. No hay que dejar a Dios, hay que ayudarlo a que cambie su representación de Dios porque él no está luchando contra Dios, aunque él crea que está dejando el mundo religioso. Lo que está es desvinculándose de representaciones, de prácticas y de normas que le están impidiendo su proceso. Así que si estamos haciendo pedagogía simultánea, tenemos que ayudarlo a que elabore esa nueva imagen de Dios desde su autonomía.

No hay que dejar la Palabra de Dios pero sí hay que estar resituándola según el proceso. Si no se sabe leer lo espiritual en correlación con los procesos, lo que hacemos son compartimentos. El mundo de Dios no puede ser real si no está en relación con los procesos, con estas realidades, con los cambios.

Cuando la imagen de Dios, a niveles inconscientes, bloquea y paraliza hay que dejar en “paréntesis” el proceso religioso. Si estamos convencidos de que Dios es un Dios de la vida, de la libertad, el primero que no quiere esto es Dios.

Al principio, a Dios no se le descubre sino desde las necesidades: el Dios que condesciende. Esto es algo normal. Pasa lo mismo que en la pareja humana.

Pero, a la vez, esa utilización o esa experiencia espiritual desde las necesidades humanas no puede ser de tal calibre que, entonces, deje de percibirse el absoluto de Dios, porque si no Dios terminará siendo absorbido por el hombre cerrado sobre sí



mismo. Aquí es donde adquiere máxima importancia la Palabra de Dios que siempre introduce la novedad, la presencia de una realidad donde Dios se manifiesta siempre como el absoluto y el distinto, el amor no objetivable.

No debemos caer en la trampa de querer construir un proceso tan lineal, tan articulado en el que no haya lugar para un margen no sistematizado y que es importante tenerlo en cuenta.

Es importante educar en la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, en confrontación con la realidad. Hacer una oración en la que quepan las resonancias y no con un esquema prefijado de reflexión, una oración donde domine la receptividad. En el discernimiento debe dominar la confrontación con la realidad.

Hay quienes aplican la pedagogía simultánea como un método estricto. Insisten en trabajar el crecimiento humano y en ser fieles a la oración, como si esto fuese una receta infalible. Pero todavía es más preocupante constatar que muchos acompañamientos se eternizan trabajando la problemática de maduración psicológica. ¿Culpa del animador-acompañante? ¿Repliegue antropológico que no sabe qué hacer con la oración y la relación con Dios?...

Nunca ha sido fácil integrar en la vida ordinaria la oración personal, y a poder ser diaria. La personalización lo pretende; pero para ello es necesario que dicha oración sea vivida como mediación básica de la personalización, lo cual supone descubrir la **riqueza dinámica de la Palabra de Dios** en la vida del creyente.

3.2.2 Unidad bipolar del proceso

Primera tesis: para que la Biblia (y la oración concomitante) tenga resonancia real, es necesario vivir a fondo, es decir, que la densidad de la existencia conecte con la profundidad del texto.

Aquí encontramos trabas de todo tipo:

- Las precomprensiones adquiridas respecto al texto, sabido y utilizado.
- La disociación entre vida y oración.
- La actitud espontánea que racionaliza el texto bíblico en función de ideas o de propósitos.
- El pietismo barato, que se queda en la inmediatez sentimental.
- La ideología inconsciente que orienta la lectura en una dirección.
- Las resistencias interiores que se protegen de la Verdad que nos lleva más allá de nosotros mismos.

Está comprobado: cuando hay autenticidad existencial, capacidad de implicarse, basta despejar ciertos malentendidos, para que la persona conecte con la Biblia. En los personas que están trabajando esta problemática comprobamos que el problema no está sólo en conectar con la Biblia, sino más hondamente, en la inautenticidad existencial, en los sistemas defensivos ante lo imprevisible y vinculante, ante el sufrimiento y las cuestiones de sentido.



3.2.3 Palabra que resuena

Segunda tesis: el proceso de personalización de la fe exige redescubrir antropológicamente la Biblia.

Va en la línea de la primera tesis; pero el punto de partida no es la vida, sino la Biblia misma. Lo cual significa por parte del acompañante:

- Que capte, más allá de los lenguajes religiosos y morales, la situación existencial de la que han emergido dichos lenguajes. Por ejemplo, no es lo mismo titular el salmo 119 (118) “Canto a la ley, expresión de la voluntad de Dios”, o “Acertar en la vida”.
- No tener miedo a una lectura que antropologiza el texto, aunque sufra cierta reducción de horizonte. Ejemplo: titular Ex 16 (“las codornices y el maná”) “Dinámica del deseo, la frustración y la fe”.

Sin esta lectura antropológica, es difícil evitar la carga ideológica del texto. En todo caso, el proceso de personalización trabaja explícitamente la correlación entre la experiencia humana y la lectura orante de la Biblia. Como veremos, hay un método de resonancias que propicia esta dinámica de integración.

El fruto, esencial en el proceso de personalización, es que enraíza la fe en la vida humana.

3.2.4 Palabra que acompaña

Tercera tesis: la sabiduría de la personalización depende de la capacidad de hacer un itinerario de oración/escucha de la Palabra en función del proceso del crecimiento humano.

Ejemplo: Si el acompañado/a está desplegando su mundo afectivo, hasta ahora retenido o reprimido, le es altamente valioso que haga oración con textos de expresividad afectiva, por ejemplo, con salmos.

Hay que reconocer el peligro de utilización funcional y psicologizante de la Palabra; pero, al menos en la fase de iniciación, hay que asumir este riesgo. Sería peor hacer un camino de oración desligado del proceso humano de maduración.

3.2.5 Palabra que discierne

Cuarta tesis: las tesis anteriores deben combinarse con ésta: dejar que la Palabra no se atenga al momento consciente del proceso y penetre en la verdad oculta del acompañado/a (cf. Heb 5,11ss).

La persona es asistematizable, el Espíritu sopla donde quiere, y el proceso no se hace linealmente, por pasos previstos y calculados. Al revés, es parte esencial del proceso subordinar lo objetivable a lo inobjetivable.

Ejemplo: puede hacerse una lectura antropológica de Gén 3 (la “caída”) en función del tema deseo-ley del Padre. Pero el texto le puede revelar a la persona su pecado oculto: la pretensión de ser Dios.

Probablemente, un buen pedagogo de la fe ha de combinar el respeto al proceso, sin adelantarlo, y la sabiduría de introducir cuñas dirigidas a crear conflicto. Casi



podríamos atrevernos a decir que, sin pedagogía consciente del conflicto, el proceso termina en un espíritu de cálculo que lo bloquea. Tenemos demasiado miedo a suscitar el conflicto con Dios.

Ejemplo: podemos estar explicando las imágenes psicológicas de la relación con Dios a fin de superar la culpabilidad que inhibe. Pero no tenemos inconveniente en hacer oración y resonancias con Ex 32-33 (el “becerro de oro”), que casi siempre resulta conflictivo por la violenta reacción de Dios al pecado de idolatría. Precisamente el texto nos permite trabajar el proceso de la culpa a distintos niveles:

- el psicológico: ¿de dónde el miedo al castigo y la amenaza de Dios?
- el teologal: la tendencia a objetivar a Dios para disponer de Él.

3.2.6 Palabra y Espíritu

Quinta tesis: las tesis anteriores posibilitan un proceso de integración de lo humano y lo espiritual; pero la Palabra es “espíritu y vida (Jn 6). Pues bien, según las fases del proceso y de forma diversificada, la Palabra ha de ser escuchada y orada desde su propia soberanía, como Revelación personal de Dios.

Lo primero que hace es elevar el corazón, mediante el más del Espíritu Santo (que no es el más del impulso, ni el ideal imaginario del yo, ni la cosmovisión ideológica de la utopía cristiana), al horizonte propio de la Revelación, por ejemplo:

- Abre el espíritu, que tiende a replegarse sobre sí (proceso controlado, asentamiento en la autorrealización), a un horizonte nunca alcanzable desde nosotros. La persona puede pensar que vuelve a idealismos anteriormente criticados. Al revés, el yo real experimenta la distancia entre el proceso vivido y la promesa a la que es llamado. Toma conciencia de que lo decisivo no es el proceso, sino la fe. Pertenece a ésta mantener la tensión, pues no es ni realista ni idealista.
- La Palabra no sólo crea el horizonte de absoluto; posibilita la relación teologal con Dios, pues es revelación de Dios mismo en acto.

De ahí la sensación de ir descubriendo en la Biblia la novedad de Dios y una relación que va configurándose desde Él mismo. Este paso de lo “preteologal” a lo “teologal” es determinante en el proceso.

3.2.7 Palabra escatológica

Sexta tesis: la Sagrada Escritura, que remite a la Palabra hecha carne (Jn 1), Jesús, suscita la vida teologal, y ha de ser escuchada en fe.

Porque hay un tiempo en que nos parece que nosotros personalizamos la fe, por ejemplo, cuando descubrimos la correlación entre ser persona y vivir la existencia como don; pero hay un tiempo, el escatológico, en que descubrimos que es la fe la que nos personaliza. ¿Qué significa esto?...:

- 1) Que la pedagogía de la oración ha de centrarse en las actitudes teologales.
- 2) El primado del acto de fe. Ser en sí más allá de sí, en la obediencia que se entrega confiadamente a la Palabra.



- 3) Aprender la contemplación cristiana, es decir, cómo lo dado en Cristo Jesús nos transforma a la medida y al modo del Don. Comienza a desaparecer la oposición o la distancia entre el objeto de la fe y la subjetividad creyente.
- 4) Somos introducidos en la fe de la Iglesia, la del corazón inmaculado, habitado por el Espíritu Santo, el único que, como María, ha sido configurado íntegramente (maternal y virginalmente) por la Palabra. Esto se experimenta, especialmente, en la Eucaristía.

Dimensiones inconmensurables que tendemos a olvidar, cuando, por el contrario, todo lo anterior sólo es preparación para esto. ¿Por qué apenas si las rozamos, cuando todo el Nuevo Testamento se mueve en esta dinámica como lo normal?

Es verdad que la mayoría de las energías de la pastoral las gastamos en los previos a la fe. Pero también es verdad que no creemos que hayamos sido creados para la Palabra escatológica, exactamente. Si el evangelizador-acompañante no cree en la Palabra que se le ha encomendado, flaco servicio puede hacer...

3.2.8 Pedagogía asistemática

No tanto por la complejidad y riqueza de la Palabra, sino porque lo esencial es inobjetivable: la interioridad humana y la acción libre del Espíritu Santo.

El principio de pedagogía simultánea es una aplicación de dicho carácter asistemizable:

- En vez de imaginarnos un proceso gradual, en que controlamos cada paso del mismo, preferir una pedagogía en que la persona se abre de un modo polivalente a la vida y a Dios.
- Lo cual no contradice (unidad bipolar del proceso) que hace falta un esquema orientativo (Iniciación, Fundamentación, Seguimiento, con sus ejes dinámicos correspondientes), para que la personalización sea un auténtico proceso, no un bombardeo anárquico.
- El/la acompañante no debe olvidar que toda pedagogía está subordinada a los factores imprevisibles:
 - ✓ Acontecimientos que obligan a despertar la conciencia.
 - ✓ La soledad de la persona y lo que ocurre en el cara a cara con Dios.
 - ✓ Experiencias afectivas, a partir de las cuales el yo entra en una dinámica nueva de transformación.
 - ✓ Movimientos interiores del inconsciente tanto psicológico como espiritual.
 - ✓ Trabajo de discernimiento que desmonta defensas.

Todo ello exige flexibilidad en el/la acompañante: lo que en un momento te parecía conclusión clara del discernimiento, en otro ha de ser replanteado.

- Hay que estar atentos, especialmente, a las “vetas” en que aparecen las dinámicas de transformación, por ejemplo:
 - ✓ Se está trabajando el autoconocimiento; pero una relación afectiva está posibilitando la vulnerabilidad real del yo.



- ✓ La oración está siendo trabajada en función de la imagen ambivalente de Dios; pero algún texto bíblico ha impactado de tal modo que ha hecho emerger el sentido de Dios como el Absoluto.
- ✓ Se ha hecho un camino de integración de fe y vida; pero unos Ejercicios han desencadenado una relación de totalización con Jesús.

3.2.9 Biblia y personalización

No se trata aquí de dar la impresión de estar sacralizando la Biblia, disponiendo de ella como de un poder mágico para la personalización. Sigue siendo una mediación. Pero hay que añadir que se trata de una mediación habitualmente excepcional, si se sabe aplicar de manera diferenciada.

No basta utilizarla como libro religioso o ético. Aplicar la Biblia al proceso de personalización supone todo un camino de relectura, que apenas está hecho.

*Los temas vistos se
complementan con los dos
“anexos” acerca del proceso de
personalización*



4 El acompañante espiritual

El acompañante espiritual es el catequista que realiza la orientación personal desde la relación, que debe contemplarse como lugar teológico. Tiene componentes humanos de psicoterapia y de relación de ayuda, pero principalmente la relación está abierta a la acción del Espíritu y orientada por el objetivo que le confiere su razón de ser: encontrar la voluntad de Dios para cada uno.

¿Qué es lo que hace de la relación personal un lugar teológico?...: *La referencia al proyecto de Jesús, el sentirse urgido por la experiencia de fe y la necesidad de comprometerse en favor de la justicia y la solidaridad.*

4.1 El acompañante como mediación⁵³

El acompañante es la mediación sacramental para el acompañado que busca el sentido de su vida desde la coherencia interna, la interiorización de significados y las propuestas de futuro. La actitud básica para el orientador es la *empatía* o capacidad de situarse en lugar del otro, acogerlo y mantener con él un diálogo revalorizador. San Pablo lo expresa en Gál 5,22. La empatía supone experiencia de aquello en lo que se va a orientar y capacidad de hablar inductivamente, es decir, desde los cambios históricos y desde las situaciones por las que pasa la persona que se tiene delante. A través de todos estos medios habla el Espíritu, abre a cada creyente un horizonte nuevo y le encomienda una tarea cuya percepción no es inmediata: es necesario iluminar la conciencia y abrir el corazón para sentir la llamada de Jesucristo, personal e intransferible. La oración como silencio interior, disponibilidad y contemplación son el mejor medio para «ver» con los ojos de la fe. Las funciones del acompañante son las de:

- servir de espejo para que el acompañado pueda percibir con más claridad,
- ayudar a leer cual experto sapiencial los «signos» de Dios en la vida,
- proponer tareas que ayuden a progresar y enseñar a evaluar los pasos dados.

Es imposible hacer este ministerio sin experiencia de Dios y sin preparación personal; bástenos recordar las palabras de santa Teresa cuando pedía a los directores espirituales que fueran santos y doctos. La tarea de ser testigos excepcionales de la obra de Dios en las personas sólo se puede asumir sintiéndose servidores de Cristo y enviados de la Iglesia. El meollo del acompañamiento es introducir a los acompañados en el misterio pascual y de pentecostés, es decir, en el conocimiento de Jesús «desde dentro» (cf. Mc 4,12.33.40; 6,52; 8,17; 9,32). La impotencia del hombre para llegar a este «saber» es grande, pero la fe es la fuerza de Dios que transforma al discípulo en

⁵³ SASTRE GARCÍA J., *El Acompañamiento Espiritual*, San Pablo, Madrid, 1993², pp. 107-113.



homo serviens (cf. Mc 8,31-37), y ahora ya es apto para vivir y anunciar el Reino de Dios hasta «los confines de la tierra».

Este misterio eclesial supone vocación, dedicación y formación específica, además de vida espiritual profunda y tiempos de reflexión y contemplación, pues difícilmente se puede ayudar a otros a que vean lo que para uno permanece oculto.

El acompañamiento personal y grupal están implicados y se complementan mutuamente; cada uno tiene sus límites propios y contenidos específicos. Son ámbitos en relación dentro del proceso continuado de la maduración vocacional. No todo lo visto en el grupo debe llevarse a la entrevista personal, pero los aspectos importantes tampoco pueden diluirse en el tratamiento grupal. Lo que más ayuda a madurar al grupo son las decisiones y opciones de sus miembros, pues en ellas se arriesga lo más profundo de la persona y se hipoteca el futuro; estos compromisos no se suelen dar sin discernimiento personal, y sin él no hay calidad de vida cristiana. Frente a la crisis de la tradicional dirección espiritual y de una pastoral juvenil que se queda en planteamientos de grupo, hay que retomar el acompañamiento personal.

En la tarea de ayudar a «dar nombre a las cosas» hay que tener gran intuición espiritual y saber que la fe y la gracia son los pilares fundamentales de este ministerio. Juan Pablo II definió en la Carta a los Jóvenes (1985) el acompañamiento como «una escuela sistemática de vida interior». En el acompañamiento, el conocimiento de la psicología presta una gran ayuda, pero no es lo principal ni más importante, pues la fe y la gracia pueden conseguir lo que humanamente parece imposible. Es decir, la psicología no suple lo que pertenece a la acción del Espíritu, aunque haya que tenerlo presente. Y viceversa, el Espíritu no hace lo que las ciencias humanas pueden resolver.

Hemos visto que lo propio del acompañamiento espiritual es la acogida, la empatía, la información, la propuesta de tareas y la animación hacia la maduración vocacional cristiana. En este misterio eclesial el **acompañante actúa enviado por la comunidad y es sacramento de la comunidad** en la misión de ayudar a personalizar la fe y descubrir la voluntad de Dios.

Un buen maestro espiritual debe reunir las siguientes capacidades:

- disponibilidad para poder atender en el momento que se requiera,
- tener hipótesis adaptables a cada situación personal,
- autoevaluación periódica
- progresiva desaparición de la vida de la persona.

En la medida en que el acompañado «se siente más alcanzado por el señor Jesús» y plantea toda su vida desde el proyecto que Dios tiene para él, se produce una iluminación nueva y total de la persona; comienza la adultez cristiana vivida como don y tarea.

El acompañante tiene que ayudar a la persona que acompaña a:

- ✓ Superar aspectos propios de un pasado no totalmente asumido ni salvado. Las principales asignaturas pendientes son: la excesiva distancia entre cabeza y corazón por falta de personalización, la experiencia de Dios más ideológica que de relación interpersonal, la afectividad-sexualidad no abierta al amor universal y la falta de proyecto de vida.



- ✓ Descubrir el «valor central» desde el que puede ordenar su vida y hacer el resto de las opciones: el ágape o amor incondicional y universal.
- ✓ Reorganizar la conciencia, las relaciones y los esquemas para llegar a optar por la utopía del Reino en actitud de disponibilidad.
- ✓ Concretar el estilo de vida que encarne la ternura del Padre y el programa de las bienaventuranzas en la profesión y el estilo de vida.

En estos problemas, así como en toda la labor de acompañamiento no existen recetas prefabricadas, pues cada persona es diferente y el Espíritu actúa de modo sorprendente. El acompañante debe situarse como «testigo de fe», y como maestro-discípulo que acompaña con sumo respeto la acción de Dios, ayuda a clarificar cuál es su voluntad y sostiene al acompañado en las dificultades del camino. En definitiva, hablamos de situar toda la catequesis y pastoral bajo el soplo del Espíritu para que penetre toda la existencia cristiana, de manera especial en el catecumenado y en los momentos especialmente significativos de la existencia cristiana.

El acompañante espiritual no es una persona que trabaja en solitario; su cometido es concreto y específico, ayuda a personalizar aportaciones que le llegan al joven de otras mediaciones que intervienen en la formación cristiana de los jóvenes a los que acompaña. El acompañante espiritual debe conocer el Proyecto Pastoral Juvenil en que están los jóvenes y atender los diferentes aspectos del mismo, sin paternalismos ni reduccionismos.

4.2 Dimensiones de la identidad del acompañante espiritual

El acompañamiento espiritual es un servicio eclesial que requiere personas vocacionadas, es decir, con carisma propio y preparación específica. La identidad personal del acompañante integra cualidades humanas, vida cristiana y preparación técnica. Teniendo presente todo lo anterior subrayaremos los aspectos más constitutivos de la identidad del acompañante:

- **Conciencia vocacional de lo que hace:** Ayudar al joven a personalizar e interiorizar los diferentes elementos de la madurez cristiana y a discernir su vocación. Su misión consiste en servir a la Palabra y a la acción salvadora de Dios en las personas concretas a las que acompaña.
- **Sus actitudes personales deben ser de disponibilidad, servicio y entrega:** De alguna forma estará siempre disponible, pues son los otros los que reclamarán constantemente su «caridad pastoral». La tarea del acompañante es de ayuda a la persona entera; por lo cual, su presencia, persona y testimonio son decisivos. Lo que sea lo primero y central en su vida debe aparecer constantemente en la relación de ayuda; la opción por Jesucristo y el evangelio del Reino tienen que ser el fundamento, el impulso y la meta de su existencia. Según Pablo VI, la vida del evangelizador es lo más decisivo en cualquier acción pastoral. «De modo tácito o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha



convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de evangelización» (EN 76).

- **Sentirse mediación de la gracia de Dios y la acción del Espíritu:** El acompañante tiene sumo cuidado y extraordinario tacto para que la persona que acompaña se encamine a Jesucristo, a la Iglesia y a los pobres. El acompañante, como Juan el Bautista, debe decir: «conviene que El crezca y yo disminuya». El mejor acompañante es aquel que con el paso del tiempo se necesita cada vez menos, porque el acompañado ha llegado a la adultez en Cristo.
- **Las dos fidelidades del acompañante son Dios y la persona que tiene delante con su historia, realidad e intuiciones:** El diálogo educativo que implica la relación de ayuda no es posible sin afecto y cariño por la persona a la que trata de ayudar. «¿De qué amor se trata? Mucho más que el del pedagogo: es el amor de un padre; más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del evangelio, de cada constructor de la Iglesia» (EN 79). Los jóvenes necesitan experimentar y saber que sus educadores en la fe les quieren y aman con el amor de Cristo, pues sólo el amor hace personas liberadas, felices y solidarias.
- **El acompañante ayuda y educa desde una comunidad de fe en la que él mismo se siente acogido y orientado:** Es difícil que una persona pueda transmitir a otra la clave de disponibilidad a Dios, a la Iglesia y a los necesitados, si él mismo no lo está buscando y no se lo confirman aquellos con los que comparte la vida, la fe y el quehacer apostólico.
- **Como testigo de fe el acompañante necesita ser creyente adulto:** La fe madura tiene mucho que ver con las bienaventuranzas, la actitud profética, el amor a la Iglesia y la lucha por la justicia. Estos elementos se viven integrados en la unidad de la persona, y se manifiestan en actitudes de confianza, paz interior, disponibilidad y oración constante. El creyente que ha madurado su fe vive con mística, es decir, con el gozo constante de saber que Dios es el motor de su vida, el fundamento de su ser y el horizonte de su esperanza.
- **El acompañante reconoce sus limitaciones, sabe que puede equivocarse y asume el fracaso:** Hace tuyas las palabras de Pablo: «Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la Palabra o de la Sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios» (ICor 2,1-5). «Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos colaboradores de Dios y vosotros campo de Dios, edificación de Dios» (1 Cor 3,6-9).



4.3 Modelo formativo de personalización y acompañamiento⁵⁴

Para el modelo educativo de personalización, el objetivo no es la asimilación, no es lograr un buen cristiano, sacerdote o religioso, sino el que el acompañado sea él mismo, sea una persona que crece y aprende a crecer en su propia identidad personal, de tal manera que a través de ese proceso de identidad personal vaya descubriendo la voluntad de Dios en su vida.

A un planteamiento así puede objetársele que si alguien está ya establecido en un estado de vida, hay que suponer que es ya una persona que ha descubierto la voluntad de Dios para su vida, y en consecuencia lo que tiene que hacer es asimilar lo que la su situación o la institución le da. Pero este planteamiento es irreal, puesto que:

- Supone una persona adulta que haya descubierto su identidad, lo que difícilmente se hace en nuestro contexto socio-cultural de hoy antes de los 28-30 años.
- Supone también que el estado de vida es pasivo respecto a lo preestablecido. Este planteamiento significa que la identidad se percibe fundamentalmente como asimilación, y la fidelidad como cumplimiento de lo que uno ha decidido. Si es así, no se acepta a la persona como sujeto activo de su propia vida.

Esto no quiere decir que los aspectos asimilativos no sean válidos. El problema es ver cómo se sitúa, y dónde se pone la columna vertebral del acompañamiento y la formación, si en el sujeto que va creciendo como persona, desde donde se abre a la obediencia de Dios, o en una libertad pasiva, en la que a través de los deseos y los ideales, se asimila lo pre-establecido institucionalmente. No se trata de oponer, pero sí de descubrir dónde se pone el centro del acompañamiento.

Si el objeto es que el acompañado sea él mismo y desde ahí se abra a la obediencia de Dios, entonces el acompañante será una ayuda activa que se centra en el acompañado, para que éste sea él mismo, de modo que aprenda a vivir de dentro a fuera, tomando la vida en sus manos, y haciéndose sujeto activo de su propia historia.

El punto neurálgico de la personalización está en que la persona llegue a hacer un auténtico auto-proceso, que aprenda a descubrirse a sí mismo, y a su propio proceso. El ideal de este acompañamiento es el auto-acompañamiento: es decir, que la persona haga el aprendizaje de su auto-dirección espiritual, para lo que evidentemente necesita bastantes años.

Con el proceso de personalización nos tenemos que situar en la paradoja de la antropología que, por una parte, supone que se da máxima importancia a la autonomía personal, y sin embargo, todo consiste en descubrir que esa autonomía se fundamenta y se realiza en la disponibilidad, en un proceso de conversión que obliga, en última instancia, una obediencia de fe. El acompañamiento de personalización, si llega a ser adulto, es un proceso de autodirección espiritual a través de la autonomía. Pero a la vez, esa autonomía supone todo un proceso de obediencia a Dios, a través del acompañante, puede ocupar un lugar muy determinante.

⁵⁴ GARRIDO J., *Discernimiento y Acompañamiento*, Instituto Teológico de Vida Religiosa de Euskal Herria, Vitoria, 2001, pp. 8 ss.



El acompañamiento espiritual de personalización, en sentido cristiano, conlleva esencialmente el acompañado se hace cada vez más consciente de su propia realidad, de que es él mismo el que lleva la vida. Sin embargo, todo el secreto está, no en lo que puede controlar, ni en lo que puede dominar, sino en ir percibiendo la obra de Dios, cómo Dios le va guiando. Siempre en un proceso de dentro a fuera.

Pero en este proceso es el que el acompañado se siente autónomo, que nadie se le impone desde fuera, experimenta la obediencia radical: que está fundamentado en otro, y que su libertad en última instancia consiste vivir en obediencia a Dios. Es ahí exactamente donde puede ir la figura del acompañante, como aquel que le ayuda a discernir los procesos más profundos que está viendo y que el acompañado no controla. El acompañante le enseña a vivir en esa obediencia a Dios más allá de lo que él mismo pueda objetivar.

La tarea del acompañante es delicada, pues no será tal si no va más allá de lo que está viviendo el discípulo. Y, sin embargo, el secreto del acompañante no está en que vaya más allá, sino que perciba lo que Dios está haciendo en el acompañado respecto a la autonomía de la persona y a la obra de Dios. En esa apertura más allá de lo controlable está el verdadero secreto del acompañante, si realmente quiere ayudar, y trabajar la personalización.

La tarea más importante del acompañante en clave de personalización no es dar soluciones, ni su actividad es directiva. Sólo en el caso en que el acompañado se siente perdido por ansiedad, se puede dar algún determinado programa. Pero, sin necesidad de dar soluciones se pueden establecer criterios, señalar pistas de discernimiento, líneas de acción. Si se tiene en cuenta lo que se está moviendo dentro de la persona, la tarea del acompañante no tiene que ser meramente pasiva. Es fundamental que la personalización no dé soluciones, sino que ayude a la persona a que ella misma camine desde su propio proceso interior.

4.3.1 Tradición y problemática actual

El acompañamiento en clave de personalización supone una vuelta a lo mejor en la tradición. Este tema perdió prestigio después del Concilio, ya que realmente antes venía siendo mal tratado. La dirección espiritual se había convertido en muchos casos en un instrumento de dominio de conciencias, un instrumento que infantilizaba a las personas. Esta degeneración no responde a la gran tradición del maestro espiritual.

El auténtico director espiritual ha sido considerado como un sabio, padre espiritual, que hace sacar lo mejor del acompañado, que despierta la profundidad de la persona, que se anticipa, pero no dirige; que discierne y enseña a vivir lo que el Espíritu Santo va haciendo en la persona.

La clave de la dirección en la gran tradición es el discernimiento de la obra de Dios, el proceso interior que Dios va haciendo, apoyado en el N.T. (Rm 8) sobre la dirección interior, y sobre el cristiano adulto, a diferencia del cristiano infantil o del cristiano carnal.

“El Espíritu Santo ha sido derramado en los corazones” (cf. Rom 8 y 1 Jn) y Él nos enseña por dentro, sin necesidad de maestros exteriores. En este sentido, aunque nosotros utilicemos una terminología menos espiritual, más antropológica, el tema de



fondo es el mismo. Sin embargo, no basta decir esto. La personalización quiere apoyarse y se considera fiel a la gran Tradición espiritual del discernimiento.

Pero no basta, porque en el diálogo con la cultura actual hay que incorporar nuevos aspectos. Hoy no podemos hablar de un acompañamiento en clave de personalización, si no tenemos en cuenta la problemática actual. En primer lugar, un dato fundamental son las nuevas aportaciones de las ciencias humanas (psicología, antropología cultural, ...) a la sabiduría ascética-mística, recibida en la Tradición.

En este momento hay un cierto intento de releer de manera más secular, más antropológica el discernimiento de los maestros clásicos. Pero no basta. Hace falta que ésta incorpore positivamente los nuevos datos de las ciencias humanas.

Así por ejemplo, el juicio sobre un joven que tiene problemas para integrarse en lo institucional, para asimilar ciertos esquemas de vida representados por la institución, no basta que sea hecho desde términos de rebeldía, o desde la necesidad que tiene de auto-afirmación. Si no se llega a captar que, detrás de esta necesidad de auto-afirmación, puede haber ciertas necesidades psicológicas inconscientes, nos vamos a quedar huérfanos, aunque recuperemos la Tradición. Esto es fundamental si se quiere hacer una nueva síntesis espiritual, en la que el acompañamiento no sea sólo un valor recuperado sino un valor actualizado.

Hay que integrar también, dentro del acompañamiento, la sospecha moderna con respecto a la figura del sabio o del padre. La cultura moderna sospecha de ellas porque la modernidad ha sido un hecho histórico, dramático en que los hombres hemos tenido que liberarnos de tutelas de las iglesias, de la autoridad política, y de los directores espirituales, y hemos tenido que aprender la emancipación.

Esta actitud que se pone alerta o de sospecha ante la figura del sabio, padre o maestro, tiene su razón de ser desde el punto de vista de un proceso cultural. También, detrás de esta sospecha hay un elemento de emancipación de las personas, que es necesario tenerlo muy en cuenta. Educar para un mundo emancipado y libre exige tener en cuenta, que esta cultura de hoyes muy crítica respecto a todas las formas tutelares, por la necesidad de autonomía, y por la sospecha de la transferencia. La misma psicología enseña cómo fácilmente en las relaciones tutelares se crean transferencias que crean dependencia.

Desde la práctica de la fe, y desde las relaciones terapéuticas, se ha dado un proceso en que la figura del padre, o del sabio ha sido reemplazada por la figura del asesor. Es decir, la dirección espiritual ha sido reemplazada por una relación de ayuda que se centra en el auto-proceso del formando, con un talante de ayuda no directivo.

Sin embargo, también habrá que tener en cuenta los aspectos críticos de la modernidad. En esta incorporación de las ciencias humanas, y en este proceso de emancipación del hombre con respecto a las distintas tutelas, puede haber siempre un peligro de reduccionismo.

En primer lugar un reduccionismo psicológico. Analizando los procesos de emancipación de la modernidad nos encontramos con que ella aporta una conquista legítima de la autonomía del hombre, pero también le ha llevado al asesinato del “padre” o de la toda autoridad. Está destruyendo radicalmente la relación asimétrica y al destruirla, está destruyendo una de las raíces básicas de la persona humana. Sin “padre”, la persona se encuentra sin reconciliación con la finitud.



Cuando toda dependencia se siente como amenazada de la autonomía, todavía está en la fase de la adolescencia. Es necesario un discernimiento que nos permita integrar la autonomía y la dependencia.

4.3.2 Hacia un modelo integrador

Hace falta crear un modelo integrador “mixto” que sea capaz de recuperar la tradición, la auténtica figura del sabio, del maestro espiritual, ya la vez incorpore los nuevos descubrimientos de las ciencias modernas.

4.3.2.1 Razones:

- El joven todavía necesita, por más que se crea autónomo, un auténtico maestro que le enseñe sencillamente a vivir. Al joven le cuesta descubrir su identidad porque vive en una sociedad plural, donde los modelos de identidad son altamente contradictorios y embarazosos, hasta que por fin se logra una columna vertebral vital. Lo normal es que necesite un maestro que le enseñe a ser persona, a descubrir los procesos interiores, y de esta manera construir una auténtica persona.
- Independiente del maestro/a, toda construcción personal (lo que llamamos el proceso de personalización) supone una integración de las bipolaridades que estructuran la persona.
- La persona humana necesita autonomía, tomar decisiones propias, pero también dependencia y confiar en la sabiduría de otro. No se trata de oponer estas bipolaridades, sino hacer un proceso de integración. Esto es válido tanto para el joven como para toda persona humana. Lo que ocurre es que en la juventud esto se vive con más intensidad.

4.3.2.2 Algunas convicciones por las que se opta por este modelo mixto entre la tradición y la modernidad:

- ✓ Prioridad de la persona: Sin esta prioridad el acompañamiento se desvirtúa. El modelo tradicional bien llevado, suponía el respeto a la obra de Dios, en función de unos determinados ideales de perfección. Se tenía claro que el dirigido estaba en un determinado momento y tenía que caminar hacia unas determinadas metas. El maestro anticipaba el proceso con unas pistas. Hoy no pasa esto. Hoy el primado de la persona obliga a tener muy presente que de lo que se trata es de respetar nuclearmente la autonomía de la persona. El discernimiento supone, no solo respetar la obra de Dios, sino también la autonomía de la persona.
- ✓ Este modelo mixto incorpora positivamente la influencia que va a tener el maestro. Se trata de aceptar ese principio de autoridad, de ayuda positiva, de que el maestro va por delante. Pero teniendo en cuenta este principio: “A más influencia más autonomía”. Si una persona sabe que puede influir mucho, tendrá que cuidar qué medios usa para que el acompañado desarrolle su autonomía.



- ✓ Distinguir fases: Si el acompañamiento ha sido correctamente llevado es lógico que existan fases más decisivas que otras. Cuando la persona va cogiendo sus propias riendas, el acompañante se tiene que situar en una especie de confrontación. Al ser las fases distintas, la influencia o la autonomía tienen que variar según la fase donde se encuentre.

4.3.2.3 *Condiciones:*

Teniendo en cuenta los puntos anteriores, el acompañamiento espiritual puede ser definido por estos tres rasgos:

- a. *Como relación interpersonal básicamente asimétrica, por lo que lo más importante no es la información:* Es evidente que hay muchas formas de relacionarse. El centro es la relación que se establece con los sentimientos básicos de confianza que se dan en toda buena relación. La información y los saberes pasan a través de la calidad de la relación. Esto es enormemente importante a la larga. Pero esta relación es asimétrica, no es una relación de igualdad. Pero aquí puede haber un equívoco. Hablar de relación asimétrica parece que es hablar de una relación autoritaria y directiva. Y no. Hoy se tiende a entender el acompañamiento como una relación simétrica, donde dos personas comparten su vida y de esta manera se ayudan. No parece conveniente este tipo de relación, aunque puede darse algunas veces. En todo caso no debe ser el punto de partida. Este punto es de enorme importancia.

El joven de hoy que vive en una cultura muchas veces pide que el acompañante también se comprometa con él y comparta su problemática. Si no lo hace, piensa que no se compromete. Y esto es falso. Pasar a una relación de igualdad es caer en una trampa que enturbia toda posibilidad de acompañamiento, ya que el primer requisito de ayuda es la posibilidad de un mínimo de alejamiento que objetiva.

En el acompañamiento es necesaria una relación asimétrica en la que uno ayuda y el otro es ayudado. Implica un auténtico compromiso, incluso afectivo, porque es una auténtica relación interpersonal, pero asimétrica, que no significa una relación autoritaria; simplemente no es una relación de igualdad, donde todo se comparte. El acompañante se guarda su punto de vista. Esto no quita para que en un momento de confianza se puedan decir cuatro cosas.

Esta relación interpersonal asimétrica tiene matices, es enormemente variada y plural:

- Puede darse simplemente porque se ha encontrado a alguien que tiene autoridad de discernimiento, y se crea entre ambos una relación con, por lo menos, un mínimo de confianza.
 - O puede ser una relación de auténtica paternidad o maternidad espiritual. En todo caso la relación espiritual es de las relaciones de calidad más ascendentes que existen.
- b. *El objetivo es favorecer el proceso de personalización del acompañado en orden a la obediencia a Dios:* Se trata de integrar bien estos dos aspectos, que en



realidad pertenecen a la misma dinámica. Favorecer el proceso de personalización conlleva que el acompañante no sustituye ni a la acción de Dios ni a lo que la persona misma puede ir descubriendo. Lo que importa es el crecimiento de la persona a todos sus niveles humanos y espirituales, y además de manera no separable. Esa integración de lo humano y de lo espiritual es esencial en la personalización. Lo interesante no es sacar una vocación, sino que la persona crezca.

Sabiendo que es a través de ese reforzar el proceso de personalización en lo humano y en lo espiritual como se desarrolla la auténtica obediencia a Dios, no tiene miedo a perder la vocación del acompañado, ya que si la persona está creciendo, va comprometiendo su propia libertad en obediencia a lo que Dios quiere.

El mismo acompañado tiene que ir descubriendo que el mismo proceso que favorece la personalización es a la vez proceso en el que se favorece la vocación. Incluso los aspectos más específicos de la vocación quedan subordinados al mismo proceso de personalización.

4.4 Mediaciones del acompañamiento

El acompañamiento se realiza con dos mediaciones principales: la **calidad de relación** y el **discernimiento**.

En cuanto a la primera mediación hay que tener en cuenta que en sí misma es transformadora, por tanto hay que valorarla como instancia decisiva del acompañamiento. Es una relación que favorece el cambio, de tal manera que si la relación misma no cambia, no hace crecer a las personas. En el caso en que no haya cambio, hay que reconocer que en ese acompañamiento falta un elemento importante.

Muchos problemas vienen de aquí. Por lo tanto hay que ser lúcidos para saber que es un acompañamiento de otra índole, igualmente válido, en cuyo caso si la relación se bloquea, habrá que sacar unas consecuencias prácticas. Si ambas partes aceptan que la relación sólo sea algo objetivable, sin ningún tipo de relación, vale.

La primera mediación es, pues, la relación misma, porque en sí misma es transformadora. Se trata de una relación y de una conversación a través del diálogo, de lenguajes explícitos e implícitos, con contenidos propios. No es una conversación informal, desahogo, sino de ayuda. El contenido propio de ella es lo que el proceso mismo del acompañado pide. Y dentro de lo que vive está también la relación que vive con el acompañante. Primordialmente está su proceso de personalización, su problemática vocacional, la obra que Dios está haciendo en la persona, etc.

Pero, para discernir bien en un acompañamiento no basta escuchar, es necesaria una segunda mediación.

Siempre se parte de una relación de ayuda en que el que acompaña, en principio, se supone que sabe más sobre lo que es vivir, crecer como persona, lo que es la experiencia de crecimiento y personalización. Principalmente porque lo ha vivido. La clave del discernimiento no está tanto en un análisis, sino en poder captar lo latente, lo que está detrás de lo que está diciendo la persona, lo que aparece implícito a través de



las distintas experiencias, movimientos interiores o sentimientos contrarios. Es fundamental que el acompañante vaya por delante de alguna manera, lo que no quiere decir que sea mejor, sino que su experiencia de vida práctica le permite anticipar el camino del acompañado.

4.5 Rasgos del acompañante

Según se mezclen especialmente estas dos mediaciones, según se viva la relación y según el discernimiento, la tipología de la relación puede ser muy variada. Modos de relacionarse, pensando en el acompañante:

- En algunos casos el acompañante es un asesor psicológico o espiritual. La persona está viviendo unos determinados problemas y busca un asesor que le ayude a clarificarlos desde unas determinadas respuestas. Relación de consulta.
- En otros casos el acompañante es el que discierne. Una especie de revisión hecha por alguien que tiene una especial autoridad. Esta relación suele ser puntual, o de tarde en tarde. La relación como tal es secundaria, lo que importa es el análisis de la problemática del acompañado, de su carácter.
- Otras veces el acompañante es un amigo que escucha. Puede ser de relación simétrica comparten sus problemas, se confiesan mutuamente y se alimentan. En este caso prevalece de tal manera la relación, que el discernimiento desaparece. No se dice nada objetivo, nada que ayude; la ayuda es, en todo caso, de aliento. Es una ayuda desde la relación, no desde el discernimiento que objetiva y que ofrece un horizonte concreto, unas pistas de crecimiento.
- También puede ocurrir que sea una relación de identificación. El acompañante es en este caso alguien con el que se identifica el acompañado, porque en ella el acompañante lo que quiere es ser modelo de identificación, o porque es transferencia de problemas inconscientes del padre o de la madre, o de modelos de identificación anteriores que ha vivido.
- La relación también puede ser de paternidad o maternidad. Lo que se busca es la típica relación de transferencia paternal, y lo que ofrece el acompañamiento es un seno materno, es ser querido, gratificado, deseado. O lo contrario, lo que ofrece y da es una relación de autoridad moral, de una conciencia que juzga si anda bien o mal. Es la figura del padre como “super-ego”. El acompañante representa la super-conciencia, el ideal del yo que se transfiere en él.
- También es frecuente la tipología del acompañante integral en que él establece una auténtica relación de sabiduría espiritual donde enseña a la persona a vivir, despierta lo mejor del fondo personal en todos sus niveles, en lo humano y en lo espiritual. El acompañado se siente leído, interpretado, ayudado. La relación afectiva es bastante intensa, pero siempre con una relación asimétrica muy clasificada, donde lo que importa no es la relación afectiva como tal, sino el elemento objetivo que ofrece el maestro. Hay una buena relación de conceptos, y no se pide más en la relación afectiva. La persona se siente acogida y aceptada tal como es, y crece cada vez que habla con el acompañante. En este caso es normal que se cree una influencia y con ella fácilmente una dependencia que necesita



ser revisada sobre la marcha, si efectivamente esa dependencia o influencia crea falta de autonomía.

- También es posible que se dé, aunque menos frecuentemente, la tipología de padre/madre espiritual. Es una relación misteriosa, nunca programable. Se produce una conexión vital tan profunda que uno siente no solamente que se le objetiva y desde esa objetividad crece, sino que se le da una auténtica luz de vida porque se ha encontrado con un padre o madre que no corta, sino que posibilita. Es una auténtica relación vinculante porque es una experiencia de amor muy honda, y a la vez muy libre.

Esta figura es rara, y además tiene tantos matices que algunas veces puede suceder que el acompañado cree que esta relación se ha hecho realidad en su vida, y sin embargo el acompañante no siente esa relación de paternidad. A veces ocurre a la inversa, que con una determinada persona sientes que lo mejor de ti mismo, tus entrañas capaces de engendrar vida se mueven, y sin embargo para la otra persona no es así, no siente lo mismo, no siente esa conexión en la relación.

Hemos presentado estas siete tipologías, pero pueden ser muchas más, ya que la persona humana es mucho más compleja. Hay que tener en cuenta, además, que estas figuras se entrecruzan, y que pasan por muchas fases.

Hemos definido un modelo de acompañamiento en clave de discernimiento, que intenta integrar la tradición del maestro espiritual con los aspectos de autonomía, de asesoramiento, propio de determinadas concepciones psicológicas actuales que prefieren una relación menos directiva, y que la persona se haga más responsable, y tome más iniciativa en su vida.

4.6 Problemas del acompañamiento

Además de lo dicho, es necesario tener en cuenta unas reflexiones o problemas de tipo conclusivo que se pueden presentar:

4.6.1 Primer Criterio

Actualmente hay muchos terapeutas que insisten en que un acompañamiento prolongado es, a la larga, negativo. Se habla de terapias breves. También se puede aplicar esto mismo a la problemática del acompañamiento. Si se insiste en la influencia del maestro fácilmente se crean dependencias, y el acompañamiento se puede prolongar indefinidamente. Si encima es muy regular y frecuente, puede ocurrir, como sucede tantas veces en el psicoanálisis, que no termina nunca. Si se insiste en dar el máximo de autonomía, puede ocurrir que le cueste enormemente encontrar su camino. A veces hace falta una palabra de autoridad que le ilumine en su búsqueda.

Dentro de esto hay una casuística muy variada:

- ✓ Si se parte de una relación de mero asesoramiento, no directivo, el acompañamiento será largo.



- ✓ Si se parte del discernimiento donde el maestro lee, señala los puntos centrales, el acompañamiento puede ser más breve. Tiene el peligro de dependencia. En estos casos lo que hay que hacer es no tener esquemas prefijados.

Si el acompañamiento tiene en cuenta esta bipolaridad, tendrá que aplicar lo más conveniente en cada caso. Así, en algunos de ellos, habrá que asumir que esa persona va a depender del acompañante toda la vida. Otra cosa es que estas personas convengan, por ejemplo, para la vida consagrada...

4.6.2 Segundo criterio

Este criterio depende mucho de la misma personalidad que tenga el acompañante. Hay que ser muy conscientes de las propias posibilidades y limitaciones. Uno no puede ser el acompañante perfecto. Tenerlo muy claro y saber dónde puede ofrecer algo, y dónde no.

Cuando el acompañante es una personalidad que influye mucho, porque, por ejemplo, tiene una gran capacidad de discernimiento, y de crear relaciones muy de fondo, tiene que ser especialmente lúcido sobre sus limitaciones. Lo que puede hacer es dar pistas de discernimiento y ayudar a las personas a que tengan métodos activos, con lo cual retrasa una posible relación.

Es, por tanto, muy importante este segundo criterio de saber la personalidad del maestro, ver las posibilidades y limitaciones que tiene y establecer el estilo de acompañamiento en base a ellas.

4.6.3 Tercer criterio

Se dan enormes diferencias en las relaciones de acompañamiento. Aun dentro de la misma personalidad del acompañamiento se establecen relaciones muy plurales, dadas las mismas diferencias de las personas.

Hay que aceptar el pluralismo en las relaciones por parte del acompañante. Si se tienen ideas prefijadas de lo que puede ser el acompañamiento, puede hacer más mal que bien. Hay que partir siempre de una actitud y saber plurales en las relaciones.

Este saber plural proviene de muchos factores. Aunque la personalidad del acompañante sea la misma, la conexión afectiva es distinta y esto condiciona enormemente. El acompañado tiene su propia psicología, sus propias conexiones, por lo que unas veces conecta y otras no. En una relación de acompañamiento hay que partir siempre de la diferenciación de relaciones.

En algunos casos hay que limitarse a escuchar, a ser un “buzón de neuras”. En otros, se puede uno adentrar en la intimidad de la persona porque se ha ganado básicamente su confianza, pero no se pretende más relación: se le ayuda a objetivar su realidad. En otros casos se puede establecer una relación de una ayuda incondicional: la otra persona sabe que siempre puede contar contigo, lo que implica que la conexión afectiva está bien estructurada.

Si el amor cristiano o la madurez afectiva se ha desarrollado con bastante libertad interior, esta relación se puede vivir bien, pero hay que suponer a priori que no es fácil vivirlo con todas las personas. Sólo teniendo el corazón de Dios se puede vivir.



Se puede tener una actitud de ayuda incondicional desde una madurez afectiva y desde la caridad cristiana, pero no se puede establecerlo como un principio normativo que obligue a vivirlo. No se debe forzar interiormente la relación. No hace falta que haya conexión de simpatía, pero en ese caso no puede haber una fluidez de relación. El acompañado tiene muchos otros caminos, y otras personas que le pueden ayudar. Uno no tiene por qué sentirse salvador imprescindible.

Por tanto, sí parece normal, como criterio de madurez en el acompañamiento, que el acompañado encuentre siempre la posibilidad de ayuda incondicional por parte del acompañante. Pero esta actitud no siempre responde a la realidad y sobre todo, el acompañante tiene que saber distinguir por dentro cuando la ayuda incondicional que le ofrece proviene de una cierta madurez humana y espiritual, o nace de las necesidades psico-afectivas de su propio corazón. Hay ayudas incondicionales que no responden al corazón.

Para estructurar las relaciones plurales que el acompañante tiene es necesario tener capacidad para ver cómo se relaciona, y cuál es la diferencia de las distintas relaciones, y en qué se fundamenta esa relación. Puede fundamentarse en un elemento más bien espiritual que psico-afectivo. Si todo va unido, muy bien. Pero muchas veces hay que hacer la diferencia, lo que repercute claramente en la relación misma. También puede ocurrir que el acompañante se haga unas expectativas, y en un momento haya que aclararlas porque, si no, pueden crearse problemas.

Hay otro tipo, no frecuente, de relación misteriosa de paternidad/maternidad, que se puede crear, no en un comienzo sino a través de los años, como en toda relación profunda.

Si queremos un modelo de acompañamiento que sea de personalización tenemos que quedarnos con una idea central: este acompañamiento enseña primordialmente a vivir humana y espiritualmente. En este aprendizaje de la vida, lo que enseña no es básicamente contenidos sino a crecer a la persona misma.

4.7 Acompañamiento y relación interpersonal

Elementos que configuran la relación:

4.7.1 Condiciones previas

4.7.1.1 *La autenticidad en el acompañante y acompañado:*

No se puede ni se debe buscar segundas intenciones, que suelen ser bastante frecuentes. El objetivo del acompañamiento es que llegue a ser él mismo en autenticidad. Lo importante es la persona, y no que sea cristiano o no, religioso o casado...

4.7.1.2 *Que haya una posibilidad mínima de conexión y libertad:*

La relación debe estar estructurada centrándose en el acompañado. Aunque parezca en una determinada etapa o fase que la relación básicamente recae sobre el acompañante, porque tiene el máximo papel, y parece que el del acompañado es



básicamente pasivo, la relación debe centrarse siempre en el acompañado, ya que éste puede resolver sus propios problemas, aunque necesite ayuda. Si no hay confianza en sus capacidades reales para solucionar sus problemas, se está desvirtuando la relación misma. Otra cosa es que en algunos momentos precisos necesite ayuda para desbrozar el camino, y en ese momento el acompañamiento sea muy directivo.

Si la persona no puede resolver por sí misma sus problemas, ya no se trata de un acompañamiento de personalización. Hay personas que son incapaces de resolver sus problemas, por las razones que sean, y siempre dependen de otras. Pero esto no debe ser un a priori. Estamos muy acostumbrados en nuestras instituciones a creernos salvadores, lo que nos lleva muchas veces, sin saberlo, a suponer que el acompañado no puede solucionar sus problemas.

Todo esto tiene enormes aplicaciones a la hora de escoger y usar métodos activos para que el acompañado intente descubrir por sí mismo su problemática: a la hora de no darle soluciones, sino que él mismo sufra sus problemas, y tenga que vivir su propia ansiedad; a la hora de respetar el ritmo del proceso personal, etc.

La relación se estructura sobre el acompañado. Hay mucha tendencia a proteger. Venimos de una tradición de desconfianza básica en la persona, que piensa que ésta está en el caos, bajo el pecado, desorientada, y nos parece que a nosotros nos corresponde enseñarle lo que tiene que hacer para ser buena. Hay que partir a la inversa. Hay que ayudar a la persona a que ella misma descubra sus propios problemas.

Lógicamente esto supone, también por parte del acompañado, como presupuesto, que acepta la ayuda, pero no como un sustitutivo de su propia autonomía, de su propio proceso, de su propia libertad. Quizá, sobre todo en las primeras etapas del acompañamiento, la tarea más delicada está en ayudar, pero sin sustituir su libertad, su propio riesgo.

4.7.1.3 *La confianza*

Aunque la relación se centra en el acompañado, por ser asimétrica necesita una confianza básica en el acompañante.

Hay un elemento de “autoridad espiritual”, y hay que estar siempre vigilando si esta confianza se fundamenta en necesidades de dependencia. Pero en un momento dado uno puede partir de esa dependencia. Muchas veces ocurre que hay que partir de relaciones infantiles, y desde ahí ir creciendo. Pero el acompañante tendrá que tener muy en cuenta si se fundamenta en una relación de confianza o en necesidades infantiles de dependencia.

Pero también puede surgir la relación cuando el joven reconoce con lucidez que necesita la ayuda del otro. Entonces es un buen punto de partida. En la tradición cristiana ha sido bastante frecuente que una relación de confianza llega a ser obediencia. Ha habido, pocas, por desgracia, en que se ha considerado como ideal en el acompañamiento el voto de obediencia al director espiritual. No es ideal, aunque tiene su sabiduría, su experiencia, pero no significa que tenga que crear relaciones de dependencia. Pueden ser totalmente autónomas.



4.7.2 Escucha activa

Es significativa ya la expresión “escucha activa” porque supone la capacidad de situarse en el otro, en el acompañado. El centro de la relación está en el acompañado. No es una relación impersonal, puramente formal, sino una relación auténticamente interpersonal, lo que se llama una interacción.

Carkhuff habla de seis cualidades muy significativas:

1. Empatía:

No es lo mismo que la simpatía. Hay acompañantes muy simpáticos, con una gran capacidad de conexión inmediata, pero que no son empáticos.

La empatía supone percibir y comunicar con el otro no sólo ni primordialmente a nivel objetivo de análisis, de conocimiento, de ideas, de temas, sino la capacidad de percibir al otro en la relación misma, en acto, lo que el otro piensa, siente, expresa. La empatía es esa capacidad de salir de sí y estar en el otro. Pero con una observación muy importante: la empatía no quita distanciamiento. Hay personas que se identifican fácilmente con lo que el otro siente, pero pierden distancia. Viven el problema del otro, se identifican emocionalmente con el otro, perdiendo su propia autonomía. El no poder tomar distancia imposibilita la ayuda, porque imposibilita la objetividad. La empatía es una cualidad de la relación donde se está en el otro sin perder la propia distancia.

Presupone una capacidad de libertad interior en la que tanto la afectividad como la razón están bien estructuradas. Un racionalismo que no siente con el otro no empatiza; un sentir con el otro que produce identificaciones tampoco empatiza.

La empatía, además, implica ser capaz de percibir el nivel latente, más allá de lo que el otro expresa explícitamente: lo que se esconde detrás de una mirada, de una frase dicha a medias, de algo que ha salido por ahí misteriosamente y que, a veces, tiene poco que ver con el discurso lógico que el otro está expresando.

Quizás el punto crucial es que no basta con entender al otro, sino que éste se sienta entendido. Es un atender que crea relación, un escuchar que transforma, que crea auténtica interacción. Es la base siempre de toda terapia. Toda relación de ayuda depende directamente de esta capacidad.

Rogers: «Escuchar significa penetrar en el mundo privado perceptual de la persona y encontrarse allí de una manera familiar. Ser sensitivo momento a momento a las cambiantes experiencias sentidas por el otro».

Esta actitud no es fácil, y precisa un aprendizaje de la relación de ayuda.

2. Respeto

Cualidad también esencial. Significa aceptar a la persona sin juicio de valor, más allá del bien y del mal. Cuando uno se escandaliza, o inmediatamente tiende a emitir juicios de valor sobre si lo que ha hecho o siente es bueno o malo, entonces se bloquea una auténtica relación de ayuda.

Los juicios de valor son importantes, pero no están en la base de la relación. La relación no se fundamenta en un juicio moral, sino en un juicio donde lo fundamental es la persona más allá del bien y del mal. Para ello es necesario que el



acompañante tenga básicamente esta experiencia de aceptación propia, y la manera como se perciba a sí mismo esté más allá del bien y del mal.

Es esta relación de respeto la que permite que la persona pueda desplegarse desde su propia profundidad. La persona lo percibe además de manera inmediata. Es la sensación de ser aceptado tal como es.

El respeto, por lo tanto, supone ya de base la fe en el otro. Aquí la fe en el otro no se refiere a la teologal, aunque existe íntima relación con ella. Está siempre en la base de toda relación de ayuda, de toda relación que posibilita al otro ser, de toda relación liberadora, y transformante. Si no hay fe en la capacidad que la otra persona pueda tener de valorarse a sí misma, de tomar la vida en sus manos, de tomar decisiones propias, sino, bajo razón de bien, se le da todo hecho, no hay confianza en él. No se está a la altura de su dignidad de ser sino que, de alguna manera, lo objetivo en función de unos determinados fines que pueden ser su conducta.

Es ésta la relación de gratuidad que Dios tiene con nosotros que nos cambia y transforma exactamente cuando no nos juzga, cuando nos sentimos salvados, y aceptados gratuitamente. Es entonces cuando nos salva y nos transforma. Es el misterio de la justificación por la fe que está en la base de la auténtica transformación del Nuevo Testamento.

El respeto supone no intentar vencer, ni tener razón, ni controlar. El mismo acompañante tiene que vivir de la libertad interior, y por lo tanto, tiene que tener muy claro que lo más valioso no está en las metas, sino en la persona misma.

3. Calor:

Hay personas que dan más que otras. Pero se puede dar mucho calor y no tener verdadero interés por el otro. El calor fundamentalmente es interés vital, cuidado, preocupación por el otro. No hay que confundirlo con una espontaneidad afectiva. Lo más importante es que ese calor exprese no las necesidades del acompañante sino la percepción, el auténtico salir de sí hacia el acompañado. Ahí está el auténtico calor.

Hay que tener en cuenta que lo que se percibe primordialmente en la relación son los lenguajes no verbales el tono de voz, la mirada, la postura... Es ahí donde se percibe mucho más el calor, el interés vital que tiene el acompañante.

4. Honradez, autenticidad:

El acompañante no adopta actitudes defensivas. No necesita, por tanto, ser idealizado, ni ocultarse en su autoridad o en su rol profesional. Puede mostrarse como es. No tiene por qué dejar de ser una relación asimétrica, ni, en principio, conviene que uno se vacíe. Eso no tiene nada que ver con una postura defensiva. Ser capaz de mostrarse como es, decir lo que siente en un momento dado, no quiere decir comunicar el propio mundo íntimo. Es capacidad de mostrarse como es, humano, sin refugiarse en mecanismos de defensa.

La honradez es dar información de uno mismo. En este sentido no hay ningún problema en comunicar experiencias personales, pero siempre dentro de una relación básicamente asimétrica. Quizás con el tiempo la relación puede llegar a ser totalmente simétrica, aunque no es frecuente.



5. Inmediatez:

Si el primer elemento del acompañamiento es la calidad de la relación interpersonal, el primer instrumento con el que hay que vivir el acompañamiento espiritual no está en el nivel de las ideas o de los objetivos, ni siquiera del discernimiento, está en la capacidad de jugar con el presente, de modo que la relación misma es ya una relación de crecimiento.

Los datos que están apareciendo en esa misma relación son los más importantes para el proceso de personalización. Por eso la clave no está en las ideas que se expresan sino cómo a través de lo que se exprese, ideas, problemas, sentimientos o lo que sea, se está expresando la persona misma. La capacidad de inmediatez es jugar con esa realidad como instrumento básico del proceso mismo. El acompañante tiene que tener mucha libertad interior para manejar el presente, y que los mecanismos de defensa están desplazados.

6. Concreción:

Es la habilidad para clarificar lo confuso de la comunicación o para que, dentro de la cantidad de datos que han ido apareciendo en esa comunicación interpersonal, pueda centrarse en el núcleo de la cuestión. Hablaremos de unos medios que ayudan a lograr aprovechar el presente de las relaciones. Hay muchos métodos o caminos.

Un acompañamiento que da tanta importancia a la relación, da máxima importancia a esa relación presente. No hay que olvidar el pluralismo:

- ✓ Habrá personas con las que se podrá aprovechar al máximo esa relación vivida, lo que se ha comunicado, para desde ahí ayudar al crecimiento o al discernimiento.
- ✓ Otras veces, sin embargo, el acompañamiento puede estar más centrado en el discernimiento, por ejemplo, en cuyo caso se aprovechan los datos, pero no tanto en función del presente, sino haciendo un discernimiento desde ellos y situando a la persona no desde el presente sino en el conjunto de su vida.

Depende de los niveles de comunicación o de cómo el acompañante maneja la relación, para aprovechar unos elementos u otros.

El saber aprovechar el presente da al acompañamiento una concreción, un eso que siempre está en la base de toda terapia y de todo proceso: en vez de formularle el discernimiento a través de ideas, conceptos, programas objetivos se le formula a través de lo que está viviendo, de lo que está comunicando. Comunicación que es una verdadera vivencia. Hay que aprovechar esa vivencia porque es en ella donde se pasa a la experiencia. Es ahí donde se encuentra con la comunicación viva.



5 Competencias comunicativas

La comunicación verbal o no verbal es un medio de establecer relaciones personales. Cuanto más profundo sea el nivel de nuestra comunicación, más profundas serán nuestras relaciones interpersonales.

El ser humano no es un ser solitario; es un ser social que se realiza viviendo en relación con otros. La mayoría vivimos en el seno de una familia, o una comunidad u otro tipo de grupo humano. Si la comunicación es el medio de establecer, mantener y profundizar nuestras relaciones interpersonales, es obvio que nos interesa trabajarla; tanto más cuanto más nos interesen las personas con quienes vivimos en relación y mayor resonancia tenga para ellas (en particular en la relación educativa).

Entre estas personas, ocupan un lugar fundamental los más cercanos, aquellos con los que compartimos trabajo, misión, inquietudes y dificultades. Por eso parece de vital importancia el luchar por mejorar la comunicación en el seno de la propia comunidad o con las personas de referencia. No sólo por lo que ello conlleva de felicidad y bienestar, sino por el testimonio que estamos llamados a ser. Pero además, cuando nos planteamos prestar un servicio de acompañamiento espiritual a otras personas, la comunicación se convierte en una cuestión decisiva, la que condicionará positiva o negativamente la relación de ayuda que se establezca...

De alguna manera se trata de trabajar este binomio: comunicación-amor. Éste, el amor, no es posible sin la comunicación. Mejorar la calidad de nuestra comunicación es mejorar la calidad y cualidad de nuestro amor y..., ¿no es el amor el que debe dirigir nuestra tarea como acompañantes?...

5.1 La comunicación, elemento clave en nuestro desarrollo personal⁵⁵

La comunicación es una de las necesidades emocionales más esenciales al ser humano. Es una necesidad y un deseo innato en nosotros. Todos sentimos la necesidad de autoexpresión. Todos necesitamos relacionarnos, expresarnos y darnos a conocer; necesitamos, a la vez, conocer a otros y ser conocidos por ellos.

Existe una conexión estrecha entre la comunicación y las relaciones interpersonales. La comunicación y las relaciones interpersonales son elemento clave en

⁵⁵ MELENDO M., *La comunicación: base de relaciones comunitarias profundas*, en «Cuadernos Frontera» (1995) 11, 10-18; también, de la misma autora: *Comunicación e integración personal*, Santander, SAL TERRAE, 1995⁵, pp. 13-34.



nuestro desarrollo personal, en la realización de quiénes somos (en potencia) y de quiénes estamos llamados a ser. De hecho, la existencia o la ausencia de comunicación, así como nuestro estilo de comunicación, afectan y repercuten enormemente en nuestro modo de ser.

Si recordamos nuestra propia experiencia vemos cómo las experiencias negativas de comunicación nos cierran a la comunicación, nos hacen replegarnos sobre nosotros mismos; surgen así actitudes negativas o agresivas: “no hay que fiarse de nadie”, “te la juegan enseguida”. Cuando, por el contrario, hemos tenido una experiencia positiva de comunicación, cuando nos hemos sentido plenamente comprendidos y aceptados por otra persona, nos hemos sentido más dignos de amor y aprecio, más libres, más capaces. Surgen espontáneamente actitudes positivas ante la vida: actitudes optimistas, abiertas, confiadas, que llevan a una mayor plenitud de vida.

Cuando no nos hemos sentido aceptados ni comprendidos; cuando no nos hemos comunicado, nos sentimos deprimidos, agresivos, tal vez culpables, e incluso incapaces. Nuestra calidad de vida se empobrece y, como consecuencia, también nosotros mismos nos empobrecemos.

Todo ello es porque la comunicación influye en nuestro bienestar general. La comunicación es para las relaciones interpersonales como la respiración para la vida. La vida es comunicación; por tanto, comunicarnos bien es tan necesario para nuestro desarrollo integral como el respirar aire puro, a pleno pulmón, es necesario para nuestro buen desarrollo físico.

5.1.1 Comunicación y relaciones interpersonales

Hay muchas formas y modos de comunicación: la comunicación artística, la expresión corporal, el lenguaje no verbal, los medios de comunicación... El tema de la comunicación puede tener, entonces, enfoques diversos. El enfoque que aquí tratamos es desde las relaciones interpersonales: la comunicación que se da entre dos o más personas, es decir, el diálogo.

El diálogo puede ser de varias formas:

- *Comunicación verbal o diálogo propiamente dicho*: Nos comunicamos a través del lenguaje hablado: preguntamos, respondemos, contamos, explicamos... Con frecuencia se constituye la única forma de comunicación interpersonal. No es así, aunque, sin duda, el lenguaje es el medio de comunicación propio y exclusivo del ser humano. La dificultad específica de la comunicación verbal es que puede llevarnos a muchos equívocos, ya que las palabras pueden significar cosas muy distintas para cada interlocutor. Las palabras expresan conceptos e ideas; con frecuencia el lenguaje hablado va acompañado de una gran carga afectiva que corresponde al pasado y a la historia de cada interlocutor, de tal manera que una misma palabra puede evocar sentimientos, recuerdos y hasta contenidos conceptuales muy distintos para cada dialogante. Para evitar los posibles equívocos del lenguaje o comunicación verbal, es conveniente definir términos, expresar el contenido o el significado que tienen las palabras que utilizamos. Esta definición de términos, que es un elemento muy favorecedor del diálogo entre dos, se hace elemento imprescindible, totalmente necesario para



una buena comunicación de grupo. Es fácil caer en la cuenta del porqué: al ser mayor el número de participantes en el diálogo o discusión de un tema, aumenta el número de probabilidades de distintos significados atribuidos a las palabras utilizadas.

- *Comunicación no-verbal*: Nos comunicamos a través de los gestos, de la expresión facial, de la actitud corporal. Por ejemplo: si vemos a alguien sentado aparte, con la cabeza y los hombros inclinados, las cejas caídas y un rictus de tristeza, sabemos que algo anda mal, que esa persona seguramente está triste o preocupada por algo. Cuando alguien querido nos mira con ternura, tampoco necesitamos palabras para saber que somos queridos y que queremos. La comunicación no-verbal es muy amplia y puede tener muchas formas. Una de estas formas está en relación con la utilización que hacemos del espacio donde se va a dar el diálogo: las distancias que ponemos entre nosotros y nuestro interlocutor, si hablamos desde detrás de una mesa de despacho, si nos reunimos en el lugar de trabajo, en casa o en una cafetería... También puede ser otra forma de comunicación no-verbal la elección del medio a través del cual nos vamos a comunicar. La persona que va a romper una comunicación y para comunicarlo escribe una carta, en lugar de hablar cara a cara con el otro, puede ser un ejemplo de ello. Al elegir este medio de comunicación puede estar expresando su deseo definitivo de irreversible ruptura.

Los dos tipos de comunicación, la verbal y la no-verbal, no se excluyen, sino que se complementan, y muchas veces se dan simultáneamente; por ejemplo, cuando al explicarnos hacemos gestos. Con nuestro cuerpo siempre estamos comunicándonos, aunque estemos callados. Con nuestros ojos siempre estamos recibiendo información de los demás: su expresión, sus gestos... Sin embargo podemos hablar o callar; muchas veces al callar también estamos comunicándonos.

Estos dos tipos de comunicación, verbal y no-verbal, no siempre coinciden en el contenido. Por ejemplo, la señora congestionada, con el ceño fruncido y que con lágrimas en los ojos dice: “pero, ¡si yo no estoy enfadada!...”. Con las palabras podemos mentir, pero no con nuestro lenguaje no-verbal. De aquí la importancia de saber “escuchar” el lenguaje no-verbal de nuestro interlocutor, ya que a través de sus expresiones no-verbales puede emitir mensajes que no está expresando verbalmente y complementan su comunicación verbal.

5.1.2 Aprender a comunicarnos: la escucha

La comunicación auténtica no es fácil. Con frecuencia hacemos uso de formas viciadas de comunicación, por eso la comunicación exige un aprendizaje. Si queremos comunicarnos, lo primero que tenemos que hacer es saber *escuchar*. Escuchar puede parecer algo sencillo, que ya todos sabemos hacer, pero no es así; de hecho, pocos saben escuchar, ya que confunden “escuchar” con “oír”. Escuchar es distinto de oír. Oímos sonidos, ruidos o palabras. Los oímos, aún sin querer, cuando alguien o algo los emite.

Escuchar es un acto propio y exclusivo del ser humano. Es decir, escuchar es un acto consciente, voluntario y libre. Supone una volición: hay que querer escuchar. Nadie



nos puede forzar a que le escuchemos; sin embargo, esa misma persona sí puede forzarnos a que la oigamos.

Oímos sin querer, pero para escuchar hay que querer. Hay que querer captar o acoger el mensaje emitido por alguien. Escuchar no quiere decir “no hablar”. No tenemos que confundir escuchar con estar callados. Hay personas muy calladas que no por ello escuchan a los demás. Para escuchar hay que querer escuchar. Hay que querer acoger y captar el mensaje emitido por aquel a quien escuchamos.

5.1.3 El buen dialogador

- *Saber escuchar* es, sin duda, la primera característica de todo buen dialogador. De hecho, quien no sabe escuchar, no puede dialogar.
- Otra actitud básica e imprescindible para la buena comunicación es el *respeto* y *valoración* debidos a nuestro interlocutor. El respeto auténtico con lleva la aceptación y acogida del otro. Acogida, se entiende, de la persona, no necesariamente de su mensaje. De hecho, podemos estar en total desacuerdo con el mensaje, pero no por ello hemos de rechazar a la persona emisora.
- Es necesario ofrecer una *aceptación incondicional de la persona* para facilitar así la emisión de su comunicación. Hay personas (emisoras) que se sienten rechazadas cuando no se acepta su idea, aun cuando el receptor esté en verdadera actitud de acogida de su persona. Este sentimiento de rechazo que experimenta el emisor puede tener por causa su propia inseguridad, suponiendo que el receptor le haya ofrecido acogida y aceptación.
- El *respeto* y la *acogida* suponen que expresamos nuestro desacuerdo sin crítica del otro, sin querer condicionar ni quitar libertad de expresión a nuestro interlocutor. El respeto excluye frases que fácilmente se nos escapan: “¡Qué aburrido eres!”, “menuda tontería acabas de decir”; frases de este tipo y otras semejantes se refieren al emisor, a su propia persona, y no al contenido de su mensaje. Hay frases, sin embargo, que expresan nuestro desacuerdo con lo emitido y no hacen referencia alguna de rechazo o crítica hacia la persona del emisor. Por ejemplo: “no estoy de acuerdo con tu opinión”, “no comulgo con tu idea”, “tengo una visión del asunto distinta a la tuya”. La acogida y *aceptación* de la persona no implica la aceptación de su idea; lo mismo que el desacuerdo con su idea no debería implicar rechazo alguno de la persona.
- Otra actitud que necesita un buen dialogador es un cierto *olvido* y *vacío de sí mismo*. La postura de apertura hacia el otro supone un vacío, un hacer espacio en nuestro interior para recibir y acoger la comunicación del otro. En vez de estar ocupados en nosotros mismos, pensando en nuestra respuesta, tendríamos que vaciarnos y abrirnos a acoger lo que el otro nos está diciendo. El verdadero diálogo supone además una cierta disposición a modificar nuestra opinión en base a lo que el otro me pueda decir. Esta apertura lleva también consigo no juzgar ni condenar; y, algo que es bastante frecuente: el no contradecir porque sí o porque nos gusta discutir. Todo tan contrario a la verdadera comunicación.



5.1.4 ¿Cómo hablamos y escuchamos a los demás?

Cuando dialogamos, solemos tener una actitud determinada hacia la otra persona y hacia lo que esa persona nos está diciendo. Esta actitud nuestra al escuchar va a determinar la respuesta que demos a quien está hablando con nosotros.

Por ejemplo, cuando una persona a la que estamos acompañando nos dice “las cosas en el trabajo no nos van bien; no me entiendo con el jefe; hay un compañero con quien me es imposible trabajar, creo que lo mejor es pasar...; podemos escuchar y responder de seis maneras diferentes:

1. *Valorativa*

Suele aportar respuestas en las que se hace referencia a los valores y al deber; lo que es más importante en la vida, lo que se debe hacer. Generalmente, cuando uno tiene una actitud valorativa suele aconsejar e incluso dar órdenes al otro. El inconveniente es que los valores y la idea del deber pueden ser diferentes en la otra persona. Los valores de los demás no siempre nos sirven. Los consejos, muchas veces, traen más confusión. Las órdenes pueden acabar complicándolo todo. Sin embargo, a veces, en situaciones extremas de estancamiento, esta actitud puede ser útil al otro, aunque le quite libertad e independencia.

2. *Interpretativa*

Es aquella que trata de desvelar al otro los “verdaderos” motivos de su conducta, que generalmente aparecen como inconscientes o semi-inconscientes. La interpretación, a veces, puede aclararnos sobre lo que nos pasa, pero es una aclaración teórica: no sentida, sino pensada. Además, la interpretación puede ser muy discutible y situar a la persona sobre un punto de partida falso y que él mismo “no pueda” someter a crítica, pues se está moviendo en el terreno de lo inconsciente, lo desconocido.

3. *Exploratoria o investigadora*

La actitud exploratoria la adoptamos cuando necesitamos más datos para “hacernos una idea” de lo que le pasa al otro. Es una actitud neutra mientras no forcemos al otro con nuestras preguntas.

4. *Consoladora*

La actitud consoladora produce respuestas tranquilizadoras que tratan de reducir la angustia o el sufrimiento de la otra persona, generalmente quitando importancia al problema. El inconveniente es que oculta el problema momentáneamente, sin enfrentarse realmente a él.

5. *Identificación*

El que se identifica con el otro no le ofrece soluciones; tampoco le ayuda a buscarlas. Pero es una presencia cálida y “le acompaña” en el sentimiento.

6. *Comprensiva o empática*



La actitud comprensiva trata de ponerse en el lugar del otro, pero sin identificarse con él. No interpreta, aunque sí intenta captar los sentimientos que hay detrás de las palabras del que nos habla. No valora ni juzga, respetando la libertad del otro. Como no aconseja, ni tampoco consuela, no produce de momento una disminución de la angustia del otro.

5.1.5 ¿Qué significa ser “comprensivos” o “empáticos”?

Ser comprensivos o empáticos significa: entender los problemas del otro, captar sus sentimientos, ponerse en su lugar, confiar en su capacidad para salir adelante, respetar su libertad e intimidad, no juzgarle, aceptarle tal y como quiere llegar a ser, ver al otro y no nuestros problemas.

Todo esto significa ser comprensivo, y se da cuando somos capaces de comprender a los demás o cuando alguien nos ha comprendido a nosotros.

En psicología hay otra palabra para decir comprensivo, una palabra que ya habíamos analizado en el tema anterior: “empático”. De hecho, la “empatía” es un ingrediente imprescindible en toda comunicación, es algo connatural al dialogador nato. Es también una característica que puede adquirirse; de hecho, todo el que aspire a ser un buen dialogador debe cultivar su capacidad de empatía.

Un proverbio indio escrito en un póster que decoraba la secretaría de un centro escolar decía: “Oh gran espíritu, no permitas que opine del caminar ajeno hasta que haya caminado muchas leguas con sus mocasines”. La petición de este sencillito piel roja expresa gráficamente lo que es la empatía. Consiste en ver la realidad como si yo fuera la otra persona, como si yo estuviera en su pellejo, viviendo esa misma situación que está intentando comunicarme. La empatía es la capacidad de *ponerse en lugar del otro*.

Hay tres condiciones para que este “ponerse en el lugar del otro” pueda darse:

- **Congruencia:** consiste en estar en contacto con nosotros mismos, con lo que sentimos y pensamos. Es muy importante que yo sepa lo que realmente pienso y siento, y que sea capaz de actuar y hablar en consecuencia, con toda honradez. La congruencia me sitúa en un plano de libertad e individualidad frente al otro: al ser yo consciente de mí mismo, no seré arrastrado por la situación o por el otro a hacer o decir cosas que realmente no siento o pienso. Congruencia quiere decir ser sincero conmigo mismo, ser coherente, ser genuino, auténtico. Significa no tener que decir todo lo que se me pasa por la cabeza, sino ser sensible a mí mismo y la situación tal y como la estoy viviendo.
- **Aceptación incondicional del otro:** esto quiere decir que lo acepto como es, trato de aceptarle como es aquí y ahora; no más adelante, cuando sea mayor o cuando cambie, o cuando tenga más prestigio. Y trato de aceptar todos los aspectos de su persona: sus gestos, su forma de hablar, su manera de enfocar la vida, su inteligencia, su cuerpo, sus actos... Esto hace que yo no trate de manipularlo, de cambiarlo. Favorece que el otro pueda expresarse libremente y con confianza.



- ***Esfuerzo para captar el mundo interior del otro:*** sus sentimientos, sus posibilidades y sus limitaciones. Ponernos en lugar del otro, pero sin dejar de ser uno mismo.

Si se cumplen estas tres condiciones, yo podré comunicarme con el otro, compartiendo algo con él y entendiéndole sin dejar de ser yo mismo; y, sin manipularlo, podré ofrecerle mi punto de vista. Podré ayudarle si lo necesita, ofreciéndole soluciones posibles para él, que no le alejen de sí mismo, porque le acepto y soy capaz de ponerme en su lugar; por esto mismo respeto su libertad y no creo dependencias que hagan disminuir su autonomía.

5.2 Habilidades comunicativas básicas del acompañante⁵⁶

Si analizamos la actividad del acompañante comprobaremos que en ella, éste elige una determinada posición para trabajar (detrás de una mesa, frente al acompañado, con una pizarra...), en ocasiones guarda silencio, otras veces hace preguntas, otras contesta a las del acompañado, da instrucciones o expresa su modo de ver las cosas en forma de recapitulaciones, reflejos o interpretaciones.

Estas actividades están guiadas por un propósito y cobran sentido en el proceso global del acompañamiento. Es fácil encontrarse con acompañantes noveles que han sido capaces de plantear de un modo útil los problemas y acordar con el acompañado una estrategia adecuada de trabajo, pero que encontraban dificultades porque estos elementos básicos (los silencios, las preguntas, los reflejos, las interpretaciones...) estaban torpemente contruidos, de un modo que invalidaba su utilidad.

Por ello es fundamental buscar procedimientos para entrenar específicamente estas habilidades básicas que han de ser necesariamente puestas en juego en cualquier proceso de relación de ayuda.

Dividiremos convencionalmente las habilidades básicas (o de primer nivel) en tres categorías. Llamaremos a las primeras habilidades de escucha porque su objetivo es facilitar al acompañante el acceso al discurso del acompañado. Dividiremos las habilidades que implican una intervención más activa del acompañante en dos categorías: habilidades de facilitación de la actividad narrativa del acompañado y habilidades de facilitación de la generación de narrativas alternativas. En realidad cualquiera de las habilidades incluidas en cualquier apartado puede servir a los objetivos que dan nombre a los otros. Optamos por clasificar cada una en el apartado que tipifica el objetivo que suele ser predominante, sin pretensión de exclusividad.

⁵⁶ FERNÁNDEZ LIRIA A. – RODRÍGUEZ VEGA B., *Habilidades de entrevista para psicoterapeutas*, Desclée de Brouwer (biblioteca de psicología), Bilbao, 2002, pp. 21-55.



5.2.1 Habilidades de escucha

5.2.1.1 *Actitud general de escucha*

La actitud del acompañante facilita o dificulta la actividad narrativa del acompañado durante la entrevista y su participación en la conversación. Tal actitud supone una disposición a recibir la comunicación proveniente del acompañado y se traduce en unas manifestaciones físicas, en forma de posturas, gestos, movimientos, miradas, expresiones faciales, tono, volumen o ritmo de la voz, ritmo de la respiración, indumentaria... A través de esta actitud, el acompañante-entrevistador intenta concentrarse en el mundo de significados del acompañado y manifestar su interés por él. Diversos autores han intentado recoger elementos actitudinales que, en nuestra cultura, podrían considerarse útiles a esta finalidad de demostrar interés. Por supuesto se trata de algo orientativo, sujeto a múltiples variaciones individuales y que, seguramente, no tiene valor fuera de nuestro entorno cultural noroccidental urbano. Creemos útil, sin embargo revisar el listado en la medida en la que puede servir para llamar la atención sobre aspectos del comportamiento a los que, quizás, no prestamos demasiada atención y a permitir hacerlos objeto de reflexión:

1. Postura física del acompañante

Las recomendaciones construidas; según lo dicho antes, a este respecto, se refieren a cinco parámetros:

- *Ángulo-frente*: En general se considera más adecuado no sentarse de frente, sino con un ángulo de 90 grados respecto al acompañado. Esto facilita el que el acompañado pueda en ocasiones concentrarse en su discurso sin tener que enfrentar nuestra mirada.
- *Inclinación hacia adelante*: Esta postura suele interpretarse como de interés e involucración en lo que se está escuchando. La inclinación hacia atrás puede interpretarse como una manifestación de displicencia o aburrimiento.
- *Apertura (manos y brazos)*: Se trata de asegurar que la postura expresa nuestra apertura a la escucha. En general, los brazos y piernas cruzados expresan lo contrario.
- *Mirada (contacto visual)*: El contacto visual suele interpretarse como una manifestación de interés. Este no implica una mirada fija o inmóvil (que puede resultar artificiosos o inquietante) pero sí un centrarse en la mirada del otro. La atención a los momentos en los que se produce la pérdida de este contacto visual puede ser fuente de información muy valiosa.
- *Relajación*: Las posturas demasiado rígidas o las manifestaciones de inquietud o nerviosismo pueden hacer que el acompañado se sienta incómodo y dificultar la entrevista.

2. Actitud interna del entrevistador-acompañante



- *Silencio intrapsíquico*: El entrevistador-acompañante se compromete a dedicar sus reflexiones al acompañado durante la entrevista y no dedicarse a pensar en otras cosas.
- *Suspensión del juicio*: El entrevistador-acompañante se prepara para intentar comprender el mundo de valores y significados de acompañado. Debe comprender cómo estos se manifiestan en su comportamiento. Juzgar el comportamiento del acompañado según los propios valores del acompañante, no sólo no ayuda, sino que impide hacer esta operación. Cuando el acompañante se encuentra haciendo juicios de valor sobre el acompañado (en lugar de intentar acceder al significado personal de sus actos) debe preguntarse qué es lo que le ha hecho apartarse de su cometido (esta pregunta puede ser una fuente valiosa de información).

5.2.1.2 *Atención a lo no explícito*

La actitud descrita en el apartado anterior nos dispone a prestar atención a lo que el acompañado nos cuente. Pero es frecuente que el acompañado nos consulte precisamente porque la historia que cuenta no es fácil de entender en los términos en los que la narra. Por eso es importantísimo prestar atención no sólo a lo que el acompañado dice sino también a las cosas que calla, deliberada o inadvertidamente, y a las cosas que aunque no dice, están de algún modo implícitas en lo que dice. Para facilitar la exposición consideraremos cinco categorías de discurso no explícito:

1. **Discurso incompleto**

En una conversación con un interlocutor habitual, no es necesario explicar muchas cosas que, por la relación anterior, o por la cultura del microgrupo, pueden darse por sobreentendidas. En la conversación de acompañamiento, con mucha frecuencia, son precisamente estos sobreentendidos los que hay que convertir en objeto de discusión. Interesa, por tanto, localizar fragmentos omitidos e indagar los motivos por los que se ha procedido así con ellos. La detección de estos fenómenos lleva con frecuencia a la activación de maniobras de clarificación (que veremos más adelante) o a la formulación de preguntas que abren campos de conversación que de otro modo no se hubieran producido. La indagación de estos fenómenos requiere habilidades que analizaremos más adelante. A lo que aquí nos referimos es a la habilidad en la localización de estos fragmentos de discurso incompleto.

Algunos ejemplos típicos de discurso incompleto son:

«*Tengo justo el cuerpo que no le puede gustar a ningún tío*» (Sonia, una acompañada de 19 años con problemas de autoestima). No sabemos cómo es el cuerpo que piensa que puede gustarles a los hombres ni qué aspectos del suyo se apartan de ese cuerpo ideal.

«*Todo lo dejo sin terminar*» (Alfredo, un acompañado de 30 años con síntomas de neurosis). No sabemos a qué tipo de cosas se refiere, qué entiende por “terminar”, ni qué le impide hacerlo.

«*Ella es una mujer y no puede entenderlo*» (Manuel, un acompañado de 33 años en plena ansiedad). No sabemos qué cree que pueden entender y qué no, ni por qué.



2. Contenido implícito (incluye el latente)

Freud introdujo el concepto de contenido latente en el año 1900, en *La interpretación de los sueños*, para referirse a un discurso inconsciente que determinaría y, de un modo distorsionado por las defensas, se expresaría en el discurso manifiesto del acompañado. El acompañante podría ayudar al acompañado a hacer consciente ese contenido latente y a establecer la relación entre los dos discursos a través de la interpretación (ver más adelante).

El concepto de *contenido implícito* que utilizaremos aquí incluye lo que Freud hubiera llamado contenido latente. Pero incluye también significados que no están explícitamente dichos pero que pueden deducirse de lo que el entrevistado dice. Estos significados pueden ser más o menos conscientes para el acompañado y su exclusión del discurso explícito puede ser más o menos deliberada. Un ejemplo:

Vicente, un varón de 34 años con síntomas depresivos, está contando su reacción ante una desgracia que acaba de vivir: «*Soy un hombre, no iba a ponerme a llorar. Tuve que resolver la burocracia toda la noche. Por la mañana me fui directamente al trabajo*». Parece que para él comportarse “como un hombre” es algo importante y eso implica evitar la expresión de sentimientos y no sentirse afectado por los acontecimientos.

3. Discurso evasivo

En ocasiones la narración del acompañado parece evitar selectivamente determinados temas. La indagación de esa evitación puede ser crucial para la entrevista:

ACOMPANANTE: ¿Ha sucedido algo últimamente entre tu novia y tú?

ACOMPANADO: Las mujeres, ya se sabe... Si uno necesita confiar en alguien, lo mejor es un amigo de verdad... A mí Arturo nunca me ha fallado...

ACOMPANANTE: Quizás en otro momento podamos discutir eso que dices sobre las mujeres. Me preguntaba si ha sucedido últimamente algo entre ti y Gloria que pueda...

ACOMPANADO: Gloria y yo llevamos casi ocho años juntos... En una relación siempre hay de todo... Ayer leí un artículo en el que hablaba de la convivencia en pareja. Por lo que se ve se han hecho muchos estudios sobre esto en Estados Unidos... A los americanos les gusta medirlo todo. Mis nuevos jefes son americanos y ahora en la empresa quieren medir hasta...

4. Omisiones

El acompañado se ha referido con detalle a aspectos de alguna parcela de su vida, pero no ha mencionado personajes o hechos que pudieron ser relevantes:

Una acompañada dedica un segundo encuentro a desgranar minuciosamente las relaciones entre los miembros de su familia, y la actitud que han tomado respecto al reparto de una herencia que considera el desencadenante del malestar que en este momento le afecta de modo especial. Al terminar el encuentro no ha mencionado ni una sola vez a su madre.

Un acompañado relata una biografía muy condicionada por el hecho de haber pasado catorce meses en un reformatorio, lo que le supuso abandonar los estudios y



dificultades para encontrar trabajo. Sin embargo, no menciona el motivo por el que fue internado.

5. Discurso recurrente (temas repetidos)

En ocasiones hay temas que aparecen reiteradamente bajo la forma de diversas escenificaciones en el relato que un acompañado hace de su vida. Entre los relativamente frecuentes está el haberse sentido despreciado o maltratado, el haber fracasado, el no haber sido recompensado como se merecía, el haber sido incapaz de algo...

5.2.1.3 Atención a la comunicación no verbal

El discurso verbal es sólo una de las formas mediante las que el acompañado transmite información sobre su estado al acompañante. Hay muchas cosas, sin embargo que un acompañante atento puede extraer de otras formas no verbales de expresión en la entrevista y en el tema dedicado a las habilidades de la entrevista dedicaremos atención a ello y al entrenamiento de esas habilidades. Aquí nos referiremos solo a algunos de los aspectos que deben ser considerados a este respecto.

1. Apariencia general

La apariencia general del acompañado transmite una enorme cantidad de información. Un acompañado que lleva un vestido de luto, otro que viste de forma extravagante o que lleva ropa que podría ser calificada de provocativa o de extremadamente recatada, o que resulta inadecuada para el tiempo que hace, determinadas características del peinado, los adornos (incluidos amuletos) o tatuajes pueden decirnos mucho acerca de su estado de ánimo o la forma en la que pretende encontrar remedios para el mismo.

2. Autocuidado

El grado de autocuidado de una persona puede decir muchas cosas sobre su estado de ánimo, la forma de verse a sí mismo, el funcionamiento de su red de apoyo o los modos de aproximación a otras personas.

3. Actitud corporal

La actitud corporal puede reflejar no sólo el estado de ánimo, sino también, el modo en el que el acompañado se enfrenta a la relación con el acompañante. Puede expresar tensión, rabia, temor, desconfianza, desgana, intranquilidad. La información que el acompañante obtiene por esta vía puede completar o, a veces, contradecir la del discurso verbal del acompañado. Los cambios en la postura y actitud corporal pueden ser un indicador fundamental para que el acompañante se haga una idea de cómo determinadas informaciones o acontecimientos sucedidos durante la entrevista están siendo asumidos por el acompañado, sobre cuándo es preciso matizar una intervención o preguntar qué significado ha tenido para el acompañado lo que ha sucedido.

4. Expresión facial



La cara es la parte del cuerpo que con más riqueza y facilidad puede desempeñar las funciones referidas en el apartado anterior.

La llamada *facies depresiva* ha sido clásicamente considerada un signo cardinal de la depresión y un indicador de su gravedad. Una sonrisa puede ser el primer indicador de mejoría en un cuadro depresivo. Unos maxilares cerrados con fuerza pueden reflejar una tensión difícil de expresar con palabras. Es especialmente importante que el acompañante preste atención a las variaciones en la expresión que se producen durante la entrevista y a las posibles incongruencias entre el contenido del discurso verbal y la expresión facial (un acompañado puede decir que se encuentra bien con una expresión de profunda tristeza, o que un acontecimiento no le afecta con expresión de rabia o de temor...).

5. Voz

El tono de voz también matiza poderosamente el discurso verbal del acompañado. Una solicitud de permiso puede convertirse, según el tono en el que se diga, en una exigencia, el tono monocorde y bajo puede acentuar la sospecha de un trastorno depresivo, un temblor en el tono puede indicar inseguridad o miedo...

6. Reacciones neurovegetativas

Las reacciones neurovegetativas (sudoración, rubor, palidez...) pueden ser informantes inequívocos del estado emocional del sujeto. La aparición de tales reacciones cuando ocurren determinados acontecimientos de la entrevista (la aparición casual de un determinado tema, una pregunta sobre determinadas relaciones interpersonales...) puede orientar al acompañante sobre los sentimientos del acompañado acerca de los mismos y ser de importancia central para ayudarle a guiar la entrevista.

7. Características físicas

También determinadas características físicas (la estatura, la complexión, el atractivo...) pueden dar información que puede ser costoso extraer de otro modo. El valor que dé el acompañante a determinados episodios relacionales contados por el acompañado depende en gran medida de la apreciación que éste haga de las mismas.

5.2.1.4 *Atención a la respuesta experimentada por el acompañante (utilización del "Yo Observador")*

Por la propia naturaleza de su trabajo, el acompañante escucha relatos de hechos que, a veces, son impactantes, asiste a reacciones emocionales intensas por parte de sus acompañados y comparte con ellos mucho tiempo, parte del cual puede ser un tiempo con mucha carga emocional y gran influencia en el curso futuro de su vida.

Ello despierta emociones y a veces, desencadena pensamientos y comportamientos que no están guiados exclusivamente por la intención de actuar ayudando al acompañado. Está muy bien documentado en la literatura al respecto que, tales emociones, pensamientos y conductas pueden dificultar la relación de ayuda. Y,



sin duda, puede ser así. Pero no es así necesariamente y esas mismas emociones pueden ser de gran ayuda.

El entrenamiento de un acompañante no debe orientarse, por tanto, a que tales emociones no aparezcan, sino a que, cuando lo hagan, sean reconocidas por él o ella y puedan ser utilizadas a favor, y no en contra, del trabajo de acompañamiento. Sólo los acompañantes “quemados” no experimentan emociones con su trabajo, y la ausencia de emociones deseables es, precisamente, uno de los más graves signos de alarma que el acompañante puede detectar en sí mismo.

Por consiguiente, el acompañante debe prestar atención, a las emociones y pensamientos que experimenta en la entrevista. En primer lugar, **debe reconocerlos**. En segundo lugar debe plantearse en qué medida tales sentimientos se corresponderían con la respuesta que probablemente hubieran experimentado la mayoría de las personas si se encontraran en esa situación y **en qué medida responde a algo más personal** (probablemente a algo que a él personalmente podrían también provocarle otras situaciones distintas de la que está viviendo en acompañamiento). A la capacidad de hacer esto, lo llamaremos *Yo Observador* del acompañante.

El tema de las emociones, pensamientos y conductas suscitados en el acompañante por lo ocurrido en el acompañamiento se ha tratado extensamente en la literatura psicoterapéutica bajo los epígrafes de **transferencia y contratransferencia**. No es nuestra intención discutir aquí este tema, aunque, en lo que sigue, utilizaremos algunas referencias que se atienen a él.

Los mejores procedimientos para entrenar esta facultad son la supervisión, los ejercicios experienciales (como los orientados a facilitar en trabajo con la persona del acompañante o con la familia de origen del acompañante...) y el acompañamiento personal del acompañante. Sin embargo, creemos que la auto-observación guiada por algún esquema de referencia (por discutible que pueda ser) puede ser de utilidad. A continuación expondremos el esquema propuesto para el análisis de la transferencia y contratransferencia por Beitman y Yue en su programa de formación para psicoterapeutas, por parecemos que se ajusta a este criterio.

Beitman y Yue proponen la consideración de tres tipos de contratransferencia (en nuestra acepción de emociones, pensamientos y conductas del acompañante no motivados estrictamente por el desempeño de su rol):

- En primer lugar estarían las que pueden considerarse **originadas principalmente por la percepción de deseos o intenciones del acompañado** que, muy frecuentemente, representan la puesta en escena precisamente de la pauta problema que se pretende abordar con el acompañamiento. La reacción de miedo ante un acompañado que amenaza al acompañante durante el desarrollo de una sesión corresponde a esta categoría (la mayor parte de las personas puestas en el lugar del acompañante, experimentarían una reacción semejante).

Según este esquema habría dos tipos de reacciones originadas predominantemente en el acompañado:

- Por un lado estarían las **reacciones complementarias**. El ejemplo anterior en el que el acompañante se sintiera asustado por un acompañado agresivo, o el de un acompañante que se sintiera



excitado por una maniobra de seducción, halagado por una expresión de admiración o incompetente ante un acompañado hiperexigente y dominante, serían reacciones complementarias.

- En las **reacciones concordantes** las emociones, pensamientos o actos del acompañante son de la misma naturaleza que los del acompañado que los provoca. Los sentimientos de tristeza y desesperanza que puede provocar el trabajo con un acompañado depresivo, los de rabia ante la narración de una situación de abuso o los de indefensión ante la narración de una situación que el acompañante considera injusta, serían de este segundo tipo. El análisis por parte del acompañante de este tipo de reacciones puede ser de gran utilidad para entender cómo pueden reaccionar ante propuestas semejantes otras personas de las que se relacionan con el acompañado en otros entornos de su vida.
- En segundo lugar estarían las reacciones (emocionales, cognitivas o comportamentales) que pueden considerarse resultado de los **patrones personales de comportamiento, las necesidades, los conflictos o las angustias del acompañante**. Beitman y Yue proponen tres fuentes para este segundo tipo de reacciones:
 - La primera serían las **necesidades interpersonales del acompañante**: La necesidad de halago, de reconocimiento, de mantener la autoridad o la de ser querido se cuentan entre las que frecuentemente tienen efectos en este campo.
 - La segunda categoría incluye la **orientación o estilo del acompañante** (la orientación psicoanalítica o humanista del acompañante pueden condicionar el modo en el que siente ante una determinada narración del acompañado o su familia) y los **eventos vitales del acompañante** (la muerte de un padre o una violencia sufrida por el acompañante también pueden condicionar sus reacciones).
 - Por fin habría que considerar el sesgo introducido por el **sistema de valores del acompañante**: un acompañante laico puede verse condicionado por serlo a la hora de atender a quien está debatiendo un problema familiar; uno europeo puede tratar de entender a través de su sistema de valores, hechos de la vida de un acompañado africano que tienen un significado distinto a la luz de los de éste; o uno progresista puede considerar que el problema es, precisamente, el sistema de valores muy conservador libremente elegido por un acompañado dado.
- Beitman y Yue describen un tercer tipo de reacción contratransferencial a la que llaman **interactiva**. Ésta se caracterizaría por el hecho de poner en juego, no las reacciones del acompañante que podrían ser consideradas como respuestas “adecuadas” a situaciones planteadas por la puesta en juego de pautas de comportamiento más o menos problemáticas del acompañado (a



las que nos referíamos en primer lugar y a las que ellos llaman originados en el acompañado), ni por reacciones que pueden entenderse como la expresión de pautas problemáticas del acompañante puestas en juego por acontecimientos vitales o profesionales, necesidades interpersonales o por el sistema de valores del acompañante (a las que nos referimos en el párrafo precedente), sino patrones de emociones, pensamientos y comportamientos, relativamente novedosos para ambos, desencadenados por un particular interjuego entre determinadas características de uno y otro. Se trata, desde luego, de un esquema lineal y simplista. Como se cuidan de advertir los mismos que lo proponen, es sumamente difícil clasificar en una sola categoría casi ninguna reacción del acompañante y, en todo caso, tendría sentido hablar de en qué medida cada una se ajusta a una y en qué medida a otra. La referimos aquí porque pensamos que la consideración de tales posibilidades sí puede constituir un instrumento útil para ejercitar la capacidad de observación. Por otro lado la pregunta de fondo (¿En qué medida lo que experimento, lo que se me ocurre y lo que hago tiene que ver con el desempeño de mi rol de acompañante y en qué medida tiene que ver con otras cosas?) Es -por mucho que parezca simple- útil en la medida en la que permite tomar decisiones sobre qué hacer ante tal eventualidad (explorar los motivos del comportamiento del acompañado, reflexionar, buscar supervisión, derivar al acompañado, buscar otras ayudas...).

5.2.2 Facilitación de la actividad narrativa del acompañado

5.2.2.1 *Facilitadores no verbales y de intervención verbal mínima*

En la conversación de acompañamiento, como en las conversaciones ordinarias, fijar la mirada en la del interlocutor, levantar las cejas, hacer un movimiento con la mano, inclinarse hacia el que habla, emitir un sonido inarticulado (ahá...) o una palabra como “ya”, “sí” o “comprendo”, actúan como señales del que escucha para animar al que en ese momento habla, a seguir haciéndolo.

En algunos momentos del acompañamiento la actividad del acompañante se reduce a este tipo de actuaciones. No obstante, no nos detendremos en ellas porque, aunque su uso puede ser origen de problemas, no es generalmente debido al modo en el que se construyen (que es a lo que se refiere este primer nivel de habilidades), sino al momento y la forma en el que se usan, lo que tiene que ver con las habilidades de acompasamiento y guía que analizaremos en el tema dedicado a la entrevista.

5.2.2.2 *Parafrasear (comunicación descriptiva y paráfrasis)*

La paráfrasis es una repetición de la idea que acaba de expresar el acompañado (aunque no necesariamente de lo último que ha dicho). Para ello el acompañante, utiliza las mismas palabras u otras, que permiten una formulación que al acompañante le parece más clara o que pueda transmitir al acompañado la idea de que el acompañante se ha interesado por lo dicho y lo ha comprendido. La paráfrasis ayuda al acompañado a centrarse en un tema o un aspecto del mismo:



ACOMPANADO: Era lo último que me esperaba, pero en ese momento, no sé por qué, resultó que me daba pena.

ACOMPANANTE: Le sorprendió sentir pena por ella.

Se trata de un tipo de intervención que es especialmente útil con los acompañados a los que les cuesta centrarse en el relato de acontecimientos (a veces porque se ven desbordados por las emociones implicadas en ellos) o a los que les cuesta reconocer la naturaleza de éstos acontecimientos y utilizar el término más frecuente:

ACOMPANADO: Se lanzó sobre mí, me sujetó y fue violento conmigo.

ACOMPANANTE: Le pegó.

A diferencia del *reflejo* o *verbalización*, se centra en los acontecimientos, comportamientos y pensamientos, y no en las emociones que podemos suponer implicadas en ellos:

ACOMPANADO: Me pareció que no tenía por qué aguantar que me trataran así (sus nuevos compañeros) así que decidí mandarlos a la mierda, y me piré...

ACOMPANANTE: Dejó el monasterio.

Es una técnica facilitadora porque hace que el acompañado se sienta entendido (o, en caso contrario, le permite discutir lo que ha sido malinterpretado). Aunque es de las intervenciones más frecuentemente utilizadas en acompañamiento, su abuso o utilización en exclusiva, sin embargo, puede dejar al acompañado con la impresión de que el acompañante no aporta nada a lo que está diciendo...

5.2.2.3 *Reflejar empáticamente*

Ya hemos visto que el término empatía se refiere a la capacidad de ponerse en el lugar de otro y darse cuenta de cuáles son sus sentimientos y cómo es su experiencia de esa situación. Hay varios conceptos relacionados, que, a veces, se confunden y nos interesa diferenciar. En primer lugar podríamos hablar de *aptitud empática*. Se trata de una capacidad de ponerse en el lugar de otro que parece común, al menos, a los seres humanos, pero que puede estar presente en mayor o menor medida en unos y otros. Hay personas a las que esto les es más fácil que a otras. No está claro que la aptitud empática pueda modificarse con el entrenamiento. En segundo lugar está lo que podríamos llamar *actitud empática* que es la disposición de una persona en un momento dado a ponerse en el lugar de otra. La actitud empática depende de las circunstancias. Hay momentos en los que, en función de la propia historia personal, uno se encuentra más dispuesto que en otros. También hay situaciones o personas que tienen capacidad de estimular o coartar esta actitud. Suele decirse que la actitud empática es cultivable personalmente y este cultivo debería formar parte del entrenamiento de los acompañantes. Por último están las *intervenciones empáticas*. Se trata de interacciones por las que una persona se pone en disposición de escuchar a otra para hacerse cargo de su experiencia (escucha empática) y es capaz de hacerle ver que lo ha hecho (respuesta empática). La habilidad



de hacer esto se puede entrenar y ese es uno de los objetivos de los ejercicios que realizaremos.

El reflejo de sentimientos o respuesta empática, es una de las habilidades más importantes para el entrenamiento de acompañantes. Hay varios motivos para ello. En primer lugar es uno de los tipos de intervención más frecuentes en el trabajo de acompañamiento, y sabemos que su uso se relaciona con los buenos resultados del mismo. De hecho ha sido considerada como la intervención más importante por la escuela rogeriana. Pero, además, su entrenamiento es importante, porque la respuesta empática no se cuenta en absoluto entre las más frecuentes, al menos en nuestra cultura, en las situaciones cotidianas de la vida (donde indagar los sentimientos del interlocutor, en lugar de interesarnos por los hechos relatados u ofrecer soluciones sería generalmente considerado una intromisión y una falta de educación). Por ello, si se pretende que sea utilizada en el acompañamiento, la producción de este tipo de respuestas debe ser explícita y sistemáticamente entrenada.

El reflejo puede considerarse constituido por dos partes:

- La primera es una **paráfrasis**, es decir una formulación en palabras del acompañante de un contenido ya expresado por el acompañado.
- La segunda es una **aseveración que pone en relación esta situación con un sentimiento o emoción** que, generalmente, no ha sido explícitamente referido por el acompañado, pero que el acompañante puede intuir en base a expresiones previas, a la observación de la conducta no verbal o su conocimiento previo del acompañado o de la situación.

Podría establecerse una suerte de fórmula del reflejo empático. Según ésta el reflejo empático estaría integrado por dos términos: El primero hace mención a una *emoción*; el segundo a una *situación* (se conoce como **índice referencial**), unos acontecimientos o unos pensamientos. Ambos están unidos por un elemento de conjunción que suele tener la forma de cuando o porque (mejor el **cuando**, pues evita una relación directamente causal):

_____ *emoción* _____, cuando _____ (*hechos, ideas*) _____

Ej: *Te sentiste triste (emoción) cuando te diste cuenta (idea) de que ya no estaba allí (hechos).*

Evidentemente puede revestir otras formas equivalentes, algunas de ellas preferibles si se pretende evitar introducir ideas lineales de causalidad:

Debió darte mucha rabia volver a verte engañado.

Te callaste y te sentiste furioso contigo mismo.

El reflejo empático, también llamado **verbalización**, se puede utilizar en la entrevista de acompañamiento cuando se pretende que esta se centre sobre los sentimientos, como sucede con los acompañados que narran multitud de hechos pero como si no les concernieran personalmente. Además, el hacer que los acompañados se centren en sus sentimientos, es un instrumento poderoso para conseguir actualizar



experiencias y poder trabajar con sentimientos que están siendo experimentados en el aquí y ahora. También es un instrumento útil cuando se pretende dilucidar la naturaleza de los sentimientos experimentados, entrenar la capacidad de ponerles nombre y hacer reconocibles los sentimientos o facilitar que el acompañado tome conciencia de cuáles son los sentimientos que inspiran determinados comportamientos o ideas.

Las dificultades para la construcción de respuestas empáticas emanan muchas veces de la propia dificultad del acompañante para reconocer y nombrar emociones. Por ello, los ejercicios propuestos proponen un trabajo de indagación terminológica. El cuadro siguiente recoge algunos términos habitualmente utilizados para designar emociones.

CUADRO 1: TÉRMINOS COMUNES PARA DESIGNAR EMOCIONES

Sobre la traducción y adaptación al castellano de la propuesta de Carkhuff (1989) realizada por Bermejo y Carabias (1998).

<i>Felicidad</i>	<i>Tristeza</i>	<i>Enfado</i>	<i>Susto</i>	<i>Confusión</i>	<i>Fortaleza</i>	<i>Frustración</i>	<i>Debilidad</i>
Eufórico	Desesperado	Furioso	Aterrorizado	Aturdido	Potente	Culpable	Impotente
Radiante	Deprimido	Exacerbado	Turbado	Desconcertado	Poderoso	Amargado	Oprimido
Entusiasmado	Destruído	Encolerizado	Angustiado	Estupefacto	Vigoroso	Resentido	Vacío
Alegre	Afligido	Airado	Atemorizado	Atontado	Enérgico	Avergonzado	Inseguro
Exaltado	Amargado	Irritado	Inseguro	Desorientado	Capaz	Nostálgico	Vulnerable
Gozoso	Desolado	Agresivo	Ansioso	Pasmado	Decidido	Receloso	Indeciso
Contento	Desmoralizado	Crispado	Temeroso	Perplejo	Seguro	Insatisfecho	Incierto
Satisfecho	Desalentado	Fastidiado	Disgustado	Dubitativo	Optimista	Defraudado	Vacilante
Orgullosa	Apático	Molesto	Intimidado	Incómodo	Firme	Engañado	Humillado
Soberbio	Apenado	Iracundo	Miedoso		Valiente	Envidioso	
Enamorado	Cansado	Hastiado	Desasosegado		Curioso	Celoso	
Tranquilo	Indolente	Indignado				Despechado	
Calmado	Asqueado					Humillado	
Respetuoso	Arrepentido					Aburrido	
Fascinado							
Divertido							
Atraído							
Aliviado							
Congratulado							

5.2.2.4 *Recapitular*

La recapitulación o resumen es una síntesis que hace el acompañante de algo que ha sido comunicado previamente por el acompañado, generalmente a través de una intervención más larga o intercalada con otra información. Se compone de un conjunto de dos o más paráfrasis o reflejos empáticos.

Puede servir para interrumpir un discurso que tiende a perderse en detalles irrelevantes:

ACOMPANADO: ¡Fue un horror! Primero me invitó a merendar. ¿Y se le ocurrió llevarme a una pizzería! Yo no le iba a decir que no, porque no quería darle explicaciones. Pidió una pizza de esas de pasta gorda que tienen de todo, aceitunas negras, que antes me gustaban muchísimo, porque no sabía cuántas calorías tiene una aceituna, con piña y con mucho orégano. Menos mal que me atrevía a pedir agua, porque él ya quería pedirme una Coca-Cola enorme... Coca-Cola normal, no light, que tiene un porrón de calorías... Pidió dos platos y me puso justo la mitad, que tampoco es lógico porque él es mucho más alto que yo... Y se puso a hablar y a hablar diciéndome cosas que hacía mucho tiempo que no oía yo decirme a un chico... Por ese lado yo estaba como en la gloria... Él engullía sus trozos de pizza sin dejar de mirarme ni de



hablar. Y yo le seguí y me terminé mi mitad entera, casi a la vez que él. Me sentí hinchada, como si fuera a explotar... Y me sentí también una idiota, que había echado a perder todo mi esfuerzo por hacer caso al primer tío que me dice algo halagador. Porque ¿Cuánto tiempo puede tardar un tío como ese -que me gustaba, porque claro que me gustaba- cuánto tiempo puede tardar en darse cuenta de que no soy capaz de hacer nada de lo que me propongo? Me fui al baño y lo vomité todo. Me costó más que antes, porque he perdido práctica, pero lo vomité absolutamente todo. Me sentí mucho mejor... Pero está claro que nunca voy a dejar de vomitar...

ACOMPañANTE: Comiste más de lo que te permites para evitar tener que darle explicaciones, y entonces te sentiste culpable y volviste a vomitar. Te parece que eso significa que nunca vas a poder prescindir de los vómitos.

También se puede usar para seleccionar y enlazar entre sí fragmentos de un encuentro que el acompañante ve como un todo significativo en el que podría centrarse la conversación posterior que, de otro modo, podría seguir otros derroteros:

ACOMPañADO: He estado mucho mejor esta semana... Ayer, sin embargo, estuve con mi Superior y acabé con un berrinche horrible...

ACOMPañANTE: ¿Qué pasó?

ACOMPañADO: Ya le he contado cómo es él. Va lo suyo.

ACOMPañANTE: Pero ¿qué es lo que sucedió ayer exactamente?

ACOMPañADO: Consiguió amargarme la tarde. No sé ni por qué me lo tomo así, si ya lo conozco.

ACOMPañANTE: Pero dígame que es lo que ocurrió.

ACOMPañADO: No ocurrió nada. Simplemente que me cargan a mí con todo y ni siquiera me lo agradecen. Y encima parece que son ellos los simpáticos y los que quedan bien y yo quedo como un ogro.

ACOMPañANTE: Sigo sin hacerme una idea muy exacta. Y me parece que es algo que ha sido importante para usted y que puede servirnos para el acompañamiento... ¿Podría contarme la escena con detalle?

ACOMPañADO: Vino al comedor con otros hermanos para ver cómo trabajamos... Últimamente el trabajo allí se ha multiplicado que como ya le he contado... Trajeron unos regalos que repartieron entre los que estaban comiendo... Yo estaba en la cocina preparando todo mientras ellos charlaban y se reían... Estaba rabiando... Me decía a mí mismo ¿A que no son capaces de venir aquí a ayudarme ni siquiera ahora que están aquí en?

ACOMPañANTE: ¿A usted le hubiera gustado que fueran a la cocina a ayudarle?

ACOMPañADO: Desde luego. Por lo menos me hubiera gustado que se enteraran de que estaba trabajando mientras ellos se divertían. Me gustaría que reconocieran que en realidad me estoy haciendo yo solo cargo de esta obra social.

ACOMPañANTE: ¿Qué hubiera pasado si usted les hubiera pedido ayuda?

ACOMPañADO: Me hubieran llamado aguafiestas y egoísta. Además, en realidad yo necesitaba poca ayuda porque como sé cómo son, había estado el día anterior adelantando el trabajo.

ACOMPañANTE: ¿Quiere decir que pensó que no valía la pena pedir ayuda porque si lo hubiera hecho la hubieran llamado aguafiestas y egoísta?

PACIENTE: Exactamente.

ACOMPañANTE: O sea, que estaba dolido porque sus hermanos, que se ocupan del comedor menos que usted, no le ayudaban ni siquiera cuando vinieron de visita, y usted no les dijo nada por temor a que le tildaran de aguafiestas y egoísta.

La recapitulación no tiene por qué enlazar con lo último que ha dicho el acompañado. De hecho puede servir para volver a centrar la conversación en un tema



del que ha empezado a apartarse.

La recapitulación es útil para comunicar al acompañado lo que hemos entendido después de una exposición larga o compleja por su parte. Es un tipo de intervención frecuente en el comienzo y, sobre todo, al final de los encuentros de acompañamiento.

5.2.2.5 *Hacer preguntas abiertas*

Una pregunta abierta es una invitación a desarrollar un tema, y se caracteriza (a diferencia de la pregunta cerrada), por solicitar una respuesta que no puede reducirse fácilmente a un sí, o un no o a la aportación de un dato concreto (un número, el nombre de un lugar o de una persona...). En los encuentros de acompañamiento las *preguntas* no tienen por qué tener gramaticalmente la forma de pregunta. Frases que comienzan con: “Cuénteme algo acerca de...”, “me gustaría que me dijera algo más sobre...” o “no me ha quedado claro...”, son, en la conversación de acompañamiento, funcionalmente preguntas (aunque las dos últimas tienen también un componente de autorrevelación).

La pregunta no sólo sirve para recabar información. Es un instrumento poderoso de guía del proceso conversacional. Suele señalarse que las preguntas abiertas suelen comenzar con las partículas *¿qué...?*, *¿cómo...?*, o *¿por qué...?* Más que por *¿quién...?*, *¿dónde...?*, o *¿cuándo?* En general, las preguntas que empiezan con “¿por qué...?”. Son más problemáticas y deben ser utilizadas con cautela. En primer lugar parecen alentar la búsqueda de causalidades lineales simples, que son infrecuentes en lo relativo al comportamiento humano, y más al que motiva la demanda de acompañamiento. En segundo lugar, lo frecuente es que el paciente no pueda precisar con seguridad las motivaciones de sus actos. Por último, pero sobre todo, las preguntas que comienzan con “¿Por qué?” resultan más fácilmente acusatorias, lo que no sólo no favorece el flujo de la conversación, sino que puede poner en marcha maniobras defensivas que lo entorpezcan seriamente.

La pregunta no es una intervención neutra. Puede ser vivida por el acompañado como una exigencia o una intromisión, lo que convertiría la entrevista en un interrogatorio. Por ello el acompañante, en general, debe asegurarse de que la pregunta es relevante para la entrevista y de que tal relevancia sea también percibida por el acompañado. Este es el motivo por el que en esta presentación, las preguntas (que parecen el primer tipo de intervención que le viene a uno a la cabeza al hablar de las que pretenden facilitar la actividad narrativa del acompañado), ocupan este lugar, tras la *paráfrasis* y el *reflejo*. En los ejercicios escritos correspondientes a esta habilidad se verá que se recomienda formular la pregunta de modo que vaya precedida de una *paráfrasis* o *reflejo empático* que sirvan para señalar la pertinencia de la pregunta.

5.2.2.6 *Hacer preguntas cerradas*

Son preguntas que, a diferencia de las anteriores, solicitan una respuesta que puede proporcionarse fácilmente a través de un *sí* o un *no*, la aportación de un dato concreto como un número, el nombre de un lugar o de una persona, o una oración breve.

Sirven cuando interesa precisar o cuantificar algo:

ACOMPANADO: *Me tomé unas copas.*

ACOMPANANTE: *¿Cuántas copas?*



ACOMPAÑADO: Tengo un novio nuevo.

ACOMPAÑANTE: ¿Cómo se llama?

ACOMPAÑADO: Ahora vivo con otra persona.

ACOMPAÑANTE: ¿Un hombre o una mujer?

Son más frecuentes en las entrevistas iniciales. Incrementan la precisión en la información que se recolecta, limitan las posibilidades de evolución de la conversación (lo que, a veces, como con un acompañado evasivo, puede ser algo buscado, pero generalmente no lo es) y reducen la capacidad de decisión del acompañado sobre la misma. El abuso de este tipo de preguntas por parte del acompañante puede traducirse en que temas de importancia, no anticipados por él, queden excluidos de la conversación.

5.2.2.7 Clarificar

El término clarificación se ha utilizado con diferentes acepciones en el ámbito de la relación de ayuda. Aquí lo utilizaremos para caracterizar aquellas intervenciones del acompañante por las que éste solicita del acompañado que especifique (que aclare) el significado concreto de una palabra o algún aspecto de su narración, que, generalmente implica un sobreentendido o se refiere con términos ambiguos o convencionales que no permiten precisar su significado personal. Generalmente la clarificación se busca a través de una pregunta:

ACOMPAÑADO: Siempre he sufrido depresiones

ACOMPAÑANTE: ¿Cómo son esas depresiones?

Si el acompañante no está seguro de que el sentido captado por él es el que quiere dar el acompañado a su aseveración, puede hacérselo conocer y preguntar si es exacto:

ACOMPAÑADO: Le dije que me dejar en paz, pero él, como siempre, a lo suyo.

ACOMPAÑANTE: ¿Quiere decir que volvió a forzarlo a hacer el trabajo?

Si pudieran establecerse principios generales para guiar la conversación de acompañamiento, probablemente el primero sería que el acompañante no puede dar nada por sobreentendido. La ignorancia del acompañante, su incapacidad de conocer el significado de las cosas sin ayuda del acompañado es el auténtico motor de la conversación de acompañamiento. Solicitar clarificación no es técnicamente difícil. Lo que es preciso adiestrar es la habilidad de detectar sobreentendidos y requerir que se aclaren con un significado personal. Y la capacidad de detectar el grado de personalización que puede lograrse en un momento dado.

5.2.2.8 Silencio

El silencio es un instrumento poderoso. En unas ocasiones da tiempo y espacio para la construcción de experiencias por parte del acompañado. En otras es una invitación a seguir hablando o una demostración de interés. Pero puede ser otras muchas cosas. Puede ser interpretado como una muestra de desinterés o desorientación, por



ejemplo. Por ello el uso del silencio es una de las habilidades a incluir en el entrenamiento del acompañante.

5.2.3 Facilitación de la generación de narrativas alternativas específicas

5.2.3.1 Interpretar

Aunque la interpretación es, probablemente el tipo de intervención que de más prestigio disfruta en una buena cantidad de las escuelas de psicoterapia y acompañamiento, es sumamente difícil que acompañantes no sólo de diferentes orientaciones, sino de diferentes tendencias dentro de la misma orientación, se pongan de acuerdo sobre qué es lo que tal operación significa.

Aquí utilizaremos el término interpretación en un sentido amplio para referirnos a cualquier intervención del acompañante que apunta a un significado de un elemento narrativo que no es, en ese momento, accesible para el acompañado.

Desde luego que puede expresarse a lo largo de distintas intervenciones, pero sintetizada en una sola tal como se muestra en el siguiente ejemplo:

...Me parece que, por lo que hemos estado hablando hasta ahora, podríamos decir que lo que sucede es que precisamente cuando usted siente más deseos de acercarse afectivamente a alguien que es importante para usted, por miedo a ser rechazado evita la proximidad y se muestra sarcástico, con lo que al final se encuentra solo y decepcionado. Hemos visto repetirse este modo de comportarse en varias ocasiones: con la compañera de clase que le ofreció la entrada para el concierto del jueves, o con su hermano al salir del entierro de su padre o con el compañero que había planeado la excursión a la que usted quería ir. De hecho es lo mismo que sucedió el otro día aquí en la entrevista cuando le pregunté qué es lo que imaginaba que podía hacer yo por usted. Es como si de algún modo usted se encontrara en estas situaciones como se debió sentir ante su madre en aquellas otras situaciones que me ha contado en las que si usted le pedía atención ella le hacía callar, le llamaba quejica y caprichoso y le castigaba por molestar con sus preocupaciones a los mayores.

Desde luego pueden construirse intervenciones equivalentes utilizando términos distintos:

Hasta ahora hemos hablado acerca de un montón de cosas. Sin embargo hay una que me ha llamado especialmente la atención porque aparece una y otra vez y me parece que tiene que ver con lo que la hizo acudir a este acompañamiento. Fíjese: Me parece como que usted deseara una relación en la que usted pudiera expresar libremente sus necesidades para que la otra persona le ayudara a satisfacerlas, pero usted teme que si lo hace, estas otras personas puedan sufrir, sentirse molestas o cabrearse con usted, de modo que se calla, no dice lo que quiere, hace lo que le parece que quieren los otros, y se siente frustrada, desilusionada e irritada con usted misma. Y yo creo que esta dinámica explica en parte por qué usted se queja de anteponer a cualquiera a usted misma y de no conseguir que nadie se haga cargo de sus necesidades.

También, como ya hemos dicho, consideramos una interpretación la intervención del acompañante que otorgue significado nuevo a una narrativa del acompañado, sea en los términos de las anteriores o en otros, como por ejemplo en referencia a sus pensamientos:



Es como si de algún modo hubiera quedado arraigada en su mente una idea que viene a ser más o menos “si me porto bien, me querrán”. Por eso, si le parece que alguien no la quiere, empieza a preguntarse qué es lo que ha hecho mal y se siente culpable y triste... Además se deja maltratar porque le parece que se lo merece...

Sería una interpretación incluso la intervención inicial que abre la posibilidad de una modificación de conducta:

Lo que se le desencadena en los espacios abiertos es, como hemos visto, una reacción que sería normal si estuviera ante un peligro. Lo que pasa es que se le desencadena en una situación que, objetivamente, no es peligrosa. Pero parece que usted, no sabemos cómo, ha aprendido -erróneamente- que sí lo es, y reacciona como si lo fuera. Necesitaríamos que olvidara eso y aprendiera otra cosa en su lugar...

Y, por supuesto, sería una interpretación, una explicación de un problema en términos del sistema de relaciones:

Es como si entre ustedes existiera una regla que impidiera a cualquier miembro de la comunidad expresar su malestar a otro para evitar hacerle daño...

Existe una relación entre la estructura de la paráfrasis, el reflejo empático y la interpretación. El reflejo comprendería una paráfrasis y la puesta en relación de lo afirmado por el acompañado con una emoción vinculada a ello. La interpretación añadiría a esta construcción un elemento más que sería el de un posible significado alternativo. El siguiente ejemplo ilustra esta relación:

Un varón de 35 años con un cuadro de ansiedad, había crecido con un padre que siempre se mostró muy orgulloso de él, pero que le exigía en cualquier situación que se mostrara muy fuerte. En una entrevista que se produce después de un cambio de cita para el que el acompañado aceptó una fecha que luego hubo de cambiar por teléfono, porque coincidía con un viaje de trabajo, contó que la semana anterior había aceptado que su Provincial le asignara a él sólo un proyecto que no estaba siendo capaz de sacar adelante un equipo de dos personas y que la había pasado prácticamente sin dormir. Llegó a la entrevista extenuado porque el fin de semana, que estaba agotado, su superior le pidió que le corrigiera un documento e invirtió en ello todo el día:

ACOMPañADO: ¡Ahora estoy hecho un trapo, meteré la pata en el trabajo y me echarán una bronca y tendrán razón! Pero no fui capaz de decir que lo dejaba para otro fin de semana...

Una paráfrasis sería:

Aunque sabía la que le venía encima lo hizo porque no podía soportar la idea de defraudar a su superior.

Un reflejo empático:

Está furioso consigo mismo porque, aunque sabía la que le venía encima, lo hizo porque no podía soportar la idea de defraudar a su superior.



Una interpretación:

Está furioso consigo mismo porque, aunque sabía la que le venía encima, lo hizo porque no podía soportar la idea de defraudar a su superior. Quizás lo que sucedió tiene que ver con otras situaciones de las que hemos hablado aquí. Como si fuera algo que se repitiera en su vida. En situaciones en las que, si tiene que pedir o negar algo a alguien que considera de algún modo por encima de usted, por temor a que la expresión de debilidad que supondría tener que pedir ayuda o no sentirse capaz de algo le haga desmerecer a sus ojos, se calla y actúa como si no necesitara nada y fuera capaz de cualquier cosa, aunque desfallezca en el intento. Hemos visto que esto es lo que le llevó a actuar como lo hizo con su Provincial la semana pasada y con su superior el domingo. Es también lo que hizo que se comportara como lo hizo conmigo cuando tratamos de su cambio de cita. Y básicamente es el mismo esquema que funcionaba con su padre cuando tenía que aguantar la marcha con los pies destrozados por temor a que le repitiera que quejarse no era de hombres y que no volvería a salir con usted.

Hay que advertir que, en este contexto, lo que convierte a esa intervención en una interpretación es el hecho de hacer aparecer un significado nuevo a la narrativa del paciente: el que lo narrado responde a la repetición de un patrón que se manifiesta en distintas áreas y momentos de su vida.

La interpretación es una técnica poderosa. Pero es una técnica que debe ser utilizada con prudencia y que sólo es efectiva en la medida en la que, como resultado del trabajo anterior, el paciente está en condiciones de asumir el nuevo significado. La interpretación es también una técnica que, cuando es utilizada extemporánea o autoritariamente tiene igualmente la mayor capacidad de dar al traste con la “alianza” que implica la relación de ayuda.

El acompañante, antes de usarla, debe estar seguro de cuál es el significado que quiere apuntar, de que el acompañado va a ser capaz de asimilarlo, de que él va a ser capaz de expresarlo en términos aceptables por el acompañado y de que, el modo en el que la formule no va a dar pie a que el acompañante se sienta más acusado o enjuiciado que animado a pensar y sentir.

El efecto de una interpretación no debe evaluarse por el hecho de que el acompañado exprese su asentimiento (puede hacerla, por ejemplo, por sumisión o miedo a desagradar al acompañante) o su rechazo. Malan decía que lo acertado de una intervención de este tipo podía medirse en términos de la mejora subsiguiente. En otros términos podríamos decir que una interpretación (como cualquier otra intervención) es útil en la medida en la que favorece el curso productivo de la conversación de acompañamiento (una interpretación a todas luces acertadísima, pero que asusta al paciente hasta el extremo de hacerle abandonar la terapia representaría un fracaso).

5.2.3.2 *Confrontar*

La confrontación consiste en poner de manifiesto contradicciones existentes en las narrativas del acompañado. Puede referirse a contradicciones entre contenidos del discurso verbal:

Dice que para usted es nada más que una amiga, pero también que no puede soportar la idea de que tenga relaciones sexuales con otra persona.



Puede también señalar discrepancias entre un contenido del discurso verbal y la descripción verbal de un comportamiento:

Dice usted que su mujer no puede quejarse ahora porque usted se fía de ella, pero me cuenta que le ha controlado la factura del teléfono móvil para ver a quién llama y que procura llegar del trabajo antes que ella para leer el remite de las cartas que escribe...

Muy frecuentemente señala la discrepancia entre el contenido verbalmente expresado y el comportamiento no verbal:

Me dice que no le importa, pero me parece que está conteniendo el llanto...

También puede señalar contradicciones entre dos comportamientos no verbales:

Sonríe, pero me parece que se pone tenso y aprieta los puños...

Las precauciones recomendadas para la interpretación son de aplicación aquí, si cabe en mayor medida. El riesgo de que la confrontación sea interpretada como una acusación y no como una descripción de unos hechos susceptibles de análisis, es muy alto y el modo en el que se formula la confrontación debe intentar prevenirlo. El uso de esta intervención supone tanto o más que el de la interpretación un desafío a la alianza de acompañamiento. Esto significa que, tanto el momento de su utilización, como sus efectos, deben ser cuidadosamente evaluados en términos de ésta. La aceptación verbal de la confrontación tampoco es, en este caso, y por las mismas razones, necesariamente, señal de que haya sido oportuna, como no lo es necesariamente de lo contrario el que despierte inicialmente una reacción de rechazo muy cargada emocionalmente. El criterio de corrección, será aquí también el efecto sobre el curso de la conversación de acompañamiento (si hace que esta continúe y le abre nuevos caminos, la intervención podrá ser considerada como fructífera).

5.2.3.3 *Informar*

La información durante el acompañamiento pretende facilitar al acompañante la identificación de las opciones de que dispone, el tener conocimiento de los elementos que le permiten evaluar las razones para escoger entre una y otra, o cuestionar concepciones erróneas sobre la naturaleza de las mismas.

Dar información, puede ser necesario para el desarrollo del acompañamiento, pero no es, en sí, un objetivo del mismo. Por ello procede hacerse la pregunta sobre la pertinencia de que el acompañante dé información, antes de hacerlo. Se debe dar sólo información verdaderamente relevante para el acompañamiento y sólo aquella de la que se esté seguro.

En caso de no saber algo cuyo conocimiento puede ser importante para el acompañado, es preferible reconocerlo abiertamente.

La información debe formularse de manera comprensible y buscar *feed-back* para comprobar que ha sido comprendida. En caso de que la información suscite



reacciones emocionales importantes, deben explorarse.

Debe distinguirse claramente lo que es información (*la sequedad espiritual que padece es producto de su ansiedad y no refleja un trastorno que amenace su vocación*) de lo que es consejo que pretende, no sólo incrementar el conocimiento del acompañado sobre las opciones a las que se enfrenta, sino también que conozca cuál es la opinión del entrevistador sobre cuál de ellas es la que más le conviene (no incluimos el consejo en la lista de habilidades que presentamos en este trabajo porque no consideramos que dar la opinión de la persona que hace de acompañante sobre cuál puede ser la mejor opción para el acompañado sea algo que pueda considerarse una habilidad de acompañamiento).

Un aspecto que ha requerido especial atención en la literatura al respecto es el de dar información que incluye aspectos que pueden resultar dolorosos, el de dar malas noticias.

Por regla general, el acompañante no es el encargado de dar noticias a su paciente. Pero a veces ha de hacerlo (por ejemplo en lo referente a un diagnóstico). Entre los principios generales que suelen recomendarse para el acto de dar malas noticias, algunos, son de aplicación a la situación psicoterapéutica. Desde luego lo es el de estar seguro de que la noticia es cierta antes de comunicarla, como lo es el de dotarse del tiempo necesario para exponerla con tranquilidad, comprobar que ha sido entendida, corregir las malas interpretaciones y trabajar la repercusión emocional que tiene sobre el acompañado (no elegir, por ejemplo, el último momento de la entrevista). Quien da las malas noticias debe mostrarse, en la medida de lo posible, tranquilo, sin prisas, sin temores ni vergüenzas, y dispuesto a responder preguntas. Es recomendable averiguar lo que el acompañado sabe, lo que espera y lo que teme, antes de emitir la información y partir de allí. Cuando se trata de informaciones muy desafiantes (un diagnóstico de una enfermedad terminal, por ejemplo) es de utilidad averiguar antes lo que el paciente quiere o está dispuesto a saber. Caso de que el acompañado prefiera permanecer en una cierta ignorancia, dejar una puerta abierta a que, en algún momento, pueda cambiar de opinión. Huelga decir que el uso de los tecnicismos (cuando se trata de emitir diagnósticos o pronósticos) debe ser evitado en lo posible. Es importante ofrecer algo positivo, aunque sólo sea el apoyo del acompañante para afrontar la experiencia. La aparición de defensas como la negación debe ser abordada en esos términos y no confrontada reiterando la información. Con más motivo que en otros casos de información, debe explorarse que es lo que se ha entendido y cuál es la reacción emocional que provoca la información. Si es muy abrumadora, debe trabajarse, pero debe evitarse dar marcha atrás o decir cosas que no son ciertas para tranquilizar (eso supone poner en tela de juicio la alianza de trabajo). Debe considerarse que lo que se habla después de una información de gran impacto emocional se retiene con dificultad y se olvida fácilmente. Por ello es conveniente no dar nuevas informaciones después de que suceda esto.

5.2.3.4 *Dar instrucciones*

Se trata de una intervención por la que el terapeuta proporciona al paciente una información que tiene como objetivo indicarle el modo en el que puede realizar una



determinada tarea. Son inevitables al menos para establecer el encuadre del proceso de acompañamiento:

De modo que nos veremos aquí, durante cincuenta minutos a la semana en los que usted me irá comentando lo que le venga a la cabeza, sin preocuparse de si parecen o no tonterías, ni de si tiene o no que ver con lo que le trajo aquí.

Se puede referir a actividades a realizar en el encuentro:

Cierre los ojos y concéntrese en su respiración. Fíjese en cómo el aire entra y sale lentamente, después, poco a poco, comience a contarme lo que está viviendo...

O a actividades a realizar en casa:

Cada vez que tenga una crisis va a rellenar esta ficha. En la primera columna va a apuntar cuándo tuvo lugar y lo que duró. En la segunda...

En este caso, como en cualquier tipo de información es importante buscar *feedback* sobre la comprensión del acompañado acerca de lo enunciado, su repercusión emocional (*¿Qué te hace sentir el que te proponga esto y cómo crees que te sentirías si lo hicieras?*) y cognitiva (*¿Qué piensas de ello?*), así como de su disposición a seguirlas.



6 La entrevista personal y el diálogo de acompañamiento

6.1 Desarrollo de la entrevista⁵⁷

Nos encontramos ante un caso de entrevista psicológica cuando presentimos que la persona que viene a hablarnos desea que la ayudemos a buscar la causa y la solución de su problema.

Es necesario estar seguro de que nuestra intuición es acertada. No es bueno provocar, y menos forzar, una confidencia. La actitud nuestra ayuda más que los conocimientos.

6.1.1 Dejar hablar

El otro es el personaje principal en esta relación.

Ante lo que dice, no impacientarse porque no vaya al grano rápidamente. Los sentimientos más reales y profundos suelen tardar en aflorar hasta comprobar que el entrevistador merece y da confianza. También es importante mantener la atención a fin de descubrir lo que quiere expresarse, aun cuando no lo haga en forma coherente.

Cuando tomemos la palabra, tratemos de ser breves.

6.1.2 Vacarse a sí mismo

- Vacarse de los prejuicios sobre el interlocutor.
- Vacarse del modo personal de pensar y de vivir.
- No comparar lo dicho con casos análogos: el suyo será siempre uno original.

Nuestra misión es acompañar a la persona en el análisis de su problema y en la búsqueda de soluciones. No guiar, sino ayudar a orientarse; no formar, sino ayudar a formarse. «Ser un espejo comprensivo y bueno ante el cual la persona puede revelarse a sí misma para comprenderse mejor y encontrar su solución...» Este tipo de presencia le permite progresar y fortalecer su personalidad.

Promover la autonomía del otro. Si nos convertimos en personas-criterio para el otro, podemos aliviarle momentáneamente, al resolverle problemas, indicándole cómo lo tiene que hacer; pero con esto creamos en él una dependencia psicológica respecto de nosotros, de la que tendrá que librarse más adelante.

⁵⁷ VELA J.A., *La entrevista personal y el diálogo pastoral. Cómo ayudar a los demás a resolver sus problemas y a encontrar su camino*, Madrid, CCS, 1998, p. 192-196.



No hay que esperar del otro «ni estima, ni afecto, ni docilidad, ni fidelidad, ni agradecimiento. Si espero algo, lo ato, lo alieno».

6.1.3 Ayudar en el análisis

6.1.3.1 *Acompañar*

Para esto, hay que preocuparse sólo del interlocutor y de lo que él dice. Es preciso dejar de lado cualquier otra cosa, incluso las preocupaciones personales, y evitar a toda costa las interrupciones.

No hay que llenar los silencios. Puede aprovecharlos nuestro interlocutor en ordenar las ideas que quiere expresar. Oír más allá de las palabras, considerando el comportamiento total del interlocutor.

No extrañarse de nada, «todo lo que a un hombre le sucede es humanamente posible».

El interlocutor necesita sentir que comprendemos lo que dice. Si reformulamos y/o sintetizamos lo que dice, comprueba que lo escuchamos y acompañamos en su análisis.

6.1.3.2 *Ayudar a progresar*

Esto en tres etapas:

- descripción del problema: oírlo;
- localización de las causas: «¿sabes de dónde viene el problema?»;
- descubrimiento de soluciones: «¿sabes cómo salir de esta dificultad?».

Es importante no apurar el paso de una etapa a la siguiente. Estos tres pasos se dan en dos niveles:

- a) Nivel intelectual: el interlocutor dice lo que sabe de su problema, las causas que afloran a su conciencia.
- b) Nivel *organísmico*: el interlocutor habla de lo que siente. Este nivel se da después de que el interlocutor cuenta su problema (es más profundo). No hay que apremiar el paso a este nivel. Para facilitar el paso, se pueden usar preguntas en vocabulario organísmico: ¿sientes de dónde viene esta dificultad?, ¿qué impresión experimentas en las circunstancias que acabas de describir?

Sabemos que el análisis se desarrolla a nivel organísmico cuando:

- el interlocutor habla más lentamente;
- baja el tono de la voz;
- la persona se relaja;
- el vocabulario es menos variado y menos formal;
- se busca con cuidado la expresión que manifiesta más exactamente lo que se ha sentido;
- la mirada está ausente, en algunos momentos, pero conserva la viveza;
- los silencios son más largos y menos tensos. Son silencios de trabajo, se explora el mundo interior, se lo descifra.



También en el nivel orgánico, la exploración se da en los tres aspectos (el problema, sus causas y la solución).

Preguntas que pueden animar a avanzar en el análisis o a realizarlo en profundidad:

- Antes de lanzar una pregunta, debemos asegurarnos de que no la hacemos para satisfacer nuestra curiosidad.
- Las preguntas son útiles cuando ayudan al otro a avanzar o a profundizar en su exploración, o bien cuando le permiten cambiar de etapa al terminar la exploración en una de ellas.
- Cuando el interlocutor pide ayuda mediante preguntas es preferible devolvérselas para que él mismo las responda, porque su solución está en él mismo. Naturalmente, hay que hacerlo con tino para que la persona no se sienta rechazada.

6.1.3.3 *Ayudar a iluminar el camino*

Nosotros podemos captar más objetivamente el problema desde fuera, y ayudar al interlocutor a iluminar su camino.

A través de sus palabras y comportamientos, el entrevistado nos da una imagen. Podemos reflejar esa imagen mediante la reformulación y la reexpresión (paráfrasis y reflejo empático), que transmiten al interlocutor no sólo sus ideas sino también los sentimientos que manifiesta.

6.1.3.4 *Utilidad del reflejo (actitud de espejo)*

- El entrevistado comprueba que es escuchado y comprendido;
- se destacan los puntos más significativos y esto permite percibir más claramente la situación;
- se relacionan diversas informaciones que tienen puntos comunes para que el interlocutor descubra su nexo;
- se pueden pedir aclaraciones frente a determinados puntos. Cuando el interlocutor las expresa puede iluminarse la situación global. (Antecedentes importantes que quizá no se habían considerado.)

Advertencia: sólo el interlocutor puede apreciar y juzgar la exactitud del reflejo que le damos.

En la fase intelectual del análisis, la reexpresión puede salvar silencios incómodos para el entrevistado. Sin embargo, a veces es mejor oír y callar, para que éste pueda ordenar las ideas que quiere expresar.

En la fase orgánica del análisis, la reformulación o reexpresión, esto es, expresar lo mismo usando otros términos, se da con mayor naturalidad. Los silencios ya no incomodan.

Las expresiones que aparecen en este nivel son más fugaces. Repetirle algo puede prolongar la presencia de estas impresiones, contar una mayor conciencia de ellas y explorarlas más a fondo.



La repetición de lo que dice, da al interlocutor la impresión de una presencia más cercana. Esta impresión le da seguridad en el camino que recorre.

Advertencia: usar sinónimos como reflejo o reexpresión en esta etapa, puede ser contraproducente. En la «lectura» de la zona organísmica, las personas se aferran a las palabras exactas que han dicho. Lo que se pretende es comunicarse bien y no mostrar conocimientos.

A veces el interesado requiere información. Ésta debe darse adaptada a sus posibilidades de comprensión, y de manera que no sea percibida por él como un juicio del consejero. Debe ser breve y conviene indicar cuándo comienza y dónde termina la información. Conviene también destacar el carácter teórico de la información para volver luego al caso de la persona interesada, por ejemplo, con una frase como: «y volviendo a tu caso, ¿cómo ves esto en tu situación actual?».

6.1.3.5 *Esperar la toma de conciencia*

Sólo quien vive un problema puede analizarlo y hallar la solución adecuada. El papel del entrevistador, como antes se dijo, consiste en acompañar al sujeto en su análisis, facilitándole la búsqueda de las causas y el descubrimiento de las soluciones. Debemos esperar pacientemente a que la persona tome conciencia de las causas y las soluciones.

Esta toma de conciencia se produce al final de la entrevista (de alrededor de una hora). Normalmente, se ve la causa y la solución como un relámpago. El rostro se ilumina, el cuerpo se relaja y aflora la sonrisa.

Suele ocurrir que la toma de conciencia sea menos fulgurante: va creciendo en la persona en la forma de «un nuevo modo de ser». También en estos casos se ilumina el rostro y se relaja el cuerpo. Se reconoce esto en expresiones tales como: «*lo que tengo que hacer es..., mostrarme como soy...*».

A veces, una vez descubierto este «nuevo modo de ser», la persona quiere revivir la situación difícil que planteó al comienzo de la entrevista y, al hacerlo, descubre que todo está resuelto.

En algunos casos, la toma de conciencia se realiza en una sola entrevista. Pero, con frecuencia, son necesarias varias entrevistas. Es necesario fijar la periodicidad de éstas tomando en cuenta, en primer lugar, las necesidades del interlocutor y después la disponibilidad del consejero.

Cuando no se consigue ninguna toma de conciencia, generalmente se debe a que la persona no se cuestiona a sí misma y se limita a esperar que cambien circunstancias externas.

Las actitudes fundamentales del entrevistador presentadas al inicio del tema, son válidas para toda entrevista centrada en la persona del entrevistado, especialmente si ésta es joven. De hecho, estas actitudes responden particularmente a las que desea que le manifiesten en esa etapa de desarrollo psicológico y en el marco de los valores y la cultura del joven de hoy.

Esta visión sobre las actitudes del entrevistador no es la única; la decisión de realizar una entrevista en esta perspectiva es cuestión de opción. Es importante, para que esta opción sea válida, tomarla en su conjunto.



Sin embargo, creemos que se dan situaciones en las que el educador cristiano puede asumir actitudes no señaladas aquí. Por ejemplo, hay veces en que conviene dar información y/o presentar alternativas de solución a determinado problema sentido por el interlocutor.

6.2 Errores frecuentes en la entrevista⁵⁸

6.2.1 Convertir la entrevista en un interrogatorio

Uno de los objetivos de la entrevista es obtener información. La información es necesaria para hacer un plan de actuación. Pero obtener información no es el único y, a veces, no es el principal objetivo de la entrevista. Para que el proceso de acompañamiento avance es preciso que el acompañado se sienta involucrado en un intercambio comunicacional útil para su objetivo de recibir ayuda y en un clima de confianza. Muchas de las cosas que el acompañado puede relatar pueden ser dolorosas de recordar y difíciles de expresar. Esto no quiere decir que esas cosas puedan ser evitadas en la entrevista (todo lo contrario). Pero han de tratarse en un clima de confianza y seguridad y puede que haya que dedicar una parte de la conversación a generar ese clima. De otro modo la indagación puede ser vivida por el acompañado como algo al servicio de otros objetivos y despertar resistencias.

6.2.2 Hacer juicios críticos

La suspensión del juicio (base de la aceptación incondicional de los rogerianos) es una de las condiciones de posibilidad del proceso de acompañamiento. El acompañante se compromete, para serlo, a trabajar de acuerdo con el sistema de valores del acompañado y a no aceptar que los suyos interfieran en la relación de ayuda.

Los juicios del acompañante pueden impregnar inadvertidamente sus intervenciones, aunque esa no sea la intención principal de la misma. Buena parte de los términos que utilizamos los acompañantes en nuestra jerga para referimos a nuestros acompañados tiene connotaciones críticas. Términos como manipulador, inmaduro, irracional, histérico, rígido, inadecuado, patológico o controlador...; tienen una notable carga peyorativa. No es lo mismo decir “vamos a intentar trabajar juntos para ver si llega usted a ser capaz de tener un comportamiento más adulto” (que supone calificar de infantil el comportamiento actual del acompañado) que “vamos a trabajar juntos para intentar conseguir que las experiencias que tuvo en el pasado no interfieran en su intento de afrontar este problema” (que supone en el acompañado la intención de actuar como un adulto y de luchar contra lo que le dificulta este intento).

6.2.3 Aceptar toda la responsabilidad en el trabajo de acompañamiento

A lo largo del curso hemos insistido en el papel del acompañante como facilitador de un proceso cuyas metas y objetivos son responsabilidad del acompañado.

⁵⁸ FERNÁNDEZ LIRIA – RODRÍGUEZ VEGA, op. cit., pp. 321-331.



El acompañante es un experto en un tipo de conversación especial (terapéutica) que puede facilitar que el acompañado sortee algunos obstáculos para adoptar este papel. Pero es el acompañado el que es un experto en sí mismo y es a él a quien corresponde tomar las decisiones que han de guiar su vida y determinar qué valores han de regir estas opciones.

Pero el acompañante es también un ser humano que se puede sentir conmovido por la necesidad de ayuda que el acompañado expresa en esta conversación y se puede sentir impelido a prestarla más allá de su papel de acompañante. Si lo hace se puede encontrar asumiendo responsabilidades que, no solamente no facilitan, sino que, frecuentemente, entorpecen o impiden el proceso. Prestar dinero, dar el teléfono particular o llevar al acompañado en el propio coche serían ejemplos groseros de esto, que pocos acompañantes aceptarían como pertinentes. Sin embargo es frecuente que esta actitud se traduzca en acciones más sutiles y no tan infrecuentes de ver:

6.2.4 Dar consejos

Dar consejos plantea muchos problemas. En primer lugar, coloca al acompañante en una posición que no está autorizado para detentar. El acompañante no tiene por qué saber qué es lo mejor para su acompañado (a la hora de elegir casa, novia o trabajo, por ejemplo). Dar consejos supone colocarse por encima del acompañado, atribuyéndose un mejor conocimiento sobre lo que es conveniente para él, del que él mismo tiene.

Pero, además, como mínimo, dar consejos suele ser inútil. En primer lugar lo frecuente es que, cuando se nos ocurra un consejo, el acompañado se lo haya oído ya a otras personas (seguramente tendrá amigos por lo menos tan sagaces como nosotros) y, probablemente a sí mismo. Si recomendamos algo que el acompañado quiere pero no ha conseguido hacer, puede vivir que le estamos recriminando no haberlo hecho u ofenderse porque no le consideremos capaz de haber pensado en ello. Si lo que sucede es que está dudando entre varias alternativas tampoco tendrá un criterio para optar por una u otra.

No quisiéramos decir tanto como que el consejo no cabe en el acompañamiento, porque, a veces, puede ser útil. Pero sí que es un tipo de intervención que rara vez es útil y que, antes de usarla, conviene preguntarse si no habría otro tipo de intervención más útil para el proceso.

6.2.5 Proponer objetivos no suscitados por el acompañado

En ocasiones el acompañado tiene dificultad para explicitar los objetivos que pretende con el acompañamiento. En situaciones así el acompañante, en lugar de explorar esta dificultad, puede sentirse impelido a proponer objetivos que respondan a sus ideas sobre normalidad, salud espiritual, o cualquier otro criterio no resultante de un acuerdo personal con el acompañado. Esta actitud puede ser origen de dificultades importantes y dar al traste con la relación de ayuda.



6.2.6 Ofrecer falsas seguridades

El acompañante puede verse llevado por una actitud paternalista a intentar proteger al acompañado de la ansiedad que suscita la incertidumbre o el conocimiento de peligros o problemas reales. Puede por ejemplo ocultar o suavizar un mal pronóstico, asegurar resultados en un plazo dado, vaticinar determinados acontecimientos favorables o minimizar la probabilidad de que ocurran otros no deseados. Esto no sólo es inútil, sino que, además, pone en grave peligro la confianza y la credibilidad del acompañante.

6.2.7 Respuesta desde la persona y no desde la persona en el rol del acompañante

El acompañante es una persona y lo que sucede en la relación de acompañamiento le produce inevitablemente reacciones emocionales que van desde la curiosidad hasta la hilaridad pasando por la vergüenza, la piedad o la solidaridad. Un buen acompañante no es el que está exento de estos sentimientos. De hecho reconocerlos en uno mismo puede facilitarle la comprensión de sus pautas de interacción interpersonal (si tiene base para pensar que cualquier otra persona ante el modo de comportarse con ella del acompañado hubiera reaccionado de la misma manera). Pero, para actuar como acompañante, éste debe evitar que estos sentimientos muevan acciones que puedan interferir con su papel como acompañante.

6.2.8 Preguntas inapropiadas o irrelevantes

Los relatos del acompañado pueden suscitar la curiosidad del acompañante por conocer detalles que no son relevantes para la terapia (el contenido concreto de un proyecto de trabajo, las características del lugar donde ha pasado las vacaciones, su voto en unas elecciones...). Cuando la conversación está dirigida por el interés del acompañante en lugar de por el del acompañado, un presupuesto básico de la relación de ayuda está siendo desatendido. Esto puede suponer no sólo una pérdida de tiempo, sino también una merma de la confianza del acompañado (que puede advertirlo).

6.2.9 Uso inadecuado del humor

El humor puede ser un instrumento poderoso en el acompañamiento. De hecho una solemnidad reverencial puede generar una incomodidad que no facilita el trabajo. Pero el humor es una modalidad de relación que es particularmente ambigua y puede prestarse a interpretaciones diferentes y, por tanto, a malentendidos que pueden comprometer la relación. El acompañado puede sentirse herido o sentir que se trivializa su sufrimiento. Por ello conviene ser prudente en su uso.

6.2.10 Utilización impropia del pudor o las buenas maneras

En una conversación normal se acepta una convención según la cual hay temas que son demasiado íntimos para ser tratados o indagaciones que serían de mala educación. Una de las características diferenciales de la entrevista de acompañamiento



es la suspensión de tal convención. Las perífrasis o sobreentendidos que, en otros contextos, sería razonable aceptar, pueden ser indagadas no sólo buscando precisión, sino además, para poner de manifiesto las razones mismas de su uso. No hay temas demasiado íntimos o demasiado personales para ser tratados en terapia si lo que motiva su abordaje es cumplir los objetivos de la misma.

A veces son los acompañados los que se niegan a hablar de un determinado tema. Dependiendo del momento de la relación y del proceso puede tratarse de diversas formas. Pueden explicarse los motivos para no proceder así o puede recordarse el contrato. Pero, con más frecuencia, será útil invitar al acompañado, por lo menos a explicitar los motivos para no hablar y a analizar las consecuencias de proceder a tratar el tema abiertamente.

6.2.11 Minimización

A veces la pretensión de devolverle al acompañado una sensación de control o de darle seguridad puede llevar al acompañante a quitar importancia a un problema dado. El acompañado, en lugar de sentirse aliviado, puede sentirse incomprendido o ignorado. La minimización puede llevarse a cabo de un modo sutil a través de la utilización de términos aparentemente no peyorativos que, incluso pueden parecer más adecuados al acompañante. (Molestia por dolor, preocupación por angustia, discusión por pelea, enfado por odio...). Este es uno de los motivos por los que explorar el significado exacto de los términos propuestos por el acompañado y atenerse a ellos es tan importante.

6.2.12 Uso extemporáneo del consuelo o tranquilización

La tranquilización del acompañado puede evitar la expresión de los sentimientos en la entrevista y, consiguientemente, convertirse en un obstáculo para ésta. El acompañado puede salir con la impresión de no haber podido compartir sus sentimientos o, sencillamente, no habiendo podido trabajarlos. Generalmente, el impulso de tranquilizar proviene del malestar que suscita en el acompañante la irrupción masiva de las emociones del acompañado en la entrevista, bien porque desencadena sentimientos de pena o piedad, bien porque reaviva las propias angustias (como sería el caso del acompañado enfermo gravemente que expresa abiertamente su desesperanza y su miedo a morir). Sonreír a un acompañado que expresa hostilidad, recordar a un acompañado que expresa sentimientos de desesperanza ante una pérdida, que hay otras cosas valiosas en su vida, reclamar la confianza en la unidad del dolor del acompañado enfermo al que nos referíamos antes, son maniobras que se inscriben en este registro. No es que se trate de maniobras que no puedan ser utilizadas en el curso de la entrevista, sino que su uso, debe adecuarse a los requerimientos del momento del proceso terapéutico en que nos encontremos. En cualquier caso, sí podríamos decir que los momentos en los que este tipo de maniobras están indicadas son los menos.



6.2.13 Autorrevelación inapropiada

La autorrevelación (hacer referencia a los sentimientos, pensamientos o historia personal del acompañante) es un tipo de intervención que estaba terminantemente proscrito en las terapias de base psicodinámica en las que, precisamente, el acompañante debería aparecer como una pantalla en blanco expuesta a la transferencia del acompañado. Sin embargo, utilizada prudente y puntualmente en el momento adecuado, puede ser un instrumento potente. Irvin Yalom (1989) nos cuenta que cree que fue una autorrevelación de su acompañante la única intervención que le fue útil en un largo proceso psicoterapéutico en el que estuvo implicado como acompañado. Intervenciones del tipo de “Fíjese, no sé por qué, pero cuando le oigo decir eso, me siento irritado” pueden facilitar en (contadas) ocasiones una ulterior exploración de una interacción. Pero fuera de estos momentos, la autorrevelación puede comprometer el desempeño del rol del acompañante. Intervenciones del tipo de “¡Qué me va a contar, por desgracia, sé muy bien lo que es perder un padre!”, pueden coartar la expresión del acompañado, facilitar que se acoja a sobreentendidos, dificultar la personalización o promover que el acompañante aparezca como un modelo en lugar de como un facilitador de la exploración. Por ello la autorrevelación debe ser utilizada con extrema prudencia y, en todo caso, siempre al servicio de la labor exploratoria de la entrevista

6.2.14 Pasar por alto las emociones

Relatos bastante prolijos pueden estar desprovistos de colorido emocional o pueden resultar incongruentes con las emociones que están siendo expresadas de modo no verbal en el encuentro de acompañamiento. Centrar la atención en los otros componentes, dejando pasar por alto en componente emocional, puede llevar al estancamiento de la relación de ayuda. Lo mismo ocurre cuando ante la expresión de un problema acompañante y acompañado se implican precipitadamente a explorar posibles soluciones sin explorar los sentimientos asociados al problema mismo y a tales soluciones (que frecuentemente, son los que dificultan la elección o la puesta en marcha de una de ellas). La exploración de las emociones y la atención a las mismas es una tarea central y constante a lo largo del proceso.

6.2.15 No personalizar

El proceso de acompañamiento tiene efecto porque transforma la narrativa del acompañado acerca de sí mismo y de su mundo. Pero es posible porque parte de la narrativa inicial del acompañado y la transforma en otra significativa para él personalmente. Por ello los comentarios generales (sobre la crisis, sobre el duelo, las mujeres, los hombres o los adolescentes) o las actuaciones basadas en consideraciones de este tipo, son, generalmente inútiles.

6.2.16 Intervenciones generadoras prematuras

Las intervenciones más específicamente generadoras de narrativas alternativas (como son la interpretación o las prescripciones de diversa índole frente a intervenciones menos desafiantes como las preguntas, paráfrasis, las recapitulaciones o



el reflejo empático), que son un componente clave del proceso de acompañamiento, sólo tienen cabida (por mucho que para el acompañante puedan estar cargadas de sentido desde un principio) en el momento en el que, un trabajo previo las ha hecho aceptables para el acompañado. Lo que podríamos llamar intervenciones desacompañadas, esto es, realizadas en un momento en el que el acompañado no está en condiciones de incorporarlas a su propia narrativa no sólo pueden resultar inútiles, sino que pueden dar al traste con la credibilidad del acompañante, con la alianza terapéutica y con la idea misma de que la terapia es un instrumento del acompañado para lograr objetivos relevantes para él. Antes de aventurar intervenciones de este tipo el acompañante debe haber comprobado que pueden ser aceptables.

6.2.17 Abrumar con excesiva información

Dar información puede ser un elemento importante en la entrevista, como ya hemos visto. Así sucede, por ejemplo cuando alguien está aterrorizado por el posible significado patológico de fenómenos que son normales en una situación de duelo (como las ilusiones o los fenómenos de presencia...), por el significado que puedan tener sobre la salud del acompañado los síntomas de un ataque de pánico, o por las consecuencias de un diagnóstico de una enfermedad grave... Hay algunos principios elementales que hay que tener en cuenta cuando se trata de recibir información. En primer lugar la capacidad de recibirla está condicionada por el estado emocional del receptor. Es posible que a alguien que vive una situación como por ejemplo de grave amenaza para su identidad le cueste prestar atención a detalles que, desde esa óptica, puedan parecer irrelevantes, aunque a nuestros ojos sean fundamentales para proporcionarle una salida que él no cree posible.

Por otra parte la cantidad de información que una persona puede asimilar en un momento dado, más aún si se trata de una información que mueve fuertes emociones y de un momento de sobrecarga emocional, es limitada. Por ello la información a transmitir debe seleccionarse, debe comenzar a darse por lo que se considere fundamental y debe expresarse de un modo sintético. Haber ensayado previamente el modo en el que se expresará una mala noticia, por ejemplo, nunca está de más.

Por los mismos motivos después de haber recibido una información con fuertes implicaciones emocionales, el sujeto puede quedar bloqueado para incorporar contenidos nuevos. Las instrucciones sobre el modo de realizar una tarea que se le dé a un acompañado inmediatamente después de haberle comunicado un diagnóstico sobre su situación probablemente serán desatendidos y no registrados por éste.

Una buena transmisión de información es la que se transmite en unas pocas frases, con tiempo suficiente para asimilarla, en términos comprensibles (y, cuando es posible, elegidos) por el acompañado, de modo que incite al diálogo y a la comprobación del significado preciso que cada parte atribuye a lo que se ha dicho, y que atiende a la repercusión emocional de lo transmitido y esclarece el papel que la relación de ayuda desde la que se emite puede jugar respecto a las consecuencias de lo transmitido.



6.2.18 Dejar pasar por alto comentarios negativos sobre el acompañamiento o el acompañante

Los juicios negativos sobre el proceso de acompañamiento o sobre el acompañante aparecen con frecuencia y pueden obedecer a razones muy diferentes, desde el descontento por unos resultados peores de los razonablemente esperables hasta a fenómenos transferenciales en los que el acompañado encara su relación con el acompañante o la relación precisamente en los términos de la pauta problema que motiva el acudir a él. Los comentarios de este tipo deben ser inmediatamente abordados y discutidos en la entrevista, siempre desde una actitud exploratoria (¿A qué responden para el acompañado?).

6.2.19 Perder el foco

Un sujeto que sufre el malestar suficiente como para buscar acompañamiento, puede estar con su atención dispersa en multitud de elementos de su entorno. También puede desviar su atención precisamente de los más relevantes para evitar emociones dolorosas. Al fin de lograr un encuentro positivo el acompañante debería ser capaz de decir en muy pocas palabras sobre qué ha versado éste. Una sesión que ha discurrido saltando de un tema a otro o adherida a uno que no es sustancial en lo que se considera el foco del proceso, será en el mejor de los casos, inútil. El acompañante debe mantener en la cabeza cuáles son los temas relevantes para el acompañamiento y estar atento a cuándo la conversación se desvía de estos. Si, en un momento, aparecen temas de importancia que no fueron considerados al hacer las hipótesis iniciales y contrato, el acompañante deberá reconsiderar aquéllas y quizás, replantear éste. Lo que no deberá hacer nunca es actuar como si nada hubiera pasado y dejar que la sesión pierda el rumbo sin más.

6.3 El acompañamiento espiritual y su relación con el “counseling”

6.3.1 Afirmaciones centrales⁵⁹

La Dirección Espiritual es una acción esencialmente pastoral. No se debe confundir con la acción magisterial, ni con la sacerdotal en su función jerárquica. ¿En qué consiste la función del pastor como Director Espiritual? Creemos que es una función de pedagogo para orientar a la otra persona en cuanto a los medios necesarios para ayudar a las personas a desarrollarse progresivamente en lo que deberían ser.

Ya hemos dicho que quizás no sea lo más adecuado hablar de “Director”, aunque sea el término más tradicional. La de Orientador o, mejor aún, “Acompañante” sería más apropiada. Demasiadas veces se ha convertido la dirección en mandar en el otro, en dar consejos o en sermones ante individuos pasivamente sentados.

⁵⁹ VELA, op. cit., pp. 154-163.



Independientemente del término usado, lo verdaderamente importante es que la Pastoral incluye, pues, en su misma noción, una referencia a las personas que se encuentran en su ámbito y un desvelo por preparar continuamente las relaciones que se establecen y se desarrollan entre el hombre y la fuente de la salvación. La preocupación por el crecimiento espiritual es lo característico de la visión plenamente pastoral. El hombre apostólico y sobre todo el sacerdote, no se podrán, entonces, contentar con administrar los sacramentos, sino que suscitará las disposiciones convenientes para que su recepción sea fructífera. No tendrá como único deseo establecer la comunidad católica en sus estructuras institucionales, sino que procurará que éstas funcionen y sirvan a los miembros de la comunidad cristiana como medios viables de santificación.

Si la acción pastoral consiste en último término en que los hombres «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10), una acción será tanto más pastoral cuanto en forma indirecta, a través de medios humanos, colabore con la gracia para que ésta pueda fructificar en los individuos y en la sociedad».

La pastoral, aunque asume sus principios de la Teología dogmática y moral, se preocupa más de transmitir el mensaje evangélico y ayudar a los hombres a asimilado y vivido, conforme a sus condiciones personales y ambientales. Como ciencia positiva, recurre a todas las ciencias de observación del desarrollo humano, y en particular a la psicología y sociología. Primordialmente tienen aquí especial aplicación las modernas técnicas del consejo como instrumentos capaces de suscitar los medios más favorables para recibir la gracia, de acuerdo con la edad y el momento evolutivo del ambiente y de la sociedad. No se trata de subordinar el *counseling* a la Pastoral, sino de aprovechar todo cuanto éste tiene de positivo para ayudar a la Dirección Espiritual. Creemos que la Dirección Espiritual, en cuanto consejo, debería seguir las orientaciones del *counseling*, aunque con las diferencias lógicas derivadas de la especificidad espiritual.

Dirección Espiritual o Acompañamiento es seguir al único Director-Acompañante (que es el Espíritu Santo), en cuanto Él se manifiesta a la persona acompañada. El «discernimiento de espíritus» es la única posibilidad de detectar esta presencia del Espíritu, que nos manifiesta la voluntad de Dios. Tendremos que acompañar, ayudando a las personas a remover los obstáculos, que impiden la acción y presencia del Espíritu y a secundar sus esfuerzos positivos de fidelidad...

Hay, con todo, una indicación interesante que añadir: el *counseling* se centra en la persona que viene a la consulta; la Dirección Espiritual parte de la persona para centrarse en algo más trascendente: la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es la norma última de la Orientación Espiritual aunque, para buscada, sondeemos las señales que esa voluntad muestra en la persona, y la manera como la comunidad implica a esa persona en la búsqueda última de la voluntad del Padre. Se supone que Dios tiene un proyecto de salvación de esa persona, y a través de ella, de los hombres, sus hermanos. Aunque este respeto por la voluntad de Dios y la libertad y dignidad, la persona humana es el fundamento último de las actitudes pastorales; el Acompañante debe tener en consideración la madurez espiritual de la persona que acompaña. La mayor parte de las veces el acompañado admite esa norma como última, pero no consigue ver claro, o las dificultades emocionales o ambientales no le permiten encontrar los medios prácticos conducentes.



Algo, en parte parecido a lo anterior, debe ser anotado también en cuanto a la diferencia entre *counseling* y Acompañamiento Espiritual en lo que se refiere a la relación entre las personas del Consultor y del Consultante. En el Acompañamiento, la relación no termina ahí: es una relación en la que virtualmente está otra persona, Cristo. Conforme avanza la progresión de esta relación, la persona del Acompañante Espiritual debe ir desapareciendo, para que Cristo crezca. La importancia de esta presencia, cada vez más vivencial, de Cristo en la relación de la entrevista pastoral, ha sido reconocida y subrayada últimamente por autores como Cavanagh, Cruxon, Hostie, Godin...

6.3.2 La Dirección espiritual es una acción pastoral de

«Acompañamiento»

El Orientador en la fe es un «Acompañante», un pedagogo que ilumina el camino, un «amigo en el Señor» que se embarca en una búsqueda conjunta con el amigo «acompañado». Ni tiene, ni proporciona recetas, sino que se embarca en una aventura con el otro.

Todo esto supone una preocupación por el crecimiento de la personalidad cristiana del amigo, un ayudarle en encontrar el camino de ese crecimiento, buscando las señales de la voluntad de Dios en su historia de salvación, para llegar a realizar un proyecto histórico personal.

Esta búsqueda conjunta se hará en un «discernimiento» de las señales del bueno y del mal espíritu y en una relación nueva en la que Cristo se manifiesta en los dos, pero en la que el «acompañante» desaparece poco a poco para que Cristo se manifieste con fuerza en el amigo «acompañado».

El Objetivo es llegar a realizar el propio “**Proyecto di vida**”: buscar cuál debe ser ese Proyecto, cómo cumplirlo y cómo superar las dificultades, que se le opondrán.

Todo este camino es un «seguimiento» del discípulo al Maestro, no para imitar sino para «recrear» el camino del Maestro de una manera nueva, con una personalidad propia y en una historia diferente.

El camino se recorre a través de procesos de fe, que incluyen la conversión a un mensaje, un encuentro con Alguien, una iniciación, una madurez en la entrega y un compromiso de misión.

6.3.3 Pasos para este Acompañamiento

Hay que partir de la persona, que viene en busca de acompañamiento, no como quien tiene recetas o caminos ya hechos. El Orientador en la fe no es un «maestro», sino un amigo en el Señor que se mete en la aventura de una búsqueda conjunta de caminos y procesos de fe.

Pasos:

1. Acoger a quien viene con disponibilidad, en un clima de confianza y en una escucha atenta a la persona.
2. Dejar que exponga sus experiencias, sus dificultades, sus proyectos de vida...
3. Facilitar la autoexploración, clarificar sentimientos:



- De su lenguaje antropológico pasar a trascender las experiencias del Dios que salva en su vida (Experiencia del Éxodo...).
 - Confrontado consigo mismo, con las experiencias de otros...
 - Estimular la búsqueda y el discernimiento, para encontrar y seguir la voluntad de Dios, que se le manifiesta por «señales» (los dos «espíritus» en el discernimiento ignaciano).
 - Determinar con él en qué estado de alma se encuentra (en qué «semana» ignaciana...).
4. Responsabilizar a la persona:
- Todo lo dicho implica responsabilizar a la persona y comprometerla en el *compromiso* por encontrar metas a su vida cristiana: marcar las metas, experimentarlas, revisarlas... hasta entrever un posible compromiso de vida.
 - Para ello, hay que ayudarla a que conozca el plan de Dios sobre su vida, utilizar los recursos que Dios le ha dado para realizarlo, y colocarse en actitud de docilidad, activa y pasiva, a la voluntad amorosa de Dios.
5. Estimular la decisión, como una opción fundamental:
- Por esta razón, todo acompañamiento a otro en la fe desemboca en estimular la decisión por una Opción Fundamental de Vida:
- Ir delineando la posible opción «vocacional».
 - Entablar una «deliberación» sobre cómo seguir a Jesús que nos llama a seguirle en la evangelización del mundo cómo templar nuestra voluntad de seguimiento y cómo decidirse a fondo a seguirle en el camino de la cruz.
 - Tomar la opción, experimentarla y llevarla a un discernimiento en la oración.

Por todo lo dicho se comprende perfectamente que la Acompañamiento ni contradice ni anula los principios esenciales del counseling, pero sí los trasciende, y a través de ellos conduce a finalidades más absolutas. Para el Acompañante Espiritual, la fe es un elemento imprescindible de integración y madurez, y se apoya en él continuamente para orientar al dirigido. Pero al mismo tiempo, comprende que la conversión es un acto supremo de libertad personal, que presupone el encuentro con ALGUIEN y su mensaje.

6.4 Funciones esenciales del Acompañamiento

El ejercicio del Acompañamiento se desarrolla en campos específicos de funciones:

1. La función de acogida.
2. La función de dirección.
3. La función de mediación.



6.4.1 La función de acogida

Las personas vienen al Acompañamiento con la esperanza de ser comprendidas y aceptadas, no de ser juzgadas o valoradas desde el punto de vista moral. La cualidad primera del Acompañante Espiritual debe ser la comprensión. Su principal mandamiento es aquella frase de Cristo: «No vine a condenar, sino a salvar». Su posición es esencialmente pastoral, y no jurídica. No quiere decir esto que menosprecie las leyes, o ni siquiera que las minimice, sino que él está llamado a salvar al hombre y a ayudarlo en su desarrollo progresivo humano-cristiano. Tal vez un ejemplo, que ayude a ilustrar estas afirmaciones, es el pasaje de Cristo y la mujer adúltera. La actitud de Cristo es esencialmente pastoral.

Habrà que acoger, y aceptar a la persona como ella es y quiere presentarse. Comprender a la persona en la singularidad de su destino providencial.

6.4.2 La función de orientación

Rechazamos la dirección «directa» como ya se explicó antes. Tal vez fuese mejor decir la función de ORIENTACIÓN. Porque se trata esencialmente de orientar para que el sujeto se dirija a sí mismo. Y mucho más educar para la auto orientación en los innumerables casos en que las personas tienen que tomar solas una decisión. Determinemos los diversos aspectos de esta función:

- a) Es una **búsqueda conjunta** -en la que el orientador es un «acompañante»- para determinar los medios más asequibles, y para elegir el comportamiento personal más acertado. Esto supone buscar el ideal más adecuado para el desarrollo personal, y el mensaje de la palabra de Dios a través del discernimiento de sus señales. André Godin dirá en su obra sobre el diálogo pastoral que «en esta búsqueda, al sacerdote le toca aclarar y dilucidar, examinando con el consultante, las diversas soluciones viables, y proporcionarle un sentido de seguridad que le hará más capaz de tomar, POR SÍ MISMO las decisiones oportunas, con las que comprometerá su voluntad libre y legítimamente determinadora de su propia conducta. Para ser un verdadero y perfecto consejero, en sentido espiritual y religioso, hay que abstenerse de “dar consejos”, por muy excelentes que éstos sean».
- b) Debe **evitar al máximo las constricciones morales o las presiones psicológicas**. No es suficiente razón para imponerse el que, lo que el dirigido está decidido a hacer, vaya contra una línea moral o dogmática clara. En ciertos casos, cuando el consultante no tiene suficiente formación religiosa y claramente rechaza toda intromisión en este campo, bastaría con reflejar su decisión cargándole claramente toda la responsabilidad; en otros -en los que vea más apertura- habrá que indicar escuetamente lo que la Iglesia y el Evangelio anuncian, pero dejándole en la mano toda decisión.

Sólo en casos excepcionales (pensemos en las personas que acarician la idea del suicidio o que están a punto de tomar decisiones cuyas repercusiones



morales son catastróficas) el pastor deberá ejercer todo su poder de sugestión, poniendo en juego todo su prestigio, y no vacilará en evitar el futuro por medio de una verdadera coacción. Pero que no caiga en la tentación de tratar normalmente así a las personas equilibradas y adultas que recurren a él.

Debemos tener en cuenta, con todo, que en la mayor parte de estos casos el problema es emocional. Mejor será excluir de nuestros reflejo-respuestas, su decisión, e inducirle -a través de nuestros reflejos- a entrar en el problema emotivo.

- c) La manera más profunda de orientar es hacer progresar las motivaciones del individuo. Las decisiones provienen de las motivaciones. Orientar es hacer reflexionar al individuo sobre sus motivaciones, y hacerlas lo más conscientes y espirituales posible.

Más que pretender directamente inducir al acompañado a adoptar la conducta adecuada, el diálogo pastoral deberá cooperar en la formación de la conciencia de la persona, para hacer progresar sus motivaciones en la línea de la fe. No se trata de «dirigir» sino de «orientar» en base a la aclaración de ciertos principios de discernimiento cristianos, que la persona deberá interiorizar y aplicar a las situaciones de su vida.

No se trata de ser “Padre espiritual” que produzca dependencia ni pasividad. Ni Jesús mismo quiso ser llamado así, una vez que sólo hay un Padre que está en los cielos. El «paternalismo» es el mayor peligro de una orientación religiosa equivocada. Asumiendo el nombre de Dios, muchos pastores de «almas» querrían ver a su alrededor cristianos apocados y aniñados, atentos a lo que ellos digan y fieles a sus personas más que al Evangelio. El cristiano adulto acepta la orientación y la interpelación en nombre del Evangelio, pero no soporta que, en nombre del Evangelio de la libertad, le quiten la responsabilidad de buscar sus propias soluciones.

Se trata de ser guía y educador, no «conductor». No mandar, sino orientar al otro, para que tome sus propias decisiones. Hay que hacer progresar las motivaciones y madurar las razones, para creer y obrar. De esta manera, se desarrollará la autonomía psicológica del «acompañado» de tal forma que se subordine al plan divino con generosidad e indiferencia frente a sus propios quererres.

Hasta los años cincuenta prevalecía en los estudios sobre la Dirección Espiritual el planteamiento jurídico, teológico o ascético. Hoy, tras el impulso de las ciencias humanas y el respeto por la autonomía del creyente, se la presenta cada vez más en su dimensión de relación interpersonal de acompañamiento, destinada a promover un camino espiritual, un diálogo en el que uno de los interlocutores se empeña en promover en el otro un proceso de maduración interior, para vivir los valores cristianos de una manera plena y personal.

Existen dos funciones suplementarias que a veces tendrá que ejercer el Consejo Pastoral. Estas son las funciones de información y la relación de ayuda:



6.4.2.1 *Función de información*

Puede acontecer que la dificultad en las decisiones provenga de no disponer de información adecuada. Propiamente no es atribución del consejo la enseñanza magisterial. Se supone que el que viene al consejero no lo hace movido por dificultades teóricas. La inmensa mayoría de los acompañados saben de antemano más o menos exactamente la respuesta teórica que el moralista daría a su pregunta. La dificultad está en el cómo... Con todo, no podemos descartar la necesidad de que tenga que prestar la información necesaria. En este caso, como ya apuntamos en el capítulo anterior, deberíamos tener en cuenta varias normas de conducta:

1. No dar la información sino cuando veamos que va a ser bien recibida por el dirigido y conforme a su capacidad.
2. Que esta información sea esporádica y que no estorbe la dinámica del consejo.

Habría varias maneras de suministrar esta información:

- a. Fuera de la entrevista en una sesión particular.
- b. Dentro de la entrevista indicando claramente cuándo empieza la información y cuándo termina, y retornando después la marcha normal del consejo.
- c. Indicándole libros que podría leer.
- d. Mandándole a un técnico.

6.4.2.2 *Función de apoyo*

Con esto no queremos indicar el apoyo en la misma relación acompañante-acompañado, sino la ayuda más directa indicándole las decisiones que debe tomar. A veces, como ya indicamos, esta actitud aunque no deseable, será la única salida para casos excepcionales, pero deberá ser retirada lo antes posible.

Con todo, la función de ayuda va mucho más adelante que la del mero apoyo. En el diálogo de ayuda, las dos personas están en posición de igualdad y de búsqueda; cada cual tiene su punto de vista y sus reflexiones sobre la orientación que hay que tomar. No hay presiones, sino sólo atención al problema sobre el que se concentran los dos. Este procedimiento favorece la libertad de decisión, porque la actitud no-directiva y la estima incondicionada del otro desarrollan la confianza en sí mismo.

6.4.2.3 *A modo de conclusión*

La función pastoral de orientación consiste en desarrollar la autonomía psicológica del dirigido, de tal forma que se subordine sin cesar al plano divino de cooperar con el Dios que salva y adopte siempre como punto de referencia la voluntad del Padre.

En este esfuerzo -que es totalmente personal y en el que el protagonista exclusivo es únicamente el consultante-, el orientador deberá esclarecer los principios cristianos que deberán ser aplicados a la acción y animar las decisiones adecuadas que adopte el consultante. Su relación estará toda imbuida por el Espíritu de Cristo y su actitud será la de la verdad: procurando que el consultante no dependa de él, sino de los valores del Evangelio.



Este tipo de orientación ofrece al acompañado una seguridad, que no se basa en la dependencia del Acompañante, sino en la conciencia de que él toma libremente sus decisiones lo más objetivas y seguras posibles gracias a la ayuda que en la reflexión le otorgó el Orientador Pastoral. Si es cierto que la norma última es la voluntad de Dios, también lo es que ésta sólo se manifestará en el despertar progresivo de la personalidad y de la libertad. El único límite de la libertad no es el consultor, sino la voluntad de Dios, descubierta por el consultante. Pero esa voluntad, en vez de fabricar esclavos, hace hombres libres.

6.4.3 La función de mediación

Existe una tercera función que modifica ampliamente las otras dos anteriores: la función de mediación. En cualquier relación de entrevista se produce un intercambio entre dos interlocutores. En el diálogo pastoral, el consultor no es uno de los absolutos del diálogo: esencialmente él es un elemento humano que debe ser cada vez más transparente a la acción Dios. Su esfuerzo principal es conseguir que el consultante se ponga cada vez más íntimamente en comunicación con la fuente de toda palabra, que es el Padre.

La característica esencial del Consejero o Acompañante Espiritual es la de ser «puente». A través de él, el dirigido tiene que llegar a Cristo, y Cristo tiene que pasar por él hasta el dirigido. Su comprensión, aceptación y amor son simplemente canal de un Amor y Comprensión última.

Esto modifica esencialmente la visión que Rogers, o cualquier otro autor psicológico, puede tener de la consulta. No para en la relación humana, sino que continuamente está a la búsqueda de otra relación más profunda con un tercero: Cristo. Una vez que se vaya descubriendo esta relación, el Consejero debe ir desapareciendo poco a poco. *«El Señor debe crecer porque es el Esposo. Mi papel es el de anunciarle y mi alegría es desaparecer, cuando su voz se eleve.» (Jn 3,28-30.)*

Con todo, hay que distinguir entre Mediador e Intermediario. El intermediario deja de obrar y desaparece, cuando ha colocado una persona en comunicación con la otra, mientras que el Mediador siempre permanece. Así es Cristo: Mediador permanente entre los hombres y el Padre. Puede ser que la acción del Consejero Pastoral sea cada vez menos actuante, conforme crece la acción de la gracia en la persona, y la responsabilidad y eficiencia del dirigido en su respuesta, pero el Consejero siempre está ahí en una Mediación más o menos silenciosa, y dispuesto siempre a llevar al dirigido a crecer más. Nunca llegará el hombre en este mundo al crecimiento total, una vez que la meta es la misma perfección de Relaciones entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. Y por otra parte el crecimiento cristiano supone la mediación de los otros en la comunidad.

Sin duda que esta función es la más delicada y la más difícil de mantener. Como fundamento último se basará en la oración personal del Acompañante, y en su relación constante con la fuente de donde procede toda acción pastoral, que es la unión con el Padre por Cristo en el Espíritu. Si esto falla, serán inútiles todos los recursos psicológicos. Pero, supuesto esto, e imbuidas de este espíritu, ¿cuáles son las cualidades que el acompañante deberá fomentar para ejercer su función de mediador?:



- **Una actitud de infinito respeto hacia la persona del dirigido:** Es necesario saber esperar y respetar la libertad del otro, aun en el caso de grandes dilaciones. Como mediadores, representamos la persona de Aquél que millones de veces llama a la puerta y espera, y que cuando encuentra una respuesta, no recrimina su tardanza y errores pasados, sino que se alegra con una alegría que contagia por el gozo del reencuentro.
- **Una actitud de confianza total en las posibilidades del otro:** Confiar en el hombre, en sus posibilidades y recursos interiores. Puede ser que hasta el momento sólo haya prevalecido lo peor que él tiene dentro de sí mismo, pero, si es verdad que el hombre es pecador, también lo es que está marcado con la huella del Padre y está llamado a vivir el amor con Él. Llevémosle a la conciencia de que esa huella existe. Y, aunque él desconfíe de su existencia o poder, por medio de nuestra confianza sin límites en lo mejor de él mismo, le abriremos un camino para encontrada y usada. Así como el inculcar a otro que es malo es el medio más eficaz para que el otro se persuada y obre conforme a esa imagen, la confianza en el otro es uno de los mejores medios educativos que existe. Es cierto que no raras veces los otros pondrán a dura prueba esa confianza, en parte para persuadirse de que lo que decimos no son meras palabras, pero si encuentran en nosotros una constante respuesta de comprensión y de ánimo, los iremos acercando poco a poco a eso que hay de mejor en sí mismos.
- **La tendencia a desaparecer conforme el otro va creciendo:** No sólo afirmamos esta actitud en el sentido de no buscar ser el acompañante el término último de la relación, y en el de que deberá superar todos los egoísmos que le conducirán a buscar consuelos y ventajas personales. Lo afirmamos también en el sentido del riesgo que supone una tal actitud. La mayor parte de los Acompañantes se piensan imprescindibles, no por su propio interés, sino para evitar las angustias y dificultades que los dirigidos tendrían que enfrentar si ellos no actuasen tan visiblemente. Es importante que el acompañado se enfrente a su propia decisión. Ni la misma potencia de Dios quiere obligar al hombre a aceptar la salvación por Cristo. Su libertad de respuesta es esencial para recibir esta misma salvación. ¡Cuánto menos debería arrogarse esta prerrogativa el orientador espiritual en nombre de una falsa caridad u ortodoxia! El Orientador en la fe pretende que la acción de Dios sustituya progresivamente su propia acción. En palabras del evangelista Juan, el orientador puede decir:

«Vosotros mismos sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino de que he sido enviado delante de Él... Es preciso que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,28-30).

6.5 Conclusión

El Diálogo Pastoral es una de las funciones más fascinantes que cualquier cristiano adulto puede ejercer para con su hermano, que le viene a pedir consejo. Ni es



mejor, ni más maduro, ni mucho menos su «padre» en la fe. Es cierto que el Señor concede carismas especiales para este ministerio en su Iglesia. Quienes los poseen saben perfectamente que es un don recibido, y que su mayor responsabilidad es ser canales de la palabra del Padre, que quiere ser oída y producir fruto.

El verdadero protagonista es la persona, que viene al diálogo pastoral. Es ella en su vocación, por la que Dios le llama a una misión en el mundo. Vocación que, como afirma la *Populorum Progressio*, es su realización personal progresiva hasta su plenitud. En último término, lo que debe primar es el respeto al protagonista y su responsabilidad: «cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso» (PP 15).



7 Herramientas para el acompañamiento: El “diario” y el “proyecto personal”

Después de haber analizado las herramientas necesarias para el buen desarrollo de la principal mediación del acompañamiento: la entrevista, corresponde ahora presentar otras herramientas que nos ayudarán al desarrollo de la tarea del acompañamiento en la perspectiva de la personalización que habíamos adoptado como “estilo”.

En realidad, las mediaciones son todas las que pertenecen a la vida espiritual de la persona: la oración, las relaciones comunitarias, la actitud ante el trabajo. Pero aquí hablamos de las mediaciones específicas del acompañamiento⁶⁰.

Toda mediación intenta facilitar el autotrabajo del acompañado. Se trata de ayudarlo con métodos activos que le permitan alcanzar un equilibrio necesario, ya que en toda personalización se ejerce una gran influencia sobre el acompañado. Es conveniente que la persona se trabaje su propio proceso.

Ya hemos dicho que es absolutamente necesario evitar dar recetas, no obstante, la tarea de acompañar exigirá siempre dar pistas de discernimiento y tareas a realizar. Habrá personas a las que será necesario señalar pistas concretas y otras a las que bastará con “lanzar”.

7.1 El diario

Un medio para este trabajo es el “diario”, que puede redactarse simplemente una o dos veces por semana. El diario se convierte en una herramienta importante de acompañamiento en la medida que desempeña una serie de funciones:

- De **terapia de espejo**: Al verbalizar y expresar, hace que sea la misma persona la que se confronta consigo misma. La primera función del diario no es lo que el diario dice -lo que se objetiva-, sino que se va creando un talante existencial nuevo. Esto es lo bonito. Enseña a tomar la vida en las manos. Puede abarcar estos tres aspectos, aunque depende de personas y momentos.
- Ayuda a **expresar, verbalizar**, sin moralismos y “a lo bruto” las experiencias vividas: sufrimientos, recuerdos, desinhibiciones,...

⁶⁰ GARRIDO, *Discernimiento y acompañamiento*, op.cit., pp. 71-72.



- El **autoanálisis**: Permite aprender a hacer el autodiscernimiento. Para esto necesita adquirir un cierto instrumental que se irá proporcionando a través de los encuentros con el acompañante.
- **Planifica acciones concretas** en orden al proceso: El diario no es para expresar grandes deseos (típico del adolescente narcisista). Debe ser un instrumento para afrontar la realidad concreta, por ejemplo, si se vive el problema de temor a ser rechazado, habrá que plantear cuál debe ser la postura concreta que ayude a ser auténtico y crecer en autonomía.

El acompañante debe enseñar a escribir estos aspectos pero dejando al acompañado que lo haga él solo. Es un tema delicado el uso que el acompañante puede hacer de ese diario, porque hay personas con un sentido de su propia intimidad muy especial y no se les puede pedir poder leerle el diario. No es necesario, ni siquiera conveniente, que el acompañante tenga que leerlo. Además existe el peligro de que si sabe que va a leer el acompañado, lo escriba en función de éste. Es un mecanismo inconsciente. Se tratará de que el acompañado “cuente” lo que vaya extrayendo del propio desarrollo del diario.

Lo que sí pertenece a la praxis del uso del diario es que cada mes o dos meses, y sobre todo cuando el acompañado va a hablar con el acompañante, la persona relea su diario y haga su propio discernimiento. Esto es muy práctico. Así el acompañado se dispondrá a hablar no “pasivamente” (esperando que el acompañante le diga qué tiene que hacer), sino que hará su propio discernimiento y tendrá la sensación de que él mismo lleva el proceso. Lo que hará es “confrontar”.

El acompañante es libre para ir más lejos, en su caso, y hacerle ver que su discernimiento es pobre, etc., no tiene por qué atarse a una confrontación; pero se trata de permitir que el acompañado sienta que no es un “espectador pasivo” de su propio proceso

Evidentemente, este planteamiento requiere que se mantenga el principio de que previamente se haga un autodiscernimiento, en el que se pueda valorar qué temas prevalecen, qué hechos han sido más significativos.

La mejor manera de que funcione bien un diario es que llegue un momento en que ya no se necesite, porque uno ha aprendido a vivir la “vida en discernimiento”.

7.2 El “Proyecto Personal”

Habitualmente en nuestra vida cotidiana tenemos excesivas actividades y no queda tiempo para la reflexión y el análisis de nuestra vida que requiere el proceso de acompañamiento; un buen instrumento para ello es la realización del **proyecto personal**.

7.2.1 Requisitos previos

7.2.1.1 *Una mínima madurez humana y cristiana*

Sin ellas, sería imposible elaborar el proyecto personal. Concretando los rasgos de madurez, subrayamos que se tiene en grado suficiente:



- 1) **Autonomía** para “tomar la propia vida en las manos” y abrazar decisiones sensatas, saber elegir y renunciar.
- 2) **Autenticidad** para sumergirse de modo sereno dentro de uno mismo y crecer en el autoconocimiento y en la aceptación. Esto supone:
 - Querer iniciar o conservar un cierto itinerario de autodescubrimiento personal;
 - Reconocerse, es decir, no defenderse ni ocultarse uno mismo, más bien poder decir con suficiente lucidez: “así soy yo”;
 - Aceptarse, es decir, no “moralizar” con culpabilizaciones enfermizas ni con orgullo pretencioso; quererse así como se es.
- 3) **Discernimiento**: apertura al Espíritu, único capaz de iluminar el fondo del corazón y de poder lograr el milagro de hacer salir del narcisismo para confiarse a Dios Padre. Imposible hacerlo sin un camino previo de personalización de la fe, con el cual se hayan asumido ciertos precisos valores evangélicos.

7.2.1.2 *Información y motivación*

Se trata de tener una idea clara de lo que es un proyecto personal, es decir, conocer su finalidad, su conveniencia, su aplicación, etc... Además, una previa motivación para hacerlo, ponerlo en práctica y dejarse acompañar. Sin estas garantías, no conviene ofrecerlo, pues podría tener un efecto negativo (frustraciones culpabilizadoras, desmotivación...) y “vacunaría” a los principiantes de retomar este instrumento en el futuro.

7.2.1.3 *Elaboración personalizada*

Debe elaborarse individualmente. La oportuna discreción de la propia intimidad siempre debe ser garantizada. Será oportuna, a veces imprescindible, la ayuda de un acompañante experimentado que orienta y acompaña la realización y el seguimiento del proyecto. Por ello deberá ofrecer siempre amplios márgenes de confianza, discreción y libertad.

7.2.1.4 *Seguir un método*

Es también necesario seguir ciertos pasos metodológicos que garanticen la realización y el seguimiento fiel del proyecto. El método facilita y agiliza el trabajo. Un buen método debe tener estas características:

- no ser muy complicado
- no moralizar
- recoger toda la complejidad de la vida
- centrar y unificar, sin crear dispersión
- no sobrecargar de exigencias
- ser práctico, comprensible y simple
- ser bien motivado, antes y durante la realización
- invitar a la humildad y al realismo
- respetar la libertad
- ser ligeramente difícil y exigente



7.2.1.5 *Buscar tiempo y lugar*

Es conveniente elaborarlo o revisarlo en el lugar y en la circunstancia convenientes: comienzo del curso o de la actividad pastoral; tiempo de densidad particular (ejercicios espirituales, acontecimiento significativo, momento de regulación personal o de grupo, etc.); en un lugar tranquilo, con ciertas comodidad y facilidades para el objetivo que se quiere alcanzar (silencio, tranquilidad, tiempo); fuera -si es posible- del lugar habitual de vida y trabajo. Se debe tener también un tiempo suficiente para poder elaborarlo.

7.2.1.6 *Adaptar el método al sujeto*

Es necesario tener en cuenta las circunstancias de quien debe realizar el proyecto (edad, cultura, formación, situación actual, orientación vocacional...). Es muy importante saber conocer de cerca su actitud personal de vida (sus opciones, capacidades, necesidades, interese e inquietudes, posibilidades...). El proyecto es para la persona, no al contrario.

7.2.2 **Sensibilización previa**

Antes de comenzar su elaboración conviene justificar teóricamente la tarea. No se trata solamente de resolver las dificultades iniciales, o de ofrecer una guía de realización, sino de motivar convenientemente al sujeto a su realización.

7.2.3 **Toma de conciencia**

7.2.3.1 *Finalidad*

Este primer momento está orientado a evidenciar el problema personal desde el cual se comprende la globalidad de los comportamientos del sujeto. Conviene tener en cuenta en este primer paso dos observaciones:

- 4) A quienes no han hecho nunca ningún tipo de autoconocimiento es preferible invitarles, antes de comenzar el proyecto, a “sumergirse” en el análisis de su realidad y de sus procesos personales: puede ser iluminadora la realización de la propia historia personal o autobiografía. También se puede simplificar su proyecto personal, centrándolo en aquel aspecto concreto que se debe trabajar y madurar, de modo que puedan asumir en breve término los valores desde los cuales proyectar la vida de modo humano y cristiano.
- 5) A aquéllos que tienen ya un cierto hábito de autoanálisis, se les invita a centrarse en lo “esencial”. Es decir, a intentar elegir aquel problema central y concreto que explica el significado del conjunto de las propias vivencias y comportamientos. Se debe llegar, por tanto, a definir el problema central. Éste no es el tema más importante de la propia vida, sino el que debe ser considerado como más urgente, pues otras dimensiones dependen de éste.



7.2.3.2 *Preguntas para la toma de conciencia del problema central*

Debe quedar claro si se es capaz de responder con absoluta sinceridad y honestidad a las cuatro preguntas existenciales que resumen el conjunto de la vida humana. Estas respuestas construyen “condiciones de viabilidad del proyecto personal”. ¿Me encuentro realizado en el conjunto de mi vida?; ¿qué aspecto me crea más problemas y me está bloqueando o frustrando en este momento de mi vida?, ¿en qué aspectos me está afectando y con qué gravedad?; ¿qué espero concretamente de mi vida?, ¿qué aspiración profunda y positiva me seduce más ahora mismo?, ¿cómo la expresaría?, ¿qué espero de ella?, ¿cómo alcanzarla?; ¿qué sentimientos y deseos de cambio produce en mí esta toma de conciencia?, además, ¿qué miedos comporta?; ¿qué o a quién temo en la vida?...

I. TOMA DE CONCIENCIA

- ↳ **¿Me encuentro centrado en el conjunto de mi vida?**
- ↳ **¿Qué es lo que me bloquea?**
- ↳ **¿A qué aspiro?**
- ↳ **¿Cuáles son mis miedos?**

7.2.4 Diagnóstico por áreas

Identificado el problema central se trataría ahora, en este siguiente paso, de “arreglar” la propia vida, aplicando para ello una simple metodología -debe realizarse por escrito y mejor en un cuaderno que con folios-, según los pasos que ahora indicamos:

7.2.4.1 *Indicaciones operativas*

Conviene aplicar al diagnóstico los siguientes criterios, recogidos en verbos de acción; con su orientación facilitarán la tarea:

- 6) **Recordar:** en vez de enumerar los acontecimientos o hechos, que afluyan de modo espontáneo reviviéndolos en el corazón.
- 7) **Nombrar:** dar nombre a los sentimientos, experiencias...; llegando a identificarlos.
- 8) **Analizar:** aprender a leer lo que sucede: Ver lo que hay detrás de esos acontecimientos y experiencias. Se trata de percibir lo “invisible”.
- 9) **Relacionar:** buscar conexiones hasta encontrar el sentido del conjunto.
- 10) **Asumir:** es mi vida, mi historia; sin despreciar nada, sin deformar nada.
- 11) **Dar sentido:** no por ideología que racionaliza, sino con mirada orante que percibe la historia de la salvación.



7.2.4.2 *Las áreas*

En un proyecto de vida cristiana el discernimiento se debe aplicar a cinco áreas fundamentales. Se supone bien hecho el trabajo de autoanálisis previo. Sobre cada área en particular nos hacemos preguntas que ayudarán a indagar. Las que ofrecemos aquí son indicativas. Siempre habrá que adaptarlas a la persona que hace su proyecto:

- 12) **Dimensión humana y salud física, descanso, ocio y tiempo libre:** autoafirmación y agresividad; afectividad y sexualidad; aceptación y autoestima; actitud existencial de confianza, autenticidad, apertura..., las crisis vividas; la identidad personal.
- 13) **Dimensión religiosa:** las imágenes de Dios; la experiencia religiosa; la oración; praxis del discernimiento; vida de fe: opción fundamental, actitud-virtud; la formación religiosa.
- 14) **Dimensión vocacional:** discernimiento de la vocación laical o de especial consagración; praxis del seguimiento de Jesús; los compromisos derivados de la propia vocación -votos- o estado de vida -deberes conyugales y familiares-.
- 15) **Dimensión comunitaria:** relaciones personales; integración; tratamiento de los problemas; comunicación; sentido de pertenencia; praxis comunitaria en sus exigencias particulares de convivencia, colaboración y comunión.
- 16) **Dimensión de testimonio-compromiso:** trabajo profesional, compromiso, testimonio, opción por los pobres, capacitación y formación permanentes, sensibilización hacia las situaciones de necesidad, espiritualidad...

II. DIAGNÓSTICO POR ÁREAS

ÁREAS	LO POSITIVO	LO NEGATIVO	TEMA "EJE"	PRIORIDADES
DIMENSIÓN HUMANA				
DIMENSIÓN RELIGIOSA				
DIMENSIÓN VOCACIONAL				
DIMENSIÓN COMUNITARIA				
TESTIMONIO COMPROMISO				

7.2.4.3 *Diagnóstico en dos momentos*

- 17) **Primer momento:** determinación de los temas "eje". Se comienza analizando separadamente cada área, registrando los dos o tres aspectos positivos o negativos de cada una de ellas que consideramos más significativos por su urgencia. Cuando se ha hecho este análisis de las distintas áreas, a la vista de los datos recogidos, se debe seleccionar el tema eje de cada área. Se trata de centrar la atención en aquel punto que se considera "nuclear" en cada área para que tenga una mayor resonancia en la propia vida.



- 18) **Segundo momento:** determinación de la prioridad: Del conjunto de todos los temas eje, seleccionaremos a continuación aquella prioridad que emerge como la más relevante (por la influencia que tiene sobre las demás áreas; por su peso específico; por su gravedad). De esta última extraemos con precisión sus dos aspectos positivos o negativos más significativos. Conviene dar un repaso, en este momento, a la influencia real que esta prioridad tiene sobre las otras áreas ya analizadas. Es una mirada unificadora de todo el conjunto. Nos ayuda a entender nuestra vida en bloque, con ojo limpio que reconoce el alcance del problema central.

7.2.5 Orientaciones de la vida

Todo lo que se indica en esta nueva tarea lo definimos como “orientaciones”, pues quiere expresar un ámbito de aspiraciones personales hacia las que se desea caminar. No son todas decisiones que comprometan -comprenderían demasiados aspectos y el proyecto se haría imposible-. La sobrecarga de exigencias no es recomendable. Pero es bueno diseñar el horizonte de aspiraciones que dan sentido a las determinaciones que se van a asumir.

7.2.5.1 Definición de los objetivos generales

El siguiente paso consiste en ver con realismo, sin voluntarismos ni proyecciones de la fantasía, hacia dónde se debe caminar, hacia donde apunta en nosotros el Espíritu. Se trata de poner por escrito el ideal al que se aspira en el momento en que estamos viviendo. Ideal que debe ser razonable, deseado, personalizado, realizable a medio o largo plazo.

Debe ser un ideal claro y no muy amplio. Conviene que pueda describir con autenticidad el rostro actual de la propia vocación, con perfiles nítidos. No se trata de forzar los procesos, sino más bien de abrirse simple y pacientemente hacia lo que va pidiendo la propia vida y el Espíritu renovador, en la medida en que se hace conocer y sentir en la propia conciencia.

7.2.5.2 Definición de los objetivos específicos

Los objetivos específicos clarifican y hacen posible alcanzar los objetivos generales propuestos. Deben dar respuesta directa al problema que se ha visto en el diagnóstico de la situación personal y, además, debe tener en cuenta los objetivos generales. Estos objetivos específicos deben ser: realistas, prácticos, concretos, convergentes y evaluables.

No se trata de anunciar aquí los grandes ideales de la propia vida. Esto ya ha sido hecho antes en los objetivos generales. Ahora se trata más bien de responder al problema iluminado por el análisis de la situación con un objetivo muy concreto y bien definido. Los objetivos específicos se refieren a aspectos concretos de la vida que pueden ser evaluables: si se ha trabajado en ellos o no, si se ha progresado o no. Conviene no exagerar ni complicar las cosas, se trata más bien de concentrarse en la prioridad evidenciada y apoyarla desde las otras áreas.



7.2.5.3 *Determinación de los recursos*

- 19) Los recursos son aquellos medios muy concretos que se establecen para pasar de la situación en que se encuentra el individuo a la situación a la que se aspira.
- 20) Para poder señalar los recursos convenientes se debe haber alcanzado primero un suficiente autoconocimiento y un pronunciamiento de las propias opciones que hacen dinámica la vida. Hay que evitar los voluntarismos perfeccionistas o los conformismos satisfechos. Estos recursos se obtienen respondiendo a estas preguntas concretas: ¿Qué voy a hacer?; ¿cómo lo voy a hacer?; ¿dónde lo voy a hacer?; ¿cuándo lo voy a hacer?; ¿con quién lo voy a hacer?...
- 21) Los recursos elegidos deben tener cuatro cualidades:
1. Ser **concretos**. No se trata de deseos vagos, sino de compromisos muy definidos y concretos.
 2. Ser **realistas**. No se trata de aspirar a mucho. Una medida sabia es la de saber ponerse delante las cosas ligeramente difíciles o ponerse “un poco menos” de lo que uno calcula en la exaltación de la confección del proyecto.
 3. Ser **evaluables**. El mismo sujeto debe poder verificar y medir con facilidad si está cumpliendo o no lo que se había propuesto. Si el recurso no es evaluable, no es un buen recurso.
 4. Ser **congruentes**. Es decir, deben centrarse y orientarse hacia la prioridad sobre la que se quiere trabajar y progresar.

III. ORIENTACIONES

OBJETIVO GENERAL

ÁREAS	OBJETIVO ESPECÍFICO	R E C U R S O S				
		¿QUÉ?	¿CÓMO?	DÓNDE?	¿CUÁNDO?	¿CON QUIÉN?
DIMENSIÓN HUMANA						
DIMENSIÓN RELIGIOSA						
DIMENSIÓN VOCACIONAL						
DIMENSIÓN COMUNITARIA						
TESTIMONIO COMPROMISO						



7.2.6

7.2.7 Determinaciones sobre la vida

De las orientaciones vistas y no de otras, se eligen dos o tres solamente, a las que llamaremos “decisiones”, indicando así que son las “determinadas determinaciones” en las que el individuo se empeñará duramente, sin ningún tipo de concesiones a la pereza ni al desánimo. Por eso, su elección debe ser muy justa y ponderada.

IV. DETERMINACIONES

¿QUÉ?	¿CÓMO?	¿DÓNDE?	¿CUÁNDO?	¿CON QUIÉN?

7.2.8 Evaluación

La evaluación es una parte esencial del proyecto. Todo el proyecto que no es evaluado, se devalúa. Por eso conviene señalar tiempos adecuados y amplios para la evaluación. Es preferible hacer pocas evaluaciones, pero bien hechas, que muchas superficiales.

Cuando se evalúa el proyecto se está evaluando también la propia dinámica de crecimiento o de estancamiento, de aliento o desaliento, de constancia o volubilidad, de la profundidad de las propias motivaciones. La evaluación debe centrarse en el eje central o prioridad, principalmente.

V. EVALUACIÓN

¿QUÉ?	¿CÓMO?	¿DÓNDE?	¿CUÁNDO?	¿CON QUIÉN?

7.2.9 Simple redacción

Es de gran importancia dejar el proyecto escrito en la forma más clara y concreta posible. No sólo para hacer la evaluación, sino también porque expresándose por escrito precisamos mejor las ideas y acertamos mejor con los objetivos y con las mediaciones.



8 Acompañamiento espiritual y discernimiento vocacional

El seguimiento de Jesús nos lleva a descubrir la voluntad de Dios para cada uno y cómo esta se concreta aquí y ahora, en las circunstancias personales e históricas. La vocación de cada uno es intransferible y pide respuesta sin engaños ni dilaciones. Responder vocacionalmente con toda la persona y en toda la vida es el objetivo de la pastoral de la Iglesia. De alcanzar esta meta depende en gran parte la madurez cristiana y la realización personal. Dios quiere para nosotros lo mejor y nos da la gracia que necesitamos para corresponder a lo que nos pida. Una de las tareas prioritarias del acompañamiento personal consiste en el discernimiento vocacional. Expondremos a continuación cómo se sitúa el discernimiento vocacional en la pastoral, cuáles son sus contenidos y dinamismos y cómo debe ser el papel del acompañante.

8.1 La pastoral vocacional en la pastoral juvenil

La pastoral juvenil y la pastoral vocacional no son dos pastorales paralelas con proyectos autónomos e incommunicados, sino que la pastoral juvenil debe concebirse y hacerse toda ella con perspectiva vocacional. Por consiguiente, las opciones de fondo y los planteamientos de una y otra pastoral deben estar perfectamente entroncados y ser convergentes. Dentro de este planteamiento general cabe hacer una precisión: es necesario y urgente intensificar lo vocacional específico en las etapas posteriores a la convocatoria e iniciación. La pastoral a las vocaciones específicas supone lo genérico, no es un añadido, sino la concretización de la globalidad. El carisma común a todo bautizado es vivir como tal en medio de los retos de la historia; esto debe actualizarse y concretarse en cada uno según la voluntad de Dios expresada en la llamada vocacional. El sujeto fundamental de la pastoral vocacional es la comunidad convocante, pues ella es la que interroga (provoca), acompaña (proceso de maduración) y recibe (identificación vocacional). La propuesta del reino de Dios se traduce en ser hermano y discípulo, y la comunidad cristiana aparece como el lugar e instrumento privilegiado al servicio del Reino; la comunidad cristiana, cualquiera que sea en sus múltiples formas y modalidades, debe ser una invitación y cauce concreto para encontrar el propio proyecto de vida.



8.2 En la etapa de profundización deben hacerse las propuestas vocacionales explícitas

En esta etapa se profundizan los aspectos más importantes de la vivencia de la fe, como son la cristología, la oración y los sacramentos, las exigencias de la comunidad y los aspectos del compromiso (afectividad, profesión y pertenencia). En este momento del proceso de maduración la pregunta central consiste en ver con quién vivir, amar, dar la vida, trabajar y pertenecer. Responder a esta pregunta exige un acompañamiento-discernimiento personal según el proyecto de formación y la presencia del acompañante, pues ambos constituyen los elementos de contraste personal que facilitan el crecimiento. Para ello:

- *Diálogo que ayuda a objetivar la experiencia y su repercusión en la conciencia.* El acompañante ilumina esta búsqueda de la voluntad de Dios a través de la relectura de la vida desde Jesús y su evangelio.
- *Necesidad de ámbitos de silencio y ayuno que purifiquen los intereses personales y ayuden al joven a descentrarse de sí y centrarse en Dios y su voluntad.* Sólo en el yo profundo se puede encontrar la voz de Dios, las llamadas angustiosas de los hombres y sentir las intuiciones del corazón.
- *Discernir desde los valores del Reino que son:* la opción preferencial por los más pobres, la pertenencia comunitaria y la actitud de disponibilidad. Estos valores no se imponen desde fuera ni son fruto del esfuerzo voluntarista; por el contrario, deben ser descubiertos y acogidos para que nos alcancen a nosotros.
- *Carácter totalizante de la vocación.* En la dimensión psicológica y en la dimensión de fe la persona debe sentirse alcanzada globalmente porque todos los aspectos vitales se van a ver implicados en un proyecto totalizante. Se pone en juego toda la persona y su futuro; con lo cual, todo queda relativizado y subordinado a la opción fundamental.
- *Dialéctica entre identidad personal y pertenencia institucional.* Los valores se encarnan en modelos y la formación se realiza a través de cauces concretos que posibilitan y mediatizan la identificación vocacional. Sólo quien escoge y concreta puede madurar; sólo quien vive en actitud de apertura creativa sin dejarse ahogar por las estructuras llegará a ser persona lograda y fiel al dinamismo de la gracia.

8.3 Atención a los elementos afectivos del proceso vocacional

La maduración de la persona tiene mucho que ver con la coherencia entre la cabeza (razón) y el corazón (afectividad) superando toda polarización o reduccionismo. Hay un «saber» vital que consiste en saborear la existencia y conducir la propia vida de manera que uno sea lo que realmente quiere y se realice plenamente como persona libre, feliz y solidaria, tres aspectos que son inseparables en la persona desde cualquier antropología humanista.



Llegar a esta sabiduría es un proceso lento, con etapas y dinamismo específicos. Implica los siguientes pasos:

1) *Receptividad a través del:*

- a. Reconocimiento de datos personales, históricos, religiosos, eclesiales, etc. ¿Qué se nos quiere comunicar en y a través de ellos? La respuesta implica percibir las llamadas profundas, la invitación de Dios, los signos de los tiempos, las posibilidades, etc.
- b. Comprensión del contenido que se encierra en un mensaje. A partir de los datos anteriores se relea la palabra de Dios y se aceptan las interpelaciones del evangelio. Supone afán receptor acompañado de un caer en la cuenta y de actitud de apertura a toda interpelación.

2) *Respuesta a lo que se ha percibido y que lleva a:*

- a. Aplicar todo ello a una nueva situación en la que se quiere responder, se desea responder, se encuentra a gusto respondiendo y puede llegar al heroísmo de dar la vida en y por el compromiso tomado.
- b. Análisis del porqué quiero responder así, aquí, en esto, etc. Se trata de llegar a los valores que subyacen a las respuestas que se van tomando. El valor supremo y último de Jesús fue el Reino como cumplimiento de la voluntad del Padre. Las actitudes de Jesús fueron aceptar preferencialmente estos valores y comprometerse con ellos en una entrega total.

3) *Consecuencias de lo descubierto y aceptado para organizar la vida a partir de ahora.* Supone una nueva síntesis vital que pasará a caracterizar el ser y actuar de la persona que se siente alcanzada por la lectura de la vida desde la persona y el evangelio de Jesús.

Los valores, si son auténticos, «cogen por dentro» a la persona, es decir, alcanzan la esfera afectiva y desde ahí se conoce, como dice san Ignacio, «para más amar» y «para más seguir»; es necesario comprender y amar antes de responder. La vocación de cada uno es un modo de ser que engloba al modo de relacionarse y lo que se hace; uno y otro aspecto se viven en un contexto socio-histórico en el que hay que encarnarse, previo un análisis crítico-creyente. La Palabra de Dios y la acción del Espíritu ayudan a anticipar la utopía del Reino a través de actitudes testimoniales y de gestos personales y comunitarios.

Tener vocación es sentirse llamado a algo que pone en juego toda la persona desde una actitud de conversión y para el anuncio-construcción del Reino. La cuestión candente de la pastoral juvenil consiste en comprobar si ayudamos o no a los jóvenes a hacer proyectos que globalicen toda su vida y realidad. En este sentido, la concepción cristiana choca y es irreconciliable con determinadas antropologías reduccionistas que absolutizan un aspecto de la persona y cercenan otros. La antropología cristiana es heterocéntrica, pues concibe la plena realización del yo en la apertura relacional comprometida con el Tú de Dios y el tú de los otros y para otros. Esta apertura al Dios revelado en Jesús y a los más pobres se hace proyecto de vida en fidelidad; ahora bien,



descubrir y optar por este proyecto vocacional exige un proceso educativo y el ejercicio del discernimiento cristiano.

8.4 El acompañante espiritual ayuda a formular el proyecto vocacional de vida

El deseo y la aspiración básica y fundamental de todo ser humano es ser feliz y encontrar la felicidad por los medios adecuados. Aun permaneciendo esta actitud, no siempre se es feliz porque fallan los medios; más aún, se impide y traiciona radicalmente la posibilidad de ser feliz cuando los medios se transforman en fines. Los jóvenes de hoy sufren la falta de utopías globalizadoras que orienten e impulsen el caminar y la búsqueda de sentido; padecemos también una abundancia informativa sin referencias que posibiliten su valoración y ordenación. Si a ello añadimos el ambiente hedonista y erotizado que todo lo envuelve, obtenemos como resultado una inseguridad existencial por la falta de valores y modelos que propicien la identidad personal y la toma de decisiones. Sin decisiones importantes la adolescencia se prolonga indefinidamente y puede llegar a colorear la vida entera del adulto.

La vocación a la que todos estamos llamados es la de ser plenamente felices respetando nuestra propia autonomía y condición; el hombre es feliz cuando se abre al dinamismo de amor y desde ahí plantea todo lo demás. Dentro de estas coordenadas se sitúa la visión cristiana de lo que llamamos vocación, compromiso y proyecto. Conviene clarificar y distinguir bien estos términos para mejor matizar el proceso de acompañamiento encaminado al discernimiento vocacional, meta de la pastoral juvenil y del acompañamiento espiritual.

8.4.1 Vocación

Todos los hombres estamos llamados a acoger el amor de Dios revelado en Cristo Jesús, muerto y resucitado por nuestros pecados, y presente por el Espíritu en la Iglesia y en el mundo. Intentar vivir desde este amor y por este amor hace de Dios el centro de la persona, el motor de la vida y el horizonte de la historia. Podemos amar porque primero hemos sido amados por Dios de una forma insospechada y desbordante. Aprender a ser queridos por Dios y desde ahí amar a los otros con el corazón, la cabeza y la voluntad es la vocación a la que todos estamos llamados por el bautismo y la confirmación.

8.4.2 Compromiso

Si somos queridos por Dios y queremos a los demás, si el horizonte del reino de Dios es la fraternidad universal, si hay que transformar el mundo, ¿qué hacemos con nuestra vida y posibilidades? Para poder responder a este interrogante necesitamos oír y sentir los «gritos» de los hombres de nuestros días, sus angustias y aspiraciones, sus fracasos y frustraciones, sus engaños e idolatrías. Para hacer de toda la vida una acción comprometida hay que empezar por analizar la realidad desde los datos que nos proporcionan las ciencias humanas iluminadas por la palabra de Dios. La meta es



situarse de forma empeñativo-transformadora ante la realidad humana pero para ello necesitamos saber qué pasa y qué tenemos que hacer, lo cual requiere un método de análisis creyente de las situaciones plurales y cambiantes. Realidad humana interpelante, iluminación con la palabra de Dios y actitud comprometida son los elementos de la liberación cristiana.

8.4.3 Proyecto

En la medida en que se pone el amor de Dios en relación con las realidades históricas y eclesiales, se va descubriendo lo que personalmente y de manera concreta se puede hacer para no ser conformistas y pactar con la injusticia. Lo que cada uno puede hacer previo conocimiento personal de aptitudes, análisis de la realidad circundante y discernimiento de la voluntad de Dios, se convierte en deber, es decir, en exigencia personal libremente asumida como camino de salvación y realización humana en solidaridad con los más necesitados.

A la hora de elaborar el proyecto, el miedo a comprometernos, a comprometer el futuro -que es el auténtico compromiso-, nos lleva a vivir de apariencias y sucedáneos que nos impiden radicalmente ser felices, ya que la felicidad supone la integración del espacio (realidad humana) y el tiempo (historia). Para poder hacer el proyecto personal:

- No hay que dejarse dominar por el pasado que ata, aunque haya que tenerlo en cuenta.
- No hay que aplazar indefinidamente las decisiones, pues el futuro no comprometido miente, ya que detrás de nada hay nada. El futuro está en germen en el presente que, regado por el pasado y abierto al futuro, aparece como «posibilidad» kairós de gracia y salvación.
- La voluntad de Dios, a través de las necesidades humanas y de salvación, pide una respuesta «aquí y ahora». En esta respuesta se compromete la responsabilidad, la fidelidad del creyente y la realización según el evangelio.

8.5 ¿Cómo se hace el proyecto de vida?

Para que un proyecto sea cristiano debe corresponder al proyecto del Reino, que exige al creyente arriesgarse en los aspectos importantes y fundamentales de su existencia. La expresión del riesgo y radicalidad del proyecto de vida se mide por la convergencia y unificación de la realidad exterior e interior de la persona. Por lo mismo, el proyecto antes que nada es una actitud que unifica cabeza, corazón, voluntad y acción. Esta actitud surge como resultante de una vida planteada y vivida desde la persona y el evangelio de Jesús, es decir, desde el mandamiento del amor. Este valor actúa como el valor central desde el que se relativiza u ordena todo lo demás: conciencia, relaciones y estructuras. Al organizar el amor la jerarquía de valores y relaciones, surgen las opciones básicas a nivel personal, social y político que son paradigma de una vida comprometida.



8.5.1 Opciones a nivel personal

La profesión y el estado de vida son las dos realidades que centran la vida del adulto y le insertan de modo significativo en la sociedad. Veamos cada una de ellas por separado:

8.5.1.1 *Profesión*

Las profesiones constituyen el medio y las plataformas de participación en las estructuras socio-laborales desde las que se pueden mejorar las relaciones y el modelo de sociedad. A la hora de seleccionar los criterios para elegir una u otra profesión, el creyente debe primar la motivación de influir por el trabajo -qué trabajo, cómo ejercer la profesión, desde dónde, para quién, con quién- en la humanización de las estructuras. El tipo de cultura que subyace a toda orientación profesional tiene que ver con el tipo de hombre y de sociedad que se busca; el cristiano opta por los valores solidarios y la participación en todos los niveles.

8.5.1.2 *Estado de vida*

En esta opción están implicadas las inclinaciones más básicas del ser humano, pues alcanza lo más íntimo del hombre y la mujer, la afectividad. Para el creyente hay dos opciones: el matrimonio y el celibato por el Reino:

- **El matrimonio:** El surgimiento de la pareja y el noviazgo ha supuesto para muchos creyentes el abandono del grupo, la militancia y los planteamientos evangélicos. Todo ello se ha debido a una concepción del matrimonio burguesa, individualista y sometida a intereses exclusivamente afectivos. Si el estado de vida es una opción global y totalizante, son los dos componentes de la pareja los que deben realizar juntos un proyecto vocacional de vida según los valores del evangelio y con referencia a la comunidad cristiana. Esto dará un estilo nuevo a las relaciones afectivas, presencia solidaria, vida matrimonial, inserción eclesial, etc.
- **El celibato por el Reino:** El celibato evangélico es signo claro de entrega, servicio y actitud profética. La renuncia a vivir la afectividad en un contexto erótico-sexual debe traducirse en una mayor presencia entre los pobres como sacramento de Cristo y de la acción del Espíritu. Los valores de universalidad y disponibilidad, así como la “memoria subversiva” del estilo de vida de Jesús, son los que mejor especifican el «celibato por el Reino». Matrimonio y celibato, como carismas y formas distintas de vivir el amor, se complementan mutuamente. El celibato recuerda constantemente que el amor cristiano es incondicional, fraternal y universal empezando por los más pobres; el matrimonio recuerda de manera concreta que la eficacia en el amor tiene que ser también afectiva y concreta, para no caer en idealismos o ascetismos que separan de la realidad y potencian el individualismo no comprometido.



8.5.2 Opciones a nivel social

El barrio donde se vive, la acción sindical, el compromiso cultural-educacional y la parroquia son las estructuras donde la persona vive y actúa en lo cotidiano de cada día. La opción base es la de la encarnación en actitud solidaria, concientizadora y comunitaria.

El creyente y la comunidad a la que pertenece no pueden ser meros espectadores de lo que sucede, sino que por la presencia, el testimonio y la evangelización procuran construir el reino de Dios. Hoy más que nunca se necesita una actitud de no dejarse manipular, de superar el consumismo y de redescubrir los valores fundamentales de la vida; ayudar a tomar conciencia de lo que significa ser hombre es imprescindible para encontrar la propia identidad personal y social. Las mismas estructuras de las obras eclesiales deben ser modelo y referencia de los valores evangélicos y de lo que el cristiano trata de conseguir en la sociedad.

8.5.3 Opciones a nivel político

La salvación cristiana es una propuesta de liberación total y el reino de Dios tiene su traducción en cada momento histórico sin identificarse con ningún modelo concreto. Las exigencias de los valores del Reino también alcanzan la esfera de lo económico y de lo político. Ante estas realidades la Iglesia y cada creyente nunca son neutrales, sino que de una u otra manera se toma partido; la cuestión de fondo es si las opciones tomadas son las más evangélicas. El mandamiento del amor tiene implicaciones políticas; en la actuación política el cristiano debe tomar partido por los más pobres que luchan por la consecución de las metas mínimas y básicas de la existencia humana. Estos objetivos fundamentales de humanización deben ser releídos en cada época y situación sociohistórica. Las opciones de partido que algunos cristianos hacen, deben asumir los siguientes requisitos:

- La opción política debe ser la consecuencia de un proceso de compromisos profesionales y sociales.
- La política debe vivirse desde la cosmovisión de la fe, sin que esto suponga negar la autonomía de lo humano.
- La opción política no puede hacerse sin tener en cuenta el diálogo con la comunidad. Si la comunidad es el punto de partida de la vivencia de la fe, desde ella hay que vivir también todas las demás opciones. Exige comunidades maduras que asuman el pluralismo desde la unidad en lo fundamental: la fe en Jesucristo, la primacía del amor y el horizonte de la esperanza.

Todos los compromisos del cristiano se plantean y viven desde la fuerza interior que es Jesús y su Reino; no hay compromiso auténtico que no parta de la vida interior que asegure la coherencia entre lo interior y lo exterior y posibilite el anuncio de la Buena Noticia. Es decir, la evangelización en sus múltiples modalidades es lo nuclear del compromiso cristiano. Los diferentes compromisos de las comunidades y los cristianos no pueden vivirse al margen de la animación de catecumenados juveniles a los que los jóvenes se sienten convocados y aprenden en el seguimiento de Jesús a testimoniar y trabajar por los valores evangélicos desde la conversión personal. Para



esta labor es imprescindible la formación de jóvenes evangelizadores y catequistas de otros jóvenes, profundamente creyentes, que viven su fe en comunidades encarnadas en la realidad que hay que transformar y salvar.

8.6 Asegurar la dinámica propia del discernimiento cristiano

Según la definición de Bots, por discernimiento cristiano entendemos: «Bajo qué condiciones y siguiendo qué proceso puede una comunidad o grupo llegar a tomar una decisión que no venga empujada por motivaciones meramente racionales o emotivas, derivadas del interés, sino a la luz de la voluntad de Dios».

El objetivo de este apartado es definir las condiciones y el proceso para poder hacer un buen discernimiento, y que este sea cristiano. La preocupación del catequista de adolescentes y jóvenes es: ¿cómo alumbrar en cada etapa la experiencia de Dios que vaya preparando la opción vocacional?

Antes de entrar en las actitudes para hacer un buen discernimiento y en las fases del proceso de discernimiento, fijemos nuestra atención en los requisitos previos:

a) **Superar la tentación de huir de la propia historia:** Nos referimos al ambiente, cualidades, posibilidades, defectos y limitaciones de cada persona. No puede haber discernimiento verdadero y apropiado si no es desde el conocimiento propio sin dejarse agobiar por el mismo, pues la actitud creyente se define por «salir de la propia casa», fiarse de la promesa de Dios y caminar hacia la tierra prometida. Lo que más nos cuesta es mantener la esperanza en medio de la realidad frustrante y conflictiva, pero ahí es donde la gracia de Dios manifiesta más su fuerza y su poder.

b) **Enlazar pasado, presente y futuro desde el descubrimiento de la historia de los hombres llena de contrastes, desigualdades e injusticias:**

El proyecto de fraternidad es el único que puede hermanar, sin polarizaciones o reduccionismos, la igualdad y la libertad. La solución técnica de los problemas pasa por la solidaridad y esta sólo se empuja desde la vivencia de la fraternidad. La revolución solidaria exige la militancia integral, es decir, testimonio y profecía como base de toda acción para que la revolución no se quede en burocracia adornada por principios éticos y facilitadora de comportamientos burgueses e insolidarios.

c) **Inventar lo que está pasando para que se explicita la historia de la salvación:** Vivir el presente con todas sus limitaciones y contradicciones sabiendo que a pesar de todo la vida triunfa y camina hacia la plenitud, porque Cristo resucitado es el gran Viviente, principio y fin de la historia. Estamos hablando de la relación dialéctica entre utopía y realidad; hay que palpar la densidad de la historia y aventurarse por lo no probable, pero sí posible, sin rendirse a la tozudez de los hechos ni entregarse a idealismos fuera de la realidad. Hay que inventar desde el origen, es decir, desde la memoria del acontecimiento pascual y abrir expectativas hacia la plenitud, sin olvidar que esto exige una actitud martirial. El principio de todo es «Amaos como yo os he



amado»; desde ahí hay que mantener los medios en su sitio e impedir que se hagan fines. Importa mucho medir los cómo: cómo ser hijo, cómo ser hermano, cómo ser pueblo, cómo ser alternativa, cómo encarnar la utopía, cómo poner a producir las intuiciones, cómo ser concreto, cómo ser fiel, etc. El discernimiento se hace siempre desde la percepción de dónde se está, y a través de la síntesis de lo vivido avanzar sabiendo cuál es el paso siguiente. En este proceso necesitamos dar nombre a lo que hemos intuitido y para ello precisamos los criterios del discernimiento que hizo Jesús, actitudes adecuadas y seguir la metodología del discernimiento.

8.6.1 El discernimiento de Jesús

Jesús era Dios desde el primer momento de la encarnación y traía la misión de hacer la voluntad del Padre para salvar a la humanidad. Con todo, fue viviendo el cómo de su misión a través de las situaciones socio-históricas que le rodearon; para ello superó las tentaciones del tener, saber y dominar y optó por el ser, servir y compartir a través de la solidaridad con los pobres, enfermos, pecadores y marginados. De la conducta de Jesús podemos sacar los siguientes criterios de discernimiento:

- No es suficiente optar por un fin bueno, pues tan importante como eso es la elección de los medios.
- Jesús no eligió los medios más eficaces según la mentalidad e interés de los hombres; al contrario, todo lo planteó desde la solidaridad con el débil.
- Eligió una solidaridad «parcial» (preferencial respecto del pobre, «sin límites» (amó a todos) y «conflictiva» (hasta el extremo de dar la vida).

8.6.2 Actitudes previas para un buen discernimiento

Con las palabras previas se indican las actitudes sin las cuales no se puede dar un discernimiento libre de intereses racionales o afectivos y en consonancia con la voluntad de Dios. Las principales actitudes son:

- **Buscar ante todo y sobre todo la voluntad de Dios:** El reino de Dios es el horizonte único desde el que se encuentra lo que Dios pide para cada uno.
- Es necesario **integrar y utilizar las aportaciones de las ciencias humanas**, pues el evangelio no da respuesta a los problemas, aunque sí los ilumina y redimensiona.
- **Descentrarse de los esquemas e intereses personales** que actúan a modo de ideología justificadora para centrarse en Dios y su justicia. Únicamente se puede romper este círculo ideológico desde la opción preferencial por los pobres.
- **Plantearse todas las pequeñas opciones desde la opción fundamental cristiana:** Jesucristo, su causa y mensaje. Sin este centro de consistencia es difícil la fidelidad, la coherencia y el sentido de la vida.

8.6.3 Etapas del proceso de discernimiento

Entramos ahora en el aspecto metodológico que asegura que el proceso llegue al final:



1. Lo primero de todo es centrar bien el contenido sobre el que se quiere discernir. Acotada la materia es preciso recalcar que se discierne sobre los medios y no sobre el fin, que se da por supuesto: hacer la voluntad de Dios.
2. Situarse mental y afectivamente en la presencia de Dios, en actitud de indiferencia respecto del propio querer e interés para que se pueda dar la diferencia a favor de Dios y su causa. Ponerse en manos de Dios y estar dispuesto a todo, sea lo que sea, en actitud de confianza y disponibilidad.
3. Tiempo de análisis y reflexión en contexto de oración para ver qué mociones se sienten y poder comunicar desde la propia conciencia lo que se haya intuido.
4. Compartir con la persona que acompaña todo lo que se va sintiendo desde el conocimiento interior de Jesucristo, y en la búsqueda de lo que Dios quiere. Así se asegura la objetividad en la toma de decisiones.
5. La toma de decisiones que se hayan discernido como las más apropiadas y que se leen como voluntad de Dios; sólo la puesta en práctica de estas decisiones puede confirmar si se está en lo cierto o no.

A modo de conclusión digamos que no hay discernimiento sin ruptura con los criterios ajenos a la fe, lo cual exige vigilancia y valentía, pues las decisiones discernidas van a afectar -si se asumen- todas las facetas de la vida humana y el futuro de la persona. El quehacer de la pastoral juvenil que no llegue a estos niveles de profundidad traiciona su presupuesto fundamental: ayudar a la maduración de la vocación, lo cual no se puede hacer sin buscar y encontrar la voluntad de Dios para cada uno que se concreta en el proyecto de vida.

8.6.4 Tiempos para hacer sana y buena elección

El discernimiento lleva tiempo porque parte del conocimiento vivencial de Jesús al que no se llega sino es por la interiorización y personalización de la fe. Es decir, exige libertad interior para elegir algo que engloba toda la persona y tiene carácter de radicalidad. Llegar a afirmar como san Pablo en Flp 3,8: «Cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente a Cristo Jesús, mi Señor», es una gracia que hay que pedir desde una actitud de humildad y estando muy atento a la acción del Espíritu.

No se puede llegar hasta el final si no es quitando lo desordenado que me impide responder adecuadamente. Para ello hay que ver los engaños, proyecciones y justificaciones que uno se hace para hacer primar su proyecto sobre el querer de Dios manifestado a través de los acontecimientos eclesiales e históricos. Sólo superando estos obstáculos y sintiéndose «seducido por Cristo» (cf. Gál 2,20) se puede uno lanzar a la locura del seguimiento y tomar las decisiones más arriesgadas sustentadas en el homo serviens y el Abbá, que dan la fidelidad en los momentos de crisis y mantienen el proyecto de «ojos nuevos» y «manos nuevas» para que el mundo sea Reino. Porque



«Yo estoy con vosotros hasta el final», «no tengáis miedo» y «dad de balde, lo que de balde habéis recibido».

Este camino se hace cada día; con todo, hay situaciones en que se intensifica el discernimiento por las decisiones que se tienen que tomar o el momento personal que uno atraviesa; nos referimos a los «encuentros» o «ejercicios de discernimiento» con duración de ocho días a un mes.

8.7 Estructuración del acompañamiento que posibilite el discernimiento vocacional

Estamos ante la experiencia que actúa como hilo conductor de todo el proceso de maduración de la fe al que sirve la pastoral juvenil-vocacional. En este hilo conductor se van a ir colgando todas las demás piezas y elementos, válidos en sí mismos, pero que si no tienen soporte no encajan bien y terminan por desaparecer.

La primera exigencia del acompañamiento es que no es una actividad voluntaria, sino el elemento constitutivo que da unidad a todo lo demás a través de la personalización; por ello Juan Pablo II define el acompañamiento -sobre todo si va unido al sacramento de la reconciliación- como «una escuela sistemática de vida interior» (Mensaje a los jóvenes en el año de la juventud 1985). Si es algo sistemático debe estar perfectamente estructurado, no para ahogar la creatividad, sino para liberar energías y facilitar la consecución de los objetivos propuestos.

Vamos a describir brevemente la estructura del acompañamiento personal, es decir, lo que tiene que ir viviendo la persona en lo profundo de su vida y que está más allá de los temas y actividades, y donde el grupo como tal o cada uno por sus propios medios o posibilidades difícilmente puede llegar. Para ello vamos a recopilar y organizar muchas cosas sabidas para verlas de manera orgánica y funcional:

8.7.1 Punto de partida

Ser cristiano se define como la búsqueda de la voluntad de Dios en la vida y su concreción en cómo, dónde y con quién va a ser vivida. A ello nos ayuda el seguimiento de Jesús vivido en grupo catecumenal y el conocimiento interior del misterio cristiano que hay que sentir y gustar.

El acompañamiento asegura la objetividad, tanto en el encuentro con uno mismo como en el conocimiento de Cristo. Se pide al acompañado cierta docilidad al Espíritu que impida cualquier manipulación de lo que Dios quiere. La búsqueda seria y sincera de la voluntad de Dios exige someterse a una cierta disciplina que lleva a compartir periódicamente la vida desde lo profundo del yo, pues tanto el acompañante como el acompañado tratan de guiarse y fiarse de la fe. Es fundamental asumir este proceso de mutuo acuerdo.

8.7.2 El rol del acompañante

En el proceso de rastrear el paso de Dios por la vida de las personas el rol del acompañante es el de:



- **Objetivizar** lo que pasa con la mayor fidelidad posible; para ello actúa como espejo de lo que ocurre y testigo de la fidelidad a Dios.
- **Pedagogo** por la propuesta de tareas que ayudan al joven a caminar y a evaluar los logros obtenidos.
- **Experto sapiencial** en discernimiento de espíritus que facilita la lectura de lo que pasa para encontrar el significado-sentido de las cosas y ver por dónde se quiere caminar.
- **Apoyo y estímulo** que facilita la superación de las dificultades y sostiene los ánimos.

8.7.3 El sujeto que vive el acompañamiento

El acompañado debe asumir el hablar desde lo profundo de su ser sabiendo que cuando se da esta comunicación la persona es aceptada y querida incondicional e independientemente de lo que comunique. Con todo, tiene que controlar la transferencia de emociones y sentimientos para asegurar la objetividad de la relación. Existen unas reglas de discernimiento y acompañamiento que deben ser voluntariamente aceptadas, ya que todo ello va encaminado a suscitar en la persona que busca la voluntad de Dios la actitud de indiferencia para que lo que Dios quiera pueda ser conocido y gozosamente aceptado.

Aspectos que deben ser discernidos respecto de:

- *El sujeto que hace la experiencia*: qué historia ha vivido, qué experiencias tiene, motivaciones, propuestas concretas, capacidad de opción, etc.
- *El momento que se está viviendo*: etapa de purificación (conversión a Jesús y a los pobres), etapa de elección (disponibilidad para...) y etapa de confirmación (caminar en la decisión tomada).
- *Las mociones que siente el sujeto*, tanto de consolación como de desolación. Es necesario situarse a niveles afectivos donde surgen las intuiciones de cara al futuro y ahí preguntar: ¿cómo brota el amor de Cristo?, ¿cómo se traduce en opción por los pobres? y ¿cómo se percibe: con paz o agresividad?

8.7.4 Directividad / no directividad del proceso

El acompañante debe tomar una actitud directiva respecto del método y no directiva con respecto al proceso que va siguiendo la persona.

El acompañado vive el proceso desde la actitud de disponibilidad, es decir, de confianza y descentramiento personal; al llegar al momento de la elección debe haber un cambio de inflexión y la iniciativa le corresponde al sujeto que hace el discernimiento.

La entrevista es el momento en que se pone en común lo que va sucediendo en la experiencia del orientado para buscar acompañado y acompañante con ópticas distintas, pero complementarias, el paso de Dios por la vida de la persona.

Como ya hemos ido viendo a lo largo del seminario, la entrevista debe ser periódica, con espacios mayores o menores de tiempo según la etapa y situación de la



persona, no excesivamente larga, centrada en la persona que discierne y con preguntas concretas y abiertas que faciliten la comunicación personal y profunda.

Ya hemos dicho también que la entrevista debe terminar proponiendo al orientado tareas claras, factibles, programadas, evaluables y en línea de lo que se va descubriendo y del objeto que se busca discernir.

En general, hay que tener en cuenta que el período de descubrimiento, interiorización y socialización de la vocación no debe precipitarse, pero tampoco alargarse indefinidamente, pues la duda constante debilita la capacidad de decisión y entrega de la persona.

Pedagógicamente hay que hacer proyectos a corto plazo, que sean evaluables y cuenten con el apoyo del grupo y de la gracia de Dios. El elemento fundamental del proceso que ayuda a la maduración es la toma de decisiones y las opciones comprometidas, pues ayudan a personalizar ideas, a salir de la ambigüedad y a ir marcando el camino en el futuro. El acompañante debe ser muy flexible y paciente, pero con ideas muy claras de su función y cometido, y el acompañado debe tener la humildad suficiente de saber que está en los caminos de Dios, le queda mucho por descubrir y que la mejor actitud es la de dejarse sorprender en el camino del Señor que ha emprendido, en muchos casos con más voluntarismo que confianza en la gracia de Dios.

8.8 El discernimiento de los proyectos de vida: presbítero, religioso, laico

Lo propio del proceso del que hemos estado hablando constantemente y que hay que acompañar es el «proceso interior» de iluminación y cambio, que fundamenta la identidad y las decisiones de cara al futuro. La identificación vocacional la hemos definido como el hilo conductor del proceso catecumenal y la etapa culminatoria del mismo; al servicio de la identificación vocacional está el discernimiento, que debe integrarse en la maduración de la fe como un estilo de vida que todo lo envuelve con dinamismo y elementos propios.

La Iglesia ministerial es el ámbito próximo y referencial donde todo esto se vive; hablar de la estructura ministerial de la Iglesia es abordar el porqué de la Iglesia en el mundo: ser sacramento de Cristo e instrumento de salvación, El modelo de todo ministerio es el homo serviens, que trata de liberar integralmente al hombre y así cumplir la voluntad de Dios. Ministerios y servicios surgen en las comunidades y son necesarios para la maduración de las mismas comunidades. Lo propio de la comunidad cristiana es la corresponsabilidad, pero de forma diferenciada; toda la comunidad es ministerial, pero no todos ejercen las mismas funciones ni de la misma manera. El cómo y dónde del proyecto personal debe ser discernido desde el modo peculiar como nos interpela el Reino a través de las mociones del Espíritu y de las llamadas de los más próximos y necesitados.

«La catequesis de los jóvenes ha de tender a la creación de comunidades cristianas juveniles, en las que la presencia de jóvenes matrimonios militantes pueden



ayudarles a enfrentarse con su propio futuro, y, además, ha de fomentar que los propios jóvenes sean catequistas de otros jóvenes» (CC 248).

8.8.1 Elementos constitutivos de la identificación vocacional

El proyecto cristiano de vida, cualquiera que sea, se articula alrededor de estos tres ejes: la opción fundamental por Cristo y su evangelio desde un conocimiento experiencial, la incorporación a la comunidad cristiana adulta por el sacramento de la confirmación, la participación en la eucaristía, y la asunción de opciones comprometidas y vividas vocacionalmente, que llevan a asumir de forma estable y pública el compromiso por el Reino. El ejercicio responsable y constante de los ministerios y servicios laicales debería ser la vía principal de acceso al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

Con los elementos comunes y constitutivos se articulan las vocaciones específicas de la forma siguiente:

- **Presbítero:** «Ser hermano ante los hermanos» presencializando a Cristo cabeza, el Señor resucitado que convoca, alimenta y sostiene a la comunidad en el peregrinar por el mundo para que sea ámbito e instrumento privilegiado de la nueva humanidad.
- **Religioso:** «Ser hermano con y desde los hermano menos hermanos», presencializando a Cristo en su opción preferencial por los más pobres y necesitados, como denuncia profética y alternativa de vida que perfora la opacidad de la historia y anticipa los valores escatológicos.
- **Laico:** «Ser hermano entre los hermanos», para que los valores del Reino alcancen a las estructuras familiares, culturales, sociales y políticas. El trabajo por el hombre nuevo se hace en actitud convergente con otros hombres, respetando la autonomía humana y, al mismo tiempo, desde las exigencias de la evangelización y los valores específicos del Reino.

8.8.2 Condiciones básicas para el discernimiento vocacional

Todos los procesos educativos, catequéticos y pastorales deben dirigirse al objetivo final que es el compromiso vocacional. Hoy vivimos en una sociedad que presenta un modo de vivir que excluye e incapacita para el compromiso y se recrea en la ambigüedad y relativización total. Educar en el compromiso que comporta *reacción, permanencia y fidelidad* es algo que choca y cuesta. El compromiso cristiano «crea situación» y no es algo momentáneo y pasajero; por tanto, el compromiso es distinto de la ética profesional, la generosidad esporádica e incluso de la actitud de disponibilidad permanente que no llegue a concreciones de proyecto y acciones comprometidas.

Para poder iniciar el compromiso vocacional se necesitan dos condiciones de carácter educativo y ambiental:

- *Una motivación grande y fuerte que englobe y personalice toda la existencia del joven.* Hablamos de sentirse cogido por dentro por la Buena Nueva del evangelio, hecha conciencia compartida en grupo y contrastada constantemente con la realidad histórica. Sólo con esta energía, que también es mediación de



gracia, se puede ir a contracorriente de muchas formas de vida deshumanizantes y vivir el gozo confiado en que la verdad no necesariamente pasa por la mayoría, sino que suele estar en la «inmensa minoría» de los que sueñan, cantan y luchan con talante utópico. Sólo una motivación potente y atractiva ayuda a mantener la tensión y superar el dramatismo que lleva consigo la existencia comprometida. No es posible sin comunidades referenciales y testigos-mártires que sostengan y animen; sólo desde ahí se puede invitar a los jóvenes a vivir gestos solidarios y acciones comprometidas que terminen en proyecto de vida.

- *La motivación anterior no se puede mantener desde cualquier estado de vida.* Dejarse encontrar por Jesús y su proyecto supone haber optado previamente por el «no tener» como estilo de vida para superar la unidimensionalidad de la existencia y abrirse a lo trascendente y solidario.

La desposesión efectiva y afectiva pide grupos donde se comparta, no se capitalice y se crezca en austeridad para ser más sensibles al dolor y estar más prontos al servicio. Sin ascesis no hay purificación ni crecimiento, y tampoco puede haber amor verdadero ni justicia social.

Una vez superados los obstáculos anteriores, para poder discernir la propia vocación:

- *Hay que recuperar y plantearlo todo desde lo genuino y específico del amor cristiano: el agape.* El misterio que contemplamos y que nos transforma es la sorprendente relación de Jesucristo con cada persona, con la historia humana, con la Iglesia, con el Reino. El amor de Dios revelado en Cristo Jesús es un amor primero, hasta el final y para siempre. Vivir de esta *vida* es lo único que da consistencia y estabilidad al afecto humano para que guiándose por lo poquito que se haya descubierto cada día, y, a pesar de los pecados y limitaciones, fiarse de Aquel que llama y pide únicamente disponibilidad, porque Él es el que hace, y para El «no hay nada imposible». Descubrir el amor y vivir desde él es un camino largo y difícil, pero es el único camino; no hay otro, y si no lo decimos así somos infieles a nuestra vocación más radical y profunda de personas bautizadas.
- *Capacidad para decidir la vida en una dirección libremente fijada en un momento de gracia, es decir, de conversión y disponibilidad.* No es fácil porque el ambiente no ayuda, pero no hay identidad y felicidad sin fidelidad a uno mismo. El vivir de sensaciones placenteras y/o evasivas lleva a la pasividad y pasotismo que terminan por incapacitar al hombre para cualquier decisión significativa.

Las decisiones que muchos jóvenes toman pertenecen normalmente al campo de los compromisos sin línea de continuidad; si a esto se añade el miedo a perder seguridades, hace que la persona deje de manera constante e indefinida sus opciones y no asuma una decisión. Ilu englobe su vida y oriente la existencia en una dirección concreta que saque de la dispersión y el sinsentido.



La pedagogía de la decisión para cualquiera de los tres proyectos de vida cristiana pasa por la superación de la inmediatez, que eleva el capricho a la categoría de principio, la exigencia en el trabajo cotidiano, el cumplimiento de las obligaciones éticas y el apoyo de la gracia por la oración y los sacramentos.

- *Contar con la aptitudes personales.* A la hora de concretar y personalizar los ámbitos, dimensiones y campos, puede aparecer desproporción entre la ilusión y las posibilidades de llevar a cabo la opción que se desea tomar; esto nos lleva a subrayar la necesidad de un discernimiento progresivo de las propias aptitudes, es decir, de las cualidades, motivaciones y disponibilidad real para lo que uno se siente vocacionado.

Las cualidades serían los elementos básicos que se poseen para uno u otro proyecto de vida; las motivaciones afectan a la intencionalidad con la que se quieren dinamizar las cualidades, y la disponibilidad afecta al sentimiento y voluntad con el que se enfrentan las tareas, dificultades y contrariedades de la existencia. Estos tres componentes de las aptitudes deben ser discernidos y educados en el proceso de maduración de fe, pues de su combinación depende en gran parte la llamada que se perciba y la respuesta que se quiera dar desde lo profundo de la persona, en horizonte de estabilidad y asumiendo la encarnación institucional que lo posibilite. Así se huye tanto de un falso idealismo como de un pragmatismo egocéntrico que impide arriesgarse, comprometer el futuro y asumir las mediaciones estructurales sin las cuales es imposible la maduración personal y la respuesta vocacional.



ÍNDICE

0	EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL	1
0.1	Justificación del tema	1
0.2	El contexto sociocultural y la fe.....	2
0.3	Persona, afectividad y acompañamiento.....	3
0.3.1	Las motivaciones.....	4
0.3.2	La afectividad.....	4
0.4	La fundamentación teológica del acompañamiento.....	5
0.4.1	Datos de la Escritura.....	5
0.4.2	La pedagogía divina inspira el acompañamiento	6
0.4.3	Las aportaciones de la historia de la Iglesia	7
0.4.4	Teología Espiritual y acompañamiento.....	8
1	ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL	10
1.1	Definición y tipos de acompañamiento	10
1.2	Acompañar el crecimiento en la fe.....	11
1.2.1	Aprender a vivir desde el don de Dios.....	11
1.2.2	Aspectos importantes que hay que acompañar	11
1.2.3	Fe y conversión	12
1.2.4	La relación entre los aspectos constitutivos de la fe.....	12
1.2.5	La constatación del valor humanizador de la fe.....	13
1.3	Articulación del acompañamiento espiritual	13
1.3.1	La misión del acompañante	14
1.3.2	Actitudes del acompañado	15
1.3.3	La entrevista personal.....	15
1.3.4	Los contenidos del acompañamiento.....	16
1.3.5	Medios que dinamizan el acompañamiento	17
1.4	El acompañamiento vocacional.....	18
1.4.1	Actitudes necesarias para el discernimiento.....	18
1.4.2	La pedagogía del acompañamiento vocacional	18
1.4.3	Los criterios del discernimiento vocacional.....	19
1.4.4	Los “autoengaños” en el proceso de maduración vocacional.....	20
1.5	Conclusión.....	21



2	PROCESO HUMANO, GRACIA DE DIOS Y ACOMPAÑAMIENTO (I)	22
2.1	Componentes del desarrollo religioso de la persona	22
2.1.1	Respuesta a la "búsqueda de significado"	22
2.1.2	Autotrascendencia.....	23
2.1.3	Geneticidad	23
2.1.4	La dimensión cultural.....	23
2.1.5	El carácter totalizante.....	24
2.2	Infantilismo religioso.....	24
2.3	Adulter o madurez religiosa (factores religiosos generadores de madurez psíquica).....	25
2.3.1	La identidad.....	25
2.3.2	Las características de la religiosidad madura	26
2.4	El "proceso" de personalización de la fe: en camino hacia la madurez.....	28
2.4.1	¿Hay criterios objetivos de madurez existencial?	28
2.4.2	¿Hay criterios objetivos de madurez espiritual?	30
2	PROCESO HUMANO, GRACIA DE DIOS Y ACOMPAÑAMIENTO (II)	32
2.5	Hacia un nueva comprensión del crecimiento espiritual.....	32
2.5.1	Hacia un nuevo modelo	32
2.5.2	El esquema gráfico	39
2.5.3	La personalización: proceso de transformación	44
2.5.4	Dios.....	46
2.5.5	El primado de la persona.....	47
2	PROCESO HUMANO, GRACIA DE DIOS Y ACOMPAÑAMIENTO (III)	48
2.6	Cómo se desencadena el proceso	48
2.6.1	Primera lectura de la historia personal.....	49
2.6.2	Las instancias y los medios.....	50
2.6.2	La crisis de autoimagen.....	52
2.6.3	Algunas posibles objeciones	54
2.7	Etapas del proceso.....	56
2.7.1	El esquema de las tres vías.....	56
2.7.2	El esquema de las cuatro etapas.....	57
3	LA "PEDAGOGÍA SIMULTÁNEA"	60
3.1	Principio de pedagogía simultánea.....	60
3.1.1	La posible dialéctica entre antropocentrismo y teocentrismo.....	60
3.1.2	La correlación entre madurez humana y espiritual.....	61
3.2	Criterios pedagógicos	62



3.2.1	Lo espiritual como esa realidad que llamamos Dios	63
3.2.2	Unidad bipolar del proceso.....	64
3.2.3	Palabra que resuena	65
3.2.4	Palabra que acompaña	65
3.2.5	Palabra que discierne.....	65
3.2.6	Palabra y Espíritu.....	66
3.2.7	Palabra escatológica.....	66
3.2.8	Pedagogía asistemática	67
3.2.9	Biblia y personalización	68
4	EL ACOMPAÑANTE ESPIRITUAL.....	69
4.1	El acompañante como mediación.....	69
4.2	Dimensiones de la identidad del acompañante espiritual	71
4.3	Modelo formativo de personalización y acompañamiento.....	73
4.3.1	Tradición y problemática actual.....	74
4.3.2	Hacia un modelo integrador	76
4.4	Mediaciones del acompañamiento	78
4.5	Rasgos del acompañante.....	79
4.6	Problemas del acompañamiento	80
4.6.1	Primer Criterio	80
4.6.2	Segundo criterio.....	81
4.6.3	Tercer criterio	81
4.7	Acompañamiento y relación interpersonal.....	82
4.7.1	Condiciones previas.....	82
4.7.2	Escucha activa.....	84
5	COMPETENCIAS COMUNICATIVAS.....	87
5.1	La comunicación, elemento clave en nuestro desarrollo personal.....	87
5.1.1	Comunicación y relaciones interpersonales	88
5.1.2	Aprender a comunicarnos: la escucha.....	89
5.1.3	El buen dialogador	90
5.1.4	¿Cómo hablamos y escuchamos a los demás?.....	91
5.1.5	¿Qué significa ser “comprensivos” o “empáticos”?	92
5.2	Habilidades comunicativas básicas del acompañante	93
5.2.1	Habilidades de escucha	94
5.2.2	Facilitación de la actividad narrativa del acompañado	101
5.2.3	Facilitación de la generación de narrativas alternativas específicas.....	108
6	LA ENTREVISTA PERSONAL Y EL DIALOGO DE ACOMPAÑAMIENTO	114



6.1	Desarrollo de la entrevista	114
6.1.1	Dejar hablar	114
6.1.2	Vaciarse a sí mismo.....	114
6.1.3	Ayudar en el análisis.....	115
6.2	Errores frecuentes en la entrevista.....	118
6.2.1	Convertir la entrevista en un interrogatorio.....	118
6.2.2	Hacer juicios críticos.....	118
6.2.3	Aceptar toda la responsabilidad en el trabajo de acompañamiento.....	118
6.2.4	Dar consejos.....	119
6.2.5	Proponer objetivos no suscitados por el acompañado.....	119
6.2.6	Ofrecer falsas seguridades.....	120
6.2.7	Respuesta desde la persona y no desde la persona en el rol del acompañante..	120
6.2.8	Preguntas inapropiadas o irrelevantes.....	120
6.2.9	Uso inadecuado del humor.....	120
6.2.10	Utilización impropia del pudor o las buenas maneras.....	120
6.2.11	Minimización.....	121
6.2.12	Uso extemporáneo del consuelo o tranquilización.....	121
6.2.13	Autorrevelación inapropiada.....	122
6.2.14	Pasar por alto las emociones.....	122
6.2.15	No personalizar.....	122
6.2.16	Intervenciones generadoras prematuras.....	122
6.2.17	Abrumar con excesiva información.....	123
6.2.18	Dejar pasar por alto comentarios negativos sobre la terapia o el acompañante.....	124
6.2.19	Perder el foco.....	124
6.3	El acompañamiento espiritual y su relación con el "counseling"	124
6.3.1	Afirmaciones centrales.....	124
6.3.2	La Dirección espiritual es una acción pastoral de «Acompañamiento»	126
6.3.3	Pasos para este Acompañamiento.....	126
6.4	Funciones esenciales del Acompañamiento	127
6.4.1	La función de acogida.....	128
6.4.2	La función de orientación.....	128
6.4.3	La función de mediación.....	131
6.5	Conclusión.....	132
7	HERRAMIENTAS PARA EL ACOMPAÑAMIENTO: EL "DIARIO" Y EL "PROYECTO PERSONAL"	134
7.1	El diario.....	134
7.2	El "Proyecto Personal"	135



7.2.1	Requisitos previos.....	135
7.2.2	Sensibilización previa.....	137
7.2.3	Toma de conciencia.....	137
7.2.4	Diagnóstico por áreas	138
7.2.5	Orientaciones de la vida	140
7.2.6	142
7.2.7	Determinaciones sobre la vida	142
7.2.8	Evaluación.....	142
7.2.9	Simple redacción.....	142
8	ACOMPANAMIENTO ESPIRITUAL Y DISCERNIMIENTO VOCACIONAL	143
8.1	La pastoral vocacional en la pastoral juvenil	143
8.2	En la etapa de profundización deben hacerse las propuestas vocacionales explícitas.....	144
8.3	Atención a los elementos afectivos del proceso vocacional.....	144
8.4	El acompañante espiritual ayuda a formular el proyecto vocacional de vida.....	146
8.4.1	Vocación	146
8.4.2	Compromiso	146
8.4.3	Proyecto	147
8.5	¿Cómo se hace el proyecto de vida?.....	147
8.5.1	Opciones a nivel personal.....	148
8.5.2	Opciones a nivel social	149
8.5.3	Opciones a nivel político	149
8.6	Asegurar la dinámica propia del discernimiento cristiano	150
8.6.1	El discernimiento de Jesús	151
8.6.2	Actitudes previas para un buen discernimiento	151
8.6.3	Etapas del proceso de discernimiento	151
8.6.4	Tiempos para hacer sana y buena elección.....	152
8.7	Estructuración del acompañamiento que posibilite el discernimiento vocacional.....	153
8.7.1	Punto de partida	153
8.7.2	El rol del acompañante.....	153
8.7.3	El sujeto que vive el acompañamiento	154
8.7.4	Directividad / no directividad del proceso.....	154
8.8	El discernimiento de los proyectos de vida: presbítero, religioso, laico.....	155
8.8.1	Elementos constitutivos de la identificación vocacional	156
8.8.2	Condiciones básicas para el discernimiento vocacional.....	156
INDICE	159